CRITERIO



NAVIDAD 1951


Dos monumentales edificios
en la calle Florida... arteria máxima
porteña, y 19 Sucursales en las
principales ciudades de la República
8.000 colaboradores,
entre empleados y obreros, forman una
verdadera legión, que siempre está dispuesta
a atenderlo con su invariable consigna...
"Nuestra mejor atención es para usted..."
Una institución
al servicio de toda la población...
que presenta los más amplios y completos surtidos
en mercaderías de la más alta calidad,
para satisfacer las exigencias del
vestir moderno y el confort en el hogar
68
1883-1951
AÑOS de ininterrumpida
vida comercial...
símbolo de trabajo tenáz
y honesto que le ha permitido
ocupar un puesto de avanzada en la historia del
brillante desenvolvimiento económico-social Argentino
Esto es GATH & CHAVES

Criterio

REVISTA QUINCENAL DE CULTURA

Año XXIV | **Buenos Aires, diciembre de 1951** | **Núm. 1153-4**

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 368.246

Director: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI

NAVIDAD 1951

CRITERIO pone en manos de sus suscriptores y lectores este nuevo número extraordinario, destinado a celebrar el acontecimiento por excelencia grande que rememora la cristiandad.

Se han reunido de este modo calificados trabajos de autores nacionales y extranjeros, quienes, desde diversos ángulos, se refieren a los distintos aspectos que el misterio de la Encarnación ofrece al mundo y a la intelectualidad contemporáneos.

Confiamos que nuestros amigos recibirán mediante este esfuerzo periodístico una cordial retribución de la simpatía y adhesión que nos dispensaran a lo largo de 1951, deseándoles al mismo tiempo una feliz Navidad.

INDICE

TAPA: El grabado de la tapa es un fragmento de la Natividad del Maitre de Moulins (Photo Bulloz).

ACLARACION

Rogamos a los colaboradores, cuyos trabajos no aparecen en este número, excusen la involuntaria exclusión de los mismos debido a haber llegado tarde a nuestro poder. Son ellos: Giovanni Papini, Jorge Máximo Rodhe, Dom Pius Paarsh y Jaime Potenze.

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL

GUSTAVO J. FRANCESCHI

Miseria del hombre sin Dios, dicha del hombre con Dios. O sea, la naturaleza está corrompida, y hace falta un Reparador. (Pascal).

HACE alrededor de dos años, un día de solemne pontifical, cierto individuo cuyo apellido no interesa vistióse de dominico, se trepó al púlpito de la catedral de París, y desde la altura lanzó tres o cuatro veces sobre los fieles desconcertados el grito de Niezstche: "¡Dios ha muerto, Dios ha muerto!". ¿Quién pondrá en duda que este clamor resuena a través del mundo, pronunciado oficialmente por el comunismo ateo, y privadamente por numerosísimas personas? *He aquí una primera posición ante el problema de Dios: una negativa absoluta.*

He aquí ahora una segunda. En su cátedra de un Seminario cualquiera, el profesor de teología abre la *Summa* por el artículo segundo de la *Prima Pars*, inicia, ante un auditorio de clérigos fervorosos, su curso *De Deo Uno* y, no ya para convencer sino para instruir, sosegadamente analiza los cinco argumentos clásicos, objetivamente irrefutables, que trae Santo Tomás de Aquino sobre la existencia de un Dios personal. *Nos hallamos en presencia de la afirmación absoluta.*

¿Cabe prácticamente una tercera posición? En *Los Hermanos Karamazof*, Dostoiewski nos muestra a Feodor que, semiebrio, pregunta a su hijo Iván: "—Dime, y háblame seriamente ¿Dios existe o no? —No, no hay Dios. —Y tú, Aliocha, ¿Dios existe? —Sí, existe. —Iván, ¿existe una inmortalidad por pequeña o modesta que sea? —No, no la hay. —¿Ninguna? —Ninguna. —¿Es decir un cero absoluto o siquiera una parcela? ¿No habría acaso una parcela? —Un cero absoluto. —Y tú, Aliocha, ¿existe una inmortalidad? —Sí. —¿Dios y la inmortalidad juntos? —Sí, porque la inmortalidad se funda sobre Dios. —¡Hum! ¡Iván debe de tener razón!". *He aquí la tercera posición: la duda.*

Pero entendámonos bien y pongamos las cosas en su punto. Existe un grupo, relativamente muy pequeño, de ateos tranquilos, que se plantearon una vez por todas el problema de Dios y definitivamente lo resolvieron en sentido negativo: mataron en sí mismos la angustia engendrada por la duda. Para los tales no puede haber más reino que el del tiempo y el espacio. Hay también —mucho más numeroso—, el montón de los que se han sumido en el placer: sensualidad, dinero, poder, de modo que perdieron la sensibilidad para lo espiritual, y realizan el dicho de la Escritura "el hombre animalizado no percibe lo relativo al espíritu de Dios" (animalis homo non percibit quae sunt Spiritus Dei. *Epistol. I ad Cor. II, 14*). Hay en ellos, más que quietud propiamente dicha, aplastamiento. Puede aplicárseles el calificativo dado por Dostoiewski: no son ateos sino idólatras, lo cual es sustancialmente distinto.

En el extremo opuesto obsérvase a los que jamás dudaron de Dios, y no experimentaron siquiera la tentación de la incredulidad. Fueron desde niños educados en la fe, y todas las razones que posteriormente hubieron de examinar no turbaron en ellos la certidumbre, sino que la confirmaron. Su seguridad es total —como debe ser—, su tranquilidad sin vislumbre de zozobra. Para ellos como para los primeros, si bien en sentido diametralmente contrario el problema está resuelto una vez por todas, y, si no es por razón de apostolado, nunca volverán sobre él.

Y luego están todos los demás: los ateos que no se sienten seguros en su ateísmo, los afirmativos que se sienten turbados ante el espectáculo doloroso y al parecer absurdo que les ofrece la vida, los innumerables que como el Feodor de Dostoiewski andan preguntando por todas partes, y buscan, sin saber hallarla, una respuesta adecuada.

Ignoro si en otras épocas, dentro de un ambiente moral y social distinto del nuestro, la interrogación presentaba los aspectos de ahora, si bien sospecho que fundamentalmente eran idénticos cuando leo las palabras de San Agustín: "*inquieto* está nuestro corazón, ¡oh Señor!, mientras no reposa en Ti". Lo cierto es que en nuestros días la búsqueda se manifiesta sobera-

namente angustiosa, jadeante, y por momentos desesperada. No se la trata en el papel como una ecuación que resolver o una incógnita algebraica que despejar, ni se compromete en ella la inteligencia sola, sino la vida entera y más aún que la vida presente la futura: *se siente que en ella va el ser o el no ser.* Romano Guardini, en una página de su libro sobre Dostoiewski, hace notar que a muchos de sus personajes Dios se presenta como sufrimiento, porque ellos quisieran *saber*, y no saben. He aquí una verdad profunda: Dios poseído no es padecimiento, pero Dios buscado con ánimo vacilante, y todavía no encontrado, sí lo es: verifícase ahí el dicho que cité de Pascal: "miseria del hombre sin Dios, dicha del hombre con Dios". Precisamente lo esencial de la obra del gran novelista ruso está constituída por la pregunta: ¿EXISTE DIOS? y las varias respuestas que se le dan: en esto finca la actualidad del escritor. En Dostoiewski, hasta los hombres mejor instalados en su ateísmo, Stavroguine por ejemplo, sufren de Dios en el sentido de que experimentan en sí un vacío que no aciertan a llenar. Por esto, cuando Stavroguine se encuentra ante un creyente de tan buena ley como el arzobispo Tikon, de repente algo lo incita a exclamar: ¿Cree Ud. en Dios? Creo, responde el Prelado. Y su interlocutor le dice: "escrito está: *si crees, y ordenas a esta montaña que cambie de lugar, ella lo hará.* lo que es absurdo. Sin embargo tengo curiosidad de saber ¿cambiáis las montañas de lugar o no? Pero inmediatamente Stavroguine se calma: "por lo demás, basta, todo eso es para las gentes vulgares, los indiferentes ¿no es así? Y, sabe, yo lo quiero a Ud. mucho". Yo también, responde Tikón a media voz.

He aquí la inquietud que sacude de golpe a Stavroguine, que lo induce a pronunciar frases semiincoherentes, esa inquietud que se impone a su ateísmo, que vence los esfuerzos realizados por él para librarse de ella, esa existencia de Dios considerada como probable, que se asemeja —son palabras de Dostoiewski—, a una piedra gigantesca colgada en la noche sobre la cabeza del vacilante Stavroguine, esa zozobra esencial que, a través de sus múltiples aventuras espirituales, lo conduce irrefragablemente hasta el desenlace lógico, el suicidio porque la vida se le ha tornado insoportable.

Alguien me dirá quizás que todo ello es producto de la fantasía de Dostoiewski, engendro de su imaginación creadora y de su extraordinaria percepción de lo concreto. Respondo que se basa ante todo en su propia experiencia, y que hay en él, más aún que mirada hacia fuera, instrospección. Dostoiewski tuvo, hasta donde es posible tenerla, la sensación de la muerte personal. Siendo muy joven se complicó en una conspiración antizarista, fué sorprendido y condenado a muerte. Una mañana se lo condujo, al igual que sus compañeros, hasta la plaza Semenowski, en San Petersburgo. Cada uno de ellos fué amarrado a su palo, formados ya los pelotones ejecutores. Leyóseles, con todos sus largos considerandos, el veredicto. En el momento mismo en que se iba a cumplir la sentencia, un toque de trompa anunció la conmutación de la pena. Luego fueron cuatro años de Siberia, y después el retorno, las pasiones hambrientas el juego, la miseria, la necesidad de escribir para ganarse la pitanza, el recuerdo del Evangelio leído en el destierro y ya nunca totalmente abandonado. Cirilo Zaitzev, que tan hondamente analizó a Dostoiewski, dice de él que "es Satán convertido y postrado ante la imagen de Cristo". Acierta, pero ese Satán nunca ha podido olvidar lo que fué, y por momentos suben a sus labios, sin que él lo quiera, las palabras de la antigua blasfemia, y se encarna entonces en alguno de los Karamazof. Joven, Dostoiewski había perdido la fe; ante la muerte inmediata, ante la idea de que tras ella lo aguardaba la nada, el *cero absoluto*, no ya su atavismo —palabra que se pronuncia con excesiva frecuencia pero que aquí no significa realidad alguna—, sino la vida misma comenzó a hacerle *comprender*, y esa sensación que ya conociera el poeta pagano cuando exclamaba "no moriré por completo" (non omnis moriar), lo llevó a investigar acerca de Dios y de Cristo. En realidad los personajes de sus novelas son en su casi totalidad —traspuestos a veces a lo femenino—, el fruto y las etapas de su propia experiencia. Y si su obra nos llega tan a lo hondo, es porque en ella se encuentra algo de cada uno de nosotros: por momentos al leerla hacemos un examen de esa conciencia nuestra en la que, como en todo hombre, existen simultáneamente el ángel y la bestia.

Otro elemento que da al novelista un tan profundo sentido humano es el amor al *pueblo*. Con este vocablo no señala Dostoiewski a la masa *ciudadana*, electora, concurrente a *meetings* o buscadora de puestos públicos, sino al montón primitivo, muy poco evolucionado, muy próximo a la tierra, con virtudes casi espontáneas y vicios sin complicaciones. El pueblo es el hombre desarmado ante la fuerza exterior, incapaz de defenderse contra los habilidosos, es la mujer que cae a veces, no por placer sino por hambre, y cuyo pecado está falto de toda vanagloria o complacencia. El pueblo para Dostoiewski es débil mas no perverso, pronto a dejarse arrastrar a la pasión pero también al arrepentimiento; está constituído por esos *mujiks* que él mismo conoció, los que durante las revueltas de 1839,

en la zona del Vologda mataban a los patrones rurales pero oraban por aquellos de entre éstos que habían sido buenos; es el ebrio que vacilando entra a un templo, y postrado ante la imagen de Cristo murmura a tropezones *Gospodi pomilui*, ¡Señor, ten piedad! El vocablo *pueblo* excluye para oDstoiewski lo complicado, lo artificial, lo aristocrático, lo que se precia de su intelectualidad o de su elegancia. Ese concepto lo ha bebido parte en la visión de la realidad rusa, parte en la repetida lectura del Evangelio. Y al pueblo él lo ama con todas sus facultades y potencias, cree que es la fracción de la humanidad más próxima a Dios, y piensa que en ella fructifica, como en ninguna otra la Redención: el pueblo es de Cristo.

HE escrito en un párrafo anterior *Dios y su Cristo*. Desconozco en qué forma se produce la búsqueda de Dios en un ambiente totalmente budista o confuciano, en el que nunca resonó el nombre de Jesús; pero es un hecho que donde alguna vez se lo predicó no se puede prescindir de El. Obsesiona hasta a sus peores enemigos: Renan quiera arrebatarle la corona de su divinidad, Anatole France lo trata de espectro perturbador, Voltaire lo califica de infame, Niesztche pretende humillarlo ante su propia grandeza, y hasta Stalin quiere sustituir su mesianismo por otro de índole colectiva. Pero ninguno logra olvidarlo, y cuantos a través de veinte siglos pretendieron sustituirse a El fracasaron en la empresa. Se ha llamado a sí mismo *el Camino*, y nunca quizás como en nuestros días se ha visto que no hay otro como El para conducir al Padre. Por ello, y en virtud de una lógica perfecta, los que no quieren saber cosa alguna del Padre aborrecen y combaten a Cristo con más violencia aun que a Dios considerado en su Unidad Suprema. También esto ha sabido expresarlo Dostoiewski con admirable poder. Véase a Kirilov, el personaje central de *Los Poseídos*, el hombre que busca, encuentra por momentos, pero inmediatamente rehusa descansar en El que ha encontrado. Conversa con Stepanovich ante un icono de Cristo a cuyos pies encendió una lamparilla. "Pedro Stepanovich se estremeció en un acceso de cólera: ¿entonces cree en él?... ¿No será para asegurarse *por si acaso?* —El otro no respondió.— ¿Quiere Ud. mi opinión?: es Ud. todavía más crédulo que un pope.— ¿Creer en El? Escucha, dijo Kirolov que se había detenido y miraba derechamente ante sí, con ojos delirantes e inmóviles. Oye una gran idea: cierto día hubo una hora sobre la tierra en que tres cruces fueron erigidas. Uno de los crucificados poseía una fe tan robusta que dijo al otro *en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*. Hacia el fin del día murieron. Ambos se fueron, pero no hallaron paraíso ni resurrección: la profecía no se cumplió. Escucha: ese hombre era el más sublime de toda la tierra, constituía para ella una razón de existir. El planeta entero, con cuanto existe sobre él, sin ese hombre no es más que locura... Si esto es así, y las leyes de la naturaleza no han perdonado a ESTE... y lo forzaron a vivir en medio de la mentira y a morir a manos de la mentira, entonces el planeta entero no es más que mentira, descansa sobre la mentira, y es una estúpida irrisión. Por consiguiente las leyes del planeta son mentira, y un sainete del diablo. En este caso ¿para qué vivir? Responde, si eres un hombre".

Obsérvese la repetición de la palabra *mentira*. En síntesis, no es posible vivir metido en ella como en una atmósfera inevitable; ahora bien, si Cristo, con su bondad, con su trasparencia, con sus palabras y sus obras, con su vida y su muerte no fué vencedor de la mentira, si ella lo dominó y aniquiló, si sus afirmaciones más solemnes y sus promesas más decididas no son más que mentiras, entonces en verdad la vida no vale la pena de ser vivida. Y precisamente por esto se mata Kirilov.

DIOS Y SU CRISTO, he aquí toda la tragedia del hombre moderno, el ineluctable drama de que es personaje. Sin Dios y su Cristo no vive individualmente más que una existencia superficial, a flor de piel, alimentada con algunas sensaciones, y quizás con algunas verdades fragmentarias e incompletas, que dejan siempre abierto detrás de sí un supremo interrogante. Se ha hablado mucho, en estos últimos tiempos, del *mal metafísico*, y el calificativo es exactísimo. Efectivamente, ese mal se aloja más atrás de lo físico, está subtendido a todos los episodios de la existencia transitoria que llevamos, es más hondo que el cáncer y también que la ignorancia consciente de las verdades segundas, sean ellas científicas o filosóficas. Consiste en una pregunta que no halló respuesta, un girar continuo dentro de una celda cerrada, una angustia cada vez más desesperada. ¿Cómo escapar de ahí? El Raskolnikof de Dostoiewski responde: "o el canal en que arrojarse, o el manicomio, o el embrutecimiento". Olvida, al menos transitoriamente, ya que después cambia su manera de ver, una cuarta evasión, vía abierta hasta la hora postrera: la aceptación integral de la persona de Jesús y de su enseñanza; por ahí se salvó el Buen Ladrón en el Calvario. Por no admitirla, Svidrigailof, de *Crimen y castigo*, se suicida como Kirilov y Stravroguine. Y por esto también, el fenómeno del suicidio, que fué prácticamente desconocido durante las épocas de fe intensa, se ha multiplicado en nuestros días par-

ticularmente allí donde más combatido y negado es Cristo. Fué refiriéndose en especial a la angustia profunda que Lacordaire exclamó: "para ciertos dolores no hay sino dos soluciones: o los pies de un crucifijo, o la boca de un revólver". En efecto ¿cómo vivir si se ha de hacerlo sin esperanza segura?

El horror máximo de tal situación consiste en la multitud creciente de casos que por doquiera se ofrecen de esos hombres, que en el fondo de su conciencia sienten, por lo menos de manera oscura, que la salvación está en Cristo, pero que lo rechazan porque a veces sus enemigos, a veces los que dicen ser sus amigos, han deformado su imagen, y que, como el Gran Inquisidor (*Hermanos Karamazof*), lo explotan. Oíd a Hipólito, el personaje del *Idiota*: "el rostro de Cristo está atrozmente desfigurado por los golpes que recibió. Está hinchado y lleva marcas sangrientas, horribles, sus ojos están desorbitados, torvos, brillan con luz vidriosa. —Y un pensamiento brota entonces en el ánimo del joven moribundo: si la muerte es tan espantosa, si las leyes de la naturaleza son tan poderosas, ¿cómo triunfar de ellas, cómo vencerlas si Aquel mismo que se hacía obedecer por la naturaleza cuando vivía, y que hizo revivir a la virgen muerta, y a Lázaro salir del sepulcro, no ha logrado escapárseles?" Para Hipólito el problema que plantea esa visión de Cristo es casi físico; para infinitos hombres contemporáneos es sobre todo moral. Se les ha mostrado por los enemigos un Jesús engañador o engañado, que diciéndose o creyéndose Dios no era más que un iluso o un falsario, que fingía milagros, que lanzaba mentirosas profecías, que explotaba la ignorancia y credulidad del pueblo, y que después de muerto sin que interviniera resurrección alguna fué explotado a su vez por los discípulos. Y mucho de éstos ,a través de los tiempos y sobre todo hoy día, han mostrado el vacío de la fe que profesan, han mundanizado el culto, flexionado los mandamientos, atenuado las parábolas, acomodado las enseñanzas al paladar de los ricos, preferido el Cristo de un Bouguereau cualquiera al de Grünewald, trasformado el pobre hijo nacido en Belén de una mujer plebeya en un nenito bien limpio, perfumado, pasado por talco y acostado en cuna de gasas y puntillas. Y los que desesperadamente buscan el modo de salir de su mortal angustia no pueden reconocer en el Cristo que unos y otros les presentan tan falseado al Reparador que les hace falta. Pero ¿cómo salir de ahí?

Un doble esfuerzo es necesario, el primero por parte del que busca la evasión, el segundo por parte de quienes constituyen, ya bien ya mal, el ambiente cristiano de la hora presente.

Es evidente que para lo primero no podemos tomar por guía absoluto a Dostoiewski: ni quiso él serlo, ni su doctrina positiva puede satisfacernos. No he de formular aquí un estudio completo sobre el escritor, pues tal no es la finalidad de mi artículo. Romano Guardini ha demostrado en su libro hasta qué punto el Cristo de Dostoiewski, en su entrevista con el imaginario Gran Inquisidor, es heterodoxo, débil, incompleto, infiel a su propia enseñanza tal cual se halla formulada en el Evangelio. Se ha dicho con razón que el novelista tuvo cuatro grandes enemigos: el socialismo, la civilización racionalista e idealista del *Oeste*, la Iglesia Católica... y los alemanes. Especialmente en lo religioso nunca trató con un católico, ni intentó conocer nuestra doctrina. Su religiosidad es de índole eminentemente eslava, sentimental y podríamos decir que soñadoramente mística más que dogmática. Pero nada de ello obsta a que, siquiera de manera accidental, tengamos en cuenta algunas de sus observaciones, porque llegan hasta una profundidad nada común.

En primer lugar, según él lo da a entender en casi todas sus obras, para llegar a Cristo no basta la bondad natural, espontánea, que torna más dichoso a quien la practica que al que es objeto de ella. Tanto Stavroguine como Kirilov la poseen, y hasta en la tétrica figura del Gran Inquisidor hay un asomo de ella cuando manifiesta que se propone el bien de la humanidad y encamina sus esfuerzos a conseguirla. Todos estos hombres fallan sin embargo en la búsqueda, porque carecen de una virtud sin la cual según Dostoiewski es imposible conseguir ninguna otra: la HUMILDAD, y su compañero inseparable: EL DOLOR ACEPTADO.

Raskolnikov, que es asesino, se salva por esta ruta. Por ella llegan a la verdad Aliocha y el *staretz* Sósimo. Hay que leer la confesión que éste, cercano a la muerte, hace ante sus discípulos. Joven, fué más que disipado, se enamoró de una niña, y desafió al novio. La noche antes de batirse regresa a su morada, malhumorado pega a su sirviente, y se arroja luego sobre el lecho. Despierta desasosegado; no teme el próximo combate, pero hay algo que lo inquieta: "vi que eran los golpes dados a Atanasio... ¿Cómo puede un hombre quedar reducido a tal estado, ser abofeteado por otro hombre? ¡Qué crimen!... Fué como una aguja que traspasara mi alma. Me sentía insensato; el sol brillaba, las hojas de los árboles encantaban la vista, los pájaros alababan al Señor. Cubríme el rostro con las manos, me arrojé sobre la cama, y estallé en sollozos. Recordé entonces a mi hermano, y sus últimas palabras a los sirvientes: *mis queridos ¿por qué me servís y me amáis? ¿Soy acaso dig-*

no de ser servido? En efecto ¿qué título poseo para ser servido por otro hombre, creado como yo a imagen de Dios? Esta pregunta cruzó entonces mi espíritu por primera vez" (*Los Hermanos Karamazof*).

Este es el punto de arranque de la santidad a que llega Sósimo: una humillación, y el dolor. En efecto, llegado al lugar del duelo, deja que tire su adversario, arroja al suelo la pistola, confiesa su experiencia íntima, y manifiesta que ingresará en un monasterio. La forma exterior del acto es eminentemente eslava: un impulso que no me atrevo a llamar místico determina la futura vida de ese hombre. Pero si prescindimos del revestimiento exterior, no cabe duda de que Dostoiewski acierta porque, como lo dice la Escritura, "Dios resiste a los soberbios, pero otorga su gracia a los humildes".

Y tiene igualmente razón en otro punto: la humildad se practica "mezclándose al pueblo y desapareciendo en él". Aquí también la visión no es del todo exacta, pues el pueblo, dentro de la concepción de Dostoiewski, es lo rudimentario, lo casi telúrico, lo instintivo, según lo expliqué en párrafo anterior. Pero sustancialmente es verdad que el converso no debe pretender llamar la atención, ni atraer las loas, ni gobernar a los demás. No en vano leemos en el Kempis: "gusta de ser ignorado y tenido en nada".

Lo que torna incompleta la teoría de Dostoiewski acerca de la conversión es su ignorancia teológica, cosa no sorprendente en un autodidacta que además no hallaba en las publicaciones de la ortodoxia rusa de aquel entonces libros que lo ilustraran acerca del punto en cuestión. El novelista no tiene en cuenta la acción decisiva de la gracia divina; el movimiento de sus personajes hacia Dios nace nada más que de ellos mismos, es fruto de disposiciones subconscientes puramente naturales que un atento psicoanálisis habría podido descubrir. Uno de los libros más interesantes que en estos últimos tiempos leí es el del archimandrita Spiridón, *Mes missions en Siberie*, traducido del ruso: la propia conversión del autor, y la de muchos entre los criminales a quienes evangelizaba en los presidios de Siberia se parecen extraordinariamente a las de Sósimo y Raskolnikov. Pero hay otras, sobre todo en Occidente, que no entran dentro del cuadro trazado por Dostoiewski, porque las razones de credibilidad que las promueven, especialmente las intelectuales, y esotras que son producto de una evolución gradual y progresiva, tienen muy poco o nada que ver con esa especie de sacudida emocional que caracteriza a las pintadas por el novelista ruso. He aquí, para no buscar entre las antiguas, las de literatos y artistas como Brunetière, Coppée, Huysmans, Papini, Bourget, J. Green, du Bos, de un científico como Lecomte de Nouy, de un filósofo como Bergson, de un explorador como Foucauld, el paso de la ortodoxia cismática al catolicismo de un pensador como Solovief, y muchas otras que cabría mencionar: nada tienen que ver con el proceso descrito por Dostoiewski. Pero —y lo aducimos como excusa a éste—, el escritor no encara más que un aspecto de la cuestión, es un novelista y no un teólogo, y en virtud de su propio genio encara casos concretos, y no problemas generales.

DEJEMOS ya de lado estas consideraciones un poco técnicas, y atengámonos a la gran realidad: buena parte del mundo, ante el problema fundamental de la existencia de su DIOS Y SU CRISTO, hállase en una situación de duda muy semejante a la descrita por Dostoiewski, y ha menester salir de ella para llegar hasta la afirmación, so pena de caer en las peores catástrofes. Esta disyuntiva la vislumbró el escritor en algunas de sus páginas más evocativas: fuera de la crisis que amenaza a las almas individuales hay otra que se cierne sobre la sociedad como tal. Ello ha sido analizado y al mismo tiempo sintetizado de excelente manera por Giuseppe Campora en su estudio "Comunismo e Cristianismo in Dostoiewski", publicado en la entrega de agosto-setiembre de la revista italiana *Humanitas*.

Tres figuras se imponen en la obra del escritor ruso cuando encara las consecuencias lógicas de una concepción social atea: la teoría de Chigaliov en *Los Posesos*, y la expresada en la leyenda del Gran Inquisidor; en segundo plano hállanse las divagaciones de Iván, éstas dos últimas en *Los Hermanos Karamazof*. Todas ellas, a pesar de su diversidad de origen, y de que una invoca a Cristo aunque lo desfigura radicalmente mientras las otras se basan en la negación explícita de Dios, coinciden en establecer una misma tiranía totalitaria; y es en verdad prodigioso que, hace más de ochenta años, Dostoiewski haya podido, no sólo bosquejar los rasgos típicos del comunismo ateo, sino anticiparse en sus previsiones a todas las novelas de tipo profético que se han escrito desde la guerra de 1939.

Para el Gran Inquisidor como para Chigaliov, la humanidad ha de ser dividida en dos partes, una infinitamente mayor (todo el mundo menos cien mil hombres para el primero, los nueve décimos para el segundo) ha de ser reducida a una verdadera esclavitud destinada por otra parte a proporcionarle la mayor dicha material y sentimental posible. La minoría —superhombres— gobierna. En realidad lo que se busca es

la destrucción de la personalidad humana individual, y la reducción del hombre a sus relaciones sociales, ya con la autoridad, ya con sus semejantes. Pero éstos no serán verdaderamente *semejantes* más que si son *iguales*. Es evidente que el libre desarrollo de la personalidad crea automáticamente desigualdades porque *realmente* los hombres nacen con aptitudes físicas y psíquicas distintas. He aquí, especialmente según Chigaliov, lo que debe ser destruído a toda costa, y ello no puede llevarlo a cabo más que una autoridad implacable. Campora observa al respecto muy acertadamente que semejante empresa desemboca en el Titanismo, pues tiende nada menos que a transformar radicalmente la naturaleza humana.

El Gran Inquisidor, aunque partiendo de un punto opuesto al ateísmo abierto de Chigaliov, llega a conclusiones parecidas. La leyenda fué escrita por Dostoiewski en odio a la Iglesia católica romana, pero en realidad sobrepuja grandemente los propósitos del escritor. El Cardenal Gran Inquisidor en Sevilla no sólo no es católico por su doctrina, pero ni siquiera cristiano, porque para ningún creyente Cristo-Dios puede ser el instrumento de los planos humanos del orden temporal. No es en el Occidente, sino en la corte bizantina o en la autocracia zarista donde habría podido dar el escritor con sus modelos: Podedonoztsef, el moderno procurador del Santo Sínodo, se parece mucho más al Gran Inquisidor que cualquier Torquemada de la historia. Pero prescindiendo de esto, la verdad es que el funesto personaje aspira a reducir la humanidad a servidumbre *en nombre de Cristo*. Mas el Gran Inquisidor no ve en el hombre sino valores relativos porque puramente temporales: la intrínseca dignidad del cristiano como hombre redimido y destinado a la eternidad le es desconocida. Lógico es entonces que, en virtud de su soberbia, vaya al mismo punto de llegada en que, gracias también a su soberbia, se ha colocado Chigaliov. Y no debe sorprendernos el ateísmo práctico del Gran Inquisidor, porque en realidad no es sino una creación del ateo Iván Karamazof.

El Gran Inquisidor ha hecho tomar preso a Cristo que había aparecido en Sevilla, y lo interroga. Cristo calla como ante Pilatos. El Inquisidor habla, expone sus teorías, amenaza... Y la leyenda termina así: "El Inquisidor se calla ahora, y aguarda un momento la respuesta del Prisionero. Su silencio le pesa. El Cautivo ha escuchado todo el tiempo fijando en él su mirada penetrante y tranquila, visiblemente decidido a no contestar. El anciano querría que le dijera algo, aunque fueran palabras amargas y terribles. De golpe, el Prisionero, siempre callado, se aproxima al nonagenario, y besa sus labios exangues. Esta es toda la respuesta. El anciano se estremece, sus labios se mueven, va hacia la puerta, la abre, y exclama: Vete y no vuelvas más... nunca más. El Prisionero se marcha. ¿Y el anciano? El beso le quema el corazón, pero persiste en su idea...". Dejemos lo accesorio: hay en esta página de Dostoiewski un concepto que, por desdicha, muchos católicos no han percibido: el ateísmo real, que se traduce en despotismo, no puede ser *definitivamente* vencido más que por la Caridad sobrenatural, por el beso de Cristo en los labios que lo blasfeman.

AQUI deseo dar fin —para no ser insoportable—, a las presentes consideraciones sobre el problema fundamental. Alguien se sorprenderá quizás de mi constante recurso a Dostoiewski. Evidentemente habría podido echar mano de cualquiera de los *Itinerarios de la mente hacia Dios* que desde San Buenaventura hasta nuestros días han sido escritos por autores de indudable ortodoxia. He preferido un hombre que, sin ser totalmente de los nuestros, y hallándose por momentos muy distante de nosotros, ha sentido sin embargo con imponente vigor, y expresado en términos de arte soberano la gran angustia que hoy sacude al mundo. Ha sido, no me atrevo a decir que un profeta, pero sí un hombre que intuía el porvenir como muy pocos lo han hecho. No se olvide, en efecto, que escribió sus libros en plena euforia novecentista, cuando la economía y la política liberales prometían la paz definitiva a los pueblos, y las ciencias se glorificaban de haber apagado las luces sobrenaturales del cielo, porque las había ya, puramente naturales, en suficiente cantidad sobre la tierra. En esa época de beato optimismo, él mostró la llaga abierta en el costado de la humanidad, y el abismo en que la precipitaría su demencia. Los pronósticos se han tornado realidad.

En estos días conmemoramos el misterio de Belén, y el cántico de los ángeles que prometen paz a los hombres de buena voluntad que glorifican a Dios en las alturas. Los hombres de buena y sana voluntad, de recto y abnegado querer, abundan poco, y Dios en las alturas es glorificado nada más que por una minoría. ¿Será salvo el mundo por esos contados justos? Nos es imposible saberlo; pero ciertamente no hay evasión más que por este camino. Para nosotros, cristianos, el deber es claro: hemos de crear un ambiente al que puedan acudir los que dudan, mas buscan sinceramente la verdad. Quizás no nos sea dado, al menos hoy, constituir ese ambiente en las plazas públicas: hagámoslo siquiera en nuevos ghettos, y si fuera menester en nuevas catacumbas. Sólo entonces nos habremos conformado a la voluntad de Cristo, que es para nosotros ley suprema.

LA NAVIDAD EN LOS PRIMEROS SIGLOS

GUSTAVE BARDY

QUIZA no exista actualmente fiesta alguna que sea celebrada por el mundo cristiano con tanto regocijo como la de Navidad. Cierto es que en la liturgia, las fiestas de Pascua y Pentecostés son más solemnes, ya que en cierto modo ellas señalan dos cumbres, y resulta también curioso comprobar cómo la fiesta de Epifanía, destinada a conmemorar la manifestación del Salvador a los Magos, su bautismo por San Juan Bautista, y el milagro de Caná, tiene un ritual superior al de Navidad. ¿Qué importa esto? Navidad es la fiesta del nacimiento de Jesús, la fiesta de los ángeles que cantan en el cielo la gloria de Dios, y que anuncian la paz a los hombres de buena voluntad, la fiesta de los pastores que vienen a Belén para adorar al Niño y ofrecerle sus presentes. Ninguno entre nosotros podría quedar indiferente ante tal cúmulo de gracias. Si bien no tiene el son triunfal del *Alelluia* pascual, el *Puer natus* de Navidad resuena tal vez más profundamente en nuestros corazones.

En tales condiciones, resulta notable comprobar cómo los primeros siglos cirstianos no manifiestan ninguna preocupación por celebrar el aniversario del nacimiento humano del Señor. Se poseen testimonios explícitos de la fiesta de Pascua, desde mediados del siglo II. Esta fiesta era común a judíos y cristianos: los primeros inmolaban el cordero pascual, los segundos rememoraban la Pasión y Resurrección de Jesús. Bien pronto se planteó el problema de saber si los cristianos debían continuar utilizando la fecha de la festividad judía, fijada en el 14 del mes de Nisan, o postergar esa solemnidad hasta el domingo posterior. En Asia, las iglesias observaban el 14 de Nisan, en Roma, en Alejandría, y casi en todos lados, se observaba el domingo. Bajo el pontificado de San Aniceto (154-161) se suscitó ya la primera querella sobre este punto, y San Policarpo obispo de Esmirna, hubo de venir a Roma para conversar de ello con el Papa. Los dos interlocutores no llegaron a ponerse de acuerdo, pero, conservando cada uno sus costumbres particulares, se separaron en paz. Hacia el año 190, bajo el pontificado de San Víctor, se reanudó la controversia con caracteres más agudos. San Víctor pretendió obligar a las Iglesias de Asia a someterse a los usos romanos. San Palycreto, obispo de Efeso, le opuso tradiciones que se remontaban al apóstol San Juan; y el obispo de Lyon, San Ireneo, originario de Asia, pero partidario del uso romano desde que moraba en Occidente debió intervenir para mediar en el conflicto y restablecer la paz.

En esa época no se trataba todavía de las fiestas de Navidad. Se conocían sin duda alguna por los Evangelios los hechos maravillosos que habían señalado el nacimiento de Jesús: San Ignacio de Antioquía hacia el año 110, y el apologista San Justino hacia el 150, nos los recuerdan. Pero todavía no se pensaba en su conmemoración. Más aún, parece que no estaban muy generalizada la preocupación por fijarle una fecha exacta. Hacia 180, el apologista San Teófilo de Antioquía se esforzaba por establecer que la religión judeocristiana era la más antigua de todas, ya que en sus orígenes más lejanos se remontaba hasta la Creación del hombre; sin embargo, cosa curiosa, sus cálculos que van desde el origen de las cosas hasta la muerte del emperador Marco Aurelio, no toman en cuenta para nada la vida terrena del Señor. De tal modo, San Teófilo no trata de establecer la fecha de su nacimiento ni la de su muerte, y es preciso reconocer que su argumento perdería todo su peso si fuera necesario fijar el nacimiento de la Iglesia a partir de la resurrección de su fundador.

Por otra parte San Teófilo sólo aporta un testimonio negativo, y sabemos que la mayoría de sus contemporáneos sentían más curiosidad que él por conocer la fecha exacta del nacimiento de Jesús. El punto de partida de todos los cálculos estaba dado por el Evangelio de San Lucas, que fija el comienzo del ministerio público del Salvador en el año 15 de Tiberio César, agregando que en ese momento, Jesús tenía aproximadamnte treinta años. (Lucas III, I y III, 25). En sus *Comentarios sobre Daniel*, IV, 23, escribe San Hipólito de Roma que la primera parousie de Nuestro Señor, la carnal que le hizo nacer en Belén, tuvo lugar en el octavo día de las kalendas de enero (25 de diciembre), un día miércoles del cuadragésimo segundo año del reinado de Augusto, o sea cinco mil quinintos años después de Adán. El número de años a partir de Adán se deriva de consideraciones simbólicas. No debiendo ser la duración total del mundo mayor de seis mil años, era conveniente que el último milenio quedara dividido en dos mitades exactas por el nacimiento del Salvador. En cuanto al día, trataremos inmediatamente de establecer las razones que han determinado su elección.

Clemente de Alejandría, cuyos *Stromatas* han sido escritas casi al mismo tiempo que los *Comentarios sobre Daniel*, sabe —o cree saber— que Nuestro Señor nació en el año 28 del emperador Augusto, y conoce cálculos más minuciosos que asignan a ese acontecimiento no sólo un año determinado sino también un día fijo, a saber, el 25 del mes egipcio de Pachon, es decir, el 29 de mayo; agrega que otros prefieren el 25 ó el 24 del mes de Pharmouthi, o sea el 18 ó el 19 de abril (*Stromates*, I, XXI, 145-146).

Más tarde, en el año 243, una obra anónima, el *De pascha computus*, que figura entre las apócrifas de San Cipriano y que probablemente sea originaria del Africa o de Italia, cree poder afirmar que Nuestro Señor nació el 28 de marzo.

TODOS estos cálculos no tienen ningún valor oficial, pues sólo representan el trabajo de algunos cronógrafos privados, y si algo prueban, es que sus autores no conocen la existencia de la fiesta de Navidad. La primera mención de esta fiesta se encuentra en el calendario *filocaliano*, compuesto en Roma en el año 336, que es el predecesor de

El R. P. Gustave Bardy es profesor del Seminario Mayor de Dijon, Francia, y una autoridad en Patrología e historia de la Iglesia Primitiva.

nuestros martirologios. Se lee allí en efecto, en la tabla titulada *Depositio martyrum*, la siguiente indicación: *Octavo Kalendas ianuarii, natus Christus in Bethleem Iudeae*. El 8 de las Kalendas de enero corresponde al 25 de Diciembre y es preciso notar que esta fecha es la que ya indicaba San Hipólito. Pero, cuándo y por qué fué ella adoptada por la Iglesia Romana, es ya otra cuestión. Cuándo, es imposible decirlo. ¿Por qué? Sobre este punto se han elaborado dos hipótesis. Se ha notado que el 25 de diciembre, los paganos celebraban el *Natalis invicti*. El invicto es el Sol, cuyo nacimiento coincide con el solsticio de invierno, es decir, con el 25 de diciembre del calendario romano. ¿No es posible acaso que para hacer oposición a esta fiesta, la Iglesia haya querido celebrar en el mismo día, al verdadero sol, a aquel que es la Luz del mundo, a Jesucristo? La segunda hipótesis es más compleja. Toma como punto de partida, la fecha de la Pasión. Según Tertuliano, Hipólito, y el calendario filocaliano, ésta tuvo lugar el 25 de marzo, es decir, en el equinoxio de primavera, en el aniversario de la creación del mundo. Como el Verbo ha debido vivir sobre la tierra, un número completo de años, su Encarnación en el seno de la Santa Virgen debe haberse producido también el 25 de marzo, o sea, que su nacimiento debe ocurrir nueve meses más tarde, es decir, el 25 de diciembre. Puede elegirse libremente entre ambas hipótesis, y quizás ninguna de ellas resulte satisfactoria. Sin embargo, es la primera, que relaciona la fiesta de Navidad con el solsticio de invierno la que parece ser preferida por San Jerónimo en un sermón predicado en Belén, a comienzos del siglo V°: "La creación entera está de acuerdo con nuestra enseñanza; el mundo presta testimonio a nuestra palabra. Hasta ese día, (25 de diciembre) las tinieblas aumentan: a partir de ese día, las tinieblas disminuyen. La luz crece, las tinieblas se despejan; el día avanza, el error decrece, la verdad sube. Hoy nace para nosotros el sol de la Justicia." (Homilía *De Nativitate Domini;* ed. G. Morin, *Analecta Maredsolana*, t. III, 2; *Maredsous*, 1897, p. 397)".

Sea como sea, desde mediados del siglo IV°, la fiesta de Navidad se celebra en Roma el 25 de diciembre, y lo mismo se hace en Africa. Pero, cosa curiosa, aún no se conoce ni en Galia ni en España. Por el contrario, en ambos países se celebraba otra fiesta el 6 de enero. Esta fiesta de Epifanía recuerda la manifestación terrenal del Verbo, su nacimiento si se quiere, pero, más especialmente su bautismo, que es el punto de partida de su ministerio terrestre, y la transformación del agua en vino en las bodas de Caná, que es el primero de sus milagros. Para nosotros, la Epifanía es sobre todo la manifestación a los Reyes Magos. En Galia, el historiador pagano Ammio Marcelino dice que en el año 361, Juliano que ya se hallaba en estado de hostilidad contra el emperador Constancio, pero que oficialmente pertenecía aún al cristianismo, tomó parte en la fiesta "que los cristianos celebran en el mes de enero y que ellos llaman Epifanía" (*Hist.*, XXI, 2). En España, un concilio reunido en Zaragoza en el año 380 prohibía a quienquiera fuese, faltar a la Iglesia durante los oficios celebrados entre el 16 de las Kalendas de enero y la fiesta de Epifanía, o sea, el 8 de los idus de enero: "si la fiesta de Navidad se hubiera celebrado en ese intervalo, puede creerse que hubiera sido mencionada expresamente.

Por otra parte, no sólo España y Galia ignoran el aniversario del 25 de diciembre hasta fines del siglo IV, sino que más tarde aún, lo mismo ocurre en Oriente. Hemos citado una homilía de San Jerónimo pronunciada en Belén el día de Navidad, es decir, el 25 de diciembre. San Jerónimo habla en latín, se dirige a monjes que en gran maoría son latinos, y guarda fidelidad a los usos romanos a los que está profundamente ligado. Es así que no puede dejar de criticar la costumbre de Jerusalem, que sólo festeja la fiesta del 6 de enero: "Otros hay, dice, que estiman que Cristo es nacido en Epifanía: no condenamos la opinión de otros, pero seguimos nuestra doctrina. Que cada uno ahonde su sentido. Quizá el Señor revele a cada cual lo que debe creer. Aquellos que dicen que el Señor ha nacido el día de Epifanía, y nosotros que creemos que nació hoy, adoramos a un solo Señor, recibimos a un solo niño (id., *ibid.*, p. 396)". El relato del viaje de la peregrina española Aetheria, hacia el año 396, confirma lo que nos dice San Jerónimo: la vigilia de Epifanía fué solemnemente conmemorada en Belén durante un oficio nocturno en el que tomaba parte encabezada por el obispo, toda la comunidad cristiana de Jerusalem y del cual se regresaba en procesión a la Ciudad Santa para efectuar allí los oficios del día (*Peregrinatio Aetheriae*, 25).

Si bien ignoramos la fecha exacta en que se introdujo la fiesta del 25 de diciembre en Jerusalem, estamos mejor informados en lo que se refiere a la Iglesia de Antioquía. En efecto, poseemos un discurso de San Juan Crisóstomo, pronunciado en Antioquía el 25 de diciembre de 386. El orador declara: "No hace aún diez años que conocemos el día preciso de esta solemnidad; y sin embargo, gracias a vuestro celo, ella es celebrada con tanto esplendor como si nos fuera conocida desde hace largos años. Así podría llamarse a éste con toda razón, día antiguo y día nuevo: nuevo en razón de la época próxima a nosotros en que le hemos conocido; antiguo, porque ha llegado bien pronto a la altura de las solemnidades más antiguas y ha conquistado ya el mismo grado de veneración que estas últimas merecen en razón de su antigüedad. "A pesar de estas afirmaciones del comienzo, se está lejos de haber llegado en Antioquía a la unanimidad acerca de la nueva fiesta. El orador sabe bien que los fieles discuten a quién mejor, y por eso consagra todo su discurso a justificar con razones perentorias su institución: la razón de más peso es la autoridad de la Iglesia Romana, cuya posición era propicia para estar bien informada, y que siempre ha celebrado la Navidad el 25 de diciembre.

En Constantinopla, San Gregorio Nacianceno ha predicado sin duda alguna en la Navidad del 25 de diciembre de 379 y en la Epifanía del 6 de enero de 380, lo que es una prueba de que ya entonces se conocían dos fiestas distintas. Pero los historiadores no se ponen de acuerdo sobre un punto de la cuestión, que es el saber si esta doble celebración se debe a la iniciativa de San Gregorio, o si ya existía antes de su llegada a esa capital. No podríamos aquí tomar partido alguno en una discusión complicada: nos resulta suficiente anotar esta fecha de 379 como un jalón seguro. (P. Gallay, *La vie de saint Grégoire de Nazianze*, Lyon - Paris, 1943, p. 153-159).

La aceptación por Oriente de la fecha del 25 de diciembre no implica la supresión de la del 6 de enero. Por otra parte, dicha aceptación no ocurrió en todos lados al mismo tiempo: en Alejandría y en Jerusalem, hubo que esperar más que en otros lados, pero una vez, se llegó al mismo resultado. Por su parte, el Occidente aceptó desde comienzos del siglo V la fiesta del 6 de enero, y muy pronto,


helena rubinstein
Helena Rubinstein
de un jardín de magnolias... a su corazón, presenta su nueva fragancia,
suave poema que rodea a la mujer de cautivante atracción:
magnolia blanca
$ 28.- y $ 48.-
FLORIDA 954 T. E. 32 - 5351 Bs. As. Y EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS DE CATEGORIA

como puede verse por los sermones de San Agustín y de San León, por ejemplo, esta última se transformó especialmente en la conmemoración de la Adoración de los Magos, en tanto que la del 25 de diciembre quedaba reservada para la celebración del nacimiento del Salvador.

SERIA ahora interesante tratar de dilucidar con qué espíritu celebraba la fiesta de Navidad el cristiano de la época patrística. Estamos hoy acostumbrados a adornar esta solemnidad con ceremonias especiales. Su particularidad más manifiesta es la celebración de tres misas, una a medianoche, en la hora precisa que nos complacemos en considerar que ha sido la del nacimiento de Cristo, la segunda al alba, la tercera durante el transcurso de la mañana, cuando ya el sol brinda toda su luz, y, junto con los teólogos nos repetimos una vez más que esas tres misas simbolizan el triple nacimiento del Salvador: su nacimiento eterno en el seno del Padre, su nacimiento espiritual en el alma de sus fieles, su nacimiento temporal en la gruta de Belén. Por más hermosa que resulte esta interpretación, no explica en realidad el rito, sino que, por el contrario, el rito ha precedido a la explicación. En un comienzo no había más misa de Navidad que la diurna, y no hay seguridad de que la vigilia nocturna celebrada en Belén según el testimonio de Aetheria haya incluído la celebración de una misa. En Roma sin embargo, era costumbre celebrar una misa durante el transcurso de la noche, siguiendo el modelo de las ceremonias bautismales en las vigilias de Pascuas y de Pentecostés. Así fué como Navidad se transformó en una tercera fiesta bautismal, y por eso tuvo también su misa nocturna. Esta fué considerada tanto más natural desde que el Señor había nacido durante la noche, y era adecuado hacerle renacer sobre el altar en la hora misma en que entrara en el mundo. La misa de medianoche quedó establecida desde entonces, y en ella se canta el coro de los ángeles *Gloria in excelsis Deo* en virtud de un privilegio que, exclusivo en un principio, se extendió poco a poco a gran número de misas. En cuanto a la misa de alba, es preciso reconocer que en un principio no tuvo ninguna relación con la Navidad. El 25 de diciembre era en Roma la fiesta de Santa Anastasia, una mártir de Sirmium cuyas reliquias habían llegado a la capital. Resultaba normal celebrar la fiesta de esta mártir en la iglesia que la recordaba y ofrecer allí el santo sacrificio. Poco a poco el recuerdo de la santa mártir fuése esfumando en beneficio del de Nuestro Señor. La misa rezada en su honor fué reemplazada por una misa de Navidad, y el único resto que queda del culto de Santa Anastasia es la oración que se reza en la misa del alba así como la indicación de la estación en *Santa Anastasia*. Al comenzar el siglo VI°, bajo el pontificado de San Gregorio el Grande, la reforma ya estaba terminada y las tres misas de Navidad sólidamente implantadas en Roma.

Otras costumbres se fueron sucediendo en la celebración de Navidad, pero la única que hoy queda, parece ser la instalación en las iglesias de un pesebre que representa tan fielmente como es posible, el acontecimiento de Belén: generalmente se ve al Niño Jesús entre María y José y a los pastores, así como el buey y el asno que, se supone, velan su sueño. A partir de Epifanía se añaden los tres Reyes Magos y el ingenio de los constructores se despliega a veces con mucha libertad para completar el pesebre. Tal vez los historiadores podrían quejarse de esas fantasías de la imaginación. Su opinión sin embargo no será tenida en cuenta. Es a San Francisco de Asís a quien se debe la primera reconstrucción del pesebre. Su hallazgo fué afortunado, y difícilmente concebimos que la fiesta de Navidad sea completa sin eso.

Los antiguos eran menos privilegiados que nosotros, en el sentido de que no conocían esos complementos que contribuyen a dar a la fiesta de Navidad un encanto particular. Menos sensibles que nosotros a los encantos de la infancia, se interesaban menos por el pesebre, pero mucho más por el misterio de la encarnación. Su piedad era, por decirlo así, más teológica que la nuestra.

Nosotros poseemos gran número de sermones consagrados por los Padres a la fiesta de Navidad: están como ejemplo, los trece de San Agustín, diez de San León el Grande. Apenas si en uno u otro de estos sermones se encuentra algo que recuerde la ternura de los espíritus medioevales hacia el Niño Jesús.

San Jerónimo es quizás el único que expresa un sentimiento de esa naturaleza: "No había otro lugar para recibir al Salvador naciente sino un pesebre, un pesebre al lado del cual estaban las camas de asnos y de bueyes. ¡Ah! ¡Si pudiera ver ese pesebre donde estuvo acostado el Señor! Ahora, con el pretexto de honrar a Cristo, hemos quitado el pesebre de arcilla y lo hemos sustituído por uno de plata: para mí, mucho más precioso es el que se ha quitado. Son los paganos los que aprecian el oro y la plata: la fe cristiana aprecia este pesebre de arcilla. Aquel que naciera en este pesebre condena el oro y la plata. Yo no condeno a quienes han hecho un pesebre de plata para honrarle, así como no condeno a quienes han hecho vasos de oro puro para los templos; pero admiro al Señor que después de haber creado el mundo, nace, no en medio del oro y la plata, sino en la arcilla.

"Hemos hablado largamente. Hemos escuchado el llanto del niño en el pesebre. Lo hemos adorado. Adorémosle hoy también. Tomémosle en nuestros brazos. Adoremos al Hijo de Dios. Dios Todopoderoso durante tanto tiempo ha dejado oír su trueno en los cielos y no nos ha salvado. El ha llorado y nos ha salvado. ¿Por qué he dicho todo esto? Porque el orgullo no salva nunca, la humildad sí. El Hijo de Dios estaba en el cielo y no era adorado. Ha descendido a la tierra y es adorado. Tenía bajo sus pies al sol y la luna y los ángeles: no se lo adoraba. Nace en la tierra, hombre perfecto, hombre completo, para salvar al mundo entero. Lo que no ha tomado del hombre no ha salvado. Si ha tomado la carne sin tomar el alma, no ha salvado el alma..." (Homilía *De Nativitate*, edit. G. Morin, p. 393 y 397).

El sermón se acaba así con una refutación de la herejía apolinarista. Es preciso que la teología, dejada de lado un instante, recupere su primacía. Los sermones de San Agustín sobre Navidad, merecen análogas observaciones. El obispo de Hipona deja estallar su alegría y su admiración al comienzo y al fin de la homilía, pero los temas desarrollados con mayor amplitud son los contrastes entre la grandeza de Dios y la pequeñez del niño, entre la muerte del hombre pecador y la vida del hombre salvado, entre el Verbo eterno y la condición mortal del Salvador:

"Que mi boca entone la alabanza del Señor, de ese Señor por quien todo ha sido hecho; quien entre todas las cosas que han sido hechas, ha sido hecho él mismo, que es el revelador de su padre y el creador de su Madre. Hijo de Dios, nacido del Padre sin madre; Hijo del hombre, nacido de una

madre sin padre, él, la gran claridad de los ángeles, tan pequeño en la claridad de los hombres. Verbo, Dios antes de todo tiempo, y carne en un tiempo por El elegido. Creador del sol, y creado bajo el sol. Desde el seno de su Padre regula el curso de los siglos, y consagrándose desde el seno de su madre a ese gran día; queda en el seno paterno y de él procede a un mismo tiempo. Creador del cielo y de la tierra, nace en la tierra bajo el sol. Sabio, más allá de toda expresión, y niño por efecto de esa sabiduría. Llenando al mundo, y yaciendo en un pesebre; gobernando a los astros, y alimentándose del seno materno, tan grande en forma de Dios, tan pequeño en forma de esclavo, sin que esa pequeñez disminuya nada su grandeza ni que esa grandeza oprima la pequeñez. Porque por haber asumido formas humanas, no ha suspendido sus operaciones divinas, ni dejado de alcanzar con vigor de un extremo a otro del mundo, y de disponer de todo con dulzura. Bajo la vestidura de una carne informe, que recibiera en el seno de una virgen, El no ha quedado encerrado en ella, y al mismo tiempo que sigue distribuyendo a los ángeles su sabiduría, como alimento para nosotros nos permite gustar cuán dulce es el Señor (*Sermón* 187).

Esas antítesis acuden continuamente a los labios del antiguo retórico que era San Agustín y ellas serían del agrado de su auditorio africano. Los romanos que escuchaban a San León el Grande recibían lecciones de teología de índole más fuerte. En efecto, en la época de la predicación de San León, la herejía monofisita multiplicaba sus efectos en Oriente. Numerosos eran entonces los cristianos que, para afirmar mejor la divinidad del Salvador, negaban su humanidad, o por lo menos, restringían su alcance. Era necesario recordar que en Jesús se habían ejercido simultáneamente la actividad humana y la actividad divina, porque Jesús era verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. San León es el infatigable predicador de la unidad de la persona y la dualidad de naturalezas en Cristo.

"Nuestro Salvador, hermanos bien amados, ha nacido hoy, regocijémonos. No hay sitio para la tristeza allí donde nace la vida, esa vida que destruye el temor de la muerte y nos da la alegría de las promesas eternas. Nadie está excluído de esta felicidad: esta causa de alegría es común a todos, porque Nuestro Señor, vencedor del pecado y de la muerte ha venido para liberarnos a todos. Que se regocije el justo porque le es devuelta la patria; que el pecador se regocije porque le es ofrecido el perdón: que el pagano tenga valor, la vida le llama (*Sermón* 21)".

"Para venerar de acuerdo con la verdad, para honrar de acuerdo con la piedad, el misterio de la fiesta del día de hoy, es necesario, mis bien amados, no cometer error alguno con respecto a la encarnación del Señor, y no admitir ninguna opinión indigna de su divinidad. Existe tanto peligro en no reconocer en él la verdad de nuestra naturaleza, como en el negar la igualdad de su gloria con la de su Padre. De modo pues, que cuando tratamos de penetrar el misterio del nacimiento de Cristo, por el que es nacido de la Virgen Madre, alejemos de nosotros la oscuridad de los razonamientos humanos" (*Sermón* 27).

ES difícil llegar a cansarse leyendo estos viejos textos. Nosotros expresamos de otro modo nuestra fe y nuestro amor hacia el Salvador, cuando celebramos la fiesta de Navidad. Pero con todo son la misma fe y el mismo amor. Podemos igno-

NAVIDAD INGLESA

ALBAN BOSLEY

PARA la mayoría de los ingleses las Navidades constituyen la única auténtica festividad a lo largo del año. Esto no significa que los aniversarios y cumpleaños no dejen de celebrarse pero se trata tan sólo de celebraciones que no trasciende del seno de la familia. Semana Santa y Pascua de Resurrección tienen en sí profundo sentido religioso, pero los ingleses reciben estas festividades como una ocasión que se les brinda para escapar de sus tareas cotidianas. En Navidad, sin embargo, la nación entera abandona su tradicional reserva y trata de obtener y participar de la paz y regocijo que debe acompañar al nacimiento de Cristo. No se puede evitar la impresión de que los ingleses, esencialmente sentimentales, se conducen en Navidad como si el 25 de diciembre fuera no sólo el día de nacimiento de Cristo, sino el cumpleaños de cada cual... Y la nación celebra su cumpleaños.

Pero quizás el dar una idea general de la Navidad inglesa entraña dificultades que residen, mayormente, en el hecho de que para un gran sector de la población inglesa las navidades son navidades sin Cristo, por paradójico que esto pueda parecer. No obstante muchos millones en estas islas celebran la Navidad con el mismo fervor religioso con que pueda celebrarse en cualquier otra parte del mundo. Pero prescindiendo de estas dos actitudes opuestas existe algo que hace de la Navidad inglesa un conjunto con personalidad propia.

Quizás la característica más sobresaliente es que la Navidad es una festividad familiar. En cierta ocasión una señora española me dijo que en Inglaterra no existía la vida de familia. Probablemente muchos visitantes latinos reciben al visitar Inglaterra la misma impresión, producida por un fenómeno, la familia inglesa, que les es totalmente extraño. Los ingleses son menos abiertamente afectuosos; dependen menos los unos de los otros; carecen de servicio doméstico, y las convenciones sociales son, en Inglaterra, muy distintas de las de los pueblos latinos. Pero por debajo de esta corteza superficial el viejo roble de la familia inglesa todavía recibe savia fresca y reverdece con vigor insospechado en las horas difíciles. Prueba clara de esta afirmación la podemos encontrar en la solidez y heroísmo que demostró la familia inglesa en la última contienda mundial. En Navidades la familia se congrega en torno a la mesa y después de una copiosa comida dedica el resto del día a inocentes juegos y a cantar canciones en las que se mezcla lo viejo y lo nuevo para satisfacer el gusto cambiante de las generaciones.

Aunque a consecuencia de la guerra, la vida



COSTUMBRES CRISTIANAS DE LA GRAN BRETAÑA RURAL

Los bailarines de las Siete Espadas bailan en Navidad en el Yorkshire. El origen de la costumbre se remonta 10 siglos atrás, y algunos creen que representa el destierro del mal por la Cristiandad

A. Bosley es el seudónimo del Rev. P. G. J. Cheyne, que durante varios años fué capellán de los estudiantes ingleses en España.

---

rar la fecha exacta del nacimiento de Jesús. Ello importa poco a nuestra piedad. Como nuestros Padres, festejamos con júbilo la Navidad. He aquí que una vez más, los ángeles dejarán oír sobre nuestros campos, el llamado a todos los hombres de buena voluntad: ¿quién, entre nosotros, podría negarse a escucharles y a ir una vez más, en espíritu, a Belén para adorar allí al Niño? ※

inglesa se ha complicado de manera indecible, es difícil imaginar una familia en este país que no esté dispuesta a hacer de las Navidades una fiesta memorable. Pero el hablar de la familia nos lleva de la mano a hablar de los niños y, por encima de todo, la Navidad es un día grande para los niños... Los mayores también procuran por todos los medios hacer de la fiesta un día de holgorio para la gente menuda. Todavía recuerdo con plena claridad cómo de niño solía esperar impaciente la llegada de los meses fríos de invierno porque sabía que con ellos llegaba también la comida de Navidad en compañía de mis hermanos, mis tíos y tías favoritos, en torno a la mesa de mis abuelos. Era una cita anual sólo interrumpida por la muerte de mi abuela.

Por más que las ideas de Dickens no pueden llamarse cristianas, creo que es el escritor que mejor ha descrito lo que la Navidad representa para un niño inglés. Entre nosotros el día de Navidad representa además lo que los reyes magos significan para los niños españoles. El niño inglés pide sus regalos a Santa Claus, y tan pronto como abre los ojos a la mañana siguiente corre a mirar en sus medias y calcetines que la noche anterior ha dejado colgando vacíos, cerca de la chimenea, por donde, según se cree firmemente, baja Santa Claus a depositar sus presentes.

Los niños son un elemento esencial en la Navidad inglesa, y cuando están ausentes la festividad es difícil de celebrar: son, sin duda, la sal de la fiesta. Cierto es que atruenan el espacio con toda clase de instrumentos de tortura para los mayores, que no podían imaginar la víspera lo intolerable que podía ser un sonido inocente repetido hasta la saciedad y aventado por el entusiasmo infatigable de la infancia. A pesar de todo, la alegría inocente y fácil de los niños se difunde y contagia con rapidez, y los mayores perdonan siempre al niño que antes de terminar el día ha descubierto ya el secreto de oso que ríe o de la muñeca que cierra los ojos al ponerle en la cuna.

En el día de Navidad no hay espectáculos públicos, y sólo se exceptúan de esta regla general los encuentros de fútbol, que siguen celebrándose por la mañana con la regularidad acostumbrada. En Boxing Day el circo abre sus puertas a millares de pequeños y mayores. Boxing Day es el primer día laborable que sigue al de Navidad. Esta celebración es típicamente inglesa y debe su nombre a los "boxes" o los aguinaldos que el pueblo dedica a los empleados en el servicio público en reconocimiento por sus servicios. En mi juventud sólo dábamos el aguinaldo al basurero y cartero. Boxing Day es día de fiesta nacional, como lo es en Barcelona, y, en verdad que se

recibe con agrado, porque supone un día de descanso bien merecido después de la jornada de preparativos y agitación que le precede. Para los niños este día se dedica de lleno a los juguetes, y en este sentido el niño inglés es más afortunado que el español, porque no tiene que volver al colegio al día siguiente.

Y de qué modo celebran la Navidad los católicos ingleses? Además de las celebraciones que hemos expuesto, los católicos tienen servicios religiosos especiales que dan verdadero sentido a esta festividad. En todas las iglesias se celebra la misa de gallo con todo el fervor y dignidad de la liturgia católica.

Es costumbre acudir a la iglesia a las 11 de la noche para escuchar al coro interpretar los carols, canciones de Navidad, o villancicos. Unos minutos antes de las doce tiene lugar la Procesión del Bambino, y, después de colocado en el pesebre (nunca tan artístico como en las iglesias españolas) comienza la Misa. Después del servicio se vuelve a casa y los niños se acuestan. Y éste es el momento oportuno que los padres aprovechan para penetrar en el dormitorio y llenar, en nombre de Santa Claus, los calcetines mayores que los niños han sido capaces de encontrar. En Inglaterra no se celebra la Nochebuena, como en España, ni existe el "Reveillon" después de la Misa como en Francia. No hay servicio por la tarde y ésta se dedica por completo a diversiones profanas, compatibles con la dignidad de la fiesta.

Inglaterra está atravesando en los últimos años un período de crisis espiritual del que no podemos ocuparnos "in extenso" en esta ocasión. Por fin, se reconoce que el interés comercial ha contribuído a desterrar la idea religiosa de la venida de Cristo de la Navidad cristiana y ello ha contribuído a aumentar los beneficios de los hombres de negocios. Las tiendas grandes y pequeñas comienzan ya a primeros de octubre a anunciar con la brillantez de la propaganda moderna la necesidad de comprar mucho y pronto para Navidades; pero en ningún caso se declara la verdadera razón y esencia de la festividad.

Una costumbre muy inglesa es la de los postales de Navidad o Christmas, y en ella se puede ver con claridad el concepto erróneo de la Navidad. Tanto el texto como las ilustraciones en estas postales son por completo paganos. Desgraciadamente la difusión de esta costumbre ha alcanzado a diversos países, incluso a España, donde muchas de estas postales muestran esta falta de comprensión del verdadero sentido de la Navidad. Se pretende con ellas dar muestra de buena voluntad y simpatía, y se descuida de otro modo la fuente de la Gracia de la que en realidad depende toda buena voluntad.

Para combatir esta funesta materialización de la Navidad un grupo de hombres de negocios cristianos iniciaron hace dos años una campaña de prensa en la que se propugnaba la colocación de grandes carteles en todo el país para recordar de manera viva las gentes el hecho de que la Navidad comenzó en un pesebre y que es de este pesebre y no de las tiendas de donde deriva su gozo e inspiración. Estos carteles representaban escenas de la Navidad tomadas de las pinturas de ocho viejos maestros y son el primer signo de una reacción saludable por la que se intenta dar a la Navidad su verdadero sentido. También se ha progresado bastante en el diseño y venta de verdaderas postales de Navidad. Por consiguiente, las Navidades no son lo que deberían ser, pero parece que existe un propósito firme entre todos los ministros de la religión de volver a colocar a Cristo en el centro de la Navidad; de tratar de combatir el poder de las empresas comerciales, de rescatar un Adviento apresado por las garras de Mercurio y de dar a la Navidad toda su importancia litúrgica.

Los ingleses están empezando a saber por qué celebran su "cumpleaños". ✠

EL PRURITO DE CURSIPARLAR

ARTURO CAPDEVILA

LA clase de los inteligentes, en que están o no están las categorías sociales o económicas, se mantuvo siempre alerta en nuestra vasta familia hispánica —tanto de éste como de aquel lado del mar— en lo que mira a esa sospechosa elección o preferencia por la finura aparente, que se llama lo cursi. Sospechosa predilección que certifica mal gusto y discernimiento superficial, ya que se paga de apariencias solas de bondad en prendas, actitudes y locuciones, con escasos barruntos de lo realmente preferible.

Complace mucho que sea invención castellana este vocablo *cursi*, de no fácil traducción a otras lenguas. La noción exacta de la cosa debió traer la palabra. Es de suyo este feliz nacimiento un testimonio de la elegancia espiritual del idioma. El neologismo inmediatamente repercutió en América, y desde luego, en nuestra Argentina. Y al punto hubo diversas maneras de decir lo mismo. Allá, cursería; aquí y en otros lugares del Continente, cursilería o cursilonería. En cuanto a Chile, país dotado de una espirituali-

dad tan sensible, creó —si es que ya no había creado— su propio vocablo: ese tan despectivo de *siútico*.

Avancemos algo más. ¿Quiénes son los cursis o las cursis? Para D. Juan Valera, señor distinguidísimo, sin decir nada del eximio escritor; para este finísimo espíritu, según se infiere de algunos reparos suyos a Pérez Galdós, es cursi el que desbarra en el trato social, por pujos de ser más de lo que es, y así yerra a cada paso en conducta y en palabras; de donde, queriendo pasar por muy exquisito y pulcro, sólo en ridículo se queda.

El párrafo pertinente, que se halla en la página 57 del *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo* —Espasa-Calpe, Madrid, 1946— dice así: "Por fortuna, *La familia de León Bosch* —de Galdós— me ha parecido inmensamente mejor de lo que yo me había figurado... El autor no es muy *cursi*, aunque apenas conoce la sociedad elegante que describe".

Es de celebrar que tan sagaz observador de la buena sociedad española como D. Jacinto Benavente, haya iluminado este asunto a diversa luz en su comedia específica *Lo cursi*. Ya sabemos de lo que se trata. Nada menos que de distinguir muy bien lo distinguido. Pero la noción de cursi, aunque tan neta, es de una extrema inestabilidad. El Marqués —personaje rector en esta comedia— lo expresa con precisión a las primeras escenas: "La invención de la palabra cursi "complicó horriblemente la vida. Antes existía "lo bueno y lo malo, lo divertido y lo aburrido, "y a ello se ajustaba nuestra conducta. Ahora "existe lo cursi que no es lo bueno ni lo malo, "ni lo que divierte ni lo que aburre: es... una "negación: lo contrario de lo distinguido; es decir una cosa cada día... Pero, tocante a dis"tinción, no hay que olvidar la frase célebre: "Pensad siempre en ello; no habléis nunca de "ello".

Si el esquivar la cursilería tiene, como se ve, no pocas dificultades en las sociedades viejas ¿a qué peligros no se sucumbirá en las nuevas, sobre todo en las zonas de su último aluvión, para las cuales la distinción se compra en las tiendas? ¿Y qué no pasará asimismo en esa vasta promoción como de antesala que se llama la clase media, donde se practica por esa causa la ardua gimnasia respiratoria del refinamiento?

Como se comprende, lo primero que se quiere enaltecer es la persona de cada uno respecto del otro en la familia. Y como todo esto refluye en el léxico, pronto resulta que el lenguaje de la intimidad se vuelve repulido, remilgado, cursi. Cae por ejemplo, en esa área del hablar repulgado el decir "mi esposa" y "mi esposo" por "mi mujer" y "mi marido" en el trato con los iguales en la cotidiana amistad.

Amado Alonso (*Revista de Filología Hispánica*, año III, núm. 2, pág. 115), en su artículo *Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires*, ensayo tan perspicaz como bien fundado, se refiere a este punto en los términos siguientes: "Mi *esposo, mi esposa*, es la fórmula "más culta, más cortés y socialmente más ele"gante para la mayoría de los porteños de *la* "*clase media*... Para ciertos grupos sociales "porteños en las llamadas familias patricias es "un uso afectado... En las familias tradiciona"les lo habitual en conversación familiar es *ma*"*rido, mujer*...".

Este mismo espíritu de remilgo, en que la familia entera busca parecer finísima, conduce al uso y abuso de los diminutivos en la mención del parentesco y amistosos vínculos: Mi hermanito... mi hermanita... mi primita... mi amiguita...

A este respecto asume extremos de inmenso ridículo la cursiparla. Un señor de mi relación me pide un día que consienta en recibir a una hermanita suya que había de solicitarme no sé qué apoyo. Naturalmente accedo gustoso, mientras me doy a pensar cómo podrá ser que tenga

una *hermanita*, señor de tantos inviernos como aquél.

A poco llegó la anunciada que, por cierto, excedía los años de su señor hermano, tocando ya en sesentona; y a las iniciales palabras me advirtió que no era para sí propia la gestión sino para una *amiguita* suya que no tardaría en presentarse. Y que se presentó, en efecto, con todavía más años a cuestas que la primera.

¿Qué hacer por mi parte? "Le presento a mi hermanita", decía la carta de mi antiguo conocido. Y aquélla ¿qué fué lo que dijo? "Aquí llega mi amiguita". De suerte que me vi ante ellas con tal espantada confusión, que no sé bien si les dije:

—*Niñitas*, tengan ustedes a bien tomar asiento.

Lo que sé de seguro es que las dos criaturas se sentaron.

El prurito de distinción ocasiona en el que no es distinguido, caídas horribles. ¿Quién lo ignora? La gente no distinguida pero que se pirra y desvela por serlo, ha descubierto, verbigracia, que el verbo terminar es mucho más elegante que el verbo acabar. Y, lo admita o no el sentido de la frase, viven supliendo al uno con el otro. Sí. Solamente de ahí viene esta predilección caprichosa. Algunos recién llegados al habla resolvieron, por motivos de muy mal aplicada delicadeza, esa sustitución verbal, como si en materia de verbos hubiera alguno capaz de sustituir en forma total a otro. En suma: que ese frenesí de elegancia, que es cursería pura, nos da la clave del suceso. Lo tengo de sobra analizado. Recibo un día una esquela: "*Termina* de decirme " mi *hermanita*, que al salir yo para mi empleo, " usted me llamó. Quiero darle mi horario. . .". Hablo después con la autora de la misiva:

—Sinceramente ¿por qué puso usted en sus líneas "termina de decirme mi hermanita" en lugar de "acaba de decirme mi hermana?

—¿No era más fino —me contesta—, máxime cuando me dirigía a un escritor?

¡Y cómo ha cundido el dislate!

Se pregunta por teléfono a un consultorio:

—¿Está el doctor?

—Termina de salir, nos responden.

Así. *Termina* de salir; como si el desdichado —a lo gato que no a lo hombre— hubiera estado en la tarea de abrirse brecha por el albañal hasta por fin lograr zafarse de la apretura.

Mas ¿cómo ha de sorprenderme nada de esto, cuando en una cinta cinematográfica *educativa*, en que Sarmiento es el protagonista, dí con una escena en que se le comunica al prohombre —con su tácita conformidad, que es lo peor del agravio— este ex abrupto:

—Señor Sarmiento: ¡Terminan de asesinar a Aberastain!

Lo mismo que si la operación de asesinar a su ilustre comprovinciano hubiera llevado horas, o meses, en expresión asimilable a decir: Se han terminado ya las obras del ferrocarril.

Mas, a todo esto, alguien se estará preguntando cuál es la regla para acertar. Atenderemos al supuesto anhelo. En nuestros tiempos docentes nos servíamos de dos prescripciones muy precisas (ya que censurar y no precaver es mala acción), y eran éstas:

1ª) Sólo estará bien empleada la expresión "terminar de..." cuando pueda ser sustituída por esta otra: "dar término a...".

2ª) Más claro aún. ¿Cuándo se empleará bien el verbo *terminar?* Cuando pueda ser sustituído por *concluir*. Y si no, no. ¿Diría usted de alguien que concluye de salir de su casa? Jamás. Entonces no diga nunca que termina de salir.

MIENTRAS tanto, conforme vienen llegando los días de la navidad, es para echarse a temblar. Dios sabe los padecimientos que por aquí le esperan al castellano en esas horas pascuales. Como entre las cursilerías corrientes impera la sustitución perenne del verbo oír por el de escuchar, ya nadie *oye misa* entre ciertos núcleos, sino que todos *escuchan misa*. Como si —en primer lugar— cupiera reemplazar así como así aquellos verbos y tal como si las expresiones tradicionales de siglos y siglos debieran sujetarse al remilgo de los cursiparlantes.

¡Para pensar que Herodes resucita siempre, en cada conmemoración de Belén! Pues sobre la majadera ocurrencia de *escuchar misa*, todavía resulta que escucharán la misa *que se da* (como si fuera un baile) en tal o cual iglesia. . . ¡Ah cursis! ¿Y cómo es que no entienden que *se oye* misa porque *se dice misa*, y que de *darse* y no *decirse*, el feligrés no *oiría* sino que *tomaría* misa? Y no la toma.

Pero hay aún desventura mayor para el lenguaje en horas de Nochebuena. Por encima de que la cursilería y la ignorancia idiomática concertadas llevan a *escuchar* y hasta —mentira parece— a *sentir* misa, se añade todavía en esta inefable solemnidad el despropósito de *escuchar* la misa *de* gallo, en vez de oír la *del* gallo; esto es, la del canto del gallo (*ad galli cantus*), a la hora de uno de sus cantados alertas que cae hacia la medianoche.

Bien quisiéramos que no fuese tan probada perseverancia de cursis esta porfía en el mal gusto, para poder consolarnos con la esperanza del dicho: No alabes ni desalabes hasta siete navidades.

Como acontezca, será navideña gracia. ※

LA MISTICA DE LA NIÑEZ

MICHEL CARROUGES

EN el mundo insensible de los hombres, entre el rugir de las fábricas, la trayectoria de los cohetes fotografiando la curvatura del globo el choque de las clases y de las naciones forjando el mundo del mañana, ¿qué vale el mundo de la niñez? ¿Qué valen los millones de pequeños pesebres levantados en las iglesias y las habitaciones de los niños?

"Cuerpo de cigarra cabe en la mano, canto de cigarra llena el cielo", dice un proverbio que Jean Paulhan recogió en Madagascar.

Las alegrías y las lágrimas de la niñez hacen sonreír a los adultos, orgullosos de su razón desencantada. Y sin embargo, de las profundidades de este mundo cruel que han edificado, surge de su propio corazón un canto desbordante de asombro maravillado y de nostalgia.

Desde el verde paraíso mencionado por el poeta Baudelaire, y el país de las maravillas en donde se aventura la Alicia de Lewis Carrol, hasta los primeros escritos tiernos y tristes de Gide y de Proust, cuántos hombres han descrito a la infancia como el paraíso perdido del cual no pueden consolarse. Aquel tiempo de la despreocupación, de la alegría, de la inocencia, de la libertad poética, no pueden resignarse a su pérdida. Antes de desvastar sus vidas de hombres, antes firmar un pacto con Satanás, se dicen a veces a sí mismos, pero mantener en ellos al menos la sombra de los paraísos de la niñez.

¿Habrá que creer que es éste un peligroso privilegio de los poetas y de los artistas? Es preciso reconocer que ellos le son más sensibles que nadie. Pero ¿en cuántos corazones de hombres se ahoga un grito de niño que no quiere morir? Pues no es la edad que nos arranca de la infancia, sino la vejez del corazón. Y es morir una primera vez el aceptar la crueldad y la absurdidad de la existencia.

Los más amargos de los psiquiatras de hoy, hijos de Freud, lo saben muy bien cuando pretenden descubrir en lo más hondo de todo hombre perverso o insensato, la herida que otrora marcó en él un alma de niño.

¿Habrá que creer que es éste un peligroso vasto. En las mil formas de rebeldía que asolan al mundo, obra de los adultos, ¿quién reconocería su origen primero en las rebeldías entonces impotentes, de niños quebrantados por la miseria y el escándalo? Un hombre puede resignarse a sufrir; lo que menos perdona es lo que ha sufrido en su infancia o en sus hijos.

Pero si el hombre sufre de su infancia maltratada, lo oculta con un pudor peligroso. Se lo disimula a si mismo como si le repugnara confesarse un drama pueril y demasiado íntimo. En secreto, permanece prisionero de su infancia. Las uvas verdes comidas durante la niñez irritan toda una vida de hombre.

¿Qué poder está pues oculto en la infancia?

¿Qué extraño sentimiento de esperanza y malestar a la vez se apodera de tantos hombres alejados de Cristo, tibios e incrédulos, cuando se alza ante ellos la imagen del pesebre? ¿Cómo renunciar a ese resto de fe que aún arde en ellos como una brasa bajo las cenizas? ¿Cómo renunciar a todos los pretextos de la negación? ¿Cómo renunciar a la razón del hombre y, sin embargo, cómo renunciar a ese misterio de la niñez que de tanto en tanto se despierta en ellos?

Allí están ante la fuente de juventud y no lo saben. Están a la orilla del manantial y mueren de sed por no saber cómo beber. Porque hay un misterio de la infancia, pero sólo el cristianismo posee su llave.

ES una idea singular el creer que hay dos formas separadas en la religión cristiana: una encantadora y pueril, nacida alrededor del pesebre, y la otra sombría y trágica rodeando a la cruz. Como si el Niño Jesús y Cristo fueran dos personas diferentes. Como si el niño del pesebre no fuera el Niño-Dios así como Cristo a los treinta años es el Hombre-Dios.

Hay hombres que olvidan a la infancia y reniegan de ella, pero no así Cristo. El que decía a Nicodemo: "El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios" (Juan, 3, 3), y a sus discípulos: "El que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él!" (Marcos, 10, 15).

Palabras tan agudas y tan simples que no se entienden.

El docto Nicodemo queda tan estupefacto que pregunta cómo podría un hombre volver al seno de su madre y nacer por segunda vez. Nosotros que sabemos cómo Cristo designaba en este segundo nacimiento al misterio bautismal, no tenemos ningún derecho de reírnos del ingenuo y desorientado Nicodemo, porque ¿estaremos muy seguros de entender mejor la otra máxima de Cristo? A pesar de ser uno de los principales entre los judíos y miembro, dícese, del Sanhedrín, Nicodemo había interpretado puerilmente

---

M. Carrouges es colaborador habitual de la prestigiosa revista francesa "Temoignage Chrétién"

el anuncio del nacimiento bautismal. Pero el espíritu de la infancia que reclama la segunda máxima no tiene nada que ver con niñerías.

¿Cómo resignarse a no entrar en ese enigma, cuando en estas dos máximas Cristo repite la palabra maestra de los Evangelios: el reino de Dios? Va en ello el sentido de todo el misterio cristiano. Va en ello nuestro propio destino.

¿No dijo Cristo sin embargo que tales secretos, cerrados para los eruditos, estaban ampliamente abiertos al espíritu de sencillez? Si a pesar de ello quedamos estupefactos ante esta máxima de Dios que nos devuelve confusos y desamparados a la sabiduría de la infancia, ¿a quién podríamos pedir el secreto del enigma, sino a la Santa de Lisieux?

Esa Teresa que añade a su nombre el del Niño Jesús, que se hace carmelita a los quince años, que vivió heroicamente su infancia, ¿no se acerca ella más que nadie, al misterio de Navidad?

Ella es el tierno espejo de la infancia con su amor por las flores y los pájaros, con su maravillosa dulzura hacia los suyos, en medio de las carmelitas, y hasta en sus oraciones. Sería absurdo recusar este testimonio por ser demasiado "enternecedor". El cura de Ars no era enternecedor, por lo menos de esta manera: aportaba el testimonio de un hombre. Teresita del Niño Jesús da el testimonio de una niña y no estaría bien retirárselo.

Menos soportable aún sería pensar que su amor por las flores y los pájaros son el signo de la santidad y que la infancia está simplemente jalonada de flores y de cantos de pájaros. Esa es la poesía del mundo; es tal vez infantil en su expresión, pero es sagrada en su profundidad porque el mundo es obra divina. Bien lo sabían el rey David y San Francisco de Asís cuando oían en el movimiento de las estrellas y en el canto de los pájaros la alabanza del Señor. Pero esta poesía no es la santidad pues la santidad no es ya la creación primera sino la re-creación del hombre nuevo en nosotros.

Descubrir las florecillas celestes sembradas en la vida y el estilo de Santa Teresita, es reconocer su alma de niña. Lo admirable es que, para albergar a la santidad, un alma de niño no es demasiado pequeña. Como tampoco, nunca un alma podría ser demasiado vieja. Porque la santidad es en sí siempre bastante joven y bastante fuerte para dilatar el alma a su medida y rejuvenecerla si fuera necesario.

Se descubre poco a poco la inmensa línea dura y ascendente de la santidad de Teresita de

Lisieux en cuanto se leen, entre las flores celestes, las palabras-maestras repetidas como un leit-motiv, desde su infancia hasta su muerte: el *desierto* y el *Monte-Carmelo*.

Pequeñita las oye y las retiene. Las comprende apenas pero su débil murmullo se hincha poco a poco en su alma convirtiéndose en rumor de combate. Con el pasar del tiempo, entra cada vez más en el secreto de esas palabras. Sin haber tenido nunca tiempo de perder nada de su candor infantil, se hace discípula del gran doctor carmelita, San Juan de la Cruz.

En su corazón, no hay ninguna oposición entre la dulzura de Belén y la tragedia del Calvario. Así como añadió a su nombre el del Niño Jesús, agregó también el del Divino-Rostro. Supo volver a encontrar a la infancia y se hundió en ella hasta consentir en morir por amor.

Toda su vida lo demuestra: la infancia no es un paraíso ingenuo; de mil maneras repite ese secreto. La infancia no es sino "el camino de la confianza y del abandono total". Entrar en esta vía, es simplemente "reconocer su propio vacío, esperarlo todo de Dios así como un niño lo espera todo de su padre".

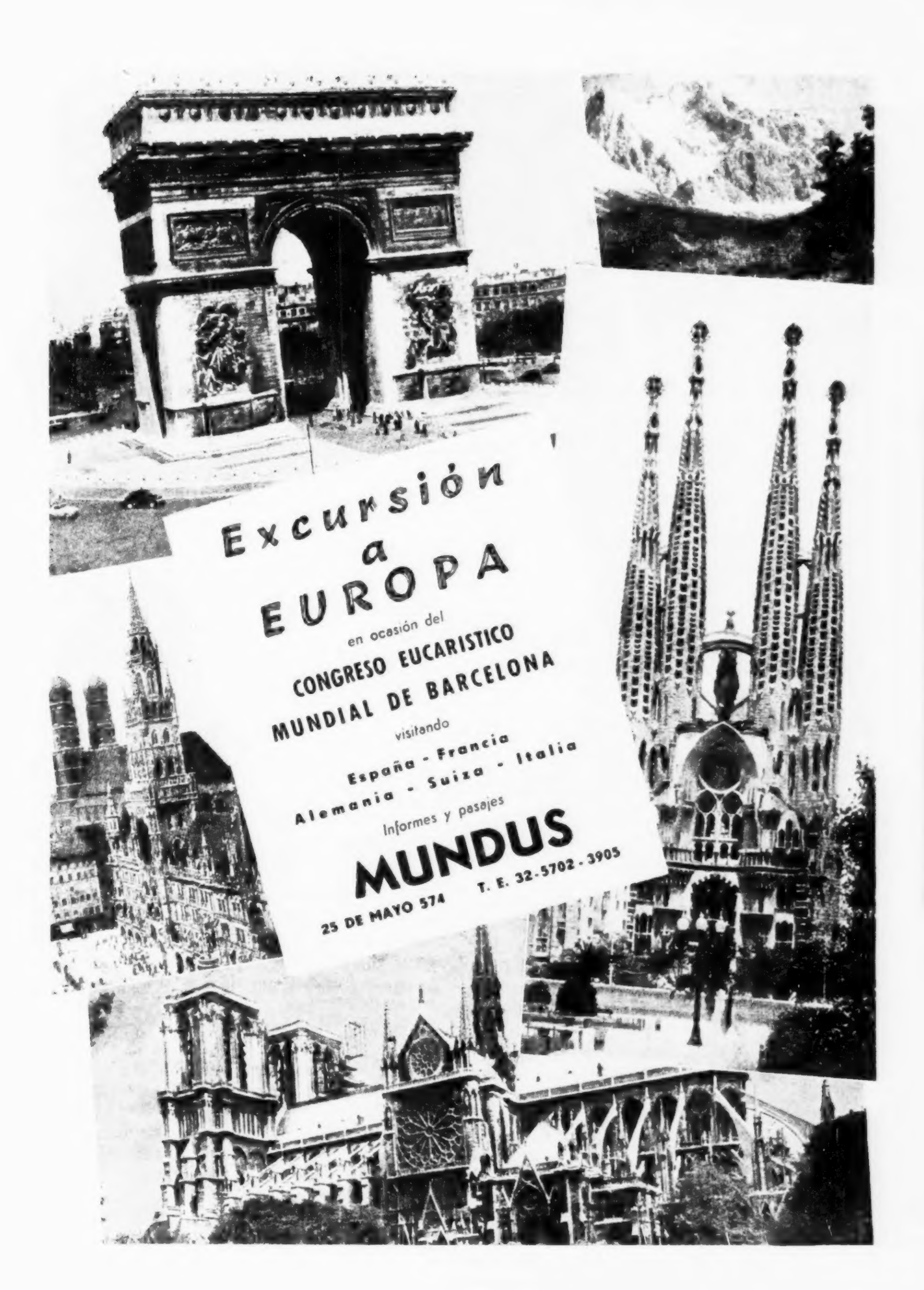
En su lecho de muerte, anunciaba que dejaría caer sobre la tierra una lluvia de rosas. Palabra profética y animada al mismo tiempo de encanto infantil. Sin embargo, ¿cómo podríamos separarla de ese momento de su infancia en que fué profundamente conmovida por la imagen de las manos ensangrentadas del Crucificado:

"Mi corazón, dice, se partió de dolor al ver caer esa sangre preciosa sin que nadie se precipitara a recogerla; y resolví quedarme continuamente en espíritu al pie de la cruz, para recibir el divino rocío de la salvación y derramarlo luego sobre las almas".

Esta lluvia de rosas y este rocío de sangre no son separables.

La juventud imperecedera, la dicha pura que los hombres desean con tanta avidez y que buscan hasta el agotamiento en los espejismos, no son un mito. Pero son el secreto del Dios creador de toda juventud y de toda felicidad. Son inconmensurables tanto con las edades terrestres como con las alegrías y los sufrimientos humanos. Quien se da a Dios sin reserva, recibe de El comunicación sin reserva como un canal que se abre al mar. Lo que sueñan los poetas, los santos lo poseen en superabundancia.

Según la primera máxima de Cristo, millones de hombres nacen a la vida divina en el agua bautismal; pero ¿quién escucha la segunda máxima? Millones de hombres permanecen toda su vida, espiritualmente, unos recién nacidos. ¿Cuántos dejarán crecer en ellos al niño celeste? ✠


Excursión
a
EUROPA
en ocasión del
CONGRESO EUCARISTICO
MUNDIAL DE BARCELONA
visitando
España - Francia
Alemania - Suiza - Italia
Informes y pasajes
MUNDUS
25 DE MAYO 574
T. E. 32-5702-3905

HISTORIA DE LA IGLESIA DE ASSY

M. A. COUTOURIER

La iglesia de Assy ha sido consagrada el 4 de agosto por S. E. el Obispo de Annecy, en presencia de S. E. Mons. Gillet, anteriormente Maestre General de los Hermanos Predicadores, y de S. E. Mons. Terrier, obispo de Bayona.

De este modo pone término y coronación a la obra comenzada en 1937 por el canónigo Dévémy. Estas líneas dedicadas a la iglesia de Assy, no podrían comenzar sino con un homenaje a quien concibiera y realizara esta gran tarea con una perseverancia y un coraje dignos de elogios sin reservas. La ayuda que cualesquiera de nosotros haya podido aportarle en algún momento, es bien poca cosa ante el inmenso esfuerzo que él ha debido cumplir, y que en realidad, ha cumplido solo. Aportaba a su obra una clarividencia, una libertad de espíritu, un desinterés que pueden testimoniar todos aquellos que lo conocen, pero corresponde decir a esta revista, que esos atributos deben ser para todo el clero, en medio de esta crisis del arte cristiano, un gran ejemplo de lo que se debe ser y de lo que hay que hacer.

Son conocidas las razones que han movido al abate Dévémy. Ex enfermo y, desde hace muchos años, capellán del Sanatorio de Sancellenez, él vió establecer poco a poco en los bosques y llanuras de la meseta de Assy, una tal población de enfermos, enfermeras, empleados, médicos, que se hacían necesarios para una iglesia y una parroquia para esa villa agrupada alrededor de los sanatorios, en medio de la soledad y los largos ocios cuajados de inquietudes, que engendra la enfermedad.

Las obras comenzaron en 1937 y fueron confiadas al arquitecto Novarina que ya había construido en la región la iglesia de Vong (desfigurada por las decoraciones que se le hicieron posteriormente), y la de Fayot, cuyos vitrales y pinturas fueron confiadas a un grupo de artistas de Suiza Romana, formado alrededor de Cingna. El abate Dévémy eligió una iglesia de tipo más bien tradicional y regional, solución que le era sugerida por el clima así como por la abundancia y la calidad excepcional de los materiales nativos: el admirable granito verde extraído del mismo sitio en que debía levantarse la iglesia, y el mármol gris de Combloux.

Desde 1938, quedó terminada y abierta al culto la cripta, decorada con los pequeños vitrales, muy sinceros y muy sugestivos, de Marguerite Huré.

Durante el verano de 1939, al visitar el abate Dévémy la exposición de "Vitrales y tapicerías modernas" organizada por Jean Hébert Stevens, en el Petit-Palais, quedó fuertemente impresionado por los vitrales de Rouault que allí se exhibían y, un poco más tarde, pidió al artista que le cediera uno: así se inició la larga serie de gloriosos participantes que daría todo su valer y su sentido a esta iglesia montañesa.

La guerra atrasó los trabajos pero no los paralizó. En 1942, el grueso de la obra estaba acabado. En 1943, el abate Dévémy pidió a Bonnard que pintara el San Francisco de Sales que decora el altar del lado sud. Bonnard aceptó con la gracia encantadora que el abate Dévémy evoca un poco más lejos.

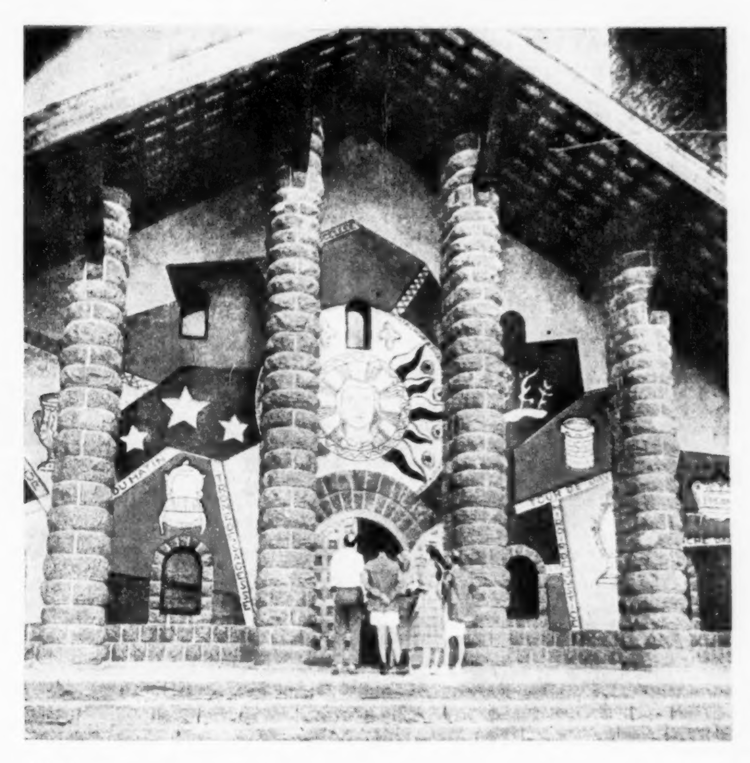
Diversos proyectos de frescos para la fachada fueron sucesivamente diseñados y abandonados, hasta que en 1945, Fernand Láger se encargó definitivamente de los mosaicos que debían constituir una de las piezas magistrales dentro del conjunto de Assy. Hacia la misma época, Lurçat empezó la ejecución de la vasta tapicería del ábside, costeada generosamente por la Dirección General de Bellas Artes. En 1947, Lipschitz pidió que le fuera confiada la estatua de la Virgen cuya realización definitiva esperamos ver pronto, y Braque aceptaba esculpir la preciosa puerta de bronce del tabernáculo. En la misma época Paul Bony comenzaba la ejecución de cuatro nuevos vitrales, según diseños de Rouault. Jean Bazaine se encargó de los correspondientes al púlpito, y un grupo de pintores, entre los cuales encontramos a Berçot, Brianchon, Bony y Adeline Hébert Stevens, emprendió los de la nave.

Quedaba en el extremo, hacia el norte el altar gemelo del que había sido decorado por Bonnard. Matisse lo aceptó en 1948 y pintó en negro, sobre un fondo de cerámica amarillo vivo un gran Santo Domingo rodeado de sarmientos de viña, admirable por su vigor y su nobleza espiritual.

Por fin, durante el invierno pasado, Germaine Richier comenzó el gran Cristo apacible y doloroso que domina al altar mayor.

El Baptisterio ostentará más adelante una se-

El R. P. Coutourier, O. P., dirige conjuntamente con el R. P. Pie R. Regamey, O. P., la revista "L'Art Sacré", con la cual han iniciado un movimiento intensamente renovador del arte sagrado. La iglesia de Assy es una de estas manifestaciones.



Pórtico

LA IGLESIA DE ASSY - PASSY



Vista de conjunto

LA MISION DEL INTELECTUAL CATOLICO ANTE LA CRISIS ACTUAL DEL HOMBRE

OCTAVIO N. DERISI

I

LA CRISIS DEL HOMBRE CONTEMPORANEO

1. — *Falta de la voluntad y error de la inteligencia.* Hay una diferencia esencial entre el *pecado* y la *deformación de la norma moral.* Aquél es una desviación de la voluntad libre, que deliberadamente se aparta de la recta norma moral de la inteligencia; ésta es una deformación de la misma norma; aquél supone el reconocimiento del bien y la norma moral, aunque se practique el mal, ésta, en cambio, implica un desconocimiento o negación de los principios mismos de la conducta por los cuales tienen sentido el bien y el mal; aquél es una falta de la voluntad, ésta de la inteligencia; y, por eso mismo, aquél encuentra en la inteligencia el principio de su curación, mientras ésta ataca ese mismo principio y hace más difícil su recuperación.

La pérdida del criterio moral es mucho más grave que el pecado mismo. El pecador es consciente de su culpa y puede liberarse ajustando su libertad a la norma recta que no ha perdido; no así el que ha deformado la norma moral, porque carece del principio mismo de rectificación de su vida y, con ello, no sólo carece de rectitud de la inteligencia sino también, y consiguientemente, de rectitud de la voluntad y de la conducta.

2. — *La crisis actual es ante todo de principios.* Siempre hubo pecadores en el mundo y también quienes deformaron la conciencia. Pero en nuestro tiempo, con ser tan grave, lo más grave no es la corrupción moral. La crisis de nuestra época es mucho más profunda: es una crisis de fe y de inteligencia. No un grupo de individuos, la sociedad misma desconoce o, por lo menos, reduce a un grado mínimo los principios cristianos y aun los de la ley natural que rigen la conducta humana. No sólo se hace el mal, sino que se pretende negar que sea mal, cuando no justificarlo como bien. Se ha perdido el criterio y con él la conciencia misma del pecado, como dice Pío XII. Fuera de ciertas deformaciones morales extremas, la sociedad y el hombre común de hoy no consideran falta, por lo menos grave, una serie de pecados que realmente lo son. Piénsese no digo ya lo que el hombre común de nuestros días hace, sino el modo con que califica moralmente una multitud de concesiones a la sensualidad: pensamientos, diversiones, ets. Tales actos son considerados por él como cosas sin importancia, pequeñas faltas a lo más. Y no digamos nada cómo considera ciertas obligaciones positivas de la Iglesia, tales como la de oír misa y la de comulgar.

Lo grave es que ese vaho de principios falsos o falseados ha llegado a constituirse algo así como el aire que se respira y lleva, por eso mismo, a contaminar muchas conciencias cristianas. Hay no pocos católicos que inconscientemente sostienen principios contrarios a la fe y expresamente profesan y practican.

3. — *Crisis también de los principios especulativos.* Semejante deformación intelectual trasciende el orden puramente práctico y de dirección de la actividad y alcanza el mismo plano de la verdad teórica y toca a los principios especulativos, tanto del orden natural o filosófico como sobrenatural o teológico.

Basta asomarse a la filosofía actual para darse cuenta de sus múltiples y graves errores. Sin duda el más grave es el relativismo agnóstico —forma larvada de escepticismo— en sus diversas formas de historicismo, vitalismo, perspectivismo y existencialismo. No sólo deforman la verdad con determinados sistemas, sino que preconizan la imposibilidad de alcanzarla por ningún sistema, ni siquiera por el propio. Los sistemas sólo son modos históricos y cambiantes, por ende, de ver la verdad, perspectivas parciales de la misma e inalcanzable verdad. La Filosofía actual renuncia de antemano a la verdad absoluta: se contenta con una fenomenología de determinadas realidades y aún ella dependiente de su emplazamiento histórico cambiante.

Lo grave es que en estos últimos tiempos tales errores filosóficos, sobre todo el relativismo en sus diversas formas, han invadido subrepticiamente la Teología. La Encíclica *Humani Generis* ha señalado y condenado con vigor este relativismo teológico, que conduce a la destrucción misma de la verdad revelada.

Tales desviaciones de la inteligencia —tanto filosóficas como teológicas— no permanecen inactivas en el plano especulativo. Han descendido al plano práctico y a veces por medios de amplia difusión, como la novela, el teatro, el cine y las revistas. Y muchos de los errores introducidos en la norma moral, a que aludimos antes, tienen su origen precisamente en aquéllos; sin negar un mutuo influjo entre los planos práctico y teórico, porque también es verdad que de la necesidad de justificar la vida inmoral o amoral han surgido o se han robustecido las deformaciones de la inteligencia tanto en lo referente a normas prácticas de conducta como a principios especulativos. Tal es, a nuestro parecer, la raíz de la vigencia del existencialismo de nuestros días: la de ofrecer una pseudo-justificación teórica al inmoralismo y amoralismo de las dos postguerras últimas.

4. — *Crisis de la inteligencia y de la fe.* El hecho es que estamos ante una crisis profundísima: que no sólo ha llegado hasta la disolución de las costumbres cristianas y aún de las fundadas en la ley natural, sino que ha penetrado mucho más hondo, atacando los principios reguladores de la conducta hasta confundir el bien y el mal y, más hondo todavía, hasta emponzoñar la raíz de la vida espiritual humana, la vida íntima de la inteligencia —la natural y la enriquecida con la fe cristiana— para diluir sus principios naturales y sobrenaturales y confundir la verdad con el error.

El R. P. O. N. Derisi es profesor de la Facultad de Teología del Seminario Mayor de La Plata, y autor de diversas obras de filosofía y teología.

---

rie de pinturas de Marc Chagall, y esta decoración, inspirada principalmente en las prefiguraciones bíblicas del bautismo, pondrá el punto final a este gran esfuerzo emprendido para devolver a la Iglesia, en su diversidad y en la admirable generosidad de sus dones, al Arte vivo y a sus maestros. ⌘

II

HACIA LA SOLUCION

5. — *Necesidad de substituir la raíz intelectiva errónea por otra verdadera.* Sin un principio firme intelectivo, desde el cual iniciar la ordenación interior de la vida espiritual —intelectiva y volitiva, natural y sobrenatural— para informar con ella la conducta exterior, individual y social, es imposible la reorganización del hombre actual: no hay un punto de apoyo sólido desde el cual iniciar su reconquista espiritual como hombre, primero, y como cristiano, después, y de su proyección en las instituciones y actividades. Para este tipo de hombre es inútil predicar la inmoralidad de ciertas prácticas —v. gr.: del onanismo, de la eutanasia, de la lectura de cierta literatura, etc.— si antes no comenzamos por hacerle ver con evidencia el valor de los principios que las condena y que él desconoce o niega. Porque el principio del mal no se detiene, en tales casos, en la mala voluntad que quebranta un precepto moral, sino en el desconocimiento y aún en la negación misma de la deformidad de tales actos. Y para llegar a demostrar la desviación moral del principio falso y la vigencia del principio verdadero que se niega, es menester comenzar primeramente por destruir una constelación de principios especulativos falsos, de la que aquél depende, y que configuran una concepción también fundamentalmente falsa del hombre y de su vida, en sí y en su destino, para luego substituirla por otra verdadera.

Es preciso llegar con decisión a esta raíz primera, que con sus exigencias fundamenta un modo determinado de vivir. Es verdad que, aún con una concepción verdadera y cristiana de la vida, el hombre es capaz de pecar en razón de su libertad solicitada por sus pasiones. Pero a más de la mayor dificultad para hacerlo, al menos sabe que peca: no ha perdido la conciencia del pecado. Y tal conciencia encierra el principio de la corrección moral de la voluntad desviada. En cambio, sin una concepción de la vida ajustada a los principios de la verdad evidente y de la verdad revelada o, en otros términos, con una inteligencia desviada desde sus comienzos, la rectificación de la conducta y recuperación del hombre y del cristiano al cauce de su auténtica vida espiritual y divina, es imposible, se carece del instrumento mismo para lograrla.

6. — *Antropocentrismo inhumano moderno y teocentrismo humanista medioeval.* Ahora bien, en estos últimos años se ha insistido con verdad en que el espíritu y la cultura moderna están animadas y tienen su raíz en una concepción del mundo y de la vida, que coloca y hace al hombre, en su vida temporal y terrena, el centro y fin definitivo de todas las cosas y de su propia actividad o, más brevemente, en una *concepción antropocéntrica de la vida*, en oposición a una *concepción teocéntrica*, que lo coloca en Dios y en su posesión por la visión, y desde la cual se organizó la cultura y la vida humana sobre la tierra en la Edad Media.

Contra el teocentrismo medioeval, pues, que ponía el fin y la perfección del hombre en la visión de Dios, el antropocentrismo moderno lo señala en el propio hombre. Aquél colocaba el Bien supremo en Dios, éste en el hombre; aquél daba la supremacía a la vida sobrenatural, éste a la natural; aquél ponía su meta y su punto de mira en la vida inmortal y celestial, éste en la vida temporal y terrena; vida heroica, de mortificación de los goces terrenos, para vivir plenamente la vida del espíritu, la de aquél,

vida burguesa, del goce de los sentidos, la de éste; vida de olvido y entrega de sí en el amor de Dios y en la caridad con el prójimo, la de aquél, vida de egoísmo y amor propio la de éste. Aquel teocentrismo organizó al hombre y a sus instituciones con un sano realismo, que nutría la vida humana con el ser trascendente (*ontocentrismo*) y, en definitiva, con el Ser de Dios (*teocentrismo*); éste, en cambio, desarticuló al hombre del ser transubjetivo para acabar encerrándolo en un inmanentismo subjetivista, devorado por la contradicción de una vida intelectiva y volitiva inexorablemente necesitada a echar manos subrepticiamente del ser trascendente, para poderlo negar o prescindir de él, ya que toda la vida espiritual ni sentido tiene sin él, sin la verdad y el bien reales.

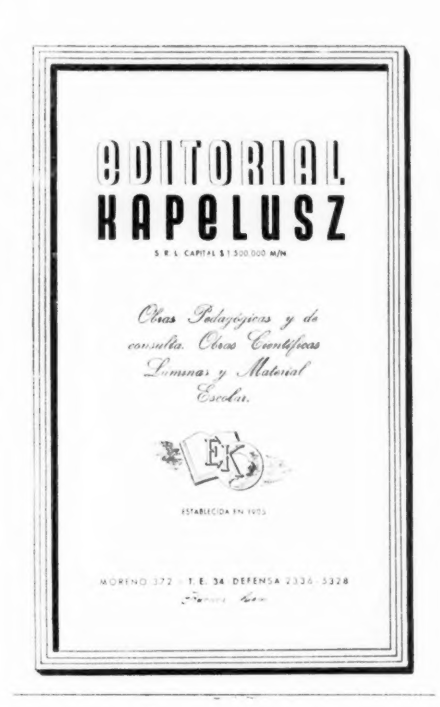
Pero aquella concepción antropocéntrica, que comenzó como una reconquista del hombre y de su vida sobre la tierra, como un *humanismo*, por una lógica paradoja, al arrancar al hombre de la fuente ontológica trascendente que nutría, organizaba y daba sentido a su propia actividad y ser inmanente, ha terminado desviándolo de su verdadera felicidad y de su verdadera vida no sólo eterna sino también temporal, desgarrándolo internamente, condenándolo a la contradicción, al mal y a la vida más *inhumana*. No quiso servir filialmente a Dios y ha terminado obligado a ser esclavo de los hombres, sometido a los regímenes totalitarios, que no reconocen a Dios ni su ley sobre ellos y, por eso mismo, sin control moral alguno sobre sí. Renunció a ser hijo de Dios para ser más hombre y comenzó a ser menos hombre en su vida individual y social, sumiéndose en este caos que lo somete a todos los atropellos de los hombres y de la misma técnica y a todas las inseguridades, desde que se ha cegado la fuente divina del derecho.

En cambio, olvidándose de sí y entregándose a Dios en su regazo paternal, en el teocentrismo medioeval el hombre se colocaba en el camino recto de su propia perfección humana. Sin buscar ni preocuparse del humanismo, incluso descuidando ciertos bienes humanos secundarios, nunca la vida del hombre fué más humana y se encauzó con mayor firmeza por el sendero del verdadero humanismo.

7. — *Misión del intelectual en la substitución de la falsa concepción de la vida por la verdadera.* Ahora bien, si no se llega hasta aquella raíz del mal hasta los principios falsos de la concepción antropocéntrica de la Filosofía y cultura modernas, para arrancarla y substituirla por otra verdadera, constituída por los principios racionales y cristianos estructurados sobre la verdad del ser natural y sobrenatural, que configuran una auténtica concepción del hombre y del mundo y desde la cual brotan los principios inmediatos de acción como otras tantas exigencias suyas, los demás medios son inútiles o sólo superficialmente eficaces. Mientras perdure aquella falsa concepción pagana y materialista de la vida, que, en parte al menos, perdura aún en personas sedicentes católicas, todo otro principio bueno tarde o temprano será arrollado por las lógicas exigencias de aquella concepción incompatible con él.

De ahí que la primera obligación del intelectual católico ha de ser desenmascarar a la luz de la verdad el error de los principios anticristianos y antihumanos, pero desde sus fundamentos falsos primeros: ha de llegar a arrancar esta raíz de la falsa concepción de la vida, que mana e impregna con su ponzoña toda la actividad e instituciones humanas.

Mas semejante ataque no ha de detenerse principalmente en esta refutación y destrucción del



error; ha de elaborarse ante todo como una positiva fundamentación y exposición clara de las verdades reveladas de nuestra fe y como una dilucidación de los primeros principios del ser y actividad del hombre, de su origen y de su destino, de su último fin trascendente y divino, desde el cual se establece el orden y la norma moral y se esclarece el sentido del perfeccionamiento humano en la unidad jerárquica de sus diversos aspectos. Y ello no sólo en lo referente al orden sobrenatural sino también natural, no suprimido sino integrado en aquél.

8. — *Necesidad de reestablecer el valor de la inteligencia para realizar esta misión del intelectual católico.* Para la reorganización de tales principios rectores de la actividad especulativa y práctica, humana y divina, del hombre, es preciso comenzar por asentar con evidencia y firmeza el valor de la misma inteligencia, instrumento único e insustituible para tal labor. Semejante obra previa se llevará a cabo determinando el *objeto formal* preciso de la inteligencia humana en su condición de facultad de un alma espiritual encarnada o substancialmente unida al cuerpo: la *esencia inmaterial de las cosas materiales*, alcanzada a través de la intuición empírica, y desde la cual se encamina y logra ponerse en contacto con las realidades superiores; evitando cuidadosamente los dos errores opuestos del *racionalismo* angelista y del *empirismo* animalista, en que se ubica la verdad del *realismo o intelectualismo*.

Y una vez restauradas aquellas verdades primeras, desde las cuales se penetra en el ser y vida humana en su ubicación dentro de todo el ser, habrá que desarrollarlas en todas las consecuencias para la organización de la actividad humana, especulativa y práctica, en sus múltiples manifestaciones concretas.

Esta defensa de la inteligencia es indispensable también para la restauración de los principios cristianos de la vida, tanto para una obra apologética previa, como para una obra estrictamente teológica. De ahí el celo con que la Iglesia ha defendido y defiende el valor de la inteligencia desde el Concilio Vaticano y la Encíclica *Pascendi* de Pío X hasta la *Humani Generis* de Pío XII, sobre todo en estos tiempos en que ha sido especialmente atacado.

9. — *Esquema de una concepción humana y cristiana de la vida.* Una vez sustituida la concepción falsa de la vida por la verdadera, desde aquélla el intelectual católico deberá proseguir su obra de destrucción del error y restauración de la verdad hasta sus últimas aplicaciones.

De la falsedad de aquella concepción antropocéntrica le será fácil hacer ver el error del agnosticismo, del relativismo y de sus consecuencias morales hedonistas, que fundamentan la actitud del liberal burgués, engendro del antropocentrismo; y desde la verdad de la concepción teocéntrica podrá derivar sus consecuencias teóricas y prácticas hasta alcanzar una visión integral de la vida cristiana y humana y de sus exigencias concretas para todas sus situaciones. La aprehensión de la verdad en sus manifestaciones más determinadas de las normas más concretas de la conducta, como derivación lógica de los primeros principios evidentes de nuestra razón o dogmáticos de nuestra fe, confieren a aquellos juicios toda su fuerza, a la vez que equipan al hombre para descubrir por su cuenta, en cada caso, la verdad de las cosas y el bien de su conducta, inmunizándolo de los errores teóricos y prácticos, ya que en su visión clara fundamental de la vida posee la fuente de luz para discernir la verdad del error y el bien del mal.

A la luz de estos primeros principios de la fe y de la razón, el intelectual católico ha de dejar bien esclarecido el ser y la vida humana, natural y sobrenatural, en toda su significación temporal y eterna: como una vida espiritual y aún sobrenatural, pero perteneciente a un alma unida a la materia y necesitada del concurso de ésta para el desarrollo de su propia vida específica; como una vida temporal y terrena, en cuanto que el hombre no sólo consta de alma espiritual, sino también de cuerpo; pero a la vez inmortal en razón de aquel principio enteramente inmaterial del alma; como un ser finito y contingente —que no es ni puede ser Dios, por ende— pero esencialmente hecho para Dios, para su Verdad y Bien, como último Fin y suprema Perfección, en quien alcanzar su propia plenitud y felicidad humanas, y desde cuya consideración como Bien suyo definitivo el hombre descubre las exigencias ontológicas impuestas a su actividad libre: el deber-ser o norma moral con qué ordenar su conducta.

Por otra parte, toda esta vida humana no se agota *de hecho* en ella misma, ni siquiera en sus tramos más elevados de espiritualidad y en su ordenación a la posesión inmortal de Dios; en la actual Economía de la Providencia ha sido divinamente acabado con la implantación en su alma de la gracia santificante, germen de vida divina, que, con la ayuda de las virtudes sobrenaturales —teologales y morales— y de los dones del Espíritu Santo, ha de desarrollarse libremente hasta la plenitud de su desarrollo en la visión intuitiva del Bien Infinito en el cielo.

(Sigue en la página 1051)

LA NAVIDAD EN HOLANDA

ANTON VAN DUINKERKEN

LA fecha de Navidad da lugar en Holanda, tanto en la iglesia como en el hogar, a una fiesta alegre, hasta podría decirse la más alegre de todo el año. Es difícil imaginar que alguna vez haya podido ser de otro modo. ¿Quién piensa en un castigo o en un luto en un día de Navidad?

Cuando el Advenimiento ha pasado, el órgano ejecuta himnos de gloria. A la liturgia de la misa de Nochebuena le sigue en la Iglesia Católica Romana la entonación de antiguas y nuevas canciones jubilosas populares holandesas de Navidad. Todos conocen estas canciones y al corearlas recuerdan las reuniones de su propia juventud, cuando toda la familia, de regreso de la iglesia, se sentaba alrededor de la mesa tendida con sus mejores galas. La fiesta de la iglesia se fusiona en la alegría de los hogares: la jornada transcurre en un estado espiritual de Gloria in Excelsis Deo, influenciada por la misa de la mañana.

Y sin embargo, la Navidad no ha sido siempre sinónimo de alegría en Holanda.

Nuestras más primitivas canciones de Navidad no tiene refranes de Gloria, sino de Kyrie Eleison, en las que se imp'ora un ruego de humildad la piedad de Dios. Existe una gran diferencia entre las costumbres actuales y las de la Edad Media en Holanda y muy en particular las que se refieren a esta ocasión. El tono de la fiesta era regido por la conciencia de la Justicia de Dios y del implacable castigo que haría caer sobre la humanidad pecadora, aparte de la benevolencia que El había demostrado con la encarnación humana del Hijo.

Tras las ceremonias religiosas, que tenían lugar a medianoche, los feligreses se encaminaban, solos o en grupos, hacia los pesebres: allí pasaban toda la noche rezando y haciendo penitencia. A veces quedaban toda la noche a la intemperie. De esta manera buscaban la comunión con el Hijo de la Navidad, situándose en su mismo ambiente, en el frío y la humildad.

Y cuando, roto el manto de la noche, asomaba el día, invitaban a su mesa a algún mendigo: le atendían con el mayor de los cuidados y con todas las consideraciones como si quisieran conquistar así el perdón porque no había habido lugar para María y José en la posada de Belén. Con el tiempo los festejos fueron tomando un cariz más amable. De las antiguas costumbres de la Edad Media sólo queda la raíz, con una excepción: en los claustros de los Cistercienses todavía se siguen guardando las costumbres con la misma severidad que cuando fuera creada la orden en el año 1089. Existen en Holanda cinco abadías cistercienses.

Pero es sólo en estas comunidades separadas donde se mantiene la severidad de la Edad Media ya que el espíritu fué variando durante los siglos XIII y XIV. Se notó el cambio en la ceremonia religiosa: comenzó a preponderar la música alegre y al mismo tiempo se sintió una marcada influencia en el hogar donde la cena de Navidad se transformó en el centro primordial del círculo familiar.

Este cambio tan radical se debe en especial a dos razones. La primera es de índole religioso-cristiano.

A medida que adelantaba la Edad Media, el pueblo holandés se fué adentrando en los hechos que describe el Nuevo Testamento, en par-

A. van Duinkerken es el seudónimo de W. Asselbergs, nacido en Holanda en 1903. Hizo estudios literarios y actuó en el periodismo. Ha publicado numerosas obras poéticas.

te con la ayuda de la imaginación, pero teniendo como base las Cruzadas religiosas y los peregrinajes a Palestina, todo lo cual permitió a los habitantes del Oeste europeo hacerse una idea del ambiente y las circunstancias que rodearon los hechos bíblicos. Otro medio de difusión fué el arte, tanto la escultura como la pintura las mismas, en obras de profundo sentir religioso, expuestas en las iglesias de las parroquias despertaban la fantasía del pueblo. Y así, las prédicas se aliaron a las artes plásticas.

Se asegura que fué San Francisco de Asís



La recepción de Papá Noél en Arnhem, capital de la prov. de Gelderland, en los Países Bajos.

quien reprodujo por primera vez el Nacimiento, que tenía como centro primordial el pesebre. Igual que ahora se veía a los pastores en el establo; la representación de María y José; el asno y el buey... Es el mismo cuadro hermoso y sencillo que puede verse todavía hoy en todas las iglesias de las parroquias holandesas y en todos los hogares católicos. Y es el Nacimiento el que reúne a su alrededor a toda la familia en los festejos de Navidad.

Desde el día de Navidad hasta el día de los Reyes Magos los niños dicen allí sus oraciones. No puede afirmarse que sean obras de arte, pero a veces suelen verse algunos pesebres muy bonitos.

Todos estos factores despertaban la imaginación de los presentes y los hacían relacionarse con los hechos descriptos en los Santos Evangelios. Esa fué una de las razones por la cual se suavizaron poco a poco las costumbres de los festejos tal como tenían lugar en la Edad Media.

La otra razón, la segunda a la que hacíamos mención, es de origen pagano. Navidad cae en el corazón del invierno y forma parte de un numeroso grupo de fiestas invernales que son festejadas en diferentes partes de Holanda de distinta manera.

La lista se inicia el 11 de noviembre con la fiesta de San Martín de Tours: se arrojan pequeñas frutas, nueces, castañas, zanahorias, o reproducciones de las mismas en azúcar o masa; galletitas pequeñas que llevan el nombre de "pepernoten" (conocidas en español como "nueces de masa"). Todos los años la mesa está presidida por frutas de la estación, pasteles, tortas y carne de cerdo. Y en el día de Santa Cecilia los cantores del coro comen pan de salchichón, y este mismo pan se vuelve a ofrecer en San Silvestre el último día del año.

En el día de los Reyes Magos se sirve una torta que esconde un poroto. El que encuentra el poroto es considerado el rey de la fiesta y tiene el derecho a expresar un deseo al que todos los demás asistentes deben dar cumplimiento.

Siguen otras fiestas más o menos importantes hasta el 14 de febrero, el día de San Valentín, que si bien en Holanda pasa casi desapercibido, es considerada en Inglaterra casi una fiesta nacional. Por ejemplo, en el mismo *Hamlet* de Shakespeare se hace mención al día de San Silvestre como una fecha de mucha importancia.

Además existe otra costumbre en Holanda, que es la de dividir una avellana doble entre Filipina y Filipino, lo que vendría a ser una reminiscencia del festejo de San Valentín. Filipina puede exigir que se cumpla uno de sus deseos y Filipino quien debe de complacerla.

Como se podrá notar, además de los manjares propios de las despensas de invierno, ocupan un lugar de preponderancia los deseos de las personas.

Lo mismo ocurre en las festividades de Santo Tomás el Apóstol, el 21 de diciembre y en el día de los Niños Inocentes, el 28 de diciembre. Como estas reuniones se efectúan generalmente en el seno de los hogares, también se les puede dar una oportunidad a los niños para que en un día den a conocer un deseo: y esta vez los padres deberán complacerlo.

También esta comunión de manjares y deseos tiene su fundamento en los antiguos siglos, cuan-

do muchas veces los meses de invierno representaban un gran peligro para la supervivencia de las personas y del ganado. Si la cosecha había sido pobre y el invierno era largo y crudo, entonces dominaba el hambre. Las ofrendas paganas a los dioses de los campos, que tenían como finalidad ahuyentar estas desgracias, habían desaparecido ya aunque quedaban pequeños resabios aliados a las nuevas costumbres de los pueblos europeos. Los germanos tenían la fiesta de "mitad de invierno" el 25 de diciembre. La mitad del peligro había pasado. Y esta ocasión se aprovechaba para aumentar un poco la magra ración diaria.

Las ofrendas que los romanos brindaban a los dioses de los campos se conocen con el nombre de "strenua". La palabra francesa "étrennes" tiene raíz directa en la misma y se utiliza para denominar a los regalos que se envían los familiares, conocidos, vecinos y amigos en el día de Año Nuevo. Estos regalos guardan las características de las antiguas ofrendas, ya que el envío lleva implícito el deseo de que el obsequiado pase un invierno sin privaciones y gozando de buena salud. La idea original pasó al olvido, pero algo ha quedado enhebrado como una dulce y tierna leyenda del pasado. Algunas personas prefieren hacer los regalos de Año Nuevo obsequiando frutas o tortas. También en Holanda es conocida esta costumbre. Pero la fecha es el 6 de diciembre, el día de San Nicolás, Arzobispo de Myra. Todos los holandeses hacen lo posible por cumplir en esta jornada con algún deseo secreto de sus familiares y amigos, enviándoles regalos sorpresas. Y en Suecia es el día de Santa Lucía, la fiesta nacional de los obsequios (13 de diciembre).

En el siglo XIX los holandeses aún no conocían los regalos de Navidad. Se limitaban tan sólo a los regalos de San Nicolás. Sin embargo las comidas de Navidad estaban compuestas por los mejores manjares, aves asadas, patos, gansos, pavos, según la situación económica de la familia. Esto quizás tuviera cierta relación con esa costumbre de ofrecer un lugar en la mesa a un mendigo, a la que hiciéramos mención ya al hablar sobre la Edad Media.

También se hacen tortas especiales de Navidad, una llamada "corona de Navidad", masas en forma de corona rellenas de almendras. Recién a principios del siglo XX, y desde Alemania, se introdujo en Holanda la costumbre de los regalos de Navidad, además del uso de los pinos adornados y profusamente iluminados. La antigua leyenda de los alemanes, según la cual el alimento que escaseaba crecía como por arte de magia en los pinos, se debe sin lugar a duda a que este árbol mantiene su color verde hasta en las épocas más heladas del invierno.

Pero con todo, la festividad de Navidad no ha tenido la fuerza suficiente como para desalojar a la fecha de San Nicolás, que en ningún momento ha perdido su importancia y sigue siendo siempre el día de los regalos para los holandeses. En Navidad el regalo es secundario: lo más importante es siempre la reunión familiar alrededor de la mesa.

En Navidad la habitación de estar en un hogar holandés tiene un marco amable. En la actualidad se ven un arbolito iiuminado, y si la familia es Católica Romana siempre nay un lugar junto al pino para un Nacimiento. También el Nacimiento se ilumina y la mesa se tiende con el mejor mantel, la loza más bonita, velas y ramas verdes.

En los hogares donde hay niños se entonan viejas canciones de Navidad. Es muy importante hacer resaltar que desde el siglo XIII el cancionero holandés cuenta con muchísimos villancicos. Es que no ha habido generación de poetas, pintores o músicos holandeses que no haya dejado influenciar su arte por el espíritu de Navidad.

Por desgracia muchas de estas canciones se fueron perdiendo poco a poco, pero ahora se está tratando de sacarlas del olvido llevándolas nuevamente hasta el corazón y la voz del pueblo.

Por regla general los holandeses no beben vino durante las comidas. La uva no es producto nacional y todo el vino que se consume en el país debe ser importado. Pero durante la cena de navidad (en Holanda se cena a las seis de la tarde) se bebe vino, lo que imparte al menú un toque "fuera de lo común". El plato principal consiste en carne asada y ave; y como final, una torta. Por lo demás existe una gran variedad en la composición de la lista de platos, porque no se puede decir que exista un menú preciso para la Navidad que rija en todos los hogares holandeses, como podría ocurrir con el "plump-pudding" de los ingleses o el "fondu" de los suizos.

En Holanda se fuma mucho. Existen numerosas fábricas de cigarros. Y el placer de una cena de Navidad no sería completo para los hombres holandeses si no tuvieran como broche de oro un aromoso cigarro. Por suerte que a la Navidad le antecede San Nicolás y es casi seguro que entre todas las sorpresas que recibe el padre por lo menos hay una caja de cigarros de su esposa o sus hijos.

Por lo tanto, éste es otro problema resuelto. Una bocanada de humo que jamás falla.

Pero tampoco se olvida a los pobres. Durante las semanas anteriores a Navidad se puede ver en las plazas de todos los pueblos de Holanda hermosos arbolitos de Navidad. Junto a los mismos hay alcancías y todo lo que se recauda se utiliza para pagar la fiesta de los pobres. Esto es lo que queda de las costumbres con que antiguamente se festejaba a la Navida den Holanda. ✠

EL APOSTOLADO LITURGICO EN LOS EE. UU.

GERALD ELLARD

LA invitación que nos formulara CRITERIO de escribir un artículo acerca del Movimiento Litúrgico en Estados Unidos nos llega en el momento preciso en que el Movimiento cumple en este país veinticinco años, a partir de la fundación de *Orate Fratres*, publicación mensual de los benedictines de Collegeville. Si bien desde muchos puntos de vista nuestro Movimiento está atrasado con respecto a los centros europeos, en algunos aspectos particulares avanza aquí en forma notable hacia su meta, que es hacer que los católicos norteamericanos tomen conciencia de la parte corporativa que deben cumplir en el culto público, e inducirles a participar de las formas de intervención activa de los laicos en esas ceremonias, que se han señalado en la Encíclica *Mediator Dei*, 1947. Posiblemente sería mejor hacer esta breve reseña dentro de un marco de referencias que tengan atingencia a las condiciones prevalecientes en América Latina.

Un dato inicial demuestra que los pueblos americanos de habla hispana llevan ventaja sobre los anglosajones; nos referimos al progreso que se está haciendo en la traducción y publicación de la obra maestra de Jungmann sobre la Misa, *Missarum Sollemnia*, (1948), dos volúmenes en el original alemán. La *Biblioteca de Autores Cristianos* acaba de editar toda la obra en un tomo gigante (1951), en tanto que la versión inglesa (Benziger) sólo se ha publicado hasta la mitad.

Un informe de prensa a mediados del año, nos informaba que la Santa Sede había concedido permiso para celebrar Misa a las 4 de la tarde en ciertas localidades del interior de la diócesis de Nazareth, Brasil. En 1948 se concedió un permiso similar para ciertos lugares muy remotas de Estados Unidos, pero el Ordinario local nunca permitió que el asunto alcanzara publicidad. En Estados Unidos existe gran interés por la perspectiva de misas vespertinas en *días hábiles*, y cada permiso concedido en algún lugar del mundo es muy comentado por la prensa, siendo uno de los últimos que se han conocido para el vicariato de Bélice, Honduras Británica.

No conozco los informes presentados acerca de los Estados Unidos en el Primer Congreso Interamericano de Música Sacra reunido en Méjico, en Noviembre de 1949. Cualquier reseña general debiera mencionar con gratitud al pioneer (1916) que fué el Instituto Pío X de Música Litúrgica del Manhatanville College of the Sacred Heart, obra de Miss Justine B. Ward, y otros. Pero para inducir a miles de adeptos a una instrucción fácil y sistemática en un plano casi nacional, fué preciso esperar la obra de un laico, Mr. Clifford D. Bennett. En 1942 organizó un

El R. P. Gerald Ellard, S. J., es uno de los directores del movimiento norteamericano de renovación litúrgica.



El Obispo N. T. Mulloy (Covington), Presidente de la Catholic Rural Life Conference, recibe productos del campo como oferta suplementaria en la Misa Solemne Pontifical

curso por correspondencia para maestros de coro católicos (que más tarde se llamó Instituto Gregoriano). Este es, en esencia, un curso a domicilio por medio de lecciones y discos que se envían por correo, devolviéndose las lecciones para ser corregidas a la sede central en Toledo, Illinois. Se puede obtener un certificado de estudios similares a los que expiden los cursos de verano, y aún llegar al título de Bachiller en Música, en combinación con la Universidad de Montreal (Canadá); más de cien diplomas de esta clase han sido concedidos desde 1948. Durante el verano pasado, el Instituto patrocinó tres cursos de una semana para sacerdotes, en Worcester, Collegeville y Cincinnati, dirigidas por el R. P. Clifford Howell, S. J., del célebre colegio de Rugby, en Inglaterra. Las iglesias parroquiales "en que", como dice *Mediator Dei*, "nuestro Salvador canta junto con Sus criaturas" y "el canto de las congregaciones se eleva como el rumor de las olas", se acercan mucho por medio del Instituto.

Todos aquellos que están al tanto de la obra que realizan Carlos Oswald y sus colaboradores de la Sociedad Brasileña de Arte Cristiano y han tenido noticia de la exposición de 1948 en Rio de Janeiro, están en condiciones de apreciar nuestra Liturgical Arts Society (1932) y la inauguración de su publicación cuatrimestral *Liturgical Arts Quarterly*, que ejerce gran influencia. La Sociedad está formada por arquitectos, escultores y otros artistas, cuyos servicios intervienen en la construcción y ornato de una estructura eclesiástica. Tanto la Sociedad como su revista han ejercido mucha influencia, en parte gracias al buen humor intercalado en sus enseñanzas. Sus oficinas en Nueva York ostentan con orgullo, entre testimonios de funcionarios del Vaticano, el original de un dibujo cómico de una revista de las fuerzas armadas, en que se ve a un soldado raso (G I) que pide al bibliotecario del campamento el último número de *Liturgical Arts*. Desde los obispos hasta los soldados, los norteamericanos están aprendiendo a interesarse por esta publicación.

Quienes con toda prudencia ponen el Misal Romano en manos de los laicos y les enseñan a usarlo, son muy elogiados por *Mediator Dei*. Prácticamente son infinitos los misales para laicos que hay en Estados Unidos, y constantemente se introducen mejoras. Ya en 1930, se inició el *Leaflet Missal* (en hojas sueltas) para cada domingo y las grandes fiestas que sigue en notable progreso. En 1940, el difunto Mons. J. F. Stedman ideó un sistema de oraciones numeradas, ("a prueba de bobos") en *My Sunday Missal*, que alcanzó un éxito sensacional. Fué editado un sinnúmero de veces y luego traducido: *Mi Misal Dominical* es utilizado por los fieles de habla hispana. También una versión italiana, *Il Mio Messale della Domenica*, y otra portuguesa (*).

Si bien en *Mediator Dei*, el Santo Padre insiste en que la Iglesia conservará el latín en la Misa, queda igualmente en claro que favorece el uso del idioma vernáculo en el Ritual: "Se admite que la adopción del idioma vernáculo en cierto número de ritos puede resultar muy provechoso para los fieles, pero esas concesiones sólo están en manos de la Santa Sede. La preparación y petición de esas concesiones es el fin de la English Liturgical Society, fundada entonces en Inglaterra y su filial en el Nuevo Mundo, la Vernacular Society, organizada en julio de 1948, en Chicago. A mediados de 1951 el boletín mimeografiado de la Sociedad se transformó en un periódico de 16 páginas, formato tabloid, y llamado *Amen*. En su asamblea anual del año en curso la Sociedad se afilió a la Conferencia Nacional Católica de Beneficencia.

Aunque la Iglesia de los Estados Unidos no se ha visto aún beneficiada directamente por alguna de las concesiones recientes en lo que se

(*) Y una francesa para uso de los católicos canadienses. - (N del T).

refiere al uso del idioma vernáculo, se confía en que pronto lo será (1). Entre tanto, un empeñoso padre oblato, A. Simon, ha publicado un Ritual Latino-Castellano (*A Spanish-Latin Ritual*, Patterson: Guild Press, 1948, 173 pp.), con el propósito de "ayudar a los numerosos sacerdotes que trabajan entre los católicos de habla hispana en este país.

Una de las recomendaciones que hace el Papa en *Mediator Dei* es que cada año la Jerarquía promueva la realización de Semanas Litúrgicas. va su mensaje allende el tiempo y el lugar de Gracias especialmente al celo del R. P. Michael Ducey, O. S. B., del Priorato de San Anselmo, Wáshington, y de Mons. Joseph P. Morrison, de Highland Park, Illinois, dichas Semanas se han venido realizando anualmente en Estados Unidos, a partir de 1940. La impresión de sus *Anales* lleva su mensaje allende el tiempo y el lugar de reunión. Actualmente la Semana es patrocinada por la Conferencia Litúrgica Nacional, una asociación. Hasta la fecha las Semanas se han realizado en las fechas y lugares mencionados a continuación:

1940, Chicago: Anales, I (1941); 1941, St. Paul: Anales, II (1942); 1942, St. Meinrad: Anales III (1943); 1943, Chicago: Anales, IV (1944); 1944, Nueva York, Anales, V (1945); 1945, Nueva Orleans: Anales, VI (1946); 1946, Denver: Vida Familiar en Cristo (1947); 1947, Portland: El Sacrificio de Cristo y el Nuestro (1948); 1948, Boston: El Hombre Nuevo en Cristo (1949); 1949, St. Louis: La Santificación del Domingo (1950); 1950, Conception: Para los pastores y el pueblo (1951); 1951, Dubuque: (no se ha publicado aún).

Las Semanas Litúrgicas aumentan cada año su profundidad y penetración. Atraen gentes de toda la nación y en algunos casos, hasta del extranjero. Probablemente ya han tenido, o pronto tendrán, visitantes de Latinoamérica también.

¿Hay hasta ahora evidencia de algún contacto con Latinoamérica? Estoy seguro de que las hay, y si se me perdona la referencia personal, me gustaría ver mis esfuerzos secundados en este punto. En 1942, la editorial Longmans publicó mi libro la Misa Dialogada (*The Dialog Mass*), con un prólogo del arzobispo de Baltimore; algunos meses después *A Ordem* (Agosto de 1943) publicaba la traducción completa del prólogo como documento de importancia, y además daba una reseña detallada de la obra. En 1948 Bruce publicó mi libro *Misa del Futuro* (*Mass of the Future*) del que *Revista Litúrgica Argentina* (Agosto 1949) dió una noticia sumamente elogiosa. Creo que ningún autor puede sentirse ofendido al ver su obra descripta en los términos siguientes:

"...son todos temas de palpitante actualidad que el autor ha sabido tratar magistralmente con gran profusión de datos... No se puede negar que se ha puesto en él mucha erudición. Además está presentado en una forma tan clara y con una lógica tan razonable que no tiene nada que pueda alarmar a nadie y tiene mucho de interesante para todos".

¡Si el libro estuviera a la altura de tal encomio! Pero dejemos lo personal y volvamos a lo general.

Visitantes eclesiásticos del extranjero han dado su opinión sobre las condiciones en que se encuentra actualmente el Movimiento Litúrgico en Estados Unidos. Por ejemplo, uno de ellos, procedente de Inglaterra, dijo que encontraba aquí un terreno mejor preparado para un desarrollo amplio del Movimiento que en su país, en términos generales. La misma opinión tuvo un neozelandés. Un sacerdote francés encontró cier-

(1) Un estudio detallado de "Lo vernacular en rituales recientes: reseña de diez años", por el autor de estas líneas, ha sido aceptada para su publicación en la **American Ecclesiastical Review**, pero aún no ha sido impreso.

(2) En **The Sacramental Way** (N. York, Sheed & Ward, 1948) se publica una selección coordenada de los primeros seis volúmenes de "Anales".

tas localidades que podía elogiar ampliamente por los comienzos sumamente auspiciosos que habían hecho. Otro sacerdote austríaco admiró mucho el crecimiento de nuestro movimiento, pero lamentando la falta de estudio y erudición.

Orate Fratres fué fundado el 20 de noviembre de 1926 por el difunto P. Virgil Michel, O. S. B., de manera que en estos días ha completado su cuarto de siglo. Este año, por afortunada coincidencia, participó por primera vez en el concurso anual de la Asociación de Prensa Católica. Obtuvo el primer premio y medalla de oro, siendo juzgado como: "la revista católica mejor editada en Estados Unidos en el año calendario precedente, en base a la fidelidad con que presentó un contenido editorial equilibrado, prestando consideración a los propósitos de su publicación; estilo, en redacción y tipografía, en concordancia con el contenido; en razón de ello se concede esta medalla y certificado a *Orate Fratres*, 1951". Además de autores norteamericanos eclesiásticos y laicos, escriben en esta revista, la primera en idioma inglés que ha sido dedicada al apostolado litúrgico, autores británicos, franceses, austríacos y alemanes. Año tras año, su mensaje tiene mayor fuerza. Para superar el gran inconveniente que representaba su nombre latino, se anunció un cambio, invitándose a los suscriptores a sugerir el nombre nuevo. No menos de 860 nombres fueron propuestos: unos veinte sugerían el de *Worship* (Culto) como nuevo título y fué así como el nuevo *Worship* ha iniciado su segundo cuarto de siglo, ¡y que las bendiciones de Dios le acompañen! ✠

EL PROBLEMA NUMERO UNO

J. DE FABREGUES

ANTAÑO, hacíase en Navidad una pausa en la vida de los hombres y los grupos humanos, que permitía el examen de sí mismo y del mundo. Era ese el momento en que el alto en el camino aseguraba una recapitulación más exacta de hechos e ideas, una evaluación más probable del porvenir. Que tal reposo no sea ya posible a los hombres y a los seres, reposo no tan sólo del cuerpo sino del espíritu y del alma, es ya de por sí un signo de los tiempos. Apenas terminada la guerra de 1940-45, he aquí que estamos nuevamente en la misma posición de inquietud, de inestabilidad; otra vez en la misma imposibilidad de acordar a los seres, el instante necesario para un descanso.

La amenaza permanente de la guerra no nos permite esa pausa. Ella está ligada a todos los períodos de la vida de los hombres de Occidente que hayan llegado a los cuarenta o cincuenta años: su infancia ha estado sujeta al ritmo de los permisos de los padres o los primos; su adolescencia, acunada por ese temor perpetuo, que en nuestros recuerdos va uniendo a todas las grandes decisiones que tomaban nuestros padres, aquella condición tantas veces repetida: "Si no hay guerra...". Desde 1936, siempre ha pesado sobre nosotros su imagen, después del 1939 no nos ha abandonado ni un instante.

Y en este nuevo año 1952, lo que impresiona en primer lugar al espíritu, es esta continua presencia de la guerra, actual o inminente en el porvenir como en el pasado. La observación más ligera de los sumarios de las revistas de las últimas semanas, de los temas de los libros, y los titulares de los periódicos, nos asegura que, lejos de *salir* de esa amenaza, cada vez estamos más en ella. Es un lugar común demasiado repetido el decir que la guerra que asoma en el horizonte alcanzará tal horror y hasta tal punto pondrá en juego el destino de los hombres, en todo lo que tiene de esencial, que cuanto no atañe a ese problema nos parece, y debe parecernos, completamente secundario dejando el primer lugar

J. de Fabregues es redactor en jefe de **La France Catholique**, órgano de la Acción Católica de Hombres de Francia.

a aquello que se refiere a la guerra posible y al porvenir de la humanidad, por ella comprometido. Efectivamente, por primera vez en la historia, se corre el riesgo de que una guerra abarque a todos los continentes y amenace la vida de todos los hombres, aún en el plano espiritual. Entendámonos: no se trata aquí de hacer un llamado del tipo de "Ante todo la defensa nacional", o "ante todo el ejército y las municiones", o "ante todo la defensa pasiva". Quizá sea necesario decir todo eso y sobre todo hacerlo — pero estamos acorralados por un problema preliminar. Nosotros seguimos discutiendo toda clase de cosas muy interesantes y útiles y hasta necesarias, como los métodos de apostolado general o especializado, la reforma de las empresas industriales, el problema del proletariado, etc. — como si todas estas cuestiones no estuvieran a punto de ser *resueltas* (Dios sabrá en qué forma), por una renovación del mundo entero en una guerra, *hiperbólica* en sus formas y en sus fines.

La primera de nuestras preocupaciones no puede entonces ser más que ésta: de dónde viene, por qué viene, a través de qué condiciones puede alejarse todavía esa guerra que amenaza y que, mediante la muerte física y la muerte espiritual, hará bien inútiles nuestras interrogaciones y nuestras aspiraciones sobre todas las cuestiones precitadas.

El libro de Gabriel Marcel, *Los hombres contra lo humano* (1), tanto en este punto como en muchos otros, parece ser el más importante que se ha publicado en los últimos cinco años. A su lado debe colocarse el de Raymond Aron: *Las guerras en cadena*, que acaba de aparecer (2). Al considerar el problema desde dos aspectos diferentes, ambos llegan a unirse: Marcel muestra las posibles consecuencias del abandono del hombre al desencadenamiento incontrolable de su poder sobre la materia (de lo que la guerra total es uno de los aspectos principales). Aron analiza el fenómeno de la guerra, llevando a plantear la doble pregunta: ¿por qué la guerra se ha transformado en *eso*? ¿Cómo detener sus estragos?

La guerra de 1914, en los planes de los gobiernos y los Estados Mayores no empezó para terminar en lo que fué. El armamento las municiones continuaban al ritmo de fines del siglo XIX. Y entonces ocurrió lo que Aron llama "la sorpresa técnica".

"La sorpresa técnica ha sido la culminación de una evolución, de la que las guerras de la Revolución y el Imperio representan una etapa decisiva, si no el punto de partida. Las guerras nacionales son mantenidas por pueblos enteros, y no ya por ejércitos profesionales, *ellas tienen como eje, no ya algún interés dinástico o el destino de alguna provincia, sino el destino de la colectividad o de sus ideales*". El siglo XIX, señala Raymond Aron, había sido protegido por una diplomacia que localizaba los conflictos, y por gobiernos que, "por sagacidad, por temor al monstruo o por gusto de la tradición" habían retornado al ejército profesional.

Una victoria relámpago en 1914 hubiera sin duda apartado — ¿momentáneamente? el desencadenamiento de la guerra total. Como ni uno ni otro de los beligerantes conquistó esa victoria, hubo que recurrir a la acumulación de tropas, a la participación de pueblos enteros, y, para justificar tales sacrificios, tan monstruosas sangrías, se recurrió también a la guerra de las propagandas a la guerra ideológica. Para Aron es, entonces, el desencadenamiento de los medios materiales el que precipitó la guerra total espiritual entre 1914 y 1919.

"No dejamos de preguntarnos —dice Aron— cuál es el origen de la guerra. Nunca nos pre-

(1) "Les Hommes contre l'Humain". Ed. "La Colombe".
(2) "Les Guerres en Chaine". Ed. Gallimard.

guntamos por qué se ha hecho hiperbólica. ¿Los pueblos han luchado entre sí hasta la muerte porque se detestaban, o se han detestado porque luchaban tan furiosamente?". A pesar de reconocer la *interacción* de ambos fenómenos, Aron llega a la conclusión siguiente: el motor de la evolución ha sido la técnica. Y, por cierto, resulta evidente que "los pueblos" no se *detestaban* en 1914 hasta el punto de aceptar lo que la guerra debía imponerles, magüer las inscripciones de los vagones de la estación del Este: "A Berlín". No es menos cierto tampoco, que al terminar la guerra el grado en que se detestaban no había alcanzado aún el nivel de lo que había llegado a ser la guerra.

"Lo que Elie Halévy ha llamado organización del entusiasmo constituye un capítulo de la movilización civil. La necesidad era manifiesta: era preciso mantener la unidad, la voluntad de lucha de la nación... el alcance de la lucha escapaba al marco y a las reglas de la diplomacia. No se trataba ya de desplazar en algunas decenas de kilómetros las paternas fronterizas. Principios sublimes y vagos, como el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, o la guerra para terminar con las guerras, se presentan por sí solos en la escala de la violencia, de los sacrificios y del heroísmo. "Es pues el *desmesuramiento técnico*, el que da poco a poco a las ideologías la posición de objetivos de guerra.

Aquí nos parece necesario despejar un posible equívoco. Raymond Aron dice algo más lejos, que "la guerra destruye las instituciones tradicionales susceptibles de frenar el movimiento que arrastra a las sociedades occidentales hacia el nivelamiento social y las formas colectivas. Las monarquías que se han derrumbado en la derrota no hubieran impedido la *democratización* de los regímenes de Europa Central, y hubieran atenuado el riesgo de los arrebatos pasionales, de las religiones seculares, de los partidos totalitarios". Y en otro pasaje explica cómo la guerra del siglo XX, por lo que requiere en material y en potencial económico, exige la ampliación de las unidades políticas, hace invariables a los pequeños Estados y suscita los grandes imperios. Todo eso es evidente: la guerra moderna rompe los frenos que hubieran podido limitarla, pero ello ocurre justamente porque se ha abandonado al *desmesuramiento técnico*, porque ha dejado predominar las necesidades materiales (técnicas) de la voluntad de poder, sobre toda otra consideración humana.

Allí está pues el punto preciso en que Raymond Aron se encuentra con las constataciones de Gabriel Marcel y al que nosotros deseamos llegar. Es posible que al oponerse los medios técnicos de producción militar, hayan conducido a potencias casi equivalentes en potencial económico a lanzarse en busca del máximo efecto guerrero y por allí la guerra total, a la guerra hiperbólica. Esto no se ha hecho, *sino porque* la técnica se había vuelto *desmesurada* y los gobiernos y los hombres habían aceptado ese *desmesuramiento*. Dicho de otro modo, no hubo ni hay *guerra total* sino *en la medida en que hemos confiado totalmente en el mundo de los poderes materiales, y en que lo hemos dejado escapar a toda regulación humana superior*. La guerra actual, en su realidad y en sus formas, nos invita ante todo a retornar a esa raíz de los actos humanos en el mundo actual: el universo de la potencia desencadenada no puede engendrar la paz. Es un principio capital para la visión cristiana de esta época, y pleno en consecuencias de todo orden.

LA TENTACION MATERIALISTA EN ACCION

SE nos ha hecho a veces una objeción —bastante ridícula—: "Rechazáis la técnica, rechazáis el progreso; no podéis negar que el hom-

bre del siglo XX es más *feliz* que el del siglo XII, y que no eliminaréis ni la electricidad ni el automóvil ni la máquina de lavar". Por cierto que no, aunque sería necesario llegar a entenderse acerca de lo que constituye la felicidad, y uno se pregunta de qué orden es la de esos jóvenes que se suicidan en estos tiempos tras haber conocido *la felicidad* en el amor libre.

Pero concedemos que hay un conjunto de hechos beneficiosos. Es recién después que el problema comienza.

Gabriel Marcel en *Los Hombres contra lo Humano* ha dado valor a dos ideas que nos parecen ser las principales. La primera es: que nos encontramos actualmente, aún en los *países libres*, ante la desaparición de la posibilidad de que los hombres pongan de acuerdo su conducta con su consciencia. Las presiones, materiales o sociales, las de la información, y bien pronto las de la técnica biológica, a menudo los métodos policiales, desde ahora las de la vida urbana y las concentraciones industriales (vida de fábricas, amontonamiento de gentes, conventillos, etc.) hacen casi imposible, y en todo caso heroica, (es ésa precisamente la palabra que hay que emplear para los militantes cristianos de las fábricas, y también para la mayor parte de las familias numerosas de todos los ambientes), la vida simplemente conformada a la moral cristiana. El hombre es así, en cierto modo, escamoteado a sí mismo: no puede ser lo que quisiera ser y hasta *puede llegar a no saber lo que quisiera ser, o lo que debería ser.*

La segunda idea que destaca Marcel viene a continuación: *que un pensamiento materialista es capaz de crear un mundo que verifica cada vez más sus postulados.* Un pensamiento que no ha tenido en cuenta sino la materia que no se ha preocupado sino de su poder sobre la materia, del éxito y de la eficacia materiales, ha engendrado un mundo que ya no puede dejar lugar a otra cosa que no sea esa eficacia material y que por ende obliga al hombre a vivir como si sólo hubiera de valor en el hombre esa eficacia material.

Para volver a tomar otra fórmula de Marcel particularmente lúcida: *el hombre depende de la idea que se hace de sí mismo, y esta idea no puede ser degradada, sin hacerse al mismo tiempo degradante.* Todo lo que pretende reducir al hombre a la vida material solamente, lleva a hacer un hombre que no es efectivamente, más que materialidad. Todo aquello que actúa como si la vida no fuera más que lo que se desarrolla en el plano de la inmanencia de "la historia" forma poco a poco un hombre que, efectivamente, no es más que esa inmanencia de la historia

El comisario del pueblo engendra al robot, pero el mundo de la técnica dominante, también.

Ahora bien, nosotros estamos terriblemente comprometidos en un proceso similar por el simple desarrollo de la vida cotidiana, tal como ella se comporta en el momento presente: el trabajo del hombre para conocerse y perfeccionarse a sí mismo, ¿no es cada vez más difícil a medida que la propaganda de partido o de Estado le sugiere ideas, a medida que recoge en la escuela o en la prensa, *conocimientos* ya hechos, en los que él no ha participado en las dificultades de su adquisición, y que le permiten pensar que el demonio del hombre sobre la ciencia y sobre las cosas es algo muy fácil? En fin, a medida que las técnicas crean para él facilidades materiales, ¿no está cada vez más apartado de los problemas profundos de la vida y la naturaleza, dependiendo cada vez más de mecanismos que no aseguran su poder, sino a condición de que acepte ser dominado por su ritmo y sus exigencias?

Marcel llama la atención en particular, sobre el caso —que es hoy general— de quien utiliza una técnica sin haberla creado. El se cree *amo*, e ignora a partir de ese momento su condición humana verdadera, y es en el momento en que cree así convertirse en *amo*, que se ha *transformado en esclavo*.

No nos hemos dicho nunca, y Marcel insiste en ello, que el peligro esté en la técnica, pero resulta tentador atribuirle un valor en sí misma, separarla de la consideración de la vida humana en su conjunto. Y aquí aparece una idea que debería iluminar a muchos espíritus: la técnica se transforma en un peligro, sólo en el momento preciso en que ella sucumbe a esta tentación de creerse el valor supremo. Tanto es así, que el peligro de la técnica no nace hasta el momento en que la técnica se convierte en pecado.

Bajo sus dos formas, técnica desencadenada y sin leyes, o técnica guerrera, estamos ante un mundo que es capaz de matar al hombre porque ha matado a Dios.



CRISTO, SINTESIS TOTAL

JEAN GUITTON

SÍNTESIS. Esta simple palabra, tan fácil de trazar, tan difícil de cumplir, ¿cómo no causaría espanto? ¿Cómo hacer una síntesis de lo que era ya totalmente sintético, cómo asumir sumas parciales? Tanto más que una verdadera síntesis no es un resumen, una adición, una abreviación, (si se yuxtapone *esto* a *aquello* no se hace nunca otra cosa que un monstruo, hipocampo o quimera); es una asunción en la que los diversos elementos que el análisis ya ha disociado, las vistas preparatorias, los conjuntos provisorios, las corrientes hasta entonces separadas deben volverse a encontrar en una luz más alta y verificar la hermosa palabra de Leibnitz: "Las cosas inferiores reviven en las superiores de una manera más noble que en sí mismas", como la materia revive en la vida que la eleva, como el cuerpo revive en el alma que es su unidad y su forma. Si una síntesis es verdaderamente eso, lo repito: no una *suma*, sino una *asunción*, no es una yuxtaposición sino una estructura, no un ser antiguo sino una *creatura nova*, pues bien, esta síntesis es humanamente imposible. Hubiera sido mejor terminar este Congreso no con una palabra, sino con un silencio, en el que todos los sonidos emitidos hasta ahora se armonizarían misteriosamente, religiosamente en cada alma singular. Es por esto que he estado tentado de renunciar a hablar en este último día.

He pensado, sin embargo, que puesto que estábamos entre cristianos, un rayo de luz venido de Cristo mismo podría socorrernos, ¿qué digo? un rayo de luz... mucho más que un rayo, una meditación sobre el Cristo total, temporal y eterno. Aquél que es "ayer, hoy y en los siglos" como lo dice la Epístola a los Hebreos, aquel por el cual las diversidades de este mundo han sido fundadas, en quien ellas tienen su lugar y su consistencia, aquel que "nacido antes que todas las creaturas" hace frente a todas las creaturas el *oficio de relación*, aquel que es la síntesis viva y eficaz, la síntesis angular y subsistente, la síntesis asumante y total de todo lo que existe, ha existido y puede existir en los mundos de los mundos y los siglos de los siglos. En otros términos, he creído que fracasaría si intentaba buscar o inventar, por éste o por otro artificio, una síntesis intelectual humana, pero que tendría alguna posibilidad de responder a vuestros votos de dar a este congreso una conclusión (y asimismo una especie de flecha de corona), en el espíritu de San Juan y más todavía quizá, en el de San Pablo y de sus continuadores, si ensayaba demostrar cómo, para un pensamiento católico no hay síntesis total y real posible en el orden humano, así como lo sueñan muchos no cristianos, porque sólo Cristo es esta síntesis, completamente oculta y totalmente viva. Exponer esta vida primitiva del pensamiento cristiano y esclarecerla por consideraciones tomadas a este tiempo, ver qué deber propone a la inteligencia, qué regla a la acción, tal será el objeto de esta comunicación.

La palabra *redención* que habéis elegido para excitar nuestras reflexiones sobre la fe, evoca ante todo la obra de rescate sobre la cruz. Resume la obra de la Gracia, en su más alto grado: el sacrificio que hace el Verbo encarnado para dar la vida al mundo, borrando el pecado, levantando a la humanidad para hacerla digna de una existencia divina. Si hubiera vivido en una época en que la fe fuera un bien común y en la cual, poseída por todos, ella marchara delante de la inteligencia para iluminarla, delante de los problemas sociales para resolverlos, por añadidura asumiéndolos en la caridad, entonces, sin duda, habría expuesto primero la obra de la Redención en su esencia misma, como la fuente viva de la fe y de la gracia, es decir como la causa de esta atmósfera superior en la cual los hombres desde el tiempo respiran ya en la eternidad. Pero, estamos reunidos aquí para dar elementos de vida y de luz a los hombres del siglo veinte, particularmente a los que están todavía en las tinieblas o en las inquietudes; y es menester que nos adaptemos a la forma de su herida y de su deseo. Ahora bien, en nuestros días, en Europa y en el mundo incrédulo, no es la fe, la que es discutida, sino el fundamento de la fe, es la razón, la civilización, la justicia, la paz, la cultura, la idea de la verdad, la dignidad de la persona, la comunidad, en suma, es *la naturaleza misma de las cosas*. No somos ya ciudadanos de un universo en el que la fe, dada primero, busca a la inteligencia que ilustrará. Somos ciudadanos de un mundo en el que la inteligencia dada primero y, creyéndose totalitaria, busca por sí misma organizar al hombre y en el que su fracaso paradojal va, quizá, a darle la idea de buscar una luz superior.

Y, por consiguiente, importa menos mostrar que la redención da la gracia que hacer ver que la redención salva a la naturaleza misma, y que los bienes más sólidos y que componen el orden natural del mundo, las adquisiciones de las que está más orgulloso y seguro el hombre, las que dan a la civilización su sabor y su precio, tienen *de hecho* su fuente y su garantía en la operación secreta de Cristo. De tal manera, que El es la fuente oculta y el invisible vínculo de las obras que el pensamiento ha concebido en cuarenta siglos de desenvolvimiento histórico.

Tomaré algunos ejemplos que creo ricos de significación, que ayuden a discernir lo que viene del hombre y lo que viene de Cristo en la obra humana. Y me permitiréis extender el Cristo a las dimenciones de la historia, es decir, considerar cuando hablo del Cristo, al mismo tiempo que el Cristo histórico, el Cristo anterior que es el Cristo preparado por el desenvolvimiento de Israel, y el Cristo posterior y continuado por la Iglesia con los apóstoles y sus sucesores. He elegido, entre muchos, dos conceptos, a los cuales el tiempo presente está atado por sus raíces, y que son entre nosotros, el objeto de discusiones apasionadas: el concepto de amor y el concepto de historia. Y me pregunto: ¿qué serían fuera de Cristo y de su influencia saludable y restauradora? Tengo a mi disposición para resolver este problema la experiencia de altas civilizaciones, en las cuales la influencia redentora no ha penetrado: la antigüedad en su más alto grado de perfección y el mundo hindú con sus misterios y sus sabios.

Jean Guitton es actualmente profesor de la Universidad de Dijon, y uno de los más destacados filósofos de Francia. El artículo que nos enviara es una comunicación al último congreso de Pax Romana, que su autor completó, especialmente para CRITERIO, con nuevas notas.

CONSIDEREMOS el amor, ante todo, si lo queréis, pues es un tema sobre el cual cada uno de nosotros tiene algo que pensar y sentir. Este sentimiento tierno, confiado y noble que ata para siempre a un sólo hombre con una sola mujer, no ha podido ser ignorado absolutamente por la humanidad; pero, lo que nosotros llamamos amor implica una igualdad del hombre y de la mujer y, fuera de la corriente de historia que tiene por eje al Cristo eterno, la mujer sigue siendo una sirvienta, algunas veces privilegiada, pero siempre de esencia inferior. La mujer antigua es, como pieza del organismo doméstico, la "matrona", madre de los ciudadanos, la que cumple una función social; sea como amante del cruce de los caminos o de los altos lugares, la que satisface una función erótica. Y el sabio Platon mismo acepta esta división de los oficios; para Platón la mujer no es más que la ocasión del fuego de Eros, que sube hacia lo Bello, hacia la Idea pura: ella no es la *amada*, la única, la *dilecta* del Cantar de los Cantares. Es menester que Cristo llegue para que sea restablecida la unidad original de la primera pareja adámica, y que la mujer, en lugar de ser *disociada* en "madre y en amante", sea unida al hombre y unida ella misma, para que vuelva a ser, a la vez, la que engendra y la que es amada. Y en todas partes donde el *pensamiento sintetizante de Cristo* se debilita, vemos de nuevo a la mujer disociarse en dos y reaparecer esos dos tipos de mujer inferior, de los cuales uno está consagrado a la generación familiar sin ser amada por si misma, y el otro condenada al placer sin ser honrada. Pero la obra de Cristo es más admirable todavia por su poder de orden y de síntesis: pues, honrando al matrimonio monogámico indisoluble y separando a la nueva pareja del padre y de la madre para fundar una comunidad nueva, señalando por un milagro tan sensible "las bodas de Caná", Cristo eleva por arriba del matrimonio (como una pieza de oro por arriba de una moneda de bronce) la virginidad de consagración en vista del reino de los cielos. *Restaura* el amor humano, e *instaura* el amor divino, sin oponerlos el uno al otro, sino alimentándolos el uno por el otro en la unidad de la Iglesia, que es su esposa.

Consideremos el concepto de historia. Nuestro siglo ha descubierto la *historia* y el tiempo. Y habiendo descubierto el tiempo y su movimiento, los pensadores los han inmediatamente opuesto a Cristo, disolviendo a Jesús de Nazaret en el devenir y en la Evolución, como un punto perdido en el infinito de la historia o como un momento necesario de la dialéctica de la historia, reduciendo a Cristo, señor del tiempo, únicamente al Nazareno que es un átomo de la historia, explicando al mesias nazareno por las condiciones del medio, del momento y del azar. Pero, ¿quién ha revelado la esencia de la Idea de tiempo histórico, sino Cristo? Pues, antes de él y fuera de él la historia se reduce a una simple sucesión de acontecimientos dispuestos sobre un tiempo cíclico, que se reproduce eternamente, de modo que para los antiguos griegos como para los hindúes, el "eterno retorno", caro a Nietszche, vuelve a traer de periodo en periodo los mismos destinos. Pero, una concepcion tal, que multiplicaría al infinito las encarnaciones y los calvarios, que obligaría a los Santos a reencarnarse en todos los ciclos, es inaceptable para el que cree en Cristo, venido *una vez por todos*, en un *advenimiento* singular, que es también un *acontecimiento* definitivo, preparado por un largo impulso progresivo, continuado por el desenvolvimiento de la Iglesia. Como ademas lo ha mostrado recientemente Culman (en el espíritu de Newman, de Pascal, de San Agustín y de San Pablo), Cristo nos aporta *indirectamente* la luz intelectual que instaura la historia, esta historia que es menester en adelante, después de El, concebir no como una *rueda*, sino como una *flecha* que tiene un comienzo y un final, lanzada en el ser por el Creador y creando con su paso el tiempo. Por ello se puede justificar esta tradicion viva, esta conservación creadora que se llama el progreso y que los hombres actuales consideran con razón como el ideal, aun cuando se engañan sobre la capacidad del hombre desligado de Cristo para promover el progreso. Así, de hecho, Cristo ha sido el creador de la historia concebida como una corriente centrada, continua, ascendente, jalonada de acontecimientos que tienen posteridad. Guardemos este pensamiento de que Cristo está en la raíz de muchas de las grandes ideas, en las cuales nuestros contemporáneos "viven, se mueven y son". Unicamente, como ellos no creen ya en Aquél que es la sal y el fermento de estas Ideas, ellas se degradan, se disocian en sus manos. Y, por ejemplo, la idea de amor, descristianizada, los lleva a adorar la carne, el corazón, la mujer, la pasión, o el tormento mismo de amar; la idea de historia y de tiempo, descristianizada, los lleva a adorar el movimiento de la historia, ¡como si la historia no estuviera llamada a terminar y a desembocar en el reino eterno de Dios! ¡Como si la historia fuera a cada momento juez de la historia, y no debiera ser juzada el día del fin de la historia, en la Parusía del Cristo Juez!

Se podrían hacer análisis similares a propósito de la mayoría de las grandes ideas, de las que vivimos, la de *persona*, la de *comunidad* la de *huma-*

nismo, la de *existencia*. No he querido aquí más que sugerir investigaciones, no olvidando mi misión que es de síntesis. Conviene aquí, como acaba de hacerlo también el Santo Padre en la encíclica *Humani Generis*, subrayar la distancia enorme que hay entre el *derecho* y el *hecho*. En efecto, *en derecho*, la humanidad habría podido por sus solas fuerzas encontrar al Dios creador, y sabemos que *de hecho*, algunas veces lo ha rozado, pero jamás lo ha encontrado en pureza, fuera de la corriente orientada hacia Cristo o brotada de El. *En derecho*, la humanidad habría podido concebir y realizar un humanismo humano, plenamente adaptado a la dignidad del hombre; *de hecho*, fuera de Cristo no lo ha conseguido ni, sobre todo, realizado. *En derecho*, la humanidad habría podido honrar a la mujer como una persona; *de hecho*, fuera de Cristo no la ha honrado como persona. *En derecho*, la humanidad habría podido representarse su propia historia, su progreso, su duración individual o social; *de hecho*, fuera de Cristo no se la ha representado ni plena, ni dignamente. Todo pasa como si le fuera necesario un auxilio gratuito y trascendente, no para encontrar el orden de la gracia y de los dones no exigibles, sino para encontrarse a sí misma y para comprender su propia existencia y su propia naturaleza. Una larga experiencia de más de cuarenta siglos y de todos los pueblos de este planeta, hace brotar siempre esta curiosa inconsecuencia entre lo que habría debido producirse y lo que en realidad se ha producido. Todo podría traducirse por estas simples palabras: El hombre es incapaz de ser hombre sin una asistencia divina.

Volvemos a la intuición orientadora que os proponía al comienzo. Cristo es el VÍNCULO de lo que sin él carecería de consistencia. Interviene para dar al ser del mundo moral su estabilidad y su equilibrio, su pureza y su sabor, como una *piedra angular* que propiamente hablando, no forma parte del edificio (o, al menos, que no parece ser más que las otras piedras), y que es, sin embargo la clave de bóveda y el principio de su inmóvil solidez. El ni es propiamente, el que hace, sino el que perfecciona y que (lo diré en seguida), rehace El, por quien todo ha sido hecho, él en quien todo sera finalmente, resumido y recapitulado. Estas expresiones, tan precisas y tan fuertes, exponen el pensamiento más profundo de San Pablo, que fué el primero y, sin duda para siempre, el más grande de los pensadores que el cristianismo haya producido. Pues, si se mide el poder del pensamiento por la diversidad de los elementos que debe a la vez respetar en su diversidad y unir en la síntesis, ¿cuándo hubo jamás, os lo pregunto, tantas diversidades: la ley de Moisés, la religión de los patriarcas, las profecías, Adán, la perennidad de las promesas, la unicidad trascendente de Dios, el orden antiguo, la fidelidad divina; y por otra parte, la fe en Jesús, la nueva ley, la gracia, la muerte de Jesús, su resurrección, el fin de los tiempos, la renovación en el Cristo, los sacramentos nuevos, la Evangelización, la continuación de la historia; todo eso, entre los peligros interiores de los conservadores excesivos o de los innovadores aberrantes, entre los peligros exteriores de los dioses paganos, de las filosofías y del Imperio? Y bien, San Pablo no se siente embarazado para unir, pues él posee el principio de su síntesis: es el Cristo que vive en él, en la historia y en la Iglesia, y en quien se resumirá toda existencia.

AQUI conviene, en mi sentir, que proponga una observación que está en el espíritu de San Pablo aunque no ha sido formulada por él. La síntesis realizada por Cristo es una síntesis respetuosa de cada elemento que reúne; es una síntesis silenciosa y discreta y que permanece invisible además, salvo los ojos de la fe. Vendrá el tiempo en que esta síntesis aparecerá *en gloria*: entonces, todo lo que es materia caerá, pero todo lo que es forma, nervio, arquitectura, subsistirá. Vendrá el misterioso momento en que el Hijo aparecerá y se someterá todas las cosas, a fin de que Dios sea "todo en todos". Esta ordenación se anticipa en las profundidades, permanece envuelta en la paciencia y en la humildad divinas.

Volvamos sobre algunos de estos puntos. Decía que en esta síntesis Cristo respeta todo y cada cosa. Un filósofo griego se planteaba la cuestión siguiente: "¿Cómo es que las cosas forman una unidad, y sin embargo cada una está aparte y es ella misma?". Y en el mismo espíritu, Pascal señalaba que nuestro arte hace entrar las cosas las unas en las otras, mientras la naturaleza las deja cada cual en sí misma, *teniendo cada una su propio lugar*. Sabéis que es, en suma, bastante fácil obtener el orden por disciplina y mando, haciendo a todos sus discípulos semejantes (como se lo hace en los ejercicios), y que es mucho más difícil educar hombres unificándolos en un mismo espíritu, pero respetando su libertad y su individualidad, haciéndolos crecer según su propia vocación, en suma, dándoles a cada uno el ser mismo, como lo ha hecho Dios, creándonos con un respeto y una discreción admirables. Ahora bien, en esta obra de síntesis que Cristo realiza en el mundo y en la historia, lo curioso es su respeto por el juego de las naturalezas y de las libertades. Es lo que había seducido a San Agustín, cuando repasando su propia historia par ver allí el rostro de Cristo que en medio de sus desórdenes lo llamaba, advertía que la mano de Cristo, aunque soberana, era la más dulce, la más insinuante, a tal punto que él hacía por sí mismo lo que la Gracia hacía en él. Newman señalaba también que Cristo, nuestro ser que desaparecía en el momento presente dueño de nuestros destinos, era tan respetuoso de de su operación para manifestarse solamente en el recuerdo. Pero lo observado en el misterio de nuestras existencias lo volvemos a encontrar en la escala de los valores universales. La presencia de Cristo, precisamente porque es una presencia total, íntima, envolvente, es una presencia educativa, una presencia maternal y por tanto, *una presencia oculta*. Por ello se observa en el curso de la historia, que la influencia cristiana da el ser *al ser*. Da la razón a la razón y la hace más plenamente razonable, como la libertad a la libertad, haciéndola más plenamente libre. Ayuda en otro dominio a los Estados a ser plenamente Estados, donde César se ocupa de los asuntos de César, e impidiendo a los Estados ser Iglesias temporales que gobiernen el alma, da al Estado su verdadera esencia. En todos los lugares, sea en la antigüedad pagana, sea en el Islam, sea en la Rusia de los soviets, el Estado tiende a ser también una Iglesia, y el monarca totalitario dispone de los espíritus como de los cuerpos. La influencia de Cristo ayuda a las naciones a conocerse a sí mismas en su misión propia, en su singularidad inalienable, las da a sí mismas, como se lo ha visto en Francia en la hora maravillosa de Juana de Arco. Y se podría proseguir y mostrar este mismo género de influencia preservadora de las esencias y de las naturalezas. Se rechazaría con razón, el vínculo de Cristo, si éste enajenara, como lo pensaban Feuerbach y Marx. Pero *no enajena, constituye*.

Constituye, dije, sin aparecer al exterior; armoniza interiormente, sin que esta armonía sea necesariamente visible. El Padre Lagrange, cuando comparaba los Evangelios y señalaba su profunda convergencia bajo las contradicciones aparentes, gustaba citar las palabras de Heráclito: "Vale más una armonía oculta que una armonía muy manifiesta". Hay, en efecto, dos tipos de síntesis: El primero, la síntesis visible, como por ejemplo, en la arquitectura del Partenón, la poesía de Virgilio o de Racine, y en el arte clásico, que sirve de primer modelo. Hay un segundo tipo de síntesis y de armonía, el que reina en un paisaje disimétrico, en un rostro atormentado, en las cadencias impares de la poesía en los *Pensamientos* de Pascal, en *Hamlet* y en *Fausto*, en la obra de Claudel. En estos casos el vínculo que relaciona las partes de tales obras radica en la unidad de procedencia, en la afinidad de cada parcela con el espíritu creador, sin que haya orden aparente, sino más bien contrariedades, pasajes bastante extraños, repentinas elipses. El más hermoso ejemplo de un tal orden en aparente desorden es, tal vez, la Misa Romana: está compuesta de oraciones y de ritos bastante dispares, largos unos y otros breves; aquí, elipses, allí repeticiones. Ninguna armonía aparente, pero ¡qué sinfonía veloz y sublime! ¿Y dónde está el vínculo de todos sus elementos sino en la presencia de Cristo inmolado y glorioso? Esto es un símbolo de la acción de Cristo en el universo de los espíritus y de las obras. El orden que El establece por su acción sintética es un orden íntimo, profundo, un orden silencioso, discreto, abisal, y si me atrevo a decirlo, un orden humillado, que no se impone como si viniera de una potencia exterior, sino que se propone desde el interior. Este orden resulta, porque cada naturaleza, sana como una piedra bien tallada y exactamente colocada, desempeña su función en el edificio total. Claudel en *L'Annonce faite a Marie* nos habla de esta catedral llamada *Justicia*, porque todo está allí muy *justo* y *justamente* articulado. Es imagen de la comunidad espiritual, de estas Jerusalén mística hecha de rocas vivas de la cual Cristo es el fundamento, la cima y la argamasa, el Cristo que, por estar en todas partes, no se distingue en ninguna.

Y, quizá, podría decirse que si Cristo, cualquiera sea la síntesis, no ha querido aparecer es porque todo vínculo sintético que es orden, relación y proporción es, precisamente, un vínculo inexpresable; y es también porque él quiso aniquilarse aún siéndolo todo, y gustar del divino placer, siendo todo, de ser tenido por nada. La Hostia que nos presenta el ostensorio es el símbolo de este misterio, de un vínculo substancial omnipresente y sin embargo, obstinadamente oculto, aniquilado en el momento mismo en que vivifica y unifica.

DE todo esto resulta una consecuencia práctica: Del mismo modo que Cristo es la imagen del Dios invisible, el intelectual católico debería ser la imagen de Cristo; y su conducta en el mundo debería calcarse sobre la del Señor en el universo histórico.

Si es cierto, ante todo, que la operación de Cristo es una operación de reunión en la unidad, y en una unidad superior y profunda, que esto nos estimule, a nosotros especialistas de las operaciones de la inteligencia, a buscar en todo la síntesis, las síntesis más altas.

La operación de genio (lo vemos en los más grandes), consiste en encontrar analogías y semejanzas

entre los dominios en apariencia más distantes. El genio del poeta está en la elección de esas metáforas exquisitas, sorprendentes, nuevas, que ayudan a discernir la operación unificadora del Creador entre las provincias separadas de la naturaleza. El genio del sabio en la captación de esas relaciones simples y universales que asocian lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño bajo una misma ley. El genio del estadista o del estratega, en la aplicación de algunos principios muy simples en las ejecuciones siempre variadas, a tal punto que Napoleón decía no haber aprendido nada después de su primera batalla. El genio del artista y del filósofo, en extraer de su espíritu una intuición infinitamente simple que se les asemeje y se asemeje al todo, relacionando así su alma singular con la arquitectura universal de las cosas. En todas las cosas, el genio es superación. Y creo también que en el orden de la discusión entre los hombres de buena voluntad, en todo lo que es lucha, controversia, conflicto, el genio es aplicar esta regla de Lacordaire: "No busco tanto convencer de error a mi adversario cuanto unirme a él en una verdad más alta".

Otra consecuencia, otra semejanza de nuestro trabajo con la labor del Redentor, al menos como la he descripto. Si es cierto que la operación sintética de Cristo es respetuosa de las esencias y asimismo desaparece bajo apariencias indiferentes, entonces el intelectual católico, en nuestro tiempo al menos, no tiene que imponer a Cristo de una manera extrínseca, autoritaria y muy pronto triunfante. No debe añadir a Cristo como se añade un casco a una cabeza. Menos todavía, debe destruir en nombre de Cristo lo hecho fuera de Cristo y que es bueno. Los que en la historia occidental obraron de esta manera han sido movidos por un celo intemperante; y comprobamos que han retardado la obra de la redención, falseando la imagen de Cristo, es decir, substituyendo al Cristo unificador y reparador por un Cristo aparentemente tirano y enloquecedor. Consideremos una vez más, la obra de Jesús en su época y en su medio: ¿Qué vemos? Aceptó lo que era de su tiempo, pero sin quebrantamiento, dió fermentos para su regeneración. Dejó las cosas como estaban, aún en la religión de Israel y en el Imperio Romano, pero se colocó él mismo en medio de todo, así como lo hizo siendo niño al situarse en el centro de la circunferencia de los Doctores. Y bajo la influencia de esta presencia, la religión de Moisés se engrandeció, la de Roma se aniquiló.

Del mismo modo, importa al intelectual católico estar presente en todas partes como un fermento, para vivificar lo que se hace sin él y fuera de él, para destruir el elemento de corrupción o de exageración, para conferirle así una fecundidad pura. Ha sucedido, frecuentemente, en el curso de la historia, que no ha sido dado a los hijos de Cristo el dinamismo inventivo: no han sido siempre ellos los que han renovado la faz de las ciencias humanas. Pero, le ha sido dado a los católicos un *fermento asimilador*, que ha impedido que este *dinamismo inventivo* se disipara. El ejemplo más llamativo, es Aristóteles y Santo Tomás. Aristóteles ha inventado fuera de Cristo un universo de las esencias, que Santo Tomás *ha pacificado* en Cristo. Estamos esperando todavía a alguien que, en el mismo espíritu, pacifique a Hegel.

Querría ahora abrir otras perspectivas que nos harán entrar en la intimidad de la redención. Hasta aquí nos mantuvimos en la superficie, porque no habíamos hablado de pecado, al que la redención, de hecho, está principalmente ordenada.

Hasta ahora habíamos podido, por otra parte, andar junto a los que no aceptaban la totalidad de

nuestra fe, "con los filósofos y los sabios", como decia Pascal, con aquellos que reconocian "el dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Es menester, ahora, abordar nuevas tierras que, sin embargo, no son desconocidas a los hombres, pero que ellos no aceptan mirar detenidamente ni llamar por su nombre. Me permitiréis una confidencia: Hace más de treinta años que me ocupo anualmente de algún gran filósofo, del cual ensayo exponer, profundizar, la doctrina, con la preocupación constante de encontrar en qué ella me enseña algo sobre mi mismo o sobre la naturaleza humana. Ahora bien, leyendo a los filósofos no tocados directamente por la luz de Cristo, por ejemplo, los griegos, los alejandrinos, los estoicos, los árabes, los discípulos de Espinoza y Hegel, en nuestros dias Hisserl o los filósofos marxistas, siempre me he sorprendido al ver cómo en su pensamiento tiene poco lugar el elemento refractario de la existencia humana que se puede llamar el fracaso, el dolor, el pecado, la muerte, la impotencia, la humillación, la disipación temporal. Ciertamente, estos filósofos no niegan estas experiencias verdaderamente innegables; pero, desvian de ellas la mirada; o, más bien, no les acuerdan sino un valor accidental: son manchas, azares, "fallas", elementos provisorios o aparentes que se deben a la inadaptación de la especie pensante al cosmos, a la torpeza del hombre, al estado de infancia en que se encuentra todavia la higiene o la industria, o también, a la injusticia del tirano o de la clase propietaria. Todo eso, como se dice en Francia, "está llamado a desaparecer". Llegará un dia en que no habrá más dolor sobre la tierra.

Pero este modo de ver, que ha sido el de los grandes espiritus del siglo XIX, de Comte, de Spencer, de Renan, de Marx, y que, por efecto de remanencia, esta todavia presupuesto en todos los discursos politicos, no puede ser ya sostenido con sinceridad, en nuestros dias, por los que piensan. La experiencia protesta después de las "últimas guerras'. A este respecto el desenvolvimiento del pensamiento de ese gran espiritu que era, para nosotros y para el mundo, Henri Bergson, está lleno de sentido. Hacia 1906, en la edad del "dulce vivir", cuando Bergson componia *La evolución creadora*, afirmaba que el impulso vital presente en la humanidad era capaz de progresar y de regenerarse por si mismo, que apareceria quiza un superhombre y que, al mnos, la humanidad en continuo progreso seria capaz de superar todos los obstáculos, "tal vez la muerte misma". Veinticinco años después, en 1933, cuando Bergson componia *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, sus vistas se habian modificado; admitia, por el contrario, que si el hombre era abandonado a si mismo, si no participaba de esta superhumanidad mistica de los profetas, de Cristo y de los santos, no podria sino cerrarse sobre si o degradarse. En sus últimas conversaciones recogidas por el P. Sertillanges, decia que el Evangelio habia llegado a ser su verdadera patria espiritual, "y nada de lo que Cristo dice alli de si mismo me sorprende o decepciona". Anteriormente, sin embargo, en una carta a Daniel Halévy, a propósito de la muerte de Péguy, hablando de su discipulo con el que parecia identificado, decia que Péguy se habia aproximado siempre más a "Aquél que ha tomado sobre si los pecados y las miserias del género humano". De este modo, después de haber profesado que la humanidad podia satisfacerse y conquistarse, Bergson reconocia que habia en la substancia del hombre algún elemento refractario y que, como decia Pascal, era necesario, al fin de cuentas, "tender el brazo al liberador". Heidegger y sus discípulos existencialistas han seguido el mismo camino, aunque se hayan detenido a media pendiente y hayan, desde luego, divinizado la angustia. Es una ley de la debilidad humana, canonizar lo que no tiene la fuerza de sobrepasar.

Si es verdad que una cierta dosis de caida y de dolor, de pecado y de sufrimiento compensador entra en la composición del mundo humano, para que este mundo sea ofrecido ante el trono de Dios por el Verbo hecho hombre, no basta que sea pacificado, unificado, exaltado y sublimado, es menester, todavia y sobre todo, que sea reparado, restaurado, reedificado y, como lo deciamos, *rescatado* y redimido. No basta que sea centrado, dilatado y consumado, es necesario aún que sea limpiado, cicatrizado y curado. La humanidad, para usar comparaciones del Evangelio, no es comparable a un viajero al que hay que poner en el buen camino, guiarlo y precederlo, sino a un viajero caído en el foso, desvalijado y herido, desesperado; no es comparable a una oveja que se ha de conducir a pastar, sino a un cordero extraviado y enredado en las zarzas. No es semejante a un hijo al que ha de proporcionarse una herencia, sino a un hijo pródigo, en estado de angustia, al que se ha de reeducar y devolver a la casa paterna.

Es ese el aspecto constante y constituyente de la condición humana. Nada de humano hay que no tenga tendencia a caer, a corromperse. Y el más grande enemigo del hombre no es su adversario, sino él mismo, en el injusto amor que se tiene.

Percibimos esta ley de la existencia, tanto en lo grande como en lo pequeño: las sociedades se corrompen; los medios de bien se convierten en medios de mal; los hermanos se asesinan; los hijos se rebelan; las industrias del hombre se vuelven contra él y la vieja ley de la torre de Babel tiene actual

explicación en el problema atómico. Lo que se manifiesta en la escala universal se vuelve a encontrar, de una manera más evidente, en la escala singular: los proyectos de juventud fracasan, el rostro del hombre alegre y emprendedor se cambia en rostro de dolor; se peca, se sufre y, antes de que haya podido realizarse, se muere. A medida que el hombre avanza sobre la línea del tiempo, la ve acortarse, a medida que la humanidad se adelanta sobre esta misma línea y encara su última hora como una eventualidad posible, se presenta al espíritu del hombre singular y del hombre universal, el absurdo de la vida porque se termina sin que nada se logre, queriendo lo que no hacemos, haciendo lo que no queremos.

Aquí, la Redención, tomada en su sentido pleno, alcanza su más profunda significación. Yo soy de los que piensan con San Buenaventura y Duns Scoto, que Cristo se habría encarnado lo mismo aunque no hubiéramos pecado, para llevar a la humanidad en El hasta el más alto grado de excelencia, de simplicidad y de gloria. Pero, como *de hecho*, a lo largo del tiempo, el hombre no podía casi no pecar, la Encarnación, sin cambiar de naturaleza ni de primer designio, se ha hecho redentora. Así, el sol en su ocaso cuando se inclina hacia la tierra para unirse más a ella se tiñe de lágrimas de luz y aparece bajo el signo de la sangre: sigue siendo todavía fuente de luz, pero de luz más suave y más sacrificada. Que la Encarnación, en el designio eterno, haya, por así decir, precedido a la Redención a la cual, sin embargo, *de hecho* estaba ordenada, es, creo, el pensamiento de San Pablo, por ejemplo, en el himno inicial de la Epístola a los Efesios (I, 3-10). Consideremos lo que de esta vista resulta con relación al poder sintético, que nos esforzamos por demostrar, de la acción del Verbo Encarnado, es decir, del Cristo histórico y, sin embargo, eterno.

Si Cristo es el gran unificador interno de todo lo que en el tiempo está llamado a la eternidad, si él es el que hace la paz, el pacificador, el arquitecto de *caminos* y *puentes*, el pontífice, el gran sacerdote, convenía, como lo sugiere la Epístola a los Hebreos, desarrollando el pensamiento de San Pablo, que él "aprendiera la obediencia por sus sufrimientos", sufrimientos que él había asumido por obediencia a su Padre; y si convenía que esta obediencia fuera total, es decir que él amara hasta la muerte y "la muerte de cruz": una muerte así, de obediencia, acababa, consumaba, vinculaba, iluminaba todo lo que la precedía. Así sintetizaba todo, *faciebat utraque unum* por la sangre de la cruz, decimos aquí: por la operación sintética de un sufrimiento aceptado por amor y reparación. Reflexionemos juntos sobre el valor del sufrimiento considerado como factor de paz, de restauración y de unidad reconquistada:

Si el pecado es esencialmente divisor, analizador y disociante, el sufrimiento es esencialmente unificador, estructurante, restaurador, revivificante y sintético. El sufrimiento de amor es la síntesis misma.

En esta síntesis el mal físico asumido por un ser bueno se une a ese bien y el mal moral allí se disuelve. En ella, la pasividad se hace por consentimiento actividad. Por ella los contrarios se salvan: así el furor del verdugo y la dulzura del mártir; y los obradores del mal son salvados por su víctima. La muerte de Esteban salva a los ejecutores de Esteban y engendra a Pablo para la Iglesia... El sufrimiento bien comprendido, sin masoquismo ni morosidad, es como una dialéctica viva. Une la tierra y el cielo. La *cruz*, con sus dos direcciones, vertical y

horizontal, calcadas sobre las dimensiones de un cuerpo humano extendido y levantado, es como el símbolo de esta dialéctica, que une lo más bajo a lo más alto y repara sin cesar todo rebajamiento, toda caída, hasta toda mediocridad.

Veremos bajo una nueva luz este aspecto sintético de la Redención, tan propicio para la meditación intelectual que, tal vez, no ha sido suficientemente puesto en relieve. A menudo, el rostro sangriento del Varón de Dolores ha sido entregado a la piedad, al amor, a la "adoración reparadora", sin apreciar bastante la operación tranquila, profunda y unificadora del sufrimiento. Si reelemos la oración de oblación del Señor, del capítulo XVII de Juan, veremos cuán clarificante es (*Clarifica filium tuum*), como fuente de alegría total (*Gaudium meum impletum*) y unificadora es el amor, que hace de los seres dados al Cristo una unidad comparable a la unidad trina. Y si la Eucaristía es un memorial de la pasión y una oblación continuada realmente es, al mismo tiempo y por lo mismo, pan de vida y vínculo de unidad. ¿Quién mejor que Santo Tomás ha captado este vínculo secreto de la Pasión en la verdad de las Escrituras y de la Eucaristía en la vida íntima de la Inteligencia?

Hay, pues, una relación exacta entre la obra de la Redención y la obra del intelectual, principalmente del intelectual con conciencia plena de las energías que trabajan en él, quiero decir, del intelectual cristiano.

Y esta semejanza se manifiesta también en el oficio del trabajo intelectual, que no puede cumplirse plenamente sin ser acompañado de sufrimiento. No puedo extenderme aquí sobre este tema que nos toca tan de cerca. No comprendemos bastante, sin embargo. Sabemos que en todo trabajo del espíritu, sobre todo en el trabajo con el cual el espíritu busca ávidamente alguna nueva relación, alguna afinidad todavía desconocida, o del ser o del lenguaje, o del lenguaje con el ser, alguna síntesis inédita, hay ocasión para "ofrecerse por las humillaciones a las inspiraciones, únicas que producen verdadero y saludable efecto" (Pascal). Las primeras no faltan, puesto que nuestra inteligencia encarnada se ejercita en un cuerpo a menudo reacio, en un medio social frecuentemente refractario. *Nada es nunca fácil;* y si una cosa parece fácil, es menester decirse que ella nos engaña y que habrá de hacérsela difícilmente. Sabemos, además, que hay desiertos de paciencia; que "uno es el que siembra y otro el que recoge"; que la verdad no es amada por los hombres, que se ha de esperar su indiferencia, cuando no su menosprecio; que el arte es largo, la materia refractaria; que la pena mayor no es la que nos causan los otros, sino la que, por impotencia, uno se causa a sí mismo.

ESTE aspecto de lucha y de sufrimiento inherente a la substancia humana, que nos vincula íntimamente con Cristo es, quizá, más real en nuestra época que en cualquiera otra. No, ciertamente, porque hayan faltado sufrimientos a cada generación; sino porque el hombre, al desarrollar su inteligencia y su industria, ha aumentado también su facultad de sentir. Habiendo caído, por otra parte, las barreras entre los pueblos y dado las telecomunicaciones un sistema nervioso a la especie humana, los hombres tienden a hacerse más solidarios: la humanidad no es ya un término abstracto, se asemeja a un grande y único cuerpo. Sí, viene el tiempo en que la humanidad, en su conjunto, se parecerá al hombre. Como el hombre, cuya forma todos experimentamos, ella va a sentirse en su gran cuerpo (sublime y miserable, a la vez), dividida contra sí misma: muy fuerte y muy débil, reina y esclava, capaz a todo instante de superación o de destrucción. Como un adolescente enamorado de infinito que acaricia el revólver en su bolsillo. A menudo pienso: ¿Quién sabe si no comienza el momento de la *Pasión* de la Humanidad? Cada hombre conoce su propia pasión. Las naciones para crecer y para nacer han conocido también la suya la conocen todavía, como Alemania o Polonia. Ha de venir el tiempo, tal vez, en el que la humanidad, sufrirá como un Todo, no cada miembro sufriendo separadamente, aparte y diferentemente, sino, esta vez, toda entera y del mismo mal. Entonces tomará el rostro del Varón de Dolores, de aquél de quien Pilatos dijo: *He aquí el Hombre.*

Que esto no nos turbe, a nosotros que profesamos que la humanidad entera se resume en Cristo y que ella ha sufrido ya en su cabeza una pasión de redención, prenda de gloria y de felicidad inefables. Que esto nos ayude, a nosotros intelectuales, a discernir por sí mismos y a mostrar a los otros la obra de la Redención, de una manera menos convencional, menos abstracta, más real y más digna de seducir a los otros hombres.

En lugar de lamentarnos, como los que no tienen esperanza, demos gracias a Dios de haber nacido en este siglo y de vivir en el vértice de esta época de metamorfosis universal, en este momento en que todo parece comprometido, pero cuando todo es más vivo, más consciente, más solidario, más unificador que en ningún otro tiempo vivido por la vieja y, sin embargo, tan joven especie humana; cuando, por consecuencia, la obra sintética del Cristo eterno se ha hecho más sensible y más apremiante.

Tal es el sentido de este Congreso de PAX ROMANA, sentido que todavía no podemos comprender plenamente, pero que más tarde se revelará. Estamos aquí, en un día de Pentecostés, hablando lenguas diversas, unidos en un mismo Espíritu. En vísperas de la hora en que la Asunción de la Virgen María será proclamada verdad de fe, como tipo de la humanidad gloriosa llegada a la síntesis final; al día siguiente, cuando el Santo Padre acaba de recordar al "género humano" las bases de la razón y de la fe, a fin de dar al pensamiento un nuevo impulso de conquista; elevamos nuestras inteligencias hacia Cristo; le imploramos con instancia que nos obtenga del Padre que la síntesis de la humanidad, su unificación (tal vez última), no se haga por una *guerra total*, sino por una *síntesis total.* Le rogamos que se manifieste a esta generación como siendo él mismo el vínculo definitivo, la "piedra angular"", como decía el primer Papa en el primer día de la Iglesia. A la espera, nos repetimos la máxima de San Pablo a los Filipenses: que todo lo que es justo, todo lo verdadero, todo lo razonable, todo lo humano y de buen olor sea el alimento de nuestro pensamiento. Debemos cooperar a todo lo que se hace de bueno en el mundo, pues poseemos, sin ser dignos de ello, el fermento sin el cual el pan de los hombres carece de sabor y se corrompe: poseemos, llevamos, en nuestra pesada mediocridad, la única cosa que falta a los otros: un rayo de *pura* luz (1). ※

(1) Se encontrará el comentario de estas vistas en nuestras obras: "Essais sur l'amour humain", "L'Existence temporelle", "La Vierge Marie", "Renan et Newman", "Le Travail intellectuel", editadas por Aubier, París.

EL PESEBRE DE GRECCIO

JEAN HILD

EL gran poeta franciscano del siglo XIII, Tomás de Celano, nos relata en su "Vita Prima de San Francisco de Asís", cómo se levantó el primer pesebre de Navidad.

A fines del año 1223. San Francisco se encuentra en el convento de Fonte Colombo, en el valle de Rietí. Quince días antes de la fiesta de Navidad, hace venir a su amigo dilecto, Juan Vellita, de la vecina aldea de Greccio, y le dice: "Si deseas que celebremos juntos la Natividad del Señor en Greccio, has de seguir la idea que se me ha ocurrido. Quisiera en efecto, poder conmemorar esta Navidad reconstruyendo ante mis ojos carnales, la escena de Belén". Explicó luego el santo que en medio del bosque de la ermita de Greccio, en el hueco de una roca se colocaría un pesebre, un pesebre verdadero, lleno de heno. Será necesario también que estén allí el buey y el asno, exactamente como en Belén.

Juan Vellita se apresura a preparar todo de acuerdo al deseo de su santo amigo. Y en la noche santa, hacia al medianoche, llegan Francisco y los monjes de Fonte Colombo. Los habitantes del lugar acuden igualmente movidos por la curiosidad de asistir a tan singular fiesta de Navidad. A cada fiel se le da una antorcha encendida, y alrededor de la gruta están los hermanos menores con cirios. El bosque y los campos se iluminan como en la noche memorable en que naciera el Salvador del mundo. Claritas Dei circumfulsit illos (Lucas, 2, 9). Y, en ese nuevo Belén en que se ha transformado Greccio, se va a conmemorar ahora el nacimiento de Cristo como nunca se había hecho antes.

Ante todo, Francisco y sus hermanos entonan el oficio: cantant fratres, Domino laudes debitas persolventes et tota nox jubilatione resultat. El salmo XCV —que la Iglesia canta en los maitines de Navidad—, se cumple al pie de la letra, se anima y adquiere vida:

Que los cielos se regocijen
y que la tierra está en alegría!
Que el mar se agite con todo lo que contiene!
Que el campo se alegre con todo lo que encierra.
Que todos los árboles de la selva rechinen de [alegría
Frente al Señor, porque él viene!

Cuando Francisco y sus hermanos han terminado sus laúdes, se disponen a celebrar la misa de Navidad. El Señor va a llegar en el pan y el vino eucarístico, con tanta realidad como antaño en la arcilla de nuestra humanidad. ¡Belén es siempre la casa del pan! Los manteles del altar van a recibir al Señor para envolverlo tan humildemente, tan pobremente como los paños que le ofreciera la Virgen, su Madre. En verdad la santa Misa perpetúa todo el martirio de Cristo, misterio integral e indivisible. Pero, en esta solemnidad de Navidad, ella renueva en modo más particular aún la gracia de su bienaventurado nacimiento, a fin de comunicarla a todos aquellos que acuden con el deseo de renacer divinamente.

Francisco sabe todo esto —sus sermones lo atestiguan— y es precisamente para hacer más inmediata y más impresionante este grande y sobrio misterio litúrgico, que ha querido prestarle un fondo nocturno y agreste. Es para concentrar más aún su contemplación sobre el realismo místico de la Misa de Navidad, para tomar parte en ella en forma más viva, más activa, más verdadera en fin, que ha querido esta celebración en pleno campo, en una gruta, sobre un pesebre lleno de heno. Porque es sobre el mismo pesebre que se ha levantado el altar y que de nuevo desciende, auténticamente, el Verbo hecho carne por nosotros.

ESTE primer "pesebre" del pequeño santo de Asís, es bien diferente de los que se levantan en nuestras iglesias. No está compuesto por figuras de yeso, inertes e insensibles, está hecho con el bosque de Greccio, tomado de la naturaleza misma, viva y atenta, tal como ella acogiera al Niño Dios en Belén. Es, simplemente un gran cuadro evocador donde viene a enmarcarse armoniosamente, la renovación litúrgica del misterio salvador. Este pesebre no crea una segunda escena junto a la que constituye el altar: por el contrario, ella hace del altar el único punto de mira, lo sitúa de manera tal, que fija más aún, —plásticamente, puede decirse— lo que allí se hace sacramentalmente.

El gesto de San Francisco en Greccio es de una calidad psicológica tan elevada, que permanece perfectamente en la línea objetiva del culto, en espíritu y en realidad. Con un arte consumado, él se suma con toda naturalidad al sentido del símbolo del culto, ese símbolo que, divinamente, contiene aquello que significa, que hace presente aquello que expresa y que reclama nuestra adhesión de fe, de esperanza y de amor.

Es un gesto original y por lo tanto único. Unico e inimitable, como el santo que lo ha

Dom Jean Hild, O. S. B., es monje de la Obadía de Clervaux, Luxemburgo, y conocido colaborador sobre temas litúrgicos y espirituales de las más importantes revistas europeas.

EL POBRE Y EL EXTRANJERO

A. M. HENRY

CUANDO José y María llegaron a Belén para ser empadronados, se hallaron en su propio país como extranjeros e indigentes. María dió a luz a su hijo primogénito, "y le envolvió en pañales y acostóle en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón" (Lucas, 2, 7). El Señor vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.

El misterio de Navidad nos invita a prestar atención al pobre o al extranjero que podemos cruzar en nuestro camino, para no parecernos a aquel hotelero de Belén que recibió al Señor y no le acogió. Preguntémonos sinceramente: ¿Quién eres, oh pobre? ¿Quién eres tú, Extranjero?

•

Considerándolo exteriormente es fácil reconocer al pobre que encontramos en la calle. La figura del pobre varía muy poco. Es eternamente la del hambre, de la sed, de la desnudez, de la vergüenza, de la miseria que clama por piedad.

Pero están también los extranjeros, y están los pobres que no vemos porque ellos también se han vuelto extranjeros: pertenecen a otra "clase", viven aparte, no hay más idioma entre ellos ni intercambios, y el rico "burgués" ya no sabe como vive realmente el pobre obrero.

Parecería que nuestra época multiplicara las categorías de "extranjeros" y las maneras de llegar a serlo. Y al mismo tiempo se agrava el sentimiento de ser extranjero en los que ya lo son.

Recién mencioné a los extranjeros de una clase social con relación a los que pertenecen a otra clase. Hay otros aún. En primer término están los expatriados, las personas deportadas que encerramos en campos de concentración. Están, por otra parte, los turistas extranjeros que una propaganda ruidosa dispersa a los cuatro puntos cardinales, porque no es ya tanto al hombre a quien busca, sino al provecho de su "industria hotelera".

Los extranjeros se han vuelto tanto más numerosos cuanto más se han subdividido las naciones desde hacen unos siglos. En el tiempo de Carlomagno, el "belga" y el "holandés" no eran extranjeros de la misma manera en Ile-de-France o en Picardía, ya que estaban bajo la misma dominación. Y los extranjeros se han vuelto tanto más extraños cuanto más se han, en cierto modo, espesado las barreras nacionales. Ireneo, aunque originario de Asia, no era considerado en Lyon como un extraño, en el siglo III. Y aún en los siglos XI y XII vemos a un inglés en el trono episcopal de Chartres y a un italiano en el de Canterbury en Inglaterra, sin que por ello se extrañase aquí o allá, a ningún cristiano.

El R. P. A. M Henry, O. P., comparte con el R. P. A. Plé, O. P., la dirección de la calificada revista "La Vie Spirituelle".

---

propuesto. Es, a la vez, un gesto de gran místico y de hombre de gran sentido común. Nos eleva a la atmósfera de las realidades invisibles, pero, al mismo tiempo, nos demuestra cómo, hasta en el ejercicio del culto litúrgico, debemos seguir siendo fundamentalmente humanos y conservar actitudes personales. Nos muestra cómo debemos tener la preocupación de vivir nuestro cristianismo y cumplir en las ceremonias del culto una parte viva y espontánea.

Nos recuerda también una verdad que con frecuencia sentimos la tentación de olvidar: que debemos asociar al mismo cosmos a nuestra religión cristiana. Porque esta religión verdadera y redentora es, en su mismo origen, —y lo sigue siendo eternamente—, la religión de la Encarnación. *Ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur*, canta el prefacio eucarístico de Navidad. Puesto que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, carne de nuestra carne, él desea no sólo que su carne nos divinice, sino también que nuestra propia carne, transformada en templo del Espíritu, sea signo y prenda de su eterno amor. Menos que nunca nos es permitido hacer abstracción de lo creado para buscar a Dios, para efectuar la economía de nuestro renacimiento en Cristo.

Es la gran lección, siempre válida, que el pequeño santo de Asís ha dado nuevamente al mundo en aquella Navidad de 1223, en aquel día en que él, el seráfico contemplativo ha querido ver el Nacimiento del Señor, celebrado en plena naturaleza. *¡Corporis oculis pervidere!*

Hay peor aún. No sólo se han multiplicado las naciones y reforzado las barreras nacionales, sino que estas vallas han seguido a menudo un trazado artificial, creando así nacionalidades y nacionalismos, y, en consecuencia, heterogeneidades, artificiales. ¿Qué hay de común, por ejemplo, entre el Ulster e Inglaterra, separados por el mar, y cuya tradición difiere desde hace tantos siglos? Sin embargo, el nacionalismo de la gente de Ulster es casi siempre inglés y no irlandés. ¿Qué hay de común entre las tierras de Guadalupe y Martinica, y la tierra de Francia? Podríamos multiplicar los ejemplos.

Al final de cuentas, observamos que los que nos son extranjeros se han, por una razón o por otra, multiplicado de manera asombrosa. No sólo son aquéllos que señalamos allá, fuera de nuestras fronteras, sino también, en medio de nosotros, aquéllos que no pertenecen a la misma "clase", o que no dependen de una misma nacionalidad política en un mismo país geográfico, o que, dentro de una misma nacionalidad pertenecen a una raza diferente. Recuérdese, por ejemplo, en lo que a esto se refiere, al hermoso libro de A. Paton. *¡Cry, o beloved country!* ¡Llora, o país amado!

¿Cuál es la actitud de los cristianos frente a esta mentalidad y a estos hechos nuevos?

La cuestión de la fraternidad humana, en medio de esta desmembración y de este cercenamiento está empezando a picarles la conciencia. Movimientos internacionales como "Pax Cristi", congresos como el de San Sebastián en 1951, sobre *la Patria*, son sintomáticos. Pero no reconocer ciertas resistencias sería pecar gravemente contra la lealtad y la humildad. Recién hablábamos del racismo en Sud-Africa: sin embargo allí hay cristianos. ¿Será siempre su comportamiento el de los discípulos de Cristo, para quienes no hay "ni judío ni griego"? ¿No fueron a menudo adoptadas hasta por instituciones cristianas en los Estados Unidos de Norteamérica, las costumbres segregativas? ¿Son exclusivamente los hitleristas culpables del antisemitismo en el mundo entero? Muchos hechos semejantes podrían citarse de manera irrecusable. De esta manera, la Iglesia, madre de todos los hombres, es víctima de los sentimientos antifraternos que, aquí o más allá, fomentan sus hijos contra un país, una raza, una clase... "¿Desprecias a tu hermano?, dice San Juan Crisóstomo, ¡Te hieres a ti mismo! ¿Cómo? Infligiendo a tu propio miembro (tu prójimo) un grave daño". (*Hom.* 7 *in* 2 *Tim.*). ¿De qué nos sirve "organizar" nuestro apostolado, reunir grandes muchedumbres de militantes, enseñar al mundo entero nuestras fuerzas cristianas, si no sabemos respetar, amar y acoger a nuestro prójimo?

No hace mucho se ha observado que en algunos idiomas, y particularmente en latín, "enemigo" y "huésped" tenían la misma raíz e idéntica etimología. Cuando un pueblo trata al extranjero, no ya como enemigo (hostis) sino como huésped (hospes), puede decirse que ha alcanzado el estado civilizado. Las admirables tradiciones de hospitalidad que aún podemos recoger en casi todos los pueblos de Africa, del Próximo y del Extremo Oriente, ¿no constituyen una lección para nuestro orgullo de "civilizados"? Si hemos sabido organizar, ¿no habremos olvidado que éramos todos hermanos y que, para nosotros, cristianos, Cristo no hacía ninguna excepción?

Nunca como ahora parecen ser tan necesarias la educación del sentimiento fraterno entre cristianos y la preparación de estos para respetar y amar a todo hombre, ya fuese enemigo de su clase o de su patria, simplemente porque es su prójimo. Y ello urge tanto más cuanto más exigentes se hacen los no-cristianos para nosotros.

En su "Carta a los alemanes", Albert Camus cuenta la siguiente anécdota, que cito de memoria. Un camión alemán lleva algunos franceses condenados a muerte para ser ejecutados. Un capellán alemán los acompaña. Recibe sus confesiones y exhorta a cada uno a morir cristianamente. En una vuelta del camino, un francés salta del camión y escapa. El capellán alemán tiene una sola reacción, la del alemán, y no la del sacerdote; grita "Achtung!". Es verdad que al callar habría arriesgado su vida, y nadie, sin duda, tiene derecho a juzgarlo. Sin embargo, junto con Albert Camus, el mundo que nos rodea, y asimismo nosotros, nos hacemos cada vez más sensibles a esas confusiones en el cumplimiento de una función específicamente cristiana, de piedad sacerdotal y piedad patriótica, de sabiduría cristiana y sabiduría política, de autoridad terrestre y poder espiritual, etc. El sincretismo moderno difiere del antiguo, pero no es por ello menos profanador de los valores propiamente cristianos. La pureza de nuestro cristianismo tiene sus exigencias.

Aprendamos, pues, a amar a nuestro prójimo. Porque, es preciso decirlo ahora, no sólo es un hermano para nosotros, es Cristo mismo.

"¡Cuántos, dice también San Juan Crisóstomo, habrían deseado vivir en tiempos en que Cristo recorría la tierra, para compartir su trato y su mesa! y bien, está en nuestras manos, podemos invitarlo a nuestra mesa, comer en su compañía, ¡y con cuánto mayor provecho!" (*Hom.* 50 *in Jn.*).

Porque nuestro huésped es Cristo, más aún si es pobre, si hace papel de extranjero; no hay tema más tratado por los Padres de la Iglesia

que el de la hospitalidad. ¿No es éste también el tema de exhortación menos recordado?

"Aprended a practicar la hospitalidad, dice San Agustín, gracias a ella conoceréis a Cristo... Demos de comer a Cristo en este mundo, cuando tiene hambre; démosle de beber cuando tiene sed; cubramos su desnudez; recibámosle cuando no tiene asilo, visitémosle en sus enfermedades..." (*Serm.* 236).

"Sabedlo bien, repite incansablemente San Juan Crisóstomo, vestir al pobre es vestir a Jesucristo". (*Hom.* 23 *sobre la limosna*). "Cuando veáis a un pobre, recordad las palabras de Jesucristo... Sin duda nuestros ojos no lo distinguen; pero bajo las apariencias de este pobre es realmente El quien pide y recibe". (*Hom.* 88 *in Nat.*). "Llenaríamos nuestras riquezas con nosotros al dejar a este mundo si las hubiéramos sabido transformar en tesoros seguros, depositándolas en las manos de los pobres (porque es Cristo mismo en los cielos quien recibe nuestras ofrendas)..." (*Hom.* 25 *in Jn.*). "De qué sirve adornar con vasijas de oro la mesa de Cristo (el altar), llega a exclamar nuestro Doctor, si El mismo está muriendo de hambre! Antes, dadle de comer cuando está hambriento, luego podréis cuidar de decorar su mesa con el resto... Cristo está falto de aceite, errante, vagabundo, y vosotros, ¡adornáis el pavimento y las paredes! Y El, no le acogéis, y os falta valor para visitarlo cuando está encadenado". (*Hom.* 50 *in Mat.*).

¿Será aún necesario preguntar, quién eres, o pobre? ¿Quién eres tú extranjero? Cuando Cristo mismo nos respondió: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí me lo hicisteis". (Mt. 25, 40).

El Señor viene aún a lo suyo, pero ¿y los suyos le reciben? ✠

NOCHE NUESTRA

ESTA noche magnífica, tan santa,
brillará en nuestros pechos como llama
que no se extingue aunque todo pasa;
esta noche tan pura y tan clara,
en nuestros dos caminos ya señala
el punto único, la línea exacta
en que los cuerpos se unen con las almas.
Esta noche de paz y de campanas,
de buena voluntad y de alabanzas,
de fe, de caridad y de esperanza;
esta noche cristiana entre cristianas
que parece sin fin, sin alborada;
esta noche de estrellas, sin palabras
que expliquen el misterio que ella guarda,
quedaron nuestras almas enlazadas.

CARLOS R. GARAT

DE LA BELLEZA EN LO VISIBLE Y AUDIBLE

DIETRICH VON HILDEBRAND

DENTRO del orden jerárquico que compenetra todo él universo, representa la sublime belleza que les es inherente a objetos visibles y a la música, una excepción tan sorprendente como enigmática.

La belleza, altamente espiritual, que emana del Coliseo, del paisaje toscano o del Quinteto de Mozart, sobrepasa considerablemente, en cuanto a calidad, la dignidad ontológica que le es propia a la esfera de los objetos, sensitivamente perceptibles, y nos coloca frente a un verdadero problema.

Muy a menudo se ha tratado de esquivar este problema; en parte, interpretando la belleza de lo visible y audible, cualitativamente, como una forma inferior de la alta belleza que llevan los contenidos espirituales, y contraponiéndola a aquélla; en parte, también, creyendo que la raíz de esta belleza debía buscarse en algo puramente espiritual y sólo vinculado con lo visible y audible, por medio del intelecto.

La realidad empero se opone a tales conclusiones. Nadie duda de que una montaña situada dominantemente sobre una bahía, puede significar una belleza de elevado rango espiritual; y que a tal belleza no está adherida ninguna clase de "idea" que sólo es *representada* por la montaña y para cuya representación ésta sólo sirve de punto de salida; sino que dicha belleza —previo a toda reacción intelectual— le es inmediatamente propia y perteneciente a la supuesta montaña.

Tampoco puede rechazarse el hecho de que entre la solemnidad ontológica de esta montaña y su belleza, ocasionada por su forma, su color, y su derredor, se abre un abismo lleno de misteriosas sugerencias. ¿Cómo es posible por ejemplo que una montaña sea más bella que un gusano, a pesar de que éste, como ser viviente, pertenece, ontológicamente, a una categoría superior a aquélla, que sólo forma parte del reino de la materia anímica?

Del problema que, en principio, se nos presenta aquí —y que representa una de las cuestiones básicas de la estética— han de tratar las siguientes consideraciones.

Es evidente que a la par de la belleza —que significa una radiación de la dignidad de un determinado objeto (cuando se habla de su belleza como de algo "trascendental") existe otra clase de belleza, ocasionada por la forma, la proporción y el color (en tratándose de contenidos visibles); o por la melodía, la armonia y el sonido, si entra en juego el mundo de lo audible.

A este último tipo de belleza lo denominaremos "*belleza de las formas*"; a la otra (contrapuesta a aquélla) "*belleza ontológica*".

Pero el problema que nos ocupa se perfilará aún con mayor claridad, si hacemos, además, un distingo entre dos clases de la "belleza de las formas".

Una de ellas es de índole relativamente primitiva: Nos referimos a aquella que le es propia a la regularidad de ciertas formas y a la agradabilidad de ciertos sonidos. Por ejemplo, la belleza de un circulo, frente a una figura irregular cualquiera, trazada con toda arbitrariedad; o la de una mera regularidad de ciertos sonidos; la de la "sectio áurea", o la de la sonoridad de un instrumento, etc. Este tipo de belleza es relativamente asequible al dominio de los sentidos, mientras que el otro tipo es inmensamente superior, y su existencia no sólo presupone la concurrencia armónica de un mayor número de factores, sino que posee, asimismo, un contenido enteramente diferente. (Habría que pensar aquí en la belleza de una magna obra de arte, como San Marco en Venecia; o en la "Caída de Icaro" de Brueghel; o en la hermosura de la campiña florentina, o de una sinfonía beethoveniana).

Esta belleza de índole superior posee un carácter pronunciadamente espiritual, y su sublimidad no admite comparación con la otra. Hasta puede decirse

D. von Hildebrand es uno de los filósofos actuales más calificados. Enseña en la Universidad de Fordham, N. York, adonde fué llamado al ser perseguido en Munich, por el nazismo. Al castellano se ha traducido su obra: "Pureza y Virginidad".



que se trata aquí de una belleza que se presenta en un sentido completamente nuevo. La "belleza de las formas", considerada en su aspecto general, es por lo tanto sólo un concepto de analogía. Nuestro problema, en cambio, se refiere a la belleza superior de las formas, solamente. Esta belleza superior —la de un paisaje sublime, o la que le es propia a un cuarteto de Beethoven, por ejemplo— deja donde y cuando se presenta, ante nuestro ánimo, todo un mundo espiritual, cargado de un sinnúmero de elementos también espirituales, como es: lo poético, en contraste con lo prosaico y cotidiano; la necesidad, en contraste con lo casual, lo arbitrario; una plenitud interior, en contraste con lo aburrido y huero; la sensación de *autenticidad* y de *verdad*, en contraste con todo lo que es afectado, falso y una sublimidad, una anchura y una profundidad, que es un pleno contraste de lo trivial y lo chato.

Ahora bien; para comprender la índole de esta belleza de formas y lo que la distingue de la otra, la ontológica, nos es preciso agregar dos palabras acerca de lo que es, esencialmente, dicha belleza ontológica.

San Agustín, hablando de lo bello, dice que es un "splendor veri". Con este término "splendor" señala una honda característica de lo que, en realidad, es la belleza en sí. Diríase que es el "rostro" de todo lo que es valioso, interiormente precioso.

Y precisamente dicho carácter —el de una radiación de lo interiormente precioso— manifiéstase de un modo acentuado en la belleza ontológica. A lo valioso le es propia una determinada belleza, que, en cuanto a calidad y categoría, responde adecuadamente a su valor. La vida, por ejemplo posee su belleza específica; la persona —vista como ente espiritual, dotado de conocimiento y libre albedrío— también tiene su belleza; los valores intelectuales, como asimismo un espíritu profundo y rico, y ante todo, los valores morales, sin olvidar las virtudes (como ser: justicia, generosidad, fidelidad), poseen una belleza aún superior. Esta belleza se adecúa manifiestamente, en cuanto a su rango, al rango de los valores que le sirven de base. Y alcanza su punto culminante en la belleza, tan sublime y tan gloriosa: la de lo sagrado y de la ética sobrenatural.

Esta belleza nos es asequible, primariamente, mediante la representación espiritual del objeto en cuestión. Pero no basta para ello un pensamiento sólo discursivo acerca de tal objeto: será, antes bien, preciso acercársele, primero, en una actitud de contemplación; y luego aguardar que su ser se actualice en nosotros, en una intuición espiritual.

Si profundizamos la estructura de un organismo hasta percibir como una luz la misteriosa esencia de la vida, entonces se nos abrirá el sentido de la belleza que le es propio a la vida. Y, ubicándonos ahora en un plano más elevado aún: Si oímos decir o leemos de la actitud de un individuo —del martirio de un San Esteban, por ejemplo—, percibiremos el alto valor ético y hasta la santidad de su actitud, al propio tiempo que se nos revelará su belleza específica, que es una irradiación —"splendor"— de esa santidad. Y diremos que aquí alcanza el carácter intuitivo del acto integral, precisamente en la percepción de su belleza, en cierto modo su punto culminante, ya que dicha belleza es, en cuanto a su esencia, una irradiación, un "poner de manifiesto' dicha exquisitez; diríase que es la fragancia de la exquisitez de tal actitud. Pero esta belleza fundada en la dignidad ontológica que llevan los valores vitales, intelectuales y éticos —que, en la santidad no sólo al-

canza su culminación, sino que se eleva a una cualidad enteramente nueva y gloriosa—, puede, en parte, tocar la esfera del mundo sensitivo. Esto ocurre más que todo en la belleza ontológica de las formas corporales. En las formas visibles de una roca, árbol o animal, se marca sin más su especial manera de ser y con todo ello también la belleza ontológica que le corresponde a dicho ser.

Esta visible belleza de índole ontológica se diferencia abiertamente de la de las formas.

Ella jamás trasciende, en su cualidad, la jerarquía de valores del objeto al que se halla ligado, y por tanto no nos coloca de ningún modo frente al problema del que se hizo mención al comienzo de estas consideraciones.

No obstante, también la belleza ontológica de contenidos espirituales puede manifestarse sensitivamente por medio de la expresión, propiamente dicha: El rostro de una persona, sus movimientos, su porte, el timbre de su voz, poseen la facultad de expresar vivencias, actos y otros rasgos característicos de dicha persona. No en vano hablamos de un rostro bondadoso, espiritual, o de una cara común y carnal; como también de portes arrogantes, afectados o brutales; o dignos y nobles. Así como nos asustamos ante la expresión iracunda de un individuo, o nos desgarramos de misericordia al presenciar el hondo dolor que se exterioriza a través de un rostro humano.

Ahora bien; se impone la pregunta acerca de cómo se vincula el procedimiento interior o la cualidad espiritual que creemos percibir en el rostro, etc., de una persona: ya sea con las formas que son asequibles a nuestros sentidos, la mímica de tal persona, pero también con el carácter acústico de su voz.

¿Obedecen estas formas a una deducción o se nos dan simple e inmediatamente?

Nos llevaría demasiado lejos el querer entrar aquí en materia respecto de las diversas teorías que se sostuvieran acerca de la "expresión". Sin embargo nos será preciso señalar brevemente la inconsistencia de la teoría basada sobre la llamada "conclusión por analogía". Pues ante todo hay una diferencia entre la perfección de la bondad o pureza en un determinado rostro, y la conciencia de algo que deducimos de los rasgos interiores de un individuo: Por ejemplo, de que alguien tiene miedo porque lo vemos huir, o que alguien consiente, porque lo vemos inclinar la cabeza. En cambio la bondad o la pureza, como asimismo la ira que centellea en los ojos de un individuo, o la honda tristeza en una mirada, poseen claramente el carácter de algo intuitivamente dado y no de algo deducido.

En segundo término falta aquí, por así decirlo, el "tertium comparationis": lo que incumbe darlo a la "analogía", sobre la que habría de basarse la supuesta conclusión.

La cara que ponemos cuando somos presa de la ira o del dolor, escapa a nuestro conocimiento; las sensaciones musculares que, como fenómenos, acompañan la vivencia de nuestra ira o dolor, apenas si las percibimos, puesto que en el acceso de nuestra ira o dolor nos hallamos de tal modo concentrados sobre el objeto de ese nuestro dolor o ira que en todo caso no advertimos sino lo que ocurre en el aspecto interior, sin que por ello se aporte nada en cuanto al aspecto exterior, vale decir, en cuanto a los elementos que les corresponden a las modificaciones que se producen en el aspecto de nuestra existencia exterior y física.

Esta teoría de la conclusión por analogía, confunde el fenómeno de la expresión con el de un mero indicio, no obstante de que estos indicios —que desempeñan, asimismo, un papel ponderable en nuestro conocimiento de la vida del alma ajena— se diferencian claramente, también en su función, de lo que es expresión, propiamente dicha.

Hay que reconocer como un hecho de que a los contenidos visibles y audibles les es inherente la facultad de expresar, en determinadas circunstancias, su contenido espiritual, mejor dicho la facultad de trasmitir su cualidad y su existencia real en forma evidente. Nadie puede negar o poner en duda de que determinados actos humanos (como ser la ira, el dolor, la alegría y ciertas cualidades de la persona) se revelan a través del rostro y la voz del individuo. Al ver y escuchar, nos es dable percibir en forma inmediata una realidad, que se halla detrás de todo ello, y que —por la índole espiritual de su esencia y cualidad, especiales— es de carácter enteramente distinto.

La "expresión" se diferencia de los indicios no sólo en un sentido específico, sino también de los demás múltiples tipos de vinculación relevante que se presenta, entre algo espiritual y algo sensitivo. Como en el caso, por ejemplo, con el símbolo (en el estrecho sentido del concepto) o con la relación de la palabra —como sonido material— y su contenido significativo. Mas, mientras en todos estos casos la vinculación no es de carácter evidente y demostrativo, traslúcese en la expresión lo interior por intermedio y a través de lo exterior, volviéndose así, en efecto, espiritualmente visible con y por la visibilidad de lo exterior: como algo que "anima" y le es inherente a dicho elemento exterior.

A lo visible y audible le es dada esta facultad de transmitir, intuitivamente, algo que sobrepasa mucho el dominio de su existencia en sí.

Por tal motivo es también posible que se haga visible y audible la belleza ontológica de actitudes espirituales, cuando éstas se expresan, por ejemplo, en la esfera exterior del individuo. La belleza de un espíritu grande y generoso puede expresarse por medio del porte exterior de una personalidad. La belleza de la bondad, de la generosidad y de la nobleza interior de un individuo, puede leerse en los rasgos de su rostro, etc.

Y si bien la belleza ontológica, como tal, no es el tema que realmente nos ocupa, nos parece sin embargo conveniente fijar al respecto los siguientes puntos:

1º La belleza de los valores intelectuales y morales puede expresarse por medio de elementos exteriores del individuo; pero a veces no ocurre así y, antes bien, pueden estos elementos exteriores provocar engaños, expresando rasgos —positivos como negativos— y cualidades que, en verdad, no corresponden a tal individuo.

2º Esta belleza ontológica no está directamente ligada a los rasgos faciales como tales, sino a los actos espirituales y cualidades que están expresados —de acuerdo con la verdad o sólo aparentemente— en el rostro de un individuo.

3º La belleza ontológica que nos es dable percibir por medio de una intuición espiritual, es la misma que se manifiesta aquí por medio de la expresión de lo visible. Pero la forma en que se nos hace presente en este caso es otra, ya que se trasmite mediante lo sensitivo.

4º También esta belleza se da inmediatamente, es decir no es algo sólo sabido o deducido.

5º Esta belleza que se patentiza en la expresión del porte exterior —que a su vez refleja los actos espirituales y las características del individuo— se ajusta, en su rango y su calidad, al rango de los valores en que se basa, a igual que toda belleza ontológica.
(El que si es dable de que toda belleza ontológica pueda hacerse visible y audible por medio de la expresión —la belleza de la verdad, del ser como tal—, no nos debe interesar en estas consideraciones).

DESPUES de haber analizado la belleza ontológica, dentro del marco de la "expresión", estudiaremos la "belleza de las formas", que es, en realidad, el tema esencial de este trabajo.

A lo sensitivamente perceptible le es propia una facultad que, desde el punto de vista de la belleza, se torna más misterioso y extraño aún que la de expresión.

Si pensamos en la belleza sublime del "adagio" de la novena sinfonía de Beethoven; en la belleza que cautiva la mirada cuando, desde el Capitolio, abarca el "forum romanum" y, más allá, la "Campana" y detrás las montañas albanesas, no cabe la menor duda de que esta belleza, en cuanto a calidad, sólo es comparable con una belleza ontológica de alto valor.

A la vez sería un grave error sostener que dicha belleza no representa sino una belleza inferior y más superficial que la otra, por el hecho de que no se halle inmediatamente ligada a contenidos visibles y audibles sino a los pensamientos y las ideas que provoca en nosotros.

En efecto; no es lícito confundirse, por el hecho de que esta belleza está ligada a lo visible y audible, en cuanto a su verdadera y sublime calidad, declarando de antemano que: puesto que todo lo sensitivamente perceptible ocupa un lugar inferior dentro de la jerarquía ontológica, no puede, este tipo de belleza trasponer —en cuanto a su calidad— determinados límites de su reducida capacidad valorativa. Pero tampoco es recomendable —sólo por el afán de salvar el momento de su sublimidad— querer negar, que este tipo de belleza se hace evidentemente presente cuando miramos ciertas cosas u oímos determinados trozos de música.

Esta "tentativa de salvamento" sigue equivocada, ya se la exponga frente a este tipo de belleza, como ligada a ideas (que nosotros admitimos— análogamente— como escalonando los valores propios a lo visible y audible); ya sea interpretándola como belleza ontológica expresada; ni tampoco —en el caso del arte— como fundada en la expresión personal del artista.

No; todo ello sería esquivar el problema que se nos presenta. Lo que debemos hacer es llegar a una conclusión en medio de un análisis bien exacto de los hechos y poder dar así con el misterio que envuelve este problema.

Por de pronto debemos puntualizar que esta belleza no se presenta sino en el mundo de lo visible y audible, y jamás en la esfera de los demás sentidos. Los olores, las fragancias, los ricos sabores, las sensaciones táctiles, etc., no sólo son agradables, sino que pueden trasmitir la sensación de lo noble, fino; pero nunca jamás la sensación de belleza, propiamente dicha.

Y si la fragancia de una flor, por ejemplo, puede trasmitir un valor más noble que la mera sensación del olor o del tacto, esta diferencia no basta para que la belleza que, como tal, se produce dentro de la esfera de lo sensitivamente perceptible, deje de estar limitada a lo visible y audible.

Y esto ocurre porque la belleza no está fundada en las sensaciones de nuestros sentidos sino en determinadas formaciones objetivas de carácter visible y audible cuyas formas, colores, proporciones y demás características, rítmico-melódicas, son las que realizan armoniosamente la belleza. Los olores, en cambio, no pueden constituir de un modo análogo una formación o una figura como lo hacen los tonos de una melodía; y menos lo pueden constituir los gustos y las sensaciones táctiles. Por tanto es un error interpretar la belleza de las formaciones visibles y audibles como algo que pertenec al dominio de los sentidos, propiamente dichos, y colocarla con ello en el mismo plano con el fenómeno del sabor agradable y hasta con las sensaciones fruitivas de los sentidos.

Y nos sorprende que Aristóteles cometa tal error, cuando, en su *Etica a Nicómano* (Libro III) se pregunta cuáles son los sentidos que, éticamente hablando, ofrecen peligros; para luego explicar, que la belleza del arte no es peligrosa, mientras que el tacto —dice— "representa el verdadero centro de tales peligros". Con ello presupone, tácitamente, Aristóteles, que se trata aquí de cosas comparables entre sí y que en consecuencia, la belleza de algo visible significa una correlación tanto respecto del deleite, como del tacto.

Pero ante todo es preciso recalcar que dicha belleza se halla ligada al objeto de una manera distinta de la ontológica. La belleza que ofrece el Golfo de Nápoles no es acaso una irradiación de los preciosos valores ontológicos del agua, o del Vesubio (como una mole de material) etc.; ella no le pertenece a los elementos materiales como le pertenece la belleza de la pureza al individuo puro. En este caso el golfo es, por así decirlo, sólo un pedestal que le sirve a esta belleza, o mejor dicho un espejo, en que ella se refleja y la que, en realidad, pertenece a algo eminentemente superior. Más aún: los elementos materiales que constituyen el golfo no son —ontológicamente hablando— incluídos por la belleza del golfo, en la esfera de la exquisitez y nobleza, que enuncia la calidad propia de esta belleza. Nosotros mismos no experimentamos nostalgia alguna hacia una unión profunda con sus componentes materiales, cuando nos hallamos frente a la belleza de dicho golfo. Mientras la belleza ontológica de un espíritu selecto o de la virtud ética despierta en nosotros la ansiedad de entrar en un más íntimo contacto con el sujeto al que va adherida esta belleza, no ocurre así, por ejemplo, con una hermosa escultura (como cosa material), ni tampoco con los elementos materiales que constituyen el mencionado golfo.

Ocurrirá, sí, que nuestra mirada se oriente hacia arriba.

Es cierto, que todo valor es un mensaje de Dios; pero en tanto que los demás valores, como también su belleza ontológica, se hallan completamente adheridos a los objetos que la emanan, patentizándose en este caso, la esfigie de Dios a través de los tales objetos y de su ser; flota en cambio esta misma esfigie divina —que se halla en la belleza superior de lo visible y audible— por encima de aquellos objetos, sin integrarlos en la figuración ilustrativa que ella representa. Claro, que también estos objetos son —en cuanto a su ser— un reflejo de Dios; pero este reflejo pertenece a una categoría muy inferior a aquella que flota misteriosamente por encima de los otros contenidos. La diferencia que hay entre la belleza ontológica visible y la de las formas —que nada tiene que ver con la calidad de la belleza, sino con la manera cómo se liga esta belleza a su portador— se nos presenta ahora con toda claridad. Vale decir: la belleza ontológica, expresada, va adherida evidentemente a una realidad de valor superior que se patentiza por medio de la expresión y es perceptible sólo cuando percibimos, primariamente, dicha realidad.

En la belleza de las formas, empero, trátase de lo siguiente: ella configura, objetivamente, la irradiación de un mundo superior; y ese mundo superior se insinúa de algún modo misterioso en la belleza; pero la percepción de esa belleza, en su característica calificativa, se hace en forma primaria y es ella la que se patentiza, real y acabadamente.

Y se patentiza sola, en lo visible y audible; sin necesitar de objeto alguno al que ontológicamente pertenezca. Esta situación no se modifica en nada por el hecho de que en la totalidad del portador de una belleza superior, se entremezclen ciertos momentos de una belleza auténticamente transmisora de elementos expresivos, como también de una belleza visible y pronunciadamente ontológica.

Pues, en la belleza de la naturaleza y del arte, engranan orgánicamente, tanto la belleza de las formas como la de índole visible y pronunciadamente ontológica; esto en el sentido más estrecho y más amplio de la palabra. En la armonía de estos dos

tipos de belleza —la de las formas y la de la ontológica, dentro de la expresión— constitúyese en su verdadera plenitud la belleza de un paisaje, de una arquitectura, o de un cuadro. Mas, en toda esta armonía mantiénese firme el carácter de la belleza de las formas y, principalmente, el de su notable soberanía sobre su portador, sensitivamente perceptible, como se mantiene firme, también, el hecho de que su aparición no se debe a objeto alguno, a que perteneciese. Ella prevalece en el arte, singularmente en la música; y la manera cómo la belleza de la obra de arte se ajusta al objeto que la informa y que es su substracto visible— es formalmente siempre aquella que corresponde a la relación vigente: entre belleza de las formas y su portador.

No dejaremos de recalcar dos puntos a este respecto. Primero: que esta belleza no puede ser trasmitida sino por medio de lo visible y audible y que no nos es preciso acaso "pensar" en un mundo espiritual superior o ni siquiera en la fuerza creadora de Dios para percibir dicha belleza; pues su actualización se hace inmediatamente por medio de lo visible y audible, y es su *propia* calidad la que orienta nuestra mirada hacia lo alto.

Vale decir que esta belleza no se hace presente porque nosotros pensáramos en Dios, sino que es ella misma la que se patentiza, por medio de lo visible y audible y es *ella* la que nos conduce hacia Dios.

Segundo: que esta belleza no es la radiación ontológica de un precioso valor interior de lo que sensitivamente percibimos, sino que ella es, objetivamente, un mensaje de Dios que se nos revela en este caso en una forma misteriosa. La dignidad ontológica de los tonos o de los objetos visibles es efectivamente la misma, tanto en un cuarteto trivial cualquiera, como en una gran obra de arte; y tanto en un paisaje vulgar y aburrido, como en el de carácter hermoso y relevante. Los elementos que ocasionan la belleza, no presumen perfección alguna del objeto, en un sentido ontológico. Su significación le adjudica exclusivamente en virtud de la misteriosa facultad de poder actualizar belleza, mucho más allá de los valores demostrativamente perceptibles, dentro de su propia calidad.

Y esto nos coloca sobre el punto decisivo de nuestro problema que es el siguiente:

A los contenidos visibles y audibles Dios ha confiado al misión —independientemente de la expresión, propiamente dicha, que forma la base para una belleza entológica, transmitida— de hacernos llegar el mensaje divino, que trasciende el rango jerárquico de lo visible y audible como tal.

A lo visible y audible es doble transmitir realmente una belleza frente a la cual estos elementos desempeñan un papel enteramente humilde y servil. A pesar de que, en cuanto a su ser, pertenece a una categoría inferior dentro del órden jerárquico del ser, logra volverse portavoz de algo incomparablemente superior.

Los factores que patentizan estas bellezas y que se hacen —objetivamente— evidentes en el mencionado Cuarteto o en el Golfo de Nápoles, son de índole multiforme y misteriosa. Tanto la proporción, como el color, forma, luz, melodía, armonía, ritmo, sonoridad, composición, etc., son los *medios* que intervienen; pero el *empleo* de todos estos factores, que representan el fundamento de la belleza, es un *misterio*, que se actualiza, en cada paisaje hermoso y en cada una de las verdaderas obras de arte. Este misterio significa siempre una nueva sorpresa que no es posible encasillar en fórmula alguna.

Proseguir su investigación excedería el marco temático que nos hemos trazado. Pues, nuestro tema era sólo probar que esta belleza "de las formas" —como la llamamos para diferenciarla de la ontológica— está adherida por un lado inmediatamente a contenidos visibles y audibles; y que por el otro lado no es tampoco aquel "splendor" de su dignidad ontológica; sino que es: el "splendor" de la esquisitez ontológica de valores muy superiores.

Ahora bien; de lo que cabe darse perfectamente cuenta es la función *casi sacramental* que Dios le ha adjudicado a lo visible y audible, mediante la misteriosa facultad de trascender el dominio de sí mismo, dentro de la belleza, para la cual lo audible y lo visible no es sino un humilde pedestal.

Cuando se ha entendido esto debidamente, desaparece como por encanto el prejuicio de que la belleza de contenidos visibles y audibles no es sino un escalón inferior de la belleza espiritual. No; esta belleza no es "exterior" porque se halla adherida a tales contenidos visibles y audibles y de ningún modo se ve degradada o afectada por el "odium" que provoca el mundo, sensitivamente perceptible, en contraste con el espiritual e inteligible.

Entendiendo bien este punto no será más incomprensible, el que una montaña pueda ser más hermosa que un gusano: en virtud, pues, de que la manera en que la belleza le corresponde al objeto bello, es —en el caso de la belleza ontológica y la de las formas— radicalmente distinta. ⌘

MENSAJE DE PAZ

JOSEF HAEFNER

¡NOCHE de paz! ¡Noche santa! Noche por excelencia ,que es más clara que el día más luminoso. Noche bendita, en la que el Hijo de Dios se hizo hombre. Fiesta de la pacificación entre Dios y el hombre.

Frente a lo acontecido durante esa noche sagrada ¿qué importancia pueden tener las sacudidas más hondas de la historia, el hundimiento de culturas y de reinos poderosos, la extinción de pueblos genialmente dotados y las modificaciones más pavorosas en orden al conocimiento que teníamos del mundo y de su configuración desde Copérnico hasta los fundadores de la enseñanza atómica? Bien puede afirmarse que ningún acontecimiento ha proporcionado tanta dicha y tanto consuelo al corazón desvalido del hombre como el mensaje del Redentor y la gloria de su natividad. Desde esa noche, hállase en el mundo, con el Dios-hombre Jesucristo, el hecho divino. No tan sólo en el sentido de la manifestación primera de la Omnipotencia, mediante la cual fueron creadas todas las cosas, sino también en aquella postrera, inigualable, del Amor, que se hizo carne y habitó entre nosotros.

No obstante esto, el ángel de la paz es saludado tímidamente por un mundo carente de paz. Hay que reconocer que jamás fué mayor el deseo de la paz. No de los pueblos ni de los hombres aislados, cuyas vidas se ven cubiertas por la sombra del temor y la angustia, y sofocadas por las sensaciones del trajín diario. Mas ha habido demasiadas navidades de sangre y de matanza, demasiado desengaño acerca de tantas promesas de paz. "Vosotros no debéis pelear cuando la estrella se levanta" dice una voz en un drama moderno que se desarrolla en una noche de navidad, en tiempos de guerra. Y la respuesta del individuo amargado es la siguiente: "Tal vez la estrella no se levante, este año. Tal vez, se haya olvidado de alumbrarnos... Quizá encuentre demasiada oscuridad entre nosotros". Al "tal vez" de los que dudan sigue luego el "demasiado tarde" de los desesperados, de los que creen que estamos en la hora veinticinco, vale decir, una hora después de la última hora. "Es la hora en que toda tentativa de salvación llega tarde. Aun un mesías, si apareciera, llegaría tarde. El corazón de la humanidad —así se dice— se asemeja a una cámara explosiva cargada de odio y de violencia, que tarde o temprano hará saltar el "palacio de cristal" de nuestra civilización.

Ahora bien, ¿por qué se ha vuelto el mundo tan tenebroso? ¿De dónde esa sensación mortificante en una generación que pudo lograr la desintegración de los átomos, que supo apropiarse y explotar las fuerzas cósmicas poniéndolas a su servicio; que fué capaz de fabricar bombas de hidrógeno en serie y de construir aviones de reacción con una rapidez insospechada?

Preguntemos a los filósofos que se afanan por dar con una explicación lógica del mundo y buscan de aclarar el misterio de la vida y hallaremos por toda respuesta muy pocas palabras de consuelo, pero en cambio, oiremos abundantes consideraciones acerca de la perdición del hombre, el cual es arrojado en la existencia, condenado a la finitud y orientado hacia la muerte. Nos dirán que la preocupación y la congoja son su alimento cotidiano, el temor y el fracaso, la base misma de su existencia.

Que lo querramos o no, debemos reconocer como un hecho incontrovertible la perdición del hombre. Porque desgraciadamente se ha ido perdiendo, en grandes fracciones de la humanidad, la noción de la dignidad de la persona, la santidad de la familia, el orden y la seguridad de la sociedad humana, y sobre todo, la religión. A fuerza de conocimientos y de cálculos del espíritu, el hombre moderno se ha despojado de la sencillez del corazón, que aceptaba con fe y humildad la interpretación que de su propia esencia y destino le era dada, conforme a la palabra de la Verdad eterna, tal como fué consignada en la Sagrada Escritura, y tal como Dios la pronunció, viviente y personal, sobre nuestra miseria, en esta noche fecunda en gracias. Y como consecuencia de todo ello, el hombre ha perdido la paz del corazón.

Con triple insistencia nos dice la Escritura que el hombre ha sido creado a imagen de Dios. No es un ser puramente material, que sumerge la cabeza en la arena de las cosas terrestres. No. Es espíritu del Espíritu eterno. Espíritu libre, llamado a la existencia por el único Dios omnipotente. Persona, que lleva en sí, como ser espiritual en su hechura natural, la disposición o aptitud a recibir la gracia sobrenatural, a participar de la vida del Dios trinitario. Criatura capaz de albergar a Dios: he ahí la nobleza sustancial del hombre, y su dignidad más eminente.

Desde la Noche santa de navidad; desde que, en el Dios-hombre, le cupo a la naturaleza humana recibida de María, llevar los rasgos de

El presbítero J. Haefner, es doctor en filosofía de la Universidad de Bonn y profesor de religión. Ha publicado varias obras sobre enseñanza e interpretación de los problemas actuales.

Dios, desde entonces le es dado al hombre reconocer en Cristo, como en un claro espejo, su dignidad perdida y su finalidad primera. Ser la imagen de Dios, criatura receptiva de lo divino, y ahora, desde el advenimiento de la Redención, también criatura colmada de Dios. Es lo que significa San Agustín, cuando dice: "Siendo Dios, se hizo hombre, a fin de que el hombre se reconozca como hombre". ¿Qué son en realidad todos los fenómenos y movimientos de la historia universal —que se presenten indistintamente en un ropaje científico, económico o político,— que son en el fondo, sino engendros del ansia no satisfecha del corazón humano, creado para Dios y a menudo tan extraviado, que aspira a la grandeza divina y a la eternidad? El nacimiento del Señor trae la satisfacción de toda aspiración humana, sacia el hambre del alma que apetece luz y vida, libertad, espacio, grandeza y paz. Porque el Hijo unigénito de Dios se ha hecho hombre, para que el hombre se haga hijo de Dios por la gracia.

¿Es posible entonces que nos acobardemos en esta noche rica en tesoros incalculables de consuelo, noche aparentemente pobre y desprovista, pero que en su interior se nos presenta como un corazón abierto, capaz de abarcar y de reanimar, con el fuego que de ella emana, a todos?

No es que no veamos las densas tinieblas que invaden al mundo, entonces igual que hoy. La Sagrada Escritura conoce, además del Evangelio de Navidad de San Lucas, otro relato de navidad: aquel escrito por el anciano vidente de Patmos, el Apóstol Juan, en el capítulo 12 de su Revelación. Ahí también una madre —la Iglesia— se acerca a su hora penosa. Mas un dragón inmenso, con siete cabezas, vino a colocarse ante la mujer, para devorar a la criatura después de su nacimiento. ¿Acaso no se hallaba ya ese dragón colorado junto al establo de Belén, cuando la sagrada familia se vió obligada a huir de ese miserable reducto, rumbo a Egipto, para no caer en manos de los soldados de Herodes, el infanticida? Y no libra aún hoy esa misma serpiente guerra encarnizada contra los hijos de esa Madre, contra aquellos que observaban los mandamientos de Dios y dan testimonio de Cristo? Según una estadística del Vaticano ha corrido más sangre de mártires desde el comienzo de la Revolución rusa hasta nuestros días, de la que fué derramada desde la matanza de los niños de Belén hasta el año 1917. A pesar de lo cual el número de los cristianos se ha visto aumentar en nuestra época, en un período de apenas veinte años, de 300 millones a 423 millones.

"Y a pesar de todo, Cristo nace", dice en una novela reciente un sacerdote anciano y pobre



que se internó en la Rusia soviética con el propósito de alentar y de fortalecer con el pan eucarístico a los perseguidos y dispersados por causa de su fe. "Cristo, a pesar de todo, nace, por más bulla que hagan los animales encadenados. Esto, nadie puede impedirlo. Mas cuando la eternidad irrumpe en el tiempo, no tiene mayor importancia que haya un poco más o un poco menos de ruido en la calle". No hay oscuridad que el amor de Dios no pueda penetrar. La luz que se abrió paso en Belén ha sido victoriosa en su marcha desde el comienzo hasta nuestros días. Cierto es que el mensaje pacífico de los ángeles no sonó para los orgullosos consejeros del rey Herodes, ni tampoco para los codiciosos negociantes de Belén, sino para aquellas gentes sencillas que creían con corazón recto y sincero como María y José, como los pastores y como los humildes Sabios de Oriente, quienes glorificaron a Dios.

No son los hombres ni los pueblos los que hacen la paz, sino únicamente Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre en la noche de Navidad. ¿Cómo habrá de entrar la paz en el mundo, si antes no ha penetrado nuestro corazón, si el hombre no ha comenzado por encontrarse a sí mismo? Y ¿cuándo habría de operarse esto, si no durante la noche santa, en la que Dios espera a todo aquel que tiene buena voluntad? ※

NAVIDAD, FIESTA DE LA FAMILIA

ANGELIGA KNAAK PEUSER

NINGUNA festividad más adecuada para exaltar la idea de familia que la celebración de la Navidad. El recuerdo del advenimiento de Cristo a la tierra lleva, a la imaginación, a representarse el nacimiento del hombre. Dios que se hace hombre para salvar a los hombres y se encierra, para ello, en el seno de una virgen. Salvo la virginidad, que antes y después y siempre guardó su madre, privilegio de su maternidad divina como todos sus privilegios, unida a la absoluta pureza de su parto, Cristo nace como nacen los restantes humanos. Aparece niño y débil, necesitado de ayuda, impotente, a merced de los demás, que deben prestarle, con esa solicitud y esa ternura que se concede a los infantes, los socorros de que ha menester todo recién nacido.

Hay al lado de su pesebre, como hay al lado de las cunas, una madre y un padre, vigilantes y solícitos, felices con la diminuta presencia de ese ser que es un hombre en potencia. Ante él se unen los esfuerzos, se fortifica la protección, se ensanchan los horizontes. Un hijo es siempre una esperanza, un renuevo en la vida familiar, un acicate para la brega, el motivo y la causa de la vida conyugal.

¡Con qué ternura se ha rodeado siempre la fiesta de la Navidad! Todos los pueblos cristianos la han tenido y la tienen en grande honor. Conmovedoras celebraciones hogareñas, impregnadas de lo más noble, de lo más sano y puro, que brota del corazón humano, tienen su momento en ese día. Sorpresas y regalos, luces y golosinas, deseos y saludos, se cambian y distribuyen por doquier. La atmósfera es de cordialidad y de afecto, de alegría serena. Hay en el ambiente, se respira en él, mucho de lo infantil, con toda su belleza, de candor, de simplicidad y de inocencia.

Es que en Navidad el niño es rey. Es la fiesta, por excelencia, de la infancia. ¿No se rememora a Dios niño? Es, también la fiesta del comienzo de la Redención como es el infante el empezar del hombre. Todas las celebraciones del ciclo Cristológico presentan ese paralelismo entre Dios y el hombre. ¿No están, precisamente ellas, para señalar el camino, para aplicar sus enseñanzas? Dios trabaja con y para el hombre, niño o adulto, varón o mujer, joven o anciano. Todos los actos humanos de Cristo tuvieron como norte, primero la glorificación del Padre, inmediatamente, la salud del hombre, o mejor aún, en esa misma glorificación se insertaba la salvación de lo humano.

En la fiesta de la Natividad se dan esos dos aspectos. Es el misterio de un Dios hecho hombre para que el hombre se torne, en cierta manera, Dios. Es el nacer del hombre, no sólo en su físico, sino principalmente en su espíritu. Porque para que el hombre sea realmente hombre es necesario que sea algo más que hombre. De ahí la urgencia del conocer toda la riqueza, no ya teológica y dogmática, sino también filosófica de la Navidad.

El Verbo, al tomar carne humana, afirma la santidad de la ley natural del nacer. El único privilegio de su nacimiento es la absoluta impecabilidad y virginidad de su madre. María es toda de Dios. Por ello, será también toda de Cristo. María no está sometida, en su maternidad, a la acción de un hombre; lo está a la de Dios. Es esto una rigurosa necesidad, que exige quien de ella tomará carne. El nacimiento de Cristo está por encima del nacimiento del hombre, aunque guarda un lazo que los une, que es el nacer en sí, con prescindencia de la concepción o de los accidentes naturales humanos del nacer.

Este nacimiento de Cristo, que se eleva por sobre el hombre sin desvincularse de él, demuestra esa gradación de valores que se observa en la creación entera. No puede darse, en ella, como parece querer ser el deseo moderno corriente, esa igualdad uniforme. La creación, si bien se analiza, y lo enseña la filosofía, es una ascensión, de lo inferior a lo superior, de lo inanimado a lo sensible, de lo sensible a lo sensorial, de lo sensorial a lo racional, y de lo racional a lo espiritual absoluto. Por ello, Dios al querer salvar a la humanidad por el medio que escogió, que fué el de hacerse hombre, enaltece, naciendo, las leyes del nacer. Pero, siendo como es: Dios, reserva para su madre: la incorruptibilidad, guardándola virgen, aún concediéndole la maternidad.

Aparte esta concepción divina, lógica, si se piensa que es a la misma divinidad a quien sirve, los restantes y comunes accidentes del nacer y de la infancia están presentes. Cristo no rehuye el sufrirlos. Su proceso físico será equiparable al del resto de los mortales. Dios no abusa del milagro. Autor de las leyes, respeta su desarrollo y sus consecuencias. De ahí, los treinta largos años de silencio y obscuridad del Salvador, perfectamente ignorados de los suyos.

A. Knaak Peuser pertenece a la Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas, y es antigua colaboradora de CRITERIO.

¿No es éste el hijo de José, el carpintero? Y ¿no mora entre nosotros su madre y sus primos hermanos?, exclamaban, asombrados, los hebreos, cuando por primera vez escucharon sus prédicas. No tendría sentido la extrañeza experimentada por sus allegados y conocidos si desde su nacer se hubiera podido advertir el milagro. Mas, no habiendo sido esto así, era de rigor la estupefacción.

FIESTA de la Navidad, fiesta de la familia. Paternidad, maternidad, filiación. El núcleo y los lazos unitivos de convivencia, de relación, de protección y sometimiento entre sus integrantes. Todo un mundo en esa pequeña sociedad, germen de todas las sociedades, base de todo orden social. Dios quiere nacer hombre y santificar la familia, mostrando al mundo la necesidad de su existencia, según la economía natural de ese mundo. Quiere fortalecer y vigorizar su disciplina. La familia es la fragua social, el crisol de los pueblos. De ella depende la salud de las razas y naciones y la posibilidad de su sobrevivencia. Sin familia, las sociedades se anarquizan, terminando por fenecer. La familia es escuela de deber y de generosidad. En ella se desarrolla todo el individuo. Por más perfecto que sea el Estado, no podrá suplir la atmósfera de una familia normal. El ser humano requiere el clima familiar; lo pide, más aún que sus sentimientos, su razón.

Porque el hombre es ser racional. El entendimiento es su característica lo que le distingue en esa gradación o jerarquía de esencias que en los seres creados advierte la filosofía. Debajo de él: lo sensorial, el animal; encima, el espíritu total, desvinculado de carne, libre. En el medio: el hombre, enlazado, por una parte con la animalidad, por la otra con lo espiritual.

Mitad alma, mitad materia, paradojísima mezcla!

Ese ser no puede ser librado al arbitrio, requiere leyes racionales, de acuerdo a su naturaleza, a su particular y propia idiosincracia. No puede seguir la ley animal por cuanto, al seguirla, seguiría sólo una fase de su esencia, una parte, mas no su todo, lo que toda su esencia reclama. De ahí la necesidad de la familia constituída y permanente, no accidental, como la requerida por las bestias.

El misterio de la Navidad, juntando en Cristo lo divino y lo humano, nos lleva, por vía de analogía, al pensamiento del hombre, uniendo en él, en escala inferior de valores esenciales, por supuesto, lo racional (chispa divina) con lo animal (reminiscencia de aquel barro con que Dios le creara).

El nacimiento de Cristo que quiso ser hombre tomando carne y sangre del vientre de una mujer. Y una vez hombre, someterse a esa vida familiar durante treinta años. Sufriendo el abandono de la infancia, su constitución, el desarrollo físico común a todos los seres humanos, verdadero hombre ...y era Dios.

La lección de la Navidad es, además del comienzo de la redención, el enaltecimiento de la familia humana. Por mil medios diferentes pudo Dios redimir al mundo. No deseó más que ése, el de efectuarlo por y con la familia. En el plan divino nada se deja librado al azar y al capricho. Si hondamente se piensa, hay que convenir, que por un motivo muy poderoso quiso llegar a la tierra en la forma en que vino, haciéndose hombre: el de dejar sentado y para siempre la necesidad imprescindible de la familia, una, compacta, permanente.

¡Navidad, fiesta de la familia! Son sus más puros goces los que en ella se festejan. El amor de los padres a los hijos, el de los hijos a sus padres, el de los cónyuges entre sí. Dios debe sonreír desde el Cielo en esos días que el mundo festeja con sonidos de campanas, perfume de flores y brillar de estrellas, el advenimiento: "del

Verbo que se hace carne y habitó entre nosotros".

La redención del mundo por un Dios que se hace hombre, es decir que para su comienzo, la fundamenta en la familia, santificando, con ello, sus leyes. El mundo, en su aspecto social, en buena parte de su conjunto, se salvará también a través de la familia. ✱

EL PROBLEMA DE LA FE EN LOS MEDIOS INTELECTUALES DEL SIGLO XX

JACQUES LECLERCQ

I

ACPECTOS DE LA INCREDULIDAD Y RETORNO DE LA FE

HEMOS llamado a este trabajo "el problema de la fe", porque hay un problema de la fe que no participa de la teología de la fe. La teología de la fe analiza la naturaleza intrínseca de la fe y determina la acción divina que requiere; el problema de la fe de que tratamos aquí, es buscar desde el punto de vista humano los motivos de la fe, móviles conscientes y razones humanas para creer. Que detrás de esos móviles psicológicos se disimule una acción divina, y que el creyente, aun en la fe, tenga conciencia de un estado de ánimo irreductiblemente original, fundamentalmente distinto de cualquier otro, son hechos al margen del tema que nos ocupa.

El motivo por el cual se cree varía de una época a otra, de una sociedad a otra, de una clase a otra. La fe ofrece distintos aspectos al intelectual y al iletrado, y aun entre intelectuales, se presenta de modos diferentes al hombre de ciencia y al de letras.

Esto contradice el prejuicio de muchos. ¿La fe no tiene que apoyarse en serios motivos?, ¿acaso una razón valedera no lo es para todos? O la prueba demuestra, y todos tienen que inclinarse, o no demuestra. No se concibe una verdadera prueba que sea demostración para unos y no para otros. Se trata por consiguiente de demostrar que la religión es verdadera. El problema de la fe es sólo demostrar esta verdad, y si se demuestra bien, ningún espíritu de buena fe puede permanecer ajeno a ella.

Pero también esta fórmula "demostrar que la religión es verdadera" que parece tan evidente, tan clara, tan simple, es equívoca en la medida en que aparece como exigiendo una demostración racional, hecha de razonamientos encadenados, puesto que el Evangelio no los contiene, a pesar de que los discípulos de Cristo tenían sobradas razones para creer. Se puede decir que ningún creyente nunca las tuvo mejores.

No es posible, pues, que la fe dependa en principio de una demostración en forma de razonamiento silogístico, se apoya sin embargo en una adhesión del espíritu que supone una visión intelectual de la verdad de la religión cristiana. Tendremos que preguntarnos más adelante en qué consiste esta verdad y a qué responde esta adhesión del espíritu, ya que reflexionando advertimos que todas las fórmulas simples necesitan ser precisadas.

Actualmente el problema de la fe se plantea en términos nuevos con respecto a los últimos siglos, y estos términos nuevos constituyen en parte un retorno a la tradición primitiva de la Iglesia. Términos nuevos con respecto a los últimos siglos porque la vida del espíritu se ha transformado profundamente y el problema de la fe se presenta con otras perspectivas.

Por un lado, muchos católicos educados en medios tradicionales formados en establecimientos cristianos, se desorientan al llegar a un medio científico, frente a la aparente contradicción entre el método científico y los de la apologética. El método científico tal como se practica en los laboratorios y en la actualidad se extiende hasta los dominios humanos de la psicología y de la sociología, da una certeza rigurosa fundada en la experiencia indiscutible. Para este rigor los conocimientos racionales de la filosofía y los conocimientos y experiencias religiosos exaltan la fantasía.

Esta mentalidad positiva domina gran parte del mundo intelectual de Occidente, tal vez la

El Can. Jacques Leclercq es profesor de la Univ. de Lovaina. Ha alcanzado justo renombre como pensador en cuestiones de moral y teología. Presentamos en este número el primer capítulo de su obra **Les problems de la Foi des Milieux Intellectuels du xxe. siecle** (Traducc. autorizada. Derechos reservados por Casterman, Tournai, Belgique). En próximos entregas continuaremos publicando los cuatro capítulos restantes de esta obra, con lo que creemos contribuir al estudio de tan importante problema.

mayor parte. La ciencia, con sus métodos de investigación positiva, no ha cesado de extender su dominio y continúa extendiéndolo. Todos los días se explican fenómenos ayer inexplicables. El conocimiento científico es para muchos el único conocimiento cierto; sobre los puntos que la ciencia no explica todavía, es preciso pues, suspender todo juicio y esperar que el conocimiento científico se extienda hasta abarcarlos.

Muchos medios científicos están compenetrados de esta convicción tranquila: el problema religioso tal como se lo presentaba tradicionalmente, ya no se le plantea al hombre de hoy. Las pruebas en pro o en contra de la religión son del dominio de lo inverificable de ahí que no se las tenga en cuenta. La religión, todas las religiones, son fenómenos psicológicos y sociales interesantes, han desempeñado un gran papel en la vida de la humanidad y todavía lo desempeñan; sería lamentable que desaparecieran porque se perdería un importante tema de estudio; del mismo modo la desaparición de poblaciones primitiavs es una desgracia para la ciencia. Un poco más y se propondría la creación de parques nacionales religiosos donde serían mantenidos pueblos religiosos con prohibición de pertubar su tradición. Pero la vía del progreso, del desenvolvimiento humano, sigue otra dirección, y el espíritu positivo es el único que corresponde al verdadero civilizado.

Los jóvenes que salen de medios católicos para encarar estudios científicos caen en esta atmósfera positiva. El método científico tal como se les enseña en los laboratorios les parece una revelación. Durante toda su formación se les repite que no deben aceptar nunca una proposición sin haberla verificado, y su formación científica consiste sobre todo, en poseer métodos eficaces de verificación. Tienen entonces la impresión de que la enseñanza religiosa que han recibido en su infancia y adolescencia no tiene una base sólida, que han aceptado fórmulas no verificadas, dejándose llevar por razonamientos sin fundamentos. No todos pierden la fe; algunos la someten a una revisión de la que sale más profunda y más fuerte, ya expondremos cómo. Pero muchos, unidos solamente a la religión por un lazo sentimental relacionado con el apego al medio y a los valores que inspiraron su infancia, pierden la firmeza de la adhesión intelectual. Conservan la fe con la condición de no reflexionar apenas piensan en ella o la discuten, una serie de objeciones apremia su espíritu sin que vislumbren ninguna respuesta; a partir de ese momento su vida religiosa se debilita, y como la religión no puede ya impulsar sus actos y pensamientos, se limita a prácticas de piedad extrañas a su vida de pensamiento y acción; ésta, dominada por el azar de los encuentros y las influencias, queda entregada al instinto.

OTRA fuente de confusión de carácter notablemente diferente se encuentra entre los llamados a veces "literatos", es decir intelectuales que se orientan hacia las disciplinas del pensamiento, historia, literatura, artes. Estos sienten una especie de vértigo frente a la confusión que resulta en nuestros días del encuentro de todas las formas del pensamiento.

El cristianismo les había sido presentado, aún jóvenes, como una religión trascendente, única, no comparable a ninguna. He aquí que descubren otras veinte religiones, ofreciendo algunas turbadoras similitudes con la de ellos. Estas religiones tienen también sus defensores que las declaran superiores al cristianismo; entonces advierten que ellos nunca han elegido ser cristianos, que la fe les ha sido impuesta por el medio sin que hayan podido comparar las religiones; que son cristianos porque el azar los ha hecho nacer en un medio cristiano; que serían musulmanes o hinduistas de haber nacido en otro país; y se preguntan qué garantía tienen de la verdad de su fe. ¿Las religiones no valen todas por sí mismas? ¿No adoran todas el mismo Dios?

Tampoco ellos abandonan en la mayoría de los casos, por lo menos aparentemente, sus convicciones religiosas; siguen viviendo conforme a las exigencias del medio cristiano a que pertenecen; pero interiormente no adhieren a la fe cristiana, sino a la forma de religión que históricamente se ha desarrollado en su país; y el cristianismo deja de ser para ellos la única verdad, palabra de Dios, e instrumento para la salvación.

Señalemos para terminar dos elementos de confusión casi completamente desaparecidos, que en nuestros días sólo se encuentran en los medios rezagados y más que nada en la primera adolescencia. Uno de ellos es el temor, que a veces llega hasta la obsesión, de encontrar contradicción entre los datos de la ciencia y las enseñanzas del Génesis, que no se sabe si acep-

tar literalmente o interpertar en una forma que permita hacerlas coincidir con los descubrimientos científicos. Aquellos a quienes preocupa este problema tienen por lo general nociones imprecisas, tanto del relato del Génesis que la mayoría ni siquiera ha leído, como de los datos científicos a propósito de los cuales no distinguen las adquisiciones firmes de la ciencia de las teorías más o menos aventuradas en base a esas adquisiciones.

Citaremos por último, y sólo a título de documento, un elemento de confusión que hoy casi no existe por encima del nivel primario: el materialismo radical, que podríamos llamar materialismo elemental, muy difundido hace medio siglo.

Mientras estas distintas formas de confusión se manifiestan en numerosos intelectuales católicos, otros traducen su fe viva con un acento nuevo, diferente y en cierto modo más personal que los católicos de antes; y al mismo tiempo, en una "élite" de incrédulos, surge un movimiento hacia la fe que transforma la actitud de su medio frente al cristianismo.

Este movimiento se caracteriza ante todo por la decadencia del anticlericalismo. Los medios intelectuales no cristianos más avanzados han superado el anticlericalismo alcanzando por su generalización la actitud de agnosticismo benevolente a que nos hemos referido. El cristianismo no parece ya plantearles ningún problema de verdad; por el contrario, deja de ser un objeto de discusión para convertirse en un objeto de observación de gran interés. De esta manera, algunos de ellos se sienten atraídos, prestan atención, llegan al estado de simpatizantes desde afuera, y en el paroxismo de este movimiento se producen las conversiones. En el siglo XIV las conversiones parecían producirse sólo en sentido inverso, por abandono de la fe y el cristianismo, el catolicismo en particular, parecía estar ligado exclusivamente a una actitud tradicional y conservadora (con las excepciones que hay siempre en los movimientos colectivos); hoy, en cambio, vemos a cada momento producirse conversiones en intelectuales de primer orden que no han recibido en su juventud educación cristiana. El contacto de la Iglesia produce la conmoción, y sus conversos se transforman en cristianos activos. Hay pues un movimiento en dos sentidos: confusión en los medios católicos, atracción en los no católicos. Y todo esto exige que se encare nuevamente el problema de la fe y que se precise, en función de nuestro tiempo, la forma en que el cristianismo se presenta al espíritu.

Continúa en el próximo número.

SECUENCIA DE LA LUNA DE NOCHEBUENA

Luna pura, luna pura,
Que en la noche menos dura
Nos recuerda con ternura.

Luna hermosa, luna hermosa,
Que en la noche más gloriosa
Nos contempla, fervorosa.

Luna viva, luna viva,
Que en la noche compasiva
Nos escucha, comprensiva.

Luna llena, luna llena,
Que en la noche clara y buena
Purifica nuestra pena.

Luna santa, luna santa,
Que en la noche sacrosanta
Nos anuda la garganta.

¿Quién ignora que esta luna
Se levanta de una cuna
Más humilde que ninguna?

¿Quién no sabe que es un niño
Quien le infunde con cariño
Su callada luz de armiño?

¿Quién ignora (si es que ignora)
Que es el hijo de la aurora
Quien la enciende como ahora?

¿Quién no sabe (si no es ciego)
Que es el astro sin sosiego
Quien la inflama con su fuego?

¿Quién ignora que es la llama
Del lucero que la inflama
Lo que en ella vive y ama?

Hoy su fuego se desposa
Con la sombra silenciosa
De la noche milagrosa.

El reflejo soberano
De su brillo sobrehumano
Busca el suelo yerto y vano.

Y la clara transparencia
De su eterna refulgencia
Llena el mundo de inocencia.

Luego cura las heridas
Y las llagas escondidas
De las almas doloridas.

Y al lucero que fulgura
En su cuna santa y pura
Las ofrece con dulzura.

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Dos Poemas

POESIA, SIEMPRE

Como el fuego que algún antepasado
agitó junto al mar,
en un instante de los siglos,
en un instante de las olas,
tomo mi voz y la levanto
desde mi corazón hasta su vuelo,
desde la urdimbre de la angustia lenta
hasta la exaltación del arco-iris.

Nombro los pájaros, las manos,
nombro las torres del paisaje,
nombro el color desierto de los fríos,
y también la armadura sanguinaria
que atraviesa el recuerdo de mis muertos.
Nombro los pensamientos transparentes
donde no está la selva inexorable;
nombro las notas escondidas
que recorren la brisa y tu garganta.

¡Pero cuántos comienzos, cuántos amaneceres
en la palabra que se pierde
como la golondrina
en el pudor del aire y de su vuelo!
¡Cuánta ascención perdida,
cuántos sones oscuros
en fatigadas ramas
que desprenden sus horas, sus adioses,
sus pedazos de cielo repetido!

LA ESPERA

I

Es un sollozo, un viento extraño
en tierra fría con campanas,
campanas que escondidamente suenan
en las gozosas fuentes
de la palabra
y nadie toca ya sin luna.
¡Llanto del esperar, oh soledad, oh grito!

II

Esta espera se inclina entre tus manos.
Callada permanece,
fervorosa se queda como un pájaro.

¿Cómo lograr que sea transitoria,
agua yacente en cántaro inclinado?
¿Cómo ascender y destruir su altura,
su penumbroso, inextinguible claustro?

Confidente que labras las canciones,
las piedras de las horas,
¿oyes mi desvelada voz?
¿tocas mi rostro herido,
mientras en nuestro espacio,
musical y anhelante,
nunca termina la creación del mundo?

OSVALDO HORACIO DONDO

I

ALBA

¡El alba de Navidad
horrorosos cantos ebrios!
¡Oh, bestia humana que gruñes
tu terror ante lo eterno!,

¿por cometer tus malicias
y tu hastío vomitar,
es necesario que manches
en esta noche la paz?

El ángel en la campiña
la esperanza canta en vano:
¡tú, de innoble vino tinto,
o de champaña, borracho,

en la hora violentada
mendigas los viejos males
por tu séptuple avenida
de pecados capitales!

...En tanto que casi extinta
en la bruma y en el viento,
dolorida, pura, tañe
la campana de un convento.

I

AUBE

Horreur des chants d'ivrognes
A l'aube de Noël!
Bête humaine qui grognes
Ta peur de l'éternel,

Pour faire tes malices
Et vomir ton ennui,
Faut-il que tu salisses
La paix de cette nuit?

L'ange dans la campagne
En vain chante l'espoir:
Toi, saoûle de champagne
Ou d'ignoble vin noir,

Dans l'heure violée
Tu quêtes les vieux maux
Par la septuple allée
Des péchés capitaux!

...Cependant, presque éteinte
Dans la brume et le vent,
Plaintive et pure, tinté
La cloche d'un couvent.

II

VISPERAS

Oscura, la pinaza, lenta,
resbala en el negro canal
y entra
en la bruma sin fanal.

Duerme el cielo, grave de grisalla
que apenas un reflejo hiriente
cizalla
en el rojo umbral del poniente.

La campana de vísperas tañe;
en vano solloza en los cielos,
pues nadie
la escucha en los muelles desiertos.

Salvo, oscura y lenta viandante,
esta vieja, que la ilusión
encanta;
la ilusión, esta noche, de un fogón

II

VEPRES

La péniche lente et sombre
Glisse sur le noir canal
Et sombre
Dans un brouillard sans fanal

Le ciel dort, lourd de grisaille
Qu'à peine un reflet tranchant
Cisaille
Au seuil rougi du couchant.

La cloche des vêpres sonne
Et pleure en vain dans les airs:
Personne
Ne l'entend au quais déserts,

Sauf, sombre et lente passante,
Cette vieille que l'espoir
Enchante
—l'espoir d'un feu dans le soir...

PIERRE-HENRI SIMON

DEL VIVIR RENACIENTE

FAUSTINO J. LEGON

LA fiesta de Navidad, henchida de armónicas resonancias en los ambientes cristianos e inexhausto vivero de meditaciones, puede promover una reflexión prendida a los antitéticos, pero no contradictorios, cuidados acerca del comienzo y del final, y alineada en el indicio complementario de que todo acabamiento o solución escatológica resulta nuevo comenzar. Ese análisis reflexivo abre vías menos enredadas y neblinosas para el actuante en un mundo azorado y convulso que —aparte la dignidad seminal de sus mártires— pareciera ufanarse con la insensatez.

Antes de que el año civil acabe vemos ir desplegándose el nuevo ciclo eclesiástico. La renovación litúrgica de los grandes momentos exhibe las consabidas repeticiones, de modo que la rotundidad anual no queda cerrada sino inserta en un desarrollo interminable.

Parece que la verdadera vida no consiste sólo en nacer una vez: se cumple bajo el signo imperioso del reiterado renacimiento. Eso explica los compromisos de acción y las consignas de permanentes conversiones, para el individuo y para las colectividades. Cuando equivocan la catarsis del morir que es renacer, se suicidan.

En la festividad del más egregio y decisivo nacimiento lo destacable por su importancia soberana es la Encarnación del Verbo Divino. Lejos de velar, eludir con esguinces o minimizar en aguadas versiones esa realidad caudalosa y arrebatadora, corresponde absorberla. Humilde, precavida, ardorosamente hay que aprovechar el impacto en las almas, sin huir cuando Dios se presenta: "lo absurdo del hombre contemporáneo es que ha perdido el verdadero sentido de la vida que es *la otra* vida" (1).

La encarnación de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad es algo de tal magnitud que decide todos los significados, rige todas las opciones y torna baladí cualquier afán secundario del hombre. Mas para que opere con la virtualidad íntegra de su influjo es imprescindible captar su sentido en el plan providencial, no desleír el hecho maravilloso detrás de una niebla deformante de metáforas escurridizas. Recoge el Breviario romano la indicación agustina de no caer en la significación trivial, como cuando se oyen simples palabras humanas. Contra una corriente literaria que concluía en conceder más importancia al ruido de los vocables que al palpitar de la realidad sentenció Berdiaeff: "No es el Verbo hecho carne sino la carne hecha verbo!" (2).

Ahora bien, además de su inenarrable excelencia, aquel suceso realmente producido en el decurso histórico de la humanidad, en el ápice de los tiempos grávidos, viene a repetir su lección con periódico esplendor rememorante, y es propicio en el orden moral a logros analógicamente escatológicos si alcanza a que liquidemos aspectos caducos del mundo e inauguremos otros, o siquiera contribuye a que lo hiriente lo *comprendamos* mejor.

La persistencia en lo reiterante moviliza las tensiones del hombre en una como dinámica cíclica: pudo verse representada (¡por qué no!) en la simbólica del culto pagano de Mitra. Sin demorar en la coincidencia de fecha con el *natalicio del invicto sol*, es ádmisible que coadyuvase tal representación a que los fieles de los primeros siglos se acercasen a la inteligencia orientadora del eterno y constante fluir del Verbo, anterior a la causa y causa eficiente de su inicial destello. Ya antes, por lo demás, se dió bíblico aprovechamiento literario de la visión resplandeciente de la gran luminaria, como cuando David (Salmo 71, v. 5) compara la permanencia del Salvador con la del Sol, a través de las generaciones.

Es por tanto comprensible el beneficio del renovado despliegue ceremonial de la fiesta de la Encarnación y el añadido recuerdo del concurso inmediato en Belén de pastores y reyes y el reactualizado flamear del vibrante y dulce pregón angélico que apacigua a los hombres de buena voluntad.

Así conviene que sea; que el llamado se repita, pues la buena voluntad, digna del más alto encomio hasta para escépticos como Montaigne o Kant, la sabemos de corto aliento, débil, inconstante, caediza; sólo con los ímpetus de la conversión renovadora se mantiene erguida y apuesta, merced al recatado y sabroso caudal alimenticio que trasiega de la fuente de la verdad y de la vida imperecedera.

En tal sentido puede proclamarse un "vivir renaciente", concepto-antídoto del angustiado y huero "vivir para la muerte", discrepante en cierta acepción, hogaño, del místico lamento "y tal alta vida espero que muero porque no muero".

No se trata del profano *Renacimiento* que pensadores de la centuria décimonona pretendieron discernir y caracterizar en las etapas prologales de la Edad Moderna y que ha suscitado controversias y repulsas de dispar alcance y calidad, ni tampoco se trata de las equívocas *reformas* (3) sino de un nacer de nuevo *cada cual*,

(1) **Remy Collin: Mesure de l'homme**. Paris, 1948, p. 356.
(2) **E. Porret: Berdiaeff, prophete des temps nouveaux.** Neuchâtel, 1951, p. 51.
(3) Tocante al Renacimiento es discutido su lugar inicial (hay quienes lo ubican en Aviñón), se tuvo por exagerada su vertiente mundana (según Huizinga, bajo las formas del paganismo el contenido que se postula es cristia-

hombre o comunidad, en brinco cualitativo con el que, para volver a actuar en forma se cancelan los síntomas de perversión y se enderezan las rutas.

Las dialécticas mociones del bien y del mal hostigan con características peculiares en cada momento, ya por sinsabores oriundos de intimidad ya por la presión de un asfixiante clima exterior. ¿Cómo componérselas sin clara pauta jerarquizante de los disímiles valores? Sin un orden formulado por la referencia a lo Absoluto los estímulos divergentes al tironear nuestras preferencias instaurarían una maligna maraña, planteada sin remedio desde la misma naturaleza y mundo circundante.

El contorno es insoslayable. Vano fuera aspirar a eliminarlo en aras de un purismo iluso. Antes que Toynbee, cualquier cristiano comprendió —avisado por la teología de la tentación— que para el incremento progresivc es imprescindible la respuesta al obstáculo desafiante.

Luis Lavelle, positivamente valorado por Bochenski en su cuadro del filosofar europeo contemporáneo, reconoce en sucinta comunicación al Congreso nacional de filosofía de Mendoza (1949) cuán profunda es la concepción cristiana de la Ciudad de Dios, definida como reino del espíritu, es decir, del Espíritu Santo; pero al que la persona no accede sin haber atravesado el mundo, como lo muestra el ejemplo de Dios en el misterio de la Encarnación. El mismo pensador en su recentísimo *Tratado de los valores* advierte que *el mal no está en el mundo sino para que lo eliminemos;* no reside en la naturaleza sino en cierta relación entre ella y la libertad; en la naturaleza se hallan las raíces de los males cuando la voluntad, en vez de curarlos o de convertirlos en medios de elevación espiritual, los agrava y esclaviza el espíritu; aunque no se le pueda eliminar del todo es al menos posible transformar los males en ocasiones del bien.

Pensamientos semejantes promueven sano y sensato optimismo, nunca más apropiado como encuadre de las razones de vivir, padecer y esperar que en épocas de turbulencia hirviente, de crueles irracionalismos, de brutales oprobios, de horizontes mundiales al parecer clausurados.

El renacimiento en la indeleble autenticidad de la persona figura en la carta de ruta del cristiano; la busca del *hombre nuevo* o renovado despliégase en los planes de la pedagogía individual y colectiva y, por ende, condiciona todo anhelo de mejorado vivir político. No se engañaba Rouseau cuando en las páginas iniciales del *Emilio* sostuvo que La Repúbilca de Platón es un tratado educativo. Los empeños de perfeccionamiento social sin hombres renacidos periódicamente por el ejercitado retorno a la raíz de la vitalización y del criterio sobrenatural arrastran consigo el riesgo de las claudicaciones y engañifas.

El juicio, respecto de la Francia de la restauración, acerca de los emigrados que retornaron sin haber aprendido ni olvidado nada, denuncia un modo de morir sin renacer, de obvias generalizaciones. Muchas veces podríamos sorprendernos, pese a la comezón de novedades, incursos en equivalente lastre de lo caduco. Para asegurarnos contra la reincidencia en el traspié ¿enfrentamos *renovados* la novedad de las contingencias?

Si, cual gracia no resistida, los efluvios de la Navidad reavivarán el imperativo de *renacer*, cada jornada de agobio desembocaría en oasis espirituales cuyo frescor es lenitivo y donde se recuperan energías para continuar el viaje, a menudo peligroso y desolado, mas siempre digno de perseverancia, que es el *método cristiano* (4) de vivir. ✠

---

no), se le ha enfrentado polémicamente el concepto de **reavivamiento** (Bartoli, Walsh).

Si Burckhardt opinó que sin la influencia de lo antiguo las circunstancias y los acontecimientos se hubieran dado lo mismo, Spengler pretendía acabar con el **cuento** (sic; **La decadencia de Occidente**, IV, 49) de tal **renovación** de la antigüedad

La usualmente llamada **Reforma** religiosa tenida a veces como integrante del renacimiento (**Funck-Brentano**), tampoco lo fué auténticamente; por ello en el programa de derecho político de la Facultad bonaerense se opta por llamarla **rebelión protestante**, para reservar con propiedad el carácter reformista a lo que se designara —equivocadamente— como **contra**-reforma.

(4) Estrictamente hablando, pues método es **camino**, y como tal se autodefinió el Salvador.

LITURGIA UNIVERSAL ANTE EL PESEBRE DE BELEN

MARTIN AUGUSTO MACKINTOSH

CUANDO el cristianismo naciente comenzó su expansión universal, dando cumplimiento a las palabras de Cristo: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a todas las criaturas" (*Marc.* XVI, 15), lo hizo siguiendo en su vastísima organización, el orden político del Imperio Romano; y los obispos, cabezas monárquicas de sus iglesias particulares, fueron reconociendo la jurisdicción de aquellos que se instalaron en las ciudades que presidían las cuatro prefacturas del imperio, a saber: Roma, para Occidente; Constantinopla, para Oriente; Antioquía, para Siria y Asia; y Alejandría, para Africa.

Empero, la razón fundamental de esa preeminencia, hay que buscarla en el hecho de que tres de estas ciudades, Roma, Antioquía y Alejandría, fueron fundaciones Petrinas: así se ha reconocido siempre no sólo a Antioquía y a Roma, sino también a Alejandría, evangelizada por San Marcos, discípulo del Pescador de Galilea.

Sus obispos, que en un principio no tuvieron ningún título oficial, fueron llamados primeramente "Exarcas", por su similitud con los oficios imperiales; y finalmente "Patriarcas", que llegaron a ejercer verdadera jurisdicción sobre los obispos de sus patriarcados.

Además, teniendo en cuenta su importancia como ciudad santa y atendiendo a la dignidad religiosa, el emperador Teodosio II, elevó a Jerusalén a la categoría de sede patriarcal, resolución que posteriormente fué confirmada por el IV Concilio ecuménico de Calcedonia, en el año 451. Y en cuanto a Constantinopla, la bella y antigua Bizancio, podemos decir que, habiendo adquirido la preponderancia política que nos señala su historia dentro del imperio, también acabó por ser considerada como las anteriores, dándosele además a su obispo, la primacía después del Obispo de Roma.

Cinco fueron entonces, los patriarcas legítimos de la Iglesia: el Romano, el Bizantino, el Alejandrino, el Antioqueño y el Jerosolimitano.

Hemos presentado de entrada este panorama organizativo mundial, porque la Liturgia cristiana, tomada como expresión general de culto, fué desarrollándose activamente en medio de ese expansionismo universal; y sus ritos, que en los primeros años se improvisaron bajo los carismas del Espíritu Santo, pronto fueron encauzados bajo directivas que caracterizaron cierta unidad y al mismo tiempo, la licitud y autenticidad de los mandatos divinos.

La oración y la salmodia, la administración de los sacramentos y sobre todo, la celebración de la Cena del Señor, fueron adquiriendo fisonomías propias con el correr de los años, en medio de tantos y tantos pueblos conquistados entre los judíos de Palestina y de la Diáspora; y los gentiles de la Bitina, Galacia, Capadocia y Armenia; de Iliria, Egipto, Libia y Mauretania; Italia, las Galias y España... Y fueron precisamente las sedes patriarcales, quienes velaron para mantener dentro de la variedad de su propio genio cristiano, la necesaria y armoniosa unidad de la liturgia universal.

Es así como nacieron las grandes familias litúrgicas que agruparon a toda la cristiandad, en lo que hoy llamamos cinco grandes ritos: el *Antioqueño*, usado también en Jerusalén, y que comprende a los Antioqueños propiamente dichos, a los Malankáricos, Maronitas, Caldeos y Malabares; el *Alejandrino*, que reúne a Coptos y Etiópicos; el *Bizantino*, sumamente numeroso, que abarca a los Griegos, Melquitas, Eslavos, Iberos y Rumanos; el *Armenio*, derivado del bizantino y que carece de divisiones; y finalmente, el *Romano*, que abarca a nuestro mundo occidental. Dada la gran cantidad de pueblos que comprende, proliferaron en su seno algunas variaciones, a saber: el rito Romano propiamente dicho, el Milanés o Ambrosiano, el Mozárabe o Toledano; el Galicano o Lionés y finalmente el conjunto de liturgias Célticas.

Parecería que la enumeración y clasificación de tantas y tantas familias, tendría que llevarnos necesariamente a una diversificación desintegradora; idea que tal vez se afirmara, si nos adentráramos en el estudio de los ritos orientales, inusitados para nosotros. En efecto, dejando de lado las liturgias bizantinas y coptas que poseen hasta tres maneras distintas de oficiar el santo sacrificio, y las etiópicas que utilizan quince; en las liturgias antioqueñas —por ejemplo— nos hallamos frente a *sesenta y cuatro* formularios diferentes en siríaco, para celebrar la misa, si bien no todos están actualmente en vigor.

No obstante lo dicho, es una verdad de fe, que los cristianos formamos un todo indestructible, un cuerpo verdadero que hemos llamado Cuerpo Místico, cuya cabeza es Cristo. "Porque así como

el cuerpo es uno —nos enseña San Pablo— y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un sólo cuerpo, así también Cristo" (I *Cor.* XII, 12); "Aunque seamos muchos, formamos en Cristo un sólo cuerpo" (*Rom.* XII, 5).

Ahora bien; si seguimos los pasos de nuestro adorable Redentor durante toda su vida mortal, le vemos predicando no sólo el anuncio de la Redención y declarando inaugurado el reino de Dios, sino realizar en la culminación de su obra, el acto sublime de su entereza, mediante el cual, con su Sangre, por inspiración del Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, para limpiar nuestras conciencias de las obras de nuestros pecados, para que tributemos un *verdadero culto* al Dios vivo. (*Heb.* IX, 14): culto que fuera profetizado cuatrocientos cincuenta y tres años antes de Cristo para los tiempos mesiánicos; y que se elevaría desde el Levante hasta el Poniente, para ofrecer a la divinidad, una *Hostia pura*, según la visión de Malaquías (I, 11).

Y ese cuerpo que es la Iglesia, fiel al mandato de su fundador —enseña magistralmente Pío XII— continúa el ofrecimiento sacerdotal de Jesucristo, sobre todo por medio de la *Sagrada Liturgia*. Es ella, la manifestación estupenda de la obra de Cristo que da vida y cohesiona toda su existencia, "cuando está presente en el augusto Sacramento del altar, bien en la persona de su ministro, bien principalmente, bajo las especies eucarísticas; cuando está presente en los Sacramentos, con la virtud que en ellos transfunde, para que sean instrumentos eficaces de santidad; cuando está presente, por fin, en las alabanzas y en las súplicas dirigidas a Dios, como está escrito: "Donde están dos o tres, congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (*Mat.* XVIII, 20)". (Enc. *Mediator Dei*).

THEOTOKOS (Madre de Dios), pieza capital de la eboraria bizantina del siglo X, existente en el museo de Cleveland, Ohio, que perteneció a la colección del príncipe Stroganoff, de Roma.

Es así que en su sentido más profundo, Su Santidad Pío XII ha podido decir que "la Sagrada Liturgia es el culto público que Nuestro Redentor rinde al Padre como Cabeza de la Iglesia, y es el culto que la sociedad de los fieles rinde a su Cabeza y por medio de ella, al Padre Eterno; en pocas palabras, el culto integral del Cuerpo Místico de Jesucristo; esto es, de la Cabeza y de sus miembros" (*Mediator Dei*).

Este sentido de la unidad que nos proporciona la Liturgia en todo momento, lo experimentamos a cada paso. En estos días de Navidad —por ejemplo— estamos viviendo horas de profundos misterios; y desde los ámbitos más dispares del mundo, surge ante el Pesebre de Belén el canto que a través de la Liturgia, unifica las diferencias de todos los pueblos, razas y lenguas.

Y para demostrarlo, hemos formado un ramillete de oraciones, un "Eucologio de Navidad" estresacado precisamente de esas liturgias de las cuales hablábamos al principio, aparentemente tan dispares, tan extrañas las unas de las otras; y cuya lectura nos confirmara la buena nueva que iba predicando el Apóstol de los Gentiles: "Hermanos: ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para el templo santo del Señor, en quien también, vosotros sois edificados, para morada de Dios en el espíritu" (*Efes.* II, 19, 22).

Bebamos pues en la liturgia universal, toda la bella unidad del Cuerpo Místico; y comencemos por presentar para ello, un Cántico perteneciente a San Efrén (306-379), del rito Antioqueño, de aquel que fuera llamado por su oratoria la "Cítara del Espíritu Santo":

Habiendo nacido el Hijo, ha brillado la luz; las tinieblas del mundo se han desvanecido y el universo ha sido iluminado para rendir gloria al Infante de Belén. Ha nacido del seno de una Virgen, y a su vista las sombras se disiparon; las tinieblas del error desaparecieron a su presencia y el universo entero se llenó de luz. ¡Que todo el orbe le glorifique...!

LA Iglesia Griega —rito Bizantino— canta con la riqueza de su lengua:

Venid, alegrémonos en el Señor, celebrando el misterio de este día..! El muro de separación fué quitado, la espada de fuego, ha sido desviada..! El Querubín no defiende más el árbol de la vida..! Y yo vuelvo a participar de las delicias del Paraíso, del cual por desobediencia, fui separado..! La imagen inmutable del Padre, el tipo de su eternidad, toma forma de un esclavo; nace de una Virgen, permaneciendo inmutable, ya que continúa siendo lo que es: Dios verdadero. Tomó lo que no era, hízose hombre por amor a los hombres. Exclamemos entonces: ¡Oh tú, nacido de la Virgen, ten piedad de nosotros..! (Del "Lucernario").

Tu reino, oh Cristo, es el reino de todos los siglos; tu dominación se extiende de generación en generación. Aquel que se hizo carne por obra del Espíritu Santo y hombre de María siempre virgen, ha brillado como una luz. Tu advenimiento, oh Cristo, luz de luz, esplendor del Padre, ha alegrado a todas las criaturas. Todo espíritu alabe la gloria del Padre y a ti, que has sido y brillado antes que todas las cosas, saliendo del seno de la Virgen. ¡Ten piedad de nosotros..! (Del Ofic. de Vísperas).

LA Liturgia de Milán, canta a la Nueva Luz y a la Virgen Madre:

El Señor con su venida, ha disipado todas las sombras de la noche: allí donde la luz no estaba, se ha expandido el resplandor y el día ha llegado. ¡Regocijaos y estremeceos, oh Vos, alegría de los Angeles..! ¡Regocijaos, oh Virgen del Señor, alegría de los Profetas..! ¡Regocijaos, oh Vos, que a las palabras del Angel, habéis recibido a aAquél que es la alegría del mundo..! ¡Regocijaos, oh Vos, que habéis dado a luz a vuestro Creador y Maestro..! ¡Regocijaos, por haber sido hallada digna de ser la Madre de Cristo..!

DEL Breviario Mozárabe, entresacamos este pasaje al Divino Sol:

Hoy se ha elevado la luz del mundo; ha brillado el saludo de la tierra..! El Salvador de Israel ha descendido desde lo alto del cielo, para librar a todos los cautivos, que el antiguo enemigo, el Ladrón, había encadenado por el pecado del primer hombre; y para devolver con su gracia, la luz a las inteligencias ciegas y el oído a los sordos. En señal de gozo ante el bien operado por tan gran misterio, las montañas y colinas se estremecen y todos los elementos del mundo, con una alegría inefable, ejecutan hoy una melodía jamás oída. También nosotros, por intermedio de esta pobre oración, imploramos la clemencia del misericordioso Redentor; y envueltos en las tinieblas del pecado, le pedimos que nos purifique por esta aclamación de nuestros corazones, a fin de que, su presencia se manifieste en nuestras almas, el esplendor de su gloria se acreciente más y más; y las alegrías de la salvación, llenas de dulzura, sean nuestras para siempre. (Del Ofic. de Matines).

DEL Antifonario de la iglesia de Irlanda —liturgias celtas— damos a conocer esta antífona del siglo VII, que celebra el triunfo del Sol, imagen del Cristo naciente:

Hoy, la noche ha comenzado a perder su imperio; el día nace, las tinieblas se desvanecen, el esplendor aumenta y los daños causados por la obscuridad se pierden ante el desenvolvimiento de la luz.

LAS antiguas liturgias galicanas, ponen de manifiesto su alegría, en estas antífonas que fueron usadas durante muchos siglos:

Hoy la Virgen Inmaculada, nos ha dado un Dios bajo el delicado cuerpecito de un niño. Ella posee el honor de alimentarlo. ¡Adoremos a Cristo, que ha venido a salvarnos..!

¡Alegrémosnos todos, porque nuestro Salvador ha nacido en el mundo..! Hoy ha aparecido el vástago de la Majestad sublime, mientras el pudor de la madre, ha permanecido intacto.

¡Oh Señora del mundo, hija de la raza real..! ¡Cristo ha surgido de vuestro seno, como un esposo de s unupcial tálamo..! ¡Aquel que rige los astros del cielo, yace extendido en el pesebre..!

DE los Sacramentarios Romanos, que fueron el origen principal de los actuales misales y que contenían las Oraciones, los Prefacios y el Canon, vamos a entresacar algunas expresiones sobre Navidad.

El Sacramentario Leonino, así llamado porque comenzó a coleccionarse en épocas del papa San León Magno (440-461), es muy característico por presentar casi tantos prefacios propios como misas. De allí hemos obtenido el siguiente himno de "acción de gracias":

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable, darte gracias, oh Dios eterno! Porque hoy la luz verdadera, la luz de nuestro Sal-

vador se ha elevado, poniendo de manifiesto todas las cosas a la humana inteligencia para dirigir nuestros pasos, no solamente por su esplendor de la vida presente, sino también hasta contemplar la gloria de vuestra inmensa majestad.

EL Sacramentario Gelasiano, parece recopilado a principios del siglo V y en el VI; fué muy usado en Francia. Como su nombre lo indica, es atribuído al papa Gelasio. Damos a conocer del mismo, la siguiente oración:

¡Oh Dios todopoderoso y eterno..! Que habéis consagrado este día con la encarnación de vuestro Verbo y el parto de la bienaventurada Virgen, otorgad a vuestros pueblos en esta alegre solemnidad, la gracia de transformarse en hijos por adopción, así como fueron rescatados mediante vuestra gracia.

EL Sacramentario Gregoriano, obra tal vez de San Gregorio Magno (590-604), y basado sobre el Gelasiano, se diferencia bastante de los dos anteriores; y casi por completo ha pasado a integrar nuestro actual misal. De él, publicamos la siguiente colecta:

¡Oh Dios todopoderoso..! Haced que el Salvador que nos enviáis desde los cielos para renovarnos con su luz, descienda en esta solemnidad para salud del mundo, permaneciendo en nuestros corazones, para su total regeneración.

EL paso de los sacramentarios a nuestro actual Misal, no fué dado en forma brusca sino a través de lentas evoluciones. Los sacramentarios originaron los primeros "misales votivos", tales como los de Alcuino, Bobbio y Stowe; de allí se pasó a los "misales plenarios" sirviendo como bellos ejemplos los llamados misales de Roberto de Jumiéges y el Vedastino. Luego cada país y hasta cada monasterio importante, fué compaginando sus propios misales: el "Missale Francorum", el "Missale Gothicum", el "Missale Gallicanum vetus", el Misal de Cluny, etc., etc.; tejiéndose como es fácil imaginar, una literatura eucarística de proporciones insospechadas.

Hemos elegido para finalizar este florilegio de Navidad, un saludo a la Virgen María, a través de una Secuencia de antiguos misales alemanes:

Gloriosa emperatriz, poderosa soberana, Madre de Jesucristo e hija; tallo de Jessé de belleza plena; vara de verde follaje, que riega copiosa la gracia de la divinidad.

Un ligero soplo del medio día, te ha templado, fecundándote su tibieza; para expulsar lejos de ti al Aquilón y su poderío. Por él, has producido la flor de la cual surgió tu fruto, ya que creíste en la palabra del paraninfo Gabriel.

José el Justo, se pasma al considerar el misterio; pensando que ha respetado la rama en flor confiada a su cuidado; con todo, guarda el arcano divino y glorifica a su esposa, honrándola como a su Señora.

Los cielos derramaron su rocío y las nubes cargadas de lluvia fecunda, volcaron su poderío en el seno de la Virgen. ¡Oh admirable prodigio..! ¡Sale el Sol de la Estrella del cielo..! Y la doncella desconocedora del lecho nupcial, da a luz al gran Rey..!

¡Oh Virgen clemente y bendita, digna de la alabanza de todos los seres, encomiéndanos como a tus hijos..! ¡Haz puor tus piadosos ruegos que librados de todas las mortales culpas, seamos un día transportados a los palacios celestiales...! ※

¿NO HA VENIDO CRISTO EN VANO?

CHARLES MOELLER

UN año más celebra el mundo cristiano la fiesta de Navidad. Es justo alegrarse otra vez por este acontecimiento: la única historia verdaderamente interesante que haya ocurrido, como decía Péguy.

Y sin embargo, ante todo lo trágico que se desploma sobre el universo contemporáneo, ante este hecho terrible de que, en el mundo, dos hombres sobre tres no tienen lo suficiente para alimentarse, vestirse, hospedarse ¿no tienen en ciertos momentos los cristianos la impresión de que en *nada ha venido* y que la fe en Jesucristo, Dios y Hombre, es sólo un sueño? El curso implacable de los acontecimientos no parecer ser conducido por una Providencia divina. Las recientes inundaciones catastróficas que han descompaginado la suerte de 200.000 personas en esa Italia cristiana ya tan probada, desconciertan la fe de los fieles. ¿Qué decir entonces de la amenaza de guerra, de las crisis económicas?, ¿qué decir por fin de la inmensa ola de ateísmo que amenaza con sumergir el mundo?

Y Dios no habla; calla. El silencio de Dios, tal es la paradoja dolorosamente sentida por el cristiano moderno. La tentación de la desesperanza acecha entonces al cristiano. ¿No es acaso esa desesperación inconfesada la que explica en parte el éxito prodigioso de las novelas de Graham Greene, en Inglaterra, los Estados Unidos y Europa? El universo descrito por este novelista está aparentemente tan abandonado a sí mismo, las fuerzas del mal parecen haber tomado tan bien una ventaja definitiva sobre las fuerzas del bien, que el *revés de la trama* da la sensación de despertar una compasión *humana* ante la cual las esperanzas religiosas parecen irrisorias. Literalmente Scobie, el héroe de *The Heart of the Matter*, ya carece de fuerzas para creer realmente en Dios; está tan obsesionado por los dolores por él observados que no puede creer sinceramente en estos *dolores de Dios* ante sus pecados puesto que estos dolores él no los ve.

Silencio de Dios en el mundo, aparentemente. Silencio de Dios en el corazón de millones de hombres. Se ha hablado de apostasía planetaria, en el sentido de que todas las religiones, cristianas o no, conocen actualmente un movimiento de defección de parte de sus fieles. De ello no se ha salvado el catolicismo. Sin duda, la mayor parte de los humanos cree en Dios, pero con una fe teórica. ¿Y cuántos cristianos toman completamente en serio la encarnación o resurrección de Jesús? Creen de boca, pero no hay que interrogarlos con demasiada precisión acerca de su fe en la resurrección de los cuerpos, el juicio universal, la trasfiguración del mundo material en nuevos cielos y nueva tierra allá al fin de los tiempos. Muchos cristianos se limitan a creer en un Dios abstracto, practican más o menos una moral que no distinguen siempre suficientemente de las reglas del conformismo mundano o social. Cristo es para muchos un ser abstracto, remoto, que se distingue mal de la divinidad alcanzada por la filosofía; o bien, por una compensación que es peor que el mal, no lo ven sino como hombre, y no se atreven a ir más allá, y no se atreven a creer con toda su alma que este hombre es Dios; agregan que por esto no deben ser tomados en serio los milagros del Evangelio, y, entre ellos el más esencial: la Resurrección: sordamente minados por las dudas, los espíritus cristianos vacilan.

Ciertamente no es la masa de los creyentes la que debe salvar el mundo; en el origen de la Iglesia los cristianos constituían una minoría, pero escogida, ferviente y profundamente animada por la fe en la resurrección del Salvador encarnado; era esta parte elegida la que, como fermento en la pasta hacía levantarse la masa oscura del universo humano y penetrarse paulatinamente de la gracia divina. Es evidente que si las masas actuales apostatan, grupos escogidos se constituyen por doquiera en el mundo cristiano: grupos de hogares, Legión de María, compañeros de S. Pablo, círculos de lectores de la Biblia, todo eso se multiplica en todas partes. Además hay el admirable movimiento de regreso a las fuentes cristianas, a la Escritura, a los Padres de la Iglesia, a la liturgia sobre todo, que reconduce poco a poco al centro de la visión cristiana, al misterio central, el de Jesucristo, anunciado por los profetas, encarnado en la Virgen María, madre de Dios, comunicado en la Iglesia, misterio que no es otro, según la magnífica palabra de Bossuet, que *Cristo comunicado en el Espíritu Santo*. En lugar de una dispersión desordenada de devociones múltiples, se dibuja poco a poco el misterio central de la Iglesia, plena de Cristo, cuya esposa es, ornada en el múltiple esplendor del año litúrgico, de las fiestas de los santos, de las bendiciones sacramentales y rituales.

Estos grupos escogidos cristianos preparan la revigorización de la humanidad cuando ésta, cansada de correr tras el becerro de oro, no sepa ya hacia dónde ir, y busque a tientas al Dios vivo. Pero estas *élites* son escasas todavía, forman con excesiva frecuencia grupos replegados sobre sí mismos, sin contacto con el hecho formidable que Camus enunció cuando decía que *el 80 % de los hombres vive fuera de la gracia*. ¿Podrán todavía aquéllas ser un fermento en la pasta, cuando ésta se ha convertido en argamasa? ¿Cómo introducir en ella cosa alguna? ¿No convendrá empeñarse primero en realizar una especie de revolución temporal, social y económica, para "salvación eterna" de la humanidad? ¿No será mejor, por el contrario, reaprender el A, B, C, de la vida y de la moral, lo esencial de la doctrina acerca de Dios, antes de hablar de Jesucristo y de su Iglesia?

Aparece aquí una nueva tentación, la de volverse

Charles Moeller es Maestro de Conferencias en la Universidad de Lovaina.

Este artículo resume un libro que se halla en imprenta: **Littérature du XXe siecle et Théologie**, tomo I, ediciones Casterman, Tournai, Bélgica. Acerca del Concilio de Calcedonia se puede consultar la obra más reciente: **Chalyedon, Geschichte und Gegenwart**, tres volúmenes que están apareciendo en Tchter-Verlag, Wursburgo, Alemania, y cuya publicación estará completa en Pascua de 1952. Ambos libros son del autor de este artículo

primero hacia los valores *humanistas*, la de correr hacia lo más urgente, de salvar lo esencial de la casa antes que el fuego la devore enteramente. He aquí por qué tantos cristianos se afanan en alcanzar las corrientes políticas y sociales, y se esfuerzan para tornar más habitable el mundo.

Y, sin duda, hay que hacerlo, ya que la primera virtud mediante la que debemos rendir testimonio de nuestra fe en Jesús es la caridad, y ésta exige desde aquí abajo el don total de nosotros mismos: *nuestra mejor manera de entregarnos al porvenir de la humanidad es entregarnos completamente al presente*, ha escrito Camus en *L'homme révolté*. Nunca los santos hicieron otra cosa.

Pero lo hicieron de manera distinta de *aquellos que no tienen esperanza;* lo hicieron de manera heroica porque creían en Nuestro Señor Jesucristo, muerto y resucitado. Su caridad salvaba los cuerpos, pero también las almas. Temo que muchos entre nuestros cristianos estén obsesionados por los cuerpos que salvar, olvidando que las miserias más profundas son las de las almas. Y ante la argamasa que torna pesada la pasta humana, pierden el valor.

Silencio de Dios, ausencia aparente de Dios. Julien Green tiene razón, según me temo, cuando escribe que la fe de la mayoría de los cristianos es harto débil para afrontar la trágica actualidad; basta una nada, agrega, para que ella se perturbe y muera de innición. Por lo demás hace mucho tiempo que un escritor, sin duda bien conocido por los lectores, Miguel de Unamuno, hablaba en un libro profético del *sentimiento trágico de la vida*. El mundo hispánico, según lo atestiguan su arte y su literatura, tuvo siempre el sentimiento muy vivo de esa *nada* de S. Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Avila que es la vida; la fe española es trágica, sombría, animada de una ansia inmensa del don total de sí mismo al Dios trascendente. El inmortal Don Quijote, cuando descubre que no es él un caballero andante y que no los hay ni los hubo nunca, caería en la desesperación si no poseyera esa fe que le hace manifestar a Sancho que padece todas sus desgracias a causa de sus pecados. Cambio entonces la caballería terrestre por la sola que es auténtica: la de Cristo.

FALTA mucho para que la mayoría de los hombres tenga la fe del Caballero de la triste figura. Frente al silencio de Dios, dos actitudes se dibujan en el actual mundo cristiano. La primera es de aquellos que quieren continuar siendo *hijos de esta tierra*.

Esta última palabra se halla en el testamento de André Gide, *Teseo*. Después de haber despertado la esperanza espiritual de los mejores hombres de su generación, el autor de *Les nourritures terrestres* se alejó progresivamente de Dios. Nos deja el mensaje de un racionalismo ateo que pretende alcanzar la serenidad de Goethe: dice al morir *está bien*, como si quisiera expresar una última vez su amor a la tierra carnal; y los últimos cuadernos, en el *Journal*, repiten constantemente que Dios está hacia adelante, que es el progreso de la virtud en el hombre lo que hace realizarse Dios. ¿Cómo no decir que ,ante la desgracia de estos tiempos, tales palabras de una esperanza puramente humana, que evocan el recuerdo de Renán y de Comte, parecen una verdadera irrisión? En el fondo Gide es un hombre que nunca ha reflexionado, según Charles du Bos; verdad terrible, porque como tantos otros en este mundo, Gide nunca buscó a Dios en el razonamiento filosófico ni en una fe dogmática real. No ha podido separarse de Cristo y llegó al punto de deformar el mensaje evangélico en el sentido de sus doctrinas perversas; pero nunca vió en ese Cristo otra cosa que el más sublime de los hombres; el misterio del Dios-Hombre se le escapó. Hombre de sensibilidad, Gide se cansó de luchar contra sus debilidades morales; se volvió hacia la tierra, prefiriendo la sabiduría completamente humana de Teseo a la tragedia espiritual de Edipo. Si es necesario hacerlo todo, evidentemente, para que reine la justicia desde aquí abajo, es clarísimo que, en último análisis, el mensaje último de Gide nos deja con nuestra hambre.

Otros, como Camus y Malraux, se rehusan a esperar un progreso más y más estable del hombre. Los héroes de Camus saben que *la peste*, es decir el mal en el mundo, subsistirá siempre y que, finalmente, en la muerte, el hombre rebelde será vencido por el caos y el desorden. Lo único que permanece es, por tanto, ya que no se tiene la fe, el luchar contra el mal con honestidad, por ternura humana, sencilla y silenciosamente. Hay cierta grandeza en combatir cuando en fin de cuentas ya no se espera nada, y que las victorias logradas son siempre transitorias y amenazadas. Lo que caracteriza a Malraux y Camus es su común negativa a enfeudarse al servicio de ideologías totalitarias, la de Marx por ejemplo, que al divinisar la Clase o el Estado, quieren desempeñar el papel de religión de reemplazo, y conducen al exterminio y esclavitud de millares de hombres.

Camus confiesa que, a pesar de todo, los niños sufrirán y morirán en el mundo, y que ninguna fuerza humana podrá nada para evitarlo. ¿Cómo no decir que precisamente ese escándalo de la muerte de los inocentes, de la muerte total, es aquello para lo cual aguarda el hombre una explicación? Camus rechaza la dada por la Iglesia, y cree que la fe en Dios equivale a la pasividad ante el sufrimiento de la condición humana. Además, no ahonda suficientemente en el semblante del hombre y no descubre que sus tristezas más profundas son ante todo la soledad espiritual, el hambre de un amor total, la certidumbre de que la promesa de un amor eterno formulada a aquellos a quienes se ama es una verdad esencial frente a la cual la muerte constituye una probación más que una separación y una ausencia. Aquí, en Camus y Malraux, la obsesión de una desdicha material inmediata vela las desgracias espirituales que son de todos los tiempos: la reflexión de ellos no alcanza el fondo de las cosas.

No tengo siempre la impresión de que Sartre de testimonio de esa lealtad que debe ciertamente atribuirse a Camus. Tanto *Les mains sales* cuanto *Le diable et le Bon Dieu*, esa pieza laboriosa y monótona que desde hace tres meses trae revuelto todo París, nos dejan con la impresión de blasfemias gratuitas y de piruetas que no dejarán boquiabiertos más que a los tontos. Una vez más, —y van ciento— Sartre nos muestra que el hombre está solo en un universo vacío. Lo sabíamos ya, por haberlo leído. Lo que preguntamos es qué debe hacer este hombre, si se halla solo, para tornar la vida digna de ser vivida. No es al mostrarnos, como primer gesto de *la libertad absoluta* del hombre solitario, dos asesinatos, como los ilustrará mucho. Hemos tomado demasiado a lo serio a Sartre en 1945 cuando parecía expresar la angustia de una gene-

ración para quedar ahora satisfechos con su promesa de una moral atea que aguardamos siempre, pero que tarda mucho en venir.

Ante el silencio de Dios, los *hijos de esta tierra* atestiguan quizás una conmovedora solidaridad, nos invitan ciertamente a esperar a pesar de todo, en todo caso a luchar; pero sus reflexiones no van bastante lejos en el problema. Hace falta, para un mal que en su fondo es sobrenatural, un remedio sobrenatural.

LA segunda respuesta del hombre actual ante el silencio de Dios es la de *los aereonautas sin cargamento*, según la palabra profunda de P. Jouguelet, el mejor crítico de Huxley. Esto se vuelven resueltamente hacia lo trascendente, lo divino, para salvar el mundo. Huxley, por ejemplo, en *Perennial Philosophy*, pretende demostrar que la salvación consiste en dar las espaldas a la *gran política* de los imperios y naciones, dejar que naufrague la masa de los hombres, y refugiarse en la soledad y la plegaria. Simone Weil, que conoce, gracias a su obra póstuma, un enorme éxito en Europa, dice ella también que la sola cosa que puede hacerse es *consentir en la implacable necesidad* que forma la trama de los acontecimientos de este mundo. Sin duda debe mejorarse la condición obrera, pero con el solo propósito de despertar en los proletarios la visión de esa armonía de un mundo donde todo está determinado anticipadamente.

Huxley y Simone Weil son ciertamente aeronautas, ya que nos invitan a mirar más alto que la tierra, hacia lo divino. Pero son aeronautas sin cargamento, porque si su navecilla sube rápidamente en el cielo, es sin duda porque la fuerza espiritual es grande *en virtud de que la navecilla está vacía*. Lo divino a que ellos nos invitan a unirnos es en efecto un absoluto impersonal; la vuelta del mundo a este principio primero no es una unión de amor, sino una absorción, como la gota de agua que se pierde en el océano; la materia es declarada mala en sí misma; el matrimonio es condenado; la "salvación" no es posible más que para un solo ser por generación; la metempsicosis o doctrina de la reencarnación asegura por lo demás con certidumbre matemática el retorno de los seres a la unidad del Gran Todo.

A pesar de indiscutibles verdades de detalle esparcidas en sus obras, la inspiración fundamental es *anticristiana*. Asistimos actualmente a una inquietante resurrección de esos sistemas de *Gnosis* que amenazaron la primera Iglesia cristiana. En tiempos apocalípticos como los que vivimos, la tentación gnóstica reaparece siempre, del mismo modo que durante la época alejandrina, frente al cristianismo naciente, numerosos sistemas florecían, que mezclaban en su sincretismo vago todas las religiones anteriores del imperio romano. Espíritus brillantes más superficiales se dejaban fascinar por esos ensueños aparentemente profundos en los que todas las tradiciones religiosas eran reducidas a una especie de sistema mínimo, destinado a reunir todos los hombres. Huxley es uno de esos espíritus más brillantes que profundos. Simone Weil ha atestiguado por su vida una admirable y heroica caridad; por lo que toca a su manera de pensar, tomado en su inspiración profunda, no debe vacilarse en decir que es un puro maniqueísmo. Las antiguas herejías permanecen siempre vivas porque representan tendencias permanentes del espíritu humano.

En realidad es demasiado fácil salvar el mundo dejando caer una mitad de él, es decir el tiempo, el espacio, la materia, y la persona libre del hombre. Huxley y Simone Weil no traen solución alguna para la salvación del mundo terrestre. Los *hijos de esta tierra* tendrían razón al enrostrar a los maniqueos de este siglo el que se desinteresan de lo presente y se ciegan acerca de un porvenir incontrolable. Estoy personalmente muy inquieto al ver la especie de fascinación de los cristianos ante las tradiciones religiosas de las Indias y China. Por lo demás, las conocen muy mal. El éxito de un Lanza del Vasto tiene algo de sorprendente. La recrudescencia de la teosofía, con todas sus variedades, atestigua una peligrosa carencia de reflexión en el hombre moderno. Diríase que los cristianos padecen lo que ha sido llamado *la incredulidad de los creyentes;* tienen mala conciencia; parecería que hace falta una verdad religiosa que se presente a ellos desde *fuera* de la Iglesia para que la descubran.

En realidad ignoran su fe. Pasan al lado de su misterio central, el misterio del amor. Al crear, Dios ha querido que el mundo *fuera*, es decir existiera; El lo hizo libremente, para comunicar algo de su Ser. El libre albedrío en el hombre no es un *robo* cometido por la creatura, sino una imagen de Dios en nosotros. El Señor quiso que el hombre *fuera*, que fuera libre, y que entrara en comunión con El, libremente, viviendo de Su vida misma. También el mundo material ha sido creado en la belleza; deberá ser salvo al fin de los tiempos. El Señor se ha encarnado para salvar el tiempo, ha revestido la plenitud de la condición humana porque *lo que no es asumido por El no está rescatado.* Dios, que era rico, se hizo pobre a fin de que nosotros fuéramos ricos; Dios se ha hecho hombre a fin de que el hombre se hiciera Dios. Se trata aquí de *todo* el hombre, cuerpo y alma, con la larga historia de las civilizaciones y de nuestros pobres esfuerzos humanos. Todo esto se halla santificado en la naturaleza humana de Jesús, integral, perfecta, parecida en todo a la nuestra menos en el pecado, llena de la plenitud de la divinidad a la que se une mediante esa unión admirable que se llama "hipostática". Así, pues, en el fin de los tiempos, no sobrevendrá ese aniquilamiento de la materia viviente, esa absorción de la persona humana en el océano de la divinidad, sino un diálogo amoroso entre Dios y el mundo, don del hombre a Dios, don en el que el hombre será por fin *él mismo.* Es en el don de sí, el acogimiento, la abertura del fondo del alma a la visitación de los esponsorios divinos, en el que se funda la personalidad del hombre. Puede aquí el pensamiento de Gabriel Marcel ilustrar esa perspectiva cristiana. El misterio de la familia contribuye a ello también: los esposos, al llamar un hijo a la vida, quieren que sea una personalidad libre, que libremente los ame, y halle en ese amor la verdadera personalidad en el seno de la comunión. En una palabra, quiere Dios que, en Jesucristo *seamos llamados hijos de Dios, y lo seamos.* La gnosis moderna, como la antigua, no quiere que seamos hijos adoptivos de Dios; no quiere que el mundo material sea. Ella es lo contrario del amor, *porque no es más que una de las múltiples formas de racionalismo.* Julián Green, tentado un instante por el budismo, lo vió bien al decir que la metempsicosis es una de las tentaciones grandes del hombre moderno.

Es en Jesucristo, Dios y Hombre, que todo lo humano es así salvo. Es salvo y transfigurado; digamos mejor que es salvo al transfigurarse mediante la unión íntima que mantiene con la divinidad de Jesús. Tal es el misterio de Navidad, al que no deben hacernos olvidar las ceremonias emocionantes, pero a veces demasiado profanas, o al menos superficiales, que acompañan nuestra celebración de este día. Es conveniente recordar de modo especial tales verdades en la Navidad de 1951, que coincide con el décimo quinto centenario del Concilio de Calcedonia en que fué para siempre fijada esa doctrina. Dicho Concilio es el último de los que podemos nosotros católicos conmemorar en unión con nuestros hermanos separados de la ortodoxia, del anglicanismo y del protestantismo. La encíclica *Sempiternus Rex*, de 8 de setiembre de 1951, ha recordado ese Concilio a los fieles; el Papa nos muestra así, lo mismo que mediante la definición de la Asunción, —aplicación última a la Virgen de la Salvación traída por Jesús—, que, a pesar de los peligros inmediatos que por doquiera amenazan, es ahondando en las verdades eternas como los cristianos hallarán la fuerza necesaria para soportar el silencio de Dios. Así es como nos salvan la Biblia y la Liturgia, siempre actuales porque están arraigadas en los misterios eternos de la salvación. Lo que el hombre necesita por encima de todo es la eternidad. Y la inmensa desgracia de este tiempo, el crimen imperdonable de las sociedades occidentales, consiste precisamente en tornar la vida cotidiana tan difícil y amenazada que el hombre olvida que sus verdaderas necesidades son espirituales y divinas.

SE diría sin duda que este misterio de Cristo celebrado en Navidad es muy hermoso, que responde a los problemas planteados por los *hijos de esta tierra* y también por aquellos a quienes solicitan los *aereonautas sin cargamento.* Pero no faltará quien agregue que nada visible ha cambiado en el mundo, y que la cuestión del silencio de Dios, planteada al comenzar, permanece entera.

No es así, ya que, simultáneamente con entender mejor el lugar central ocupado por Jesús, Dios y Hombre, entrevemos que es sólo mediante la fe que esta persona de Jesús puede convertirse en una realidad tan sólida, y más sólida aún que el pan que comemos y que el vino que bebemos. Esas verdades admirables de la Encarnación se convierten en nuestro alimento cuando las asimilamos; ahora bien, imposible es al hombre hacerlo sin las tres virtudes teologales. Ellas tienen a Dios por autor y objeto, lo cual significa que, sin la gracia divina, sería imposible al hombre creer, esperar y amar.

Verdad que la fe es libre, porque sólo un libre asentimiento es meritorio; ella es también razonable, y la encíclica *Humani generis* nos ha recordado el valor de la razón humana, peligrosamente comprometida por las filosofías *irracionales;* pero la fe es también *sobrenatural;* el testimonio de todos los convertidos, por ejemplo el de Julien Green, nos lo recordaría si la doctrina del Concilio Vaticano no nos lo hubiera previamente dicho. La fe es sobrenatural: esto quiere decir, en último análisis, que sin la gracia de Dios nunca hombre alguno podría dar a la revelación, a Dios mismo que nos habla por medio de su Iglesia, ese asentimiento absolutamente firme que es requerido para afirmar que una vida es cristiana.

Esperar en Dios, contra toda esperanza huma-

na, es ello también cosa imposible al hombre, a pesar de los fundamentos naturales de esta virtud: la esperanza y la confianza natural del hombre en la vida. Abraham esperó que el Señor le sería mejor que el mejor de los hijos, por esto, en medio de su desolación, no vaciló en sacrificar a éste. Porque esperaba de este modo contra toda esperanza Abraham llegó a ser el padre de todos los creyentes. Toda la historia de Israel es el relato detallado de la esperanza vivida sintéticamente en Abraham. El destierro de Babilonia fué la prueba providencial que debía orientar definitivamente a los Hebreos hacia la esperanza *en Dios sólo*. Si nunca sufriéramos la pérdida de nuestros bienes terrestres ,si no muriéramos un día, nunca nos vincularíamos a *solo Dios;* hablaríamos de El, lo amaríamos por mil y mil motivos, hasta por los más altos, pero no lo amaríamos a El. Por el gesto de esperanza total que realizamos, a través de la muerte accedemos a ese amor de Dios que sólo salva.

Y no esperaríamos si no amáramos. Es cosa imposible al hombre amar a los hombres, hacerles bien, un bien que los alcance a todos y que nunca esté mezclado al menor mal. Pero "la caridad de Dios ha sido difundida en nuestras almas por el Espíritu Santo que nos fué dado". Unicamente cuando nuestros actos de caridad son reflejo de la caridad de Dios vuélvense trasparentes a ese amor formidable del Señor Dios, Padre de los hombres y de los mundos; únicamente entonces los pobres hermanos humanos que encontramos se sienten finalmente respetados, sostenidos, recreados, AMADOS. Y nunca hombre alguno ha buscado algo fuera de ser amado.

Si no me fuera medido el espacio, diría aquí de qué modo Graham Greene, Julien Green, Bernanos, otros más, rinden testimonio, en cuanto cristianos, es decir como *hijos de la tierra y del cielo*, de esa fe, esa esperanza y esa caridad. La audiencia mundial que sus obras hallan más y más, atestigua esa necesidad de hacer revivir en el mundo las tres virtudes de las cuales decía Peguy que lo son todo. Creo que la esperanza es la virtud de que más han menester los hijos de este siglo. Porque en la cumbre de la esperanza está la ALEGRIA, no el placer, siquiera legítimo, sino la ALEGRIA. Con ella, los primeros cristianos devolvieron la esperanza a un mundo que no era mejor que el nuestro.

Es por lo tanto en medio del abandono que Dios habla: los santos lo atestiguaron todos, después de Israel que nunca comprendió mejor el rostro de su Señor que en las prisiones de Babilonia, en los *Buchenwald* de aquel tiempo. En efecto, fué entonces cuando se levantaron los profetas.

La Iglesia es actualmente nuestro *Profeta;* ella es la que nos enseña, por medio de sus santos y sus místicos, que es en el silencio de Dios cuando El nos habla más, y que es en su ausencia que nos está presente.

¿SE nos dirá que nos hemos apartado del Cristo de Navidad? De ninuna manera, porque Jesucristo es quien ha practicado de una manera ejemplar el don total de sí mismo a sus hermanos, en la caridad teologal perfecta.

Se olvida con excesiva frecuencia que, irradiando la gracia increada que santifica ontológicamente la naturaleza humana de Jesús, existe la gracia creada de que habla Santo Tomás de Aquina, la *unción* del Espíritu Santo de que habla la Escritura. Esta unción santifica la *humanidad* de Jesús: brotada de la fuente inagotable de la divinidad a la que se halla indisolublemente unida, esta gracia sobreabundante transforma el cuerpo y el alma de Jesús. Verdad que la naturaleza humana de Jesús no ha practicado las virtudes de fe y esperanza más que en sentido amplio (aunque real como lo demuestra el *Dios mío ¿por qué me abandonaste?*), en cambio la caridad teologal forma, alma de las demás virtudes, es inmensa en el Corazón de Jesús *hombre; de esa plenitud todos hemos recibido;* es al pasar por esa caridad de Cristo, *que nos impulsa*, como alcanzamos las profundidades de esa divinidad a la cual el alma de Cristo está indisolublemente unida. "Dos naturalezas perfectas, integrales, unidas indisolublemente, sin confusión, sin mezcla, sin separación, en una sola persona y una sola hipóstasis", dice el Concilio de Calcedonia.

El lazo que vincula el misterio del amor creador que salva al mundo y las tres virtudes teologales es Cristo mismo en su divina persona, en la cual subsiste la humanidad. *Cristo nos ha nacido, aleluya;* ciertamente, para los que creen y oran Cristo no ha venido en vano. Nunca quizás ha venido de una manera tan profundamente sentido como en la hora actual. Tan triste es el mundo que verdaderamente es imposible dejarse seducir por sus artificios; nosotros no podemos buscar más que a Dios, y a Dios solo. ⌘

EL ORIGEN DEL ARBOL DE NAVIDAD

CONRADO NALÉ ROXLO

SIEMPRE creí que el origen del árbol de navidad se perdía en la noche rayada de luceros de la fantasía, hasta que curiosos documentos me enseñaron su historia real y milagrosa. Prolija e inútil sería la transcripción de tales papeles, pues no parecen más que las piezas descabaladas e incongruentes de distintos rompecabezas. Y sólo a la luz de una estrella especial, que se levanta de tanto en tanto en la niebla de los sueños, pude ensamblarlos, leerlos y hallarles sentido.

Algunos amigos eruditos a quienes se los mostré, me los devolvieron con sonrisa escéptica e indulgente. Pero como yo también tengo mi sonrisa sé que bien puede ser un sueño la clave de un enigma y el testimonio de un milagro.

Por cierta tengo esta historia, y como tal la publico, honradamente.

Estamos en Toledo y en una nochebuena de principios del siglo XIV.

Seis jóvenes rodean la mesa redonda de un mesón y beben vino. Pero no parecen asistir a una fiesta. El que no está inquieto está pálido.

El silencio es tan completo, que se oye el chisporroteo del candil fijo a la pared por una escarpia de hierro y que levanta su retorcido cuerno de humo hacia la penumbra del techo. También se oye, como música de fondo, el mugido sordo del Tajo, que viene crecido.

Las torres de la ciudad, con breves intervalos, dan las once. Algunos de los jóvenes parecen ahora tan deprimidos, como si en vez de caer sobre ellos las horas hubieran caído las campanas.

Un mocetón de aspecto cerril y revuelto entrecejo, exclama airadamente, descargando el puño en la mesa:

—¡No debimos confiar en él, es un charlatán como todos los franceses!

La tensión se ha relajado y hablar es un alivio.

—Lo habrá pescado la ronda.

—La empresa es difícil.

Sí, todos saben que es muy arriesgado y difícil conseguir de los oficiales menores del Santo Oficio un cabo de la vela verde que llevan al suplicio los relapsos. Pesadas bolsas están dispuestas a vaciarse para obtenerlas, y el castigo para quien comercie con ellas es severísimo. El sacrosanto y tremendo Tribunal de la Inquisición no puede permitir que sus propios instrumentos sean materia de abominables supersticiones. Un cabo de vela verde es mucho más poderoso que una cuerda entera de ahorcado. En San Ciprián se descubrió, oculta y encendida durante un oficio de difuntos, una de estas velas infamadas. La envolvía en espiral una tira de pergamino con un nombre y una fecha. Era una sentencia de muerte mágica.

Para algo mucho peor quizá que un asesinato la querían los bebedores del mesón.

Conviene decir antes de pasar adelante que la ciudad del Tajo llegó a ser en cierta época la capital europea de las artes vedadas. Las siniestras luces de Nápoles, su rival, palidecieron ante las antorchas azufradas que el diablo encendía por aquelarres y subterráneos, y aún en la misma cátedra universitaria. Si hasta en los puestos del mercado se encontraban brujos al por menor que enseñaban el arte de interpretar los estornudos —y no como diagnóstico de resfrío — y una indoctísima astrología judiciaria. Un tan satírico como piadoso contemporáneo, llegó a escribir que se iba a París a estudiar las artes liberales, a Bolonia los Códigos, a Salerno los medicamentos, a Toledo los diablos, y a ninguna parte las buenas costumbres.

A estos estudiantes llegados a Toledo para estudiar nigromancia pertenecían los de la inquieta espera. Y querían la vela verde para encontrar el aula subterránea, el nefando gimnasio donde el diablo en persona enseñaba su tenebrosa ciencia.

El procedimiento era éste. Siete estudiantes debían reunirse en la víspera de navidad y encender la vela verde de un hereje que no hubiera abjurado sus errores. Después no había más que seguir la luz de aquella llama contaminada de tinieblas: ella los guiaría. De los siete estudiantes sólo seis regresaban al mundo; el séptimo quedaba en poder del maestro en pago de pupilaje y estudios. Lo más inquietante de esta cláusula era que hasta el momento de salir se ignoraba quién pagaría por todos y en qué moneda.

La ansiedad del grupo era explicable. Pasada la media noche tendrían que aguardar hasta el año próximo. Pero no tuvieron que esperar. La puerta se abrió y, con una ráfaga de viento y llovizna, entró el séptimo estudiante,

mojada la capa, el aliento entrecortado y corriendo, como otra ráfaga nocturna.

Casi no hubo preguntas. Su rostro triunfante daba la respuesta por anticipado. Con morosa sonrisa y retardado ademán, mostró en la blanca mano, sobre el negro fondo de la capa, la vela verde del hereje. Una cuarta mediría, pero era suficiente.

Michel du Pen se llamaba el estudiante y era hijo de un molinero de Montmartre. Y como él es el héroe de nuestra historia, vamos a detenernos un momento a revisar su pasado mientras la inquieta tropa sale a la húmeda noche toledana a ensayar la virtud mágica de la vela verde.

Michel fué en la Sorbona un estudiante serio y apasionado, de quien mucho esperaban sus maestros. Pero el hallazgo de un raro documento trastornó su espíritu y torció su vida. Hay en el mundo muchos papeles resbaladizos por los que se cae directamente al infierno.

Entre las páginas de un libro de la biblioteca de la casa de San Luis encontró un cuadernillo formado por cuatro hojas de amarillento pergamino, sin encabezamiento, data ni firma, que, en esencia, decía lo siguiente: Cuando Adán sintió que su vida declinaba, mandó a uno de sus hijos a que pidiera al ángel que guardaba el Paraíso algo del árbol de la Vida con qué reanimar sus fuerzas. El ángel cortó con su espada flamígera una rama y se la entregó. De aquella rama plantada por el hijo de Adán, creció el árbol del que salió la cruz de Cristo. Además el ángel enseñó al joven los grandes secretos prohibidos, que confieren al hombre poderes sobrenaturales. Hasta aquí el documento estaba en un latín bastante bueno. Después venían dos páginas de extraños caracteres indescifrables, alternados con signos del zodíaco y raras figuras ajenas a la naturaleza. Cosida entre dos páginas con un nervio de carnero había una ramita seca.

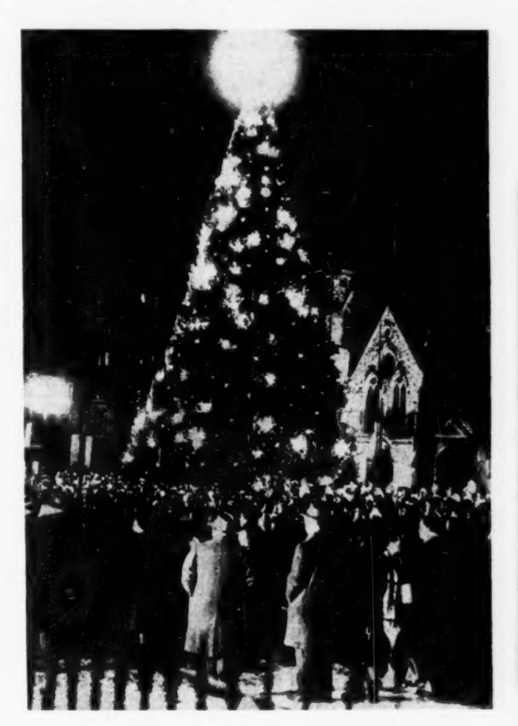
Hombre hasta entonces de estudio y de razón, Michel se sintió arrebatado por la más loca fantasía: Lo escrito en la extraña lengua eran los secretos del cielo y de la tierra y la ramita pertenecía al árbol del bien y del mal.

Primero trató de descifrar por sí mismo el raro idioma, sondeando en busca de una clave a los profesores de lenguas orientales de la Sorbona, recurrió en consulta a los misteriosos maestros del arte notoria. Todo en vano; nadie podía orientarse, hasta que una noche un viejo cabalista le dijo:

—Sólo el diablo que vive en Toledo podría entenderlo.

Y helo aquí, al reparo de un soportal, encendiendo la vela verde del relapso en la noche de navidad, veinte minutos antes de las doce.

El viento revuelve las capas y vuela los sombreros, la llovizna cae pertinaz, pero la llama de la vela, aunque trémula y débil, no se apaga. Se inclina y se alarga hacia la derecha como un dedo indicador. Siguiéndola cruzan varias calles. Al llegar a una esquina, la llama cambia de di-



rección. Ahora van por una callejuela increiblemente estrecha que desciende hacia el río. Nadie habla. Una angustiosa ansiedad los embarga. Falta muy poco para la media noche y si no llegan antes... La llama parece desconcertada un momento; se revuelve sobre sí misma formando un pequeño torbellino de pálida luz; la cera verde chorrea ardiente sobre la mano de Michel du Pen. La llama, como un suspiro de oro, se desprende suavemente del negro pálido y con lento vuelo de fuego fatuo cruza la callejuela y diluye su amarilla pincelada sobre las viejas tablas y los oxidados hierros de una puerta.

La oscuridad es completa, el viento y la lluvia arrecian, y los altos bronces de Toledo re-

suenan en la noche santa anunciando la buena nueva. ¡Han llegado a tiempo! En el alma perturbada del hijo del molinero se confunden los sentimientos, la fe abandonada y el designio diabólico, y está a punto de caer de rodillas bajo el júbilo clamoroso de las campanas. Pero con mano firme llama a la puerta señalada.

La hoja se abre sin ruido sobre una escalera descendente, alumbrada por una vaga claridad verdosa que viene de abajo. Nadie hay allí para recibirlos, y los siete estudiantes dudan. La puerta comienza a cerrarse lentamente. Comprenden: aquello es como un examen de ingreso: no hay que vacilar. Y, atropelladamente, se precipitan dentro. Michel du Pen entra primero y lanza un grito espantoso que hace replegarse aterrorizados a sus compañeros contra la puerta ya cerrada.

—No es nada —dice— me he torcido un pie.

Y continúa bajando, pálido como un muerto, la mano sobre el pecho donde siente un terrible dolor. La medalla de la virgen de su primera comunión se ha fundido y el líquido metal le quema el pecho. Es una advertencia.

La escalera da muchas vueltas, se ensancha en algunos tramos, en otros es tan angosta que se pasa rozando las paredes. De pronto se encuentran en una cripta, cuyos límites sumidos en la sombra no llegan a ver. En el medio hay una figura de pie. Renuncio a describirla, pues los autores a quienes sigo no están de acuerdo sobre su apariencia. Unos dicen, misteriosamente, que no tenía nada de humano. Otros la califican de repugnante. Otros la describen con muchos detalles grotescos y truculentos, como ciertas imágenes que se ven en los tratados de demonología. Y otro, por último, dice que no parecía lo que era. Para no complicar más nuestra historia con una imagen inconcebible, aceptemos esta última hipótesis y supongamos un clásico nigromante de la época, algo entre monje de fantasía, anciano erudito y charlatán de feria. Como tampoco su nombre ha llegado hasta mí, ya que no hay seguridad de que fuera el diablo en persona y no uno de sus voluntarios y quizá no autorizados agentes, le llamaremos el Maestro.

—Os esperaba — dijo por todo saludo. —Vamos a cenar.

La cueva estaba completamente vacía, sólo a la piedra ennegrecida de los muros sucedían la piedra y las sombras. Pero a un gesto del Maestro descendieron lámparas y brotó una mesa servida; los muros se cubrieron de anaqueles con libros, y los cuadros y las bellas estatuas surgieron por todas partes. Los pies de los estudiantes se posaban ahora en mullidas alfombras.

—Todo, como veis, es ilusión, pero no hay más verdad que ésta, y El también es ilusión, dogmatizó el Maestro sentándose a la mesa.

Alguien arriesgó una duda:

—Pero esta cripta, la escalera por donde hemos bajado, la ciudad de Toledo y nosotros mismos...

—Forman también parte de la gran ilusión. Mirad.

Poco a poco, sin ruido, como las imágenes en los sueños, los objetos que los rodeaban fueron perdiendo el color primero y la forma después. Los muros comenzaron a plegarse, de alto abajo, como blandas cortinas desprendidas, y se encontraron bajo las estrellas. (¿El Maestro olvidó el detalle de que aquella noche llovía en Toledo?). Pronto no hubo tampoco estrella y la ciudad entera, torre a torre, palacio a palacio y casa a casa se fué borrando, y hasta el Tajo desapareció como una raya de tiza de una pizarra. Los estudiantes sumidos y suspendidos en una niebla blanda y tibia, fueron olvidando sus nombres, sus recuerdos, y de su conciencia no les quedó más que lo indispensable para saber que no existían. Después el prodigio rehizo su camino y todo volvió a su lugar.

No insistiré en esta clase de relatos de los que están llenos los libros antiguos. Baste decir que entre parecidos encantos vivieron los estudiantes de la cripta durante todo el año en que el Maestro les enseñó las artes vedadas conocidas en la época, y quizá algo más.

Michel du Pen no estaba satisfecho. Todo aquello, aunque admirablemente realizado, tenía algo de juego de niños: o el Maestro guardaba para sí los últimos secretos o no los poseía. Invadido de una oscura desconfianza, fué dilatando el momento de consultarlo sobre el pergamino que lo llevara a afrontar su presencia. Otra razón tenía también. La medalla de la virgen al fundirse había dejado en su pecho la impronta de la cruz. No se atrevía a mirarla y evitaba pensar en ella, pero allí estaba.

Y así transcurrió el año de estudios y llegó la navidad en que debían irse seis y quedar el séptimo en pago.

Como esto no es una película de suspenso, ni un cuento de miedo, no me detendré a describir las alternativas de la partida de dados en que los estudiantes jugaron su destino.

Como era de esperar, al hijo del molinero la suerte le fué adversa. Sereno y pálido estrechó la mano de sus seis compañeros y los vió alejarse por la empinada escalera.

Cuando se oyó, remoto y como ilusorio, el ruido de la puerta al cerrarse, el Maestro soltó una carcajada.

—¡Pobres tontos! Se van muy convencidos de que poseen valiosos secretos, y en verdad les enseñé cosas extraordinarias, pero ¿no les dije el primer día que todo era ilusión? Como una ilusión se desvanecerá todo lo que aprendieron en cuanto entren en contacto con el aire de la ca-

lle... Y ahora, vayamos a nuestro negocio, Michel, hijo mío.

—Estoy dispuesto — respondió Michel con voz entera.

—Entonces, dame ese pergamino que tan celosamente guardas. ¿O creías que conmigo valían secretos? Pero nada temas, si te he hecho quedar, pues debes comprender que yo goberné el azar de los dados, no fué para cobrarme en ninguna de las formas que supone el vulgo. Tú serás mi verdadero discípulo y compartirás mi poder. Sabe ahora que hace tiempo soy yo quien dirige tus pasos; yo puse bajo tus ojos el pergamino en la Sorbona; yo dicté al cabalista las palabras que te trajeron a Toledo; yo ordené al verdugo que te diera la vela verde. Tu voluntad no ha sido desde hace mucho tiempo más que una ilusión creada por la mía.

—Y si sabía usted la existencia del pergamino, ¿qué necesidad tenía de este largo rodeo para obtenerlo?

—Escrito está en los astros que así debía suceder. De las manos de un hombre puro debo recibir esos papeles para que sean eficaces en las mías.

—Si yo fuera un hombre puro no estaría aquí — dijo Michel bajando la cabeza.

El brujo sonrió.

—No olvides que hace tiempo no eras más que el prisionero de un sueño... ¡Dame! Michel du Pen sacó de la escarcela el cuadernillo y se lo alargó con lento ademán de sonámbulo. Pero algo que desde muy hondo pugnaba por ilbertarlo le dió fuerzas y con rápido movimiento lo rompió en dos.

—¡Quieto! — ordenó el maestro de las tinieblas y recogió los trozos. Michel quedó inmóvil, clavados los pies en la losa en que estaba. Sólo su alma y sus ojos vivían. El Maestro estudiaba el rasgado pergamino de codos sobre la mesa. Ya no era el mismo. Toda serenidad había desaparecido de su rostro, contraído ahora por el esfuerzo. Un ansioso temblor en las manos, gotas de sudor en la frente. Parecía un ladrón tratando de forzar una cerradura. Se precipitó a los anaqueles y pronto la mesa estuvo colmada de grandes libros que consultaba febrilmente y arrojaba al suelo con alocado ademán.

—¡La clave, la clave — gritaba—, aquí tiene que estar la clave!

Por fin pareció encontrarla, y con mano temblorosa comenzó a hacer anotaciones consultando el libro y el pergamino. Sólo se oía en la inmensa cripta el agrio razgueo de la pluma.

La ramita, caída del cuadernillo, había ido a incrustarse en una grieta del piso a los pies de Michel. Olvidado por el Maestro sentía renacer en su alma la antigua voluntad, como una primavera, y un racimo de lágrimas se deshizo en sus ojos. No lloraba por su destino, casi ni la pérdida de su alma le importaba, era el dolor de pensar que algo sagrado iba a caer en las garras del monstruo. Lentas y silenciosas caían sus lágrimas sobre la ramita seca, que a su contacto reverdeció y comenzó a crecer rápidamente. Y el Maestro atónito vió levantarse por encima de la pila de libros, que casi lo ocultaba, un esbelto arbusto de claro follaje.

—¡El Arbol de la Ciencia, Michel —gritó—; es nuestro y seremos tan fuertes como El! Pero el árbol seguía creciendo y creciendo. Michel estaba ya bajo el círculo de su sombra, y entonces se sintió completamente libre y cayendo de rodillas pronunció el nombre de Dios, largo tiempo proscripto de sus labios. El Maestro, levantando el puño se precipitó hacia él. Pero al entrar en el círculo de sombra y antes de poder lanzar un grito ardió en una llama invisible y no fué más que un mísero montón de pálidas cenizas.

En el corazón del árbol sonaba una campana, en la que Michel reconoció la de Santa Genoveba de Montmartre y, regida por su música, una

pequeña estrella azul describía círculos variados en el ámbito verde y traslúcido del follaje.

* * *

A la mañana siguiente los campesinos que traían a Toledo las legumbres y las frutas de la huerta, encontraron un joven dormido bajo un árbol al borde del camino. Algo se discutió por si el árbol aquel estaba o no antes allí. Pero aquella discusión, como tantas otras que agitaron a los hombres, se diluyó hasta apagarse en la clara naturalidad de los días.

Michel du Pen regresó al molino de su padre y, en recuerdo de su aventura, todos los años en la víspera de navidad adornaba con frutas, golosinas y juguetes un viejo roble y reunía en su torno a los niños del barrio, que cantaban villancicos que él mismo componía.

Murió muy viejo, cuando ya los árboles de navidad eran una costumbre popular. Y éste, según mi saber es su verdadero origen. ✠

LA FE DE HENRI BERGSON

JOHN M. OESTERREICHER

DIOS es Amor, y los místicos son *adjutores Dei*, ayudantes, colaboradores de Dios; todo lo bueno que se ha hecho o lo que se hará en el mundo, lo ha sido y será mediante el cristianismo, que transfigura todo cuanto toca —tal es la profesión de fe de Henri Bergson—. Difícilmente parece estar de acuerdo con esto el hecho de que en cierto pasaje de *Las Dos Fuentes de la Moral y la Religión*, considere que el misticismo "proviene directamente del mismo manantial de la religión, independientemente de todo lo que la religión debe a la tradición, a la teología, a las Iglesias". Uno se pregunta por qué ha creído necesario Bergson en su argumento, "dejar a un lado" —y ello en nombre de una filosofía limitada a la "experiencia e inferencia"— "a una revelación que tiene fecha definida, a las instituciones que la han trasmitido, a la fe que la acepta". Y uno se admira al leer: "En el origen del cristianismo está Cristo. Desde nuestro punto de vista, que nos demuestra la divinidad de todos los hombres, poco importa que se llame o no hombre a Cristo. Ni siquiera importa que se le llame Cristo".

Estas declaraciones, que a primera vista parecen destruir la apología de Bergson, sólo pueden apreciarse con justeza cuando no se llega a olvidar que *Las Dos Fuentes*, con ser la última expresión escrita de sus ideas, no representa su pensamiento final con todo detalle; y además que sus escritos no manifiestan necesariamente todas sus convicciones personales, aún las de esa época, sino tan sólo aquellas que, consideraba él que su método filosófico le permitía afirmar; y finalmente, que su consideración hacia aquellos que no seguían su mismo camino hasta un fin, le sugería cierta reserva. De tal modo debe interpretarse la breve y sorprendente manera en que da por terminada la cuestión de quién era y quién es Cristo. Sería incongruente suponer que él, incansable buscador de la verdad, fuera indiferente al hecho de que la divina plenitud se ejerciera o no en Cristo; más bien en este pasaje de las *Dos Fuentes*, habla para el vacilante. Parece ir al encuentro del que duda en su propio campo, cuando dice que "aquellos que han ido tan lejos como para negar la existencia de Jesús, no pueden impedir que el Sermón de la Montaña esté en los Evangelios, junto con otras palabras divinas. Dad a su autor el nombre que queráis, pero lo que no puede negarse que hubo un autor". Ni hay tampoco escapatoria alguna de Su desafío —¿no es esto lo que Bergson trata de decir?—. De los grandes místicos, dice que ellos imitan y continúan 'lo que el Cristo del Evangelio era por completo". Así, El es la Fuente de su vida, infinitamente más alto que ellos.

Algunos amigos que conocieron bien a Bergson atestiguan que ésta era en realidad su forma de pensar, de modo que no debemos suponer —ya que no *sabemos*— hasta qué punto Cristo, Su vida, Su pasión y gloria, eran importantes para él. Georges Cattaui escribe que en una de sus numerosas conversaciones con él, entre los años 1932 y 1938, se propuso conocer la verdadera interpretación del pensamiento bergsoniano en las *Dos Fuentes*: que todos los méritos de los místicos cristianos provienen sólo de Jesús: "Cuando se lo pregunté con cierta insistencia, me confió que creía en la divinidad de Cristo". Otro testigo es el R. P. Antonin D. Sertillanges, O. P., a quien dijera poco antes de su muerte: "Es evidente que Cristo es sobrehumano. Surgió entre los hombres, un hecho enteramente nuevo, si bien pienso que esto, como el cristianismo, no hubieran sido posibles si no fuera por lo que antes aconteciera en la historia de Palestina". A ello observó el P. Sertillanges que ésta era, en efecto, la enseñanza de Cristo, y que el cristianismo era la religión de Israel, desarrollada por completo. "Así lo entiendo", prosiguió Bergson. "Cuando me pregunto: ¿De dónde vino Cristo? ¿Cuál es la fuente de este hecho sobrehumano? me digo que con seguridad El viene de lo alto. Esto es, pienso yo, lo que llamáis "gracia". El P. Sertillanges enmendó el concepto llamándole "gracia de unión"; él dijo que Cristo toca a Dios de tal modo, que lo divino y lo humano se unen en Su única Persona, y que esto es lo que significa la palabra "Encarnación". A lo que Bergson, a su vez, confesó: "A esta teología no pongo ninguna objeción. Implica exactamente lo que yo mismo he dicho".

"La fe de Henri Bergson", por el R. P John M. Oesterreicher, de Nueva York, pertenece a su libro **Walls are Crumbling: Seven Jewish Philosophers Discover Christ**. (Los Muros se Derrumban: Siete Filósofos Judíos Descubren a Cristo), que será publicado en febrero de 1952 por la Devin-Adair Company, con un prólogo de Jacques Maritain. El libro, que contiene siete estudios sobre el pensamiento filosófico y religioso de Bergson, Edmund Husserl, Adolf Reinach, Max Scheler, Paul Landsberg, Max Picar y Edith Stein, ha sido considerado por algunos pensadores destacados que han leído el manuscrito, como un verdadero acontecimiento intelectual.

Mayor evidencia todavía hay en una carta que Bergson escribió en 1939 en memoria de Charles Péguy: "¡Grande y admirable figura! Estaba tallado de la materia con que Dios hace héroes y santos: héroes —porque desde su primera juventud Péguy no tuvo otra preocupación que la de vivir heroicamente; santos — ¿acaso no compartió con ellos la convicción de que ningún acto es insignificante, que cada acción humana es grave y tiene resonancia a través de todo el mundo moral? Tarde o temprano, *il devait venir à Celui qui prit à son compte les pechés et les souffrances de tout le genre humain*, debía llegar a Quien cargó sobre sí los pecados y los sufrimientos de todo el género humano". En las *Dos Fuentes* el pecado no es mencionado ninguna vez; aquí no sólo se lo menciona, sino que tan grande es su peso que ha de ser llevado por Uno puro y sin pecado. Tan doloroso es el sufrimiento del hombre, que Cristo deseaba hacer de nuestro dolor el Suyo. Sin duda, para el Bergson que escribe esta carta, Cristo es el Salvador cuyo amor abarca *a todo el género humano*, a toda la humanidad; cuya pasión es bendita, infinitamente fructífera.

Jean Wahl relato un episodio concerniente a esta carta. El preguntó a Bergson porqué, al hablar de Cristo había escrito "Aquel", *Celui*, con mayúscula. Y fué esta su repuesta: "¿Creeis que se puede hablar de El como de un hombre?" ("¿cómo de cualquier otro hombre?" —El profesor Wahl no recuerda con exactitud cuál fué la expresión usada por Bergson, pero está acertado al pensar que en este sentido, el significado es el mismo.) Bergson continuó diciendo: "En aquel momento [de la venida de Cristo], algo ocurrió en la humanidad que salió de adentro y de encima de la humanidad. Esto lo comprendí leyendo a los grandes místicos. Un movimiento tan hermoso, el más sublime en la humanidad, no pudo haber salido sino de un principio divino". En otra parte, Jean Wahl hablando de los últimos meses de la vida de Bergson, tan dolorosos, tan colmados de ansiedad por el destino de Francia y el futuro del mundo, dice que tenía consigo como guía al mundo espiritual de los místicos, la palabra del "Dios de los profetas, el Dios de Jesús, Aquel que era para él el Dios Jesús, a quien reconocía y adoraba fuera de toda iglesia, pensando que él, que llevaba en sí toda la filosofía del mundo no era mejor que el más humilde creyente de una iglesia de aldea".

Este testimonio es sumamente valioso, pero debería estar expresado con mayor precisión. (El mismo profesor Wahl corrigió más tarde su declaración: "Es cierto que en un sentido estricto, no pertenecía a ninguna iglesia. Pero, en ese tiempo, yo no sabía que él quería ver a la Iglesia a su lado, y lo que escribí debe entonces ser completado y aún rectificado"). Era en efecto, fuera de la Iglesia, pero sólo a través de ella, que Bergson encontró al Dios que es el Amor, y le adoró, si no dentro de ella, con ella sin embargo —él Lo encontró *por medio* de la Iglesia, porque ella es la custodia del Evangelio y la nodriza de los santos, y él rindió culto *con* ella a medida que se iba haciendo cada vez más vital para él. Apreciaba enormemente el *Development of Christian Doctrine*, del Cardenal Newman, lo que sugiere que, con Newman, llegó a ver el dogma de la Iglesia como un signo, no de "petrifacción", sino de crecimiento, como una prueba de fecundidad y de vida. Llegó a ver que la doctrina de la Iglesia es la manifestación de la palabra de Cristo, la semilla transformada en árbol, la yema hecha flor abierta, todo su poder y su gloria, escondidas al principio, ahora en pleno desenvolvimiento.

Edouard Le Roy, sucesor de Bergson en el Collège de France como en la Académie Française, nos habla de una discusión que tuvo con Bergson después de la publicación de las *Dos Fuentes*. En su opinión, dijo a su maestro y colega, era necesario completar el estudio, particularmente en dos puntos. el problema del bien y del mal por una parte, y por la otra, el de la relación entre la religión estática y dinámica, entre lo abierto y lo cerrado, —esto es, la Iglesia, esa mutualidad espiritual que las encierra a ambas. Se suscitó entonces, relata Le Roy, la cuestión de la caída del hombre, su forma y sus consecuencias. Bergson reconoció que ella se planteaba inevitablemente, pero añadió que no la había mencionado en las *Dos Fuentes* porque aún no había llegado, de acuerdo a los lineamientos de su método, a una respuesta que le satisfaciera, y preguntó a su amigo, cómo se imaginaba él esa caída. Cuando Le Roy le hizo un esquema, Bergson le escuchó, como siempre, con profunda atención: quedó en silencio un momento y preguntó luego: *Est-ce orthodoxe?* "¿Es esto ortodoxo?" Lo preguntó, subraya el profesor Le Roy, con una voz que dejaba traslucir una preocupación, que no debía abandonarle nunca, con respecto a la "adhesión, sin reservas ni equívocos hacia doctrinas e instituciones que van más allá del dominio de la filosofía pura".

En su última entrevista con el P. Sertillanges, Bergson llamó a la Iglesia *le prolongement du Christ*, Cristo extendido, "en el fondo, el mismo hecho", una sociedad abierta, universal en espíritu y tendencia, conservando de este modo la inspiración de su Cristo, y, en su catolicidad, independiente de condicio-



res étnicas y de contingencias políticas y sociales. Deplorando la división entre los cristianos, dijo que los protestantes estaban equivocados al separarse del tronco del árbol; al hacerlo, perdieron savia, que da vida. Cuentan con almas magníficas, pero no tienen místicos, superhombres, tan numerosos en la Iglesia Católica". Y añadió: "Para mí, el santo es el verdadero superhombre, de quien Nietzsche sólo mostró una imagen adulterada".

Esto ocurría en 1940. El P. Blaise Romeyer, S. J. relata la inmensa alegría que llenó su alma cuando, en una discusión que tuvieron en 1933, Bergson reconoció su creencia en el Cuerpo Místico de Cristo: "Estoy plenamente convencido de Su (de Dios) existencia, y aún de la divinidad del Místico completo que era el Cristo del Evangelio. Mi crencia íntima va más lejos aún: Dado que este Cristo, que revelara al mundo la existencia del Dios de Amor, deseaba vivir en perfección y enseñar poderosamente la religión del Sermón de la Montaña, Su estadía en la tierra llevaba inmanentemente aparejada una continuación. Era conveniente que, después de su retorno al seno del Padre, hubiera una autoridad social universal, surgida de Su pensamiento y Sus designios —o sea que una Iglesia, instituída como sostén de Su espíritu, Su voluntad y Sus medios, continuara Su obra en el mundo, mientras exista el hombre. Sólo así, podía conservarse sustancialmente puro el misticismo de los Evangelios, al pasar de Cristo a los cristianos. Como El debía volver a Su padre antes del fin del mundo, Jesucristo tenía que fundar la Iglesia". Aquí se preguntó Bergson: "¿Es esto tal vez puro razonamiento?" Y replicó: "No, puesto que emana del contenido experimental de los testimonios místicos. Y este contenido está en tal oposición a las iglesias de invención humana, como en armonía con la fe en una Iglesia Católica, única, de hecho como de derecho..." "¿Es esto, entonces, lo que pensáis del misticismo cristiano "le preguntó el P. Romeyer, "que la divinidad de la Iglesia Católica está ligada a la divinidad del Cristo de los Evangelios?" "Sí", respondió Bergson, sencillamente.

Estas confesiones de fe en Cristo y en su Iglesia, trasmitidas a nosotros por el filósofo dominico y el jesuita fueron hechas en privado, en la intimidad de la amistad. Las razones de Bergson para no declarar públicamente su creencia íntima en la Iglesia eran las siguientes, y citamos sus propias palabras: "No quisiera avanzar demasiado rápido, para que no pueda decirse, 'Era católico por anticipado; su pretendido método no era sino un atajo para llegar a la meta que se había propuesto'. Además, en un momento en que todas las fuerzas espirituales son tan necesarias, no me atrevo a desalentar a aquellos que están fuera de la Iglesia, que manifiestan una moral elevada y trabajan para difundir los valores morales; no me atrevería a desalentarlos insistiendo en la necesidad de la Iglesia." Su creencia en Cristo estaba de igual modo siempre escondida en su alma, y nunca se manifestaba en público; él explicaba así su reserva:

"Temería disminuir el impacto de mis resultados, que sólo tienen valor —si es que tienen alguno— en virtud de su independencia de la fe, y la forma en que, de todos modos, se dirigen a su encuentro... No quisiera que se pueda decir: 'Esto es lo que se proponía todo el tiempo'. En verdad, no me propuse nada, y no es culpa mía si todos los buenos caminos llevan al Evangelio".

La precaución de Bergson, provenía de su consideración hacia los demás; su tema consistía en hacer más daño que bien a los hombres de buena voluntad. El cristiano debe respetar profundamente esta nobleza de carácter, si bien no puede olvidar que el reinado de la verdad y la soberanía del amor pueden requerir el sacrificio hasta tan tierna solicitud, así como la majestad de Dios exigió de Abraham que sacrificara prontamente a su hijo.

Con todo, en la época en que las *Dos Fuentes* fué escrito no era precaución lo que hizo que Bergson ignorara la necesidad de la Iglesia en la vida de los místicos; en efecto, debe haberle necesitado años de oración, meditación y lucha interior antes de que pudiera ver una verdad tan repugnante a los hombres de nuestra época.

Todos los místicos son —y lo son por medio de la Iglesia— como riachuelos que derivan de esa poderosa corriente cuyo manantial es Cristo. No podrían conocer al Dios incomprensible e inefable si no fuera por El, la "revelación que tiene una fecha definida", y a El no podía oirle de no ser por la Iglesia, que es Su Voz resonando hasta el fin de los siglos. Ella es quien les comunica la aspiración hacia la unión con Dios, pues es su dogma el que —lejos de ahogar la vida interior— la enciende. Por estar su camino iluminado por la luz de la fe, los místicos pueden proseguir su ardua jornada hacia la expediencia directa de Dios. Y cuando hablan de su experiencia, no piden *prestado* el lenguaje de la religión, como dice Bergson en las *Dos Fuentes*, hablan su lengua materna. Ellos mismos evidencian su dependencia de la obra redentora de Cristo, continuada por la Iglesia. El comienzo y crecimiento de su vida interior es debido, como ellos mismos lo atestiguan, a los sacramentos, esos vehículos del

amor en que la materia, que de otro modo retarda las operaciones del Espíritu, se transforma en Su vehículo. No están por ello menos ligados a la Iglesia por la obediencia, sabiendo que su autoridad es la garantía de su libertad. Temerosos de la ilusión, temerosos de su propia voluntad, aceptan, y hasta buscan, una dirección, y se inclinan voluntariamente ante la palabra de su confesor. Prefieren antes renunciar a cualquier favor espiritual que separarse, ya sea en pensamiento o en los hechos, de la Iglesia de que tienen a gloria ser simplemente miembros. Es la evidencia de los místicos, no la fe, la que requiere del filósofo, humildemente atento a la experiencia, un reconocimiento del papel capital de la Iglesia. Pero no solamente los místicos dependen de ella: es el alma de nuestra civilización, y si sus libertades son cortadas, todo el mundo sufre.

Sobre estos lineamientos trazó su razonamiento el P. Sertillanges durante su memorable conversación con Bergson, quien juzgó tan importante el argumento que, contrariando su costumbre de no alterar el texto de un trabajo de aliento una vez publicado, prometió que en la siguiente edición de las *Dos Fuentes* reconocería, aunque sin abandonar el orden de la filosofía, el papel de la Iglesia. La muerte, empero arrancó la pluma de sus manos. En el tiempo en que los dos filósofos cambiaban ideas sobre la Iglesia como madre de los místicos, Bergson estaba enfermo, y hacía tiempo que venía padeciendo una dolorosa artritis que lo convertía en un inválido. Aunque estaba atado a su sillón de enfermo, aunque estaba consumido, inmovilizado casi por completo, sufriendo horriblemente durante noches de insomnio, su mente conservó su frescura, su juicio y su memoria siguieron siendo lucidos, su dominio del lenguaje, notable. Cuando hablaba, parecía un patriarca; sus palabras eran espaciadas, tenían la claridad y la belleza de su estilo de escritor, brillaban con el desprendimiento que se humilla a sí mismo ante la verdad. El sufrimiento le había acompañado durante muchos años, y sin embargo su muerte fué repentina. Falleció de neumonía el 4 de enero de 1941.

CUANDO murió, Bergson no era miembro de la Iglesia, pero era un cristiano *in voto*. En la mañana del que iba a ser su último día, un sacerdote amigo, el Canónigo Lelièvre, fué llamado a su lado. Pero Francia estaba entonces ocupada por tropas alemanas, las comunicaciones eran difíciles —cuando llegó el Canónigo Lelièvre, Bergson ya había expirado, y hubo de limitarse a rezar las oraciones de difuntos y a bendecir su cuerpo.

Así como Bergson no pudo hacer los agregados a las *Dos Fuentes* que se había propuesto, también otras cosas quedaron por decir.

Ni sus libros ni sus conversaciones conservan su palabra más profunda: ella debe haber sido pronunciada en su coloquio íntimo con Dios, porque la suya era una naturaleza meditativa. En Clermont-Ferrand; cuando sólo era un joven maestro, acostumbraba a recorrer diariamente los mismos senderos ya familiares, donde ningún objeto ni sonido nuevo conseguían romper su comunión con las cosas de la mente. Fué allí, en aquella ciudad donde gustaba de recorrer la Place d'Espagne y caminar por los viñedos, que concibió la *idée maitresse* de su filosofía. De mentalidad brillante, era sin embargo hombre de pocas palabras. En realidad, el único tipo de hombre hacia el que sentía profunda aversión era el *homo loquax*, que cree comprender una cosa cuando puede hablar de ella. El mismo Bergson relata su primer encuentro con William James en 1903. Cada filósofo conocía al otro por sus escritos: habían cambiado correspondencia y su simpatía mutua crecía con el tiempo —pero cuando se encontraron, tras el intercambio de saludos, hubo algunos instantes de silencio. Y éste sólo se interrumpió al preguntar William James: "¿Cómo ve Ud. la cuestión religiosa?" Amante del silencio y del pensar, Bergson estaba preparado para sentirse cómodo en el mundo espiritual. Durante muchos años antes de su murte, leía diariamente la Biblia y la llamaba *mon climat de vie*, el clima donde su espíritu descansaba, la atmósfera en que su alma se regocijaba. Y en sus últimos años se retiró de toda actividad pública con el fin, decía, "de poner un intervalo entre su vida y su muerte".

Cuando el P. Sertillanges, al despedirse de Bergson le dijo: "Rogamos mucho por vos, y también esperamos rogar con vos. Porque un hombre que habla como lo habéis hecho de las cosas de Dios y de las grandes almas, es evidentemente un hombre de oración", el filósofo contestó —y fueron estas sus últimas palabras al colega— "Sois bueno; me habéis hecho bien". Aunque el velo de la modestia preservaba su vida espiritual de los ojos del mundo, el P. Sertillanges al llamarle hombre de oración, no iba más allá del propio método filosófico de Bergson, no más allá de su enseñanza de que el verdadero conocimiento viene por la afinidad, que la comprensión profunda traduce el parentesco. Ese día el P. Sertillanges le había dicho que no necesitaba asegurarle su admiración y afecto, pero que había algo que no le había dicho: que rezaba mucho por él. A lo que respondió Bergson: "Oh, por ello os agra-

dezco con toda mi alma". Y tomando las manos de su amigo las estrechó contra su pecho. Conociendo la necesidad de la oración había pedido en su testamento la asistencia de la Iglesia, para que ella hablara por él cuando sus labios enmudecieran. Su deseo era que *ella* pronunciara sus palabras finales en la tierra. Así como habla la Iglesia al sepultar a cualquiera de sus hijos:

Desde lo profundo clamé a Ti, ¡oh Señor!
Señor, escucha mi voz.
. . . .
Mi alma aguarda al Señor
más que los centinelas al alba.
Más que los centinelas al alba,
que Israel aguarde al Señor,
Porque con el Señor hay misericordia.

y luego implora: "Que Cristo que te ha llamado quiera recibirte, y que los ángeles te conduzcan al seno de Abraham".

Algunos años antes, en su testamento publicado por Madame Bergson y fechado el 8 de febrero de 1937, Bergson había declarado:

> Mis reflexiones me han acercado cada vez más al catolicismo, en el cual veo la realización completa del judaísmo. Me hubiera convertido, de no haber visto durante años cómo se iba preparando (en gran parte, lamentablemente, por culpa de cierto número de judíos totalmente desprovistos de sentido moral) la formidable ola de antisemitismo que estallará sobre el mundo. Yo deseaba permanecer entre aquellos que serán perseguidos mañana. Pero espero que un sacerdote católico querrá venir —si el Cardenal Arzobispo de París lo permite— a orar en mi funeral. Si esta autorización no fuera concedida, será necesario llamar a un rabino, pero sin ocultarle, ni tampoco a cualquier otra persona, mi adhesión moral al catolicismo, así como mi expreso deseo original de contar con las oraciones de un sacerdote católico.

Lo más notable en este testamento es el amor que siente Bergson hacia el pueblo judío y hacia la Iglesia. Sin embargo, no era la carne sino el espíritu que forjaba su vínculo con Israel. Que así, en cierto modo, respondía a su antigua vocación ha sido revelada nada menos que por Etienne Gilson, en su discurso de recepción en la Académie Française el 29 de mayo de 1947. "Aquellos que recuerdan su deuda hacia él —los goces más elevados del espíritu y la seguridad de que, aún después de la Crítica de Kant y el Positivismo de Comte, la metafísica seguía siendo posible— nunca disminuirán su ferviente gratitud", dijo de su antiguo maestro, hablando en nombre de la multitud de almas para quienes Bergson era un dedo índice que señalaba hacia la fe. "Los problemas clásicos, en vano condenados por otros, revivían en su pensamiento y se imponían imperiosamente sobre el nuestro. Se los declaraba insolubles, y él demostraba que eran inextinguibles.... ¡Cómo le amábamos! Este profeta ungido con la palabra de un Dios cuyo Nombre no había de pronunciar durante tanto tiempo, retenido por los escrúpulos más nobles. Hacia donde iba, hacia donde nos conducía entonces, en 1905, tampoco él lo sabía. Pero treinta y cuatro años más tarde, había llegado a poder escribirme así: 'La religión que estaba, efectivamnte inmanente en mis primeras reflexiones, en mis primeras conclusiones, se ha puesto al fin de manifiesto. Me pregunto cómo no percibí de inmediato, claramente, lo que ahora veo con toda luminosidad'. Así, en las laderas de la misma Montagne Sainte-Geneviève, al borde de la misma Rue Saint-Jacques, ...a dos pasos del Convento de los Jacobinos donde enseñara Tomás de Aquino —allí, tras un silencio de tantos siglos, la metafísica del Génesis y el Exodo cobró de nuevo voz. Nuevamente nos fué dado Jehová, el Dios que se llama a sí mismo: *Yo Soy;* ese Dios que, una vez que encontramos de nuevo Su Presencia, iluminaría más tarde para nosotros el profundo significado de la metafísica tomista, el Creador que crea creadores... Admiramos aquí un milagro de fidelidad, totalmente radiante con lo divino: el depósito confiado a Israel durante tantos siglos, nos fué devuelto a través de Israel".

La decisión de Bergson de postergar su bautismo sería mal interpretada al suponer que él, el filósofo de la moral abierta obedeció a un impulso racial o reconoció que la sangre tiene más derecho que la verdad. Su tema no consistía en pensar que el bautismo era una traición al pueblo judío, porque su vínculo con Israel no pertenecía en primer lugar al cuerpo, sino al espíritu. Aunque siempre era de espíritu dulce, juzgaba severamente a aquellos judíos "de quienes todo el aroma de su herencia espiritual parece haberse evaporado", hasta tal punto que en su testamento deploraba que el antisemitismo aumentara "en gran parte por culpa de cierto número de judíos completamente desprovistos de sentido moral". Cuando escribía estas palabras preveía la terrible ola de antisemitismo que había de cubrir a Europa, pero no podía imaginar sus diabólicas proporciones, el abuso y la tortura y la muerte que traería aparejadas; de otro modo, se hubiera cuidado por anticipado contra aquellos que podían hacer mal uso de sus palabras. La deuda al linaje de patriarcas y profetas era demasiado grande, pensaba, para poder jamás ser olvidada por un judío, y sabía que la dignidad de Israel era exaltada, destacada, enriquecida, en la Iglesia. Durante largo tiempo había sido casi indiferente al judaísmo, y sólo mediante Cristo reconoció su participación en el antiguo Israel; sólo Jesús despertó su lealtad. Su propia alma, conmovida por los sufrimientos de todos los hombres, le hicieron sensible a los males de Israel, pero la comprensión que expresó en su testamento le fué dada por el Cristo de las lágrimas.

Con excesiva humildad, parecía creer que su conversión pública prestaría un pobre servicio a la Iglesia, porque su edad avanzada y su salud precaria podrían, ante muchos ojos, anular su testimonio. También temía apenas a sus hermanos judíos, tan profundamente humillados, temía herirles por lo que interpretarían como una deserción en la hora de prueba, y de tal modo, en vez de atraerles a la Iglesia corría el riesgo de alejarlos más aún. Si bien deseaba con toda su alma pertenecer a la Iglesia, no lo consideraba una obligación. En una cuestión de tal gravedad para su alma, como que atañe a la eternidad, un hombre de tan rara integridad hubiera cumplido seguramente con su obligación, de haberla reconocida. Sólo sentía empero un deseo, fuerte y profundo, y este deseo, con la alegría de su realización debía ser sacrificado, pensaba, frente a la miseria que el nazismo había de vomitar sobre su pueblo. El no sentirse obligado por el deber a hacerse miembro de la Iglesia que él mismo reconocía como Cristo andante a través de los tiempos, continuando así su obra de redención, se debía posiblemente a un defecto de su filosofía: le faltaba un concepto claro de la naturaleza de la obligación en sí. — su "empiricismo" no podía prestarle el apoyo racional que necesitaba en este dilema.

Lamentamos el fracaso de Bergson en aprehender aquello que hubiera sido la coronación de su vida —un fracaso que prueba la fuerza de las ideas y el triste poder de una filosofía errónea o, (como en

el caso de Bergson), deficiente. Lamentamos que no atravesara el umbral, pero pensamos que luchó mucho, y nos regocijamos de que, hasta los límites de su visión, siguiera los dictados de su conciencia. En las decisiones fundamentales del alma, el hijo no puede asumir el rol del padre; con todo, cuando con su consentimiento, Jeanne, su hija, recibió el sacramento de vida, aunque lo hizo después de la muerte de Bergson, y cuando ella confesó: "*Quelle merveilleuse Joie*", que dicha maravillosa la de ser católica", seguramente revelaba aquello que guardaba el corazón de su padre.

Así, como la Iglesia llama hijos suyos no sólo a los fieles sino también a los "aprendices" que están en el camino de la pila bautimal, puede reclamar a Bergson por más que no fuera, hablando con toda exactitud, un catecúmeno. Lo que dijera San Ambrosio del Emperador Valentiniano que murió durante su período de catecumenado. *Hunc sua pietas abluit et voluntas*, puede decirse también, de Bergson: "Su piedad y su deseo lo lavaron". En todo tiempo es el Santo Espíritu el que limpia, el Espíritu que mueve las aguas de la regeneración, moviendo también las almas a la contrición y el puro amor a Dios, satisfaciendo y santificando las almas sedientas de fe. "Sabemos que existe un bautismo de deseo, escribe el P. Sertillanges, al concluir el relato de sus conversaciones con Bergson. "No dudo que Dios tiene a esta alma". Igualmente, el teólogo suizo Monseñor Charles Journet afirma que, dentro de lo que puede conocer el hombre mortal de un juicio que sólo pertenece a Dios, nos atrevemos a decir que Bergson era una de esas ovejas de Cristo que, ¡ay! no están aún en el rebaño; que verdaderamente estaba unido a la Iglesia por el deseo y por la línea ascendente de toda su vida. Monseñor Journet habla con el espíritu de la encíclica de Pío XII, quien, recordando con tanto amor a aquellos que están afuera pero, "sin saberlo, ligados al Cuerpo Místico por deseo y resolución", los invita a su verdadera morada.

Cuando la muerte alcanzó a Henri Bergson, estaba lejos de la ciudad que había contemplado sus triunfos, porque toda su vida fué un peregrino, y sabía que estaba *en route*. Su entierro fué muy sencillo y sólo unas pocas personas presenciaron cómo el cuerpo del famoso filósofo, "el orgullo de la Academia", recibía sepultura. Había sido profesor del Collège de France, miembro de la Académie des Sciences morales et politiques, y de la Académie Française, Gran Oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo de la Orden; había sido presidente del Comité de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones y había obtenido el Premio Nóbel; miles y miles de personas le habían escuchado, cientos de miles habían leído sus obras, pero sólo treinta le acompañaron a su última morada. Debía ser así, ya que la fuerza de su vida no residía en los honores que recibió; su grandeza consistía en el abandonarse a la verdad, en su devoción hacia lo que *es*. Comenzó su trabajo intelectual en la frígida atmósfera del pensamiento spenceriano, pero descartó audazmente la filosofía mecanicista cuando comprobó que estaba en contradicción con la realidad. Fué movido, no por prejuicios o predilecciones, sino por los problemas que se le planteaban y las respuestas que encontraba, respondiendo a las invitaciones de la verdad y ajustándose a ella como un niño. Lo que él atribuyera al artista también era atributo suyo —"una especie de desprendimiento de la vida", "diríase una forma virginal de pensar".

Así Bergson fué paso a paso hacia quien él no había buscado, de modo tal que pudo decir al final: "El Evangelio es mi verdadera morada espiritual. Nada de cuanto Cristo dice de sí mismo me sorprende, nada me desilusiona". No hay palabra de Cristo que considere imposible, ninguna demasiado grande o demasiado chica, o que le hubiera gustado ver modificada. Lo que le había atraído desde hacía mucho en el cristianismo, era *le goût du concret spirituel, le sens des personnes humaines à sauver*, el que mira a los hombre como personas que deben ser salvadas, y que las salva. Había llegado, nos dice Madame Bergson, a "considerar el catolicismo con *creciente* simpatía". Comprendía a la Iglesia cada vez mejor, se sentía cada vez más cerca de ella y deseaba que a su vez ella estuviera más cerca de él. Así le pedía sus oraciones, y que acompañara a su alma a una tierra donde hallaría una experiencia totalmente nueva.

Las últimas palabras de las *Dos Fuentes*, la imagen audaz: "El universo es una máquina para hacer dioses", es una metáfora que implica asentimiento, a la doctrina de la Iglesia, que está de acuerdo con el pensamiento de Santo Tomás: que los elementos del Universo trabajan en concierto para la eterna bienaventuranza del hombre. Porque a menos que los cuerpos Le sirvan como medio, Dios no da existencia a las almas, si bien son creadas directamente por El, y para El, aunque son superiores a los astros. Demasiado débiles para ser espíritus puros, las almas requieren una especie de base, tomada del cosmos, y todo el cosmos trabaja para dársela, de tal modo que esa base cumpla su fin: la consumación del número de los elegidos. *Omnia intendunt assimilari Deo*, dice el Doctor Angélico; buscando su propia perfección, todas las cosas tienden a hacerse iguales en Dios. Todo ser tiende hacia el amor, su *raison d'être;* todo conspira para ello, y el fin de esta conspiración es la multiplicación de mundos infinitamente más grandes que el mundo mismo, de personas humanas, cada una un epítome de creaciones materiales y espirituales, cada una un teatro donde la libertad triunfa sobre la necesidad, cada una llamada a ser el asistente de Dios. "Es de todas las cosas la más semejante a Dios, ser el colaborador de Dios", exclama Santo Tomás junto con Dionisio. La metáfora de Bergson resulta más clara aún, a la luz de las dos grabadas que había elegido para su habitación. Las paredes casi desnudas ostentaban dos grabados debidos a la mano de grandes maestros, y ambos representaban la elevación de la más pura de las criaturas y su revestimiento con el manto de la gloria, la Asunción de la Virgen Santísima. ⌘

PROFESIONALES

ABOGADOS - ESCRIBANOS

Carlos A. Bellati
ABOGADO
LAVALLE 1605, 2° piso — T. E. 35 - 2192

Dr. Angel Gómez del Río
ABOGADO
CORRIENTES 115 — PARANA (Prov. de Entre Ríos)

Eustaquio B. Labayru
ESCRIBANO
TALCAHUANO 68 — T. E. 38 - 7642

Roberto A. Lanusse
ABOGADO
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Jaime Potenze
ABOGADO
MEXICO 613 (3° D) — T. E. 30-6835 — Buenos Aires
COLONIA 1554 (3° 6) — U. T. E. 40-1249 — Montevideo

Eduardo A. Roca
ABOGADO
SARMIENTO 643 — CAPITAL

INGENIEROS - ARQUITECTOS

Rafael Ayerza
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 434 — T. E. 35 - 9041

Enrique Balestrini
ING. CIVIL
TALCAHUANO 736 — T. E. 42 - 2808

Roberto Juan Cardini
ARQUITECTO S. C. de A.
POZOS 230 — T. E. 38 - 9311

Francisco D'Arcángelo
ING. CIVIL
MORELOS 17 — T. E. 66 - 2439

Aristóbulo A. de Seta
ING. INDUSTRIAL
GARIBALDI 129 — T. E. 243 - 4212
LOMAS DE ZAMORA

Emilio M. C. Devoto
ING. CIVIL
PAMPA 5654 — CAPITAL

M. Roberto Gorostiaga
ING. CIVIL
PIEDRAS 383 — T. E. 34 - 2222

Luis M. Gotelli
ING. CIVIL
YERBAL 176 — T. E. 60 - 3446

Sebastián Enrique Guiroy
ING. CIVIL
HIPOLITO IRIGOYEN 850 — T. E. 34 - 1221

Antonio R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Fernando R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Rafael Lanusse Gelly - Jorge A. Storni
ING CIVIL — AGRIMENSOR U. N. B. A.
Avda. R. S. PEÑA 555 — T. E. 33 - 5769

Javier M. Laurenz
INGENIERO CIVIL
Avda. CORDOBA 1351 — T. E. 41 - 8141

Roberto Leggiero
ING. CIVIL
BELGRANO 3252 — T. E. 30 - 3179

Máximo Mantel
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 1685 — T. E. 41 - 9018

Carlos E. Olivera
ING. CIVIL
Cemento Armado
Avda. DE MAYO 1370 — T. E. 38 - 4549

Esteban Pérez
ING. INDUSTRIAL
TREINTA Y TRES 40 — T. E. 62 - 4393

Ricardo M. Puelles
INGENIERO AGRONOMO
PARANA 1231 — T. E. 42 - 7253

Eckhardt Rathgeb
ING. CIVIL
DIAGONAL NORTE 760 — T. E. 34 - 8129
Ofic. 77 - 3er. piso

Eduardo Saubidet
ING. CIVIL
TALCAHUANO 1090 — T. E. 42 - 2173

Jorge A. Scotto
ING. CIVIL
BOLIVAR 177 — T. E. 33 - 3730

Patricio L. Shanley
ING. CIVIL
DONATO ALVAREZ 247 — T. E. 63 - 6272

Raúl F. Torreguitar
ING. INDUSTRIAL
SUPERI 1825 — T. E. 73 - 3910

Silvio Pablo Uberti
ING. INDUSTRIAL
Bdo. DE IRIGOYEN 128 — T. E. 38 - 3432

Basilio Uribe
ING. CIVIL
3 DE JULIO 1953 — T. E. 741 - 9560
OLIVOS

Vargas y Aranda
ARQUITECTOS
SAN MARTIN 683 — T. E. 31 - 1211 BUENOS AIRES
CALLE 31 — U. T. E. 619 PUNTA DEL ESTE

Luis Vernet Basualdo
ARQUITECTO
POSADAS 1359 — BUENOS AIRES

Antonio J. Vilá
ING. INDUSTRIAL
MALABIA 2364 — T. E. 71 - 4768

VARIOS

Dr. Carlos H. Campi
BIOQUIMICO
Análisis Clínicos
LIBERTAD 893 — 44 - 3849

Mario L. G. Costantini
AGRIMENSOR
CALLAO 626 — T. E. 44 - 2474

Federico R. Lanusse
CONTADOR PUBLICO NACIONAL
SAN MARTIN 232 — T. E. 30 - 0061

LA REINA DE LA PAZ

ENRIQUE B. PITA

Visión de paz

QUIEN haya contemplado, siquiera una vez en su vida, el panorama que se abre por todas partes a los ojos en el Limburgo holandés, no habrá podido sustraerse al sentimiento suave y deleitoso que se experimenta en la contemplación de la paz.

Sobre ese rincón, desconocido por la mayor parte de los viajeros y turistas, parece resonar continuamente por los valles y hondonadas, por las callejuelas de pueblos y ciudades milenarias y por las anchas y relucientes carreteras modernas el mensaje de los ángeles en el nacimiento de Jesús: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierar a los hombres de buena voluntad".

El Limburgo holandés es un pueblo sano y fuerte, que lleva estampada en la frente de todos sus hijos la salud física y moral que es capaz de dar a todo un pueblo el catolicismo cuando se lo vive integralmente. El Limburgo es católico en su totalidad; y el catolicismo no es para los limburgueses una de tantas exigencias sociales, sino un principio de vida, que siguiendo la ley que rige maravillosamente todos los organismos, entra a formar parte de su mismo ser y orienta y dirige todas las acciones de la vida personal, familiar y social.

El Limburgo es un pueblo, donde aldeas como Valkenburg de 2.000 habitantes, tienen un Párroco con dos Tenientes que apenas se bastan para atender la vida espiritual de sus feligreses; un pueblo, donde los niños, diariamente, antes de dirigirse a la escuela, se acercan en sus parroquias en compactos ramilletes a recibir el Cuerpo Sacrosanto de N. S. Jesucristo; un pueblo, donde cada domingo en todas las parroquias, la distribución de la Sagrada Comunión dura sin interrupción horas enteras; donde en ninguna ciudad o aldea falta la casa de Dios ni la escuela católica; donde las instituciones sociales anualmente en sus casas de ejercicios espirituales renuevan y agigantan su vida católica; ejercicios organizados de hombres de estado, abogados, médicos, maestros, patronos, obreros; madres de familia, jóvenes en vísperas de hacer elección de estado, adolescentes que luchan sostenidos por sus ideales.

El Limburgo es un pueblo, que como un ejemplo viviente para todos los pueblos católicos, se desarrolla y crece en la aplicación sin claudicaciones de las normas directivas de las encíclicas de los Papas sobre la constitución del matrimonio, la obra educacional, la obra de los Ejercicios Espirituales y la solución del problema social. La presencia de este pueblo no puede dar otra visión que la de la unidad y armonía más perfecta en la complicada y variada diversidad de los distintos órganos sociales: ¡la visión de la paz!

El momento actual

ESTE bien inestimable de la paz nunca se aprecia mejor como cuando se ha perdido. El enfermo, en quien se ha roto la tranquilidad del orden de su organismo, es quien mejor comprende el bienestar del cuerpo en el que cada órgano dsempeña perfectamente su función correspondiente en una armónica jerarquía de subordinación de los inferiores a los superiores.

Por eso en la hora actual, en que la sociedad sin religión suprimió o maltrató lastimosamente órganos vitales de la tranquilidad del orden social, todo el mundo se vuelve con ojos de angustia en busca de la restitución del orden. Por eso el Sumo Pontífice, sobre quien pesa la responsabilidad de toda la cristiandad, no cesa durante su glorioso reinado de impetrar oraciones de los fieles y darles normas directivas para la consecución de lo que se propuso como principio y fin, núcleo y nervio de su Pontificado: "Opus iustitiae, pax", la paz es la obra de la justicia.

La paz

SEGUN Santo Tomás, la paz es el último y más perfecto acto de la caridad, en la que consiste toda la perfección cristiana. Uno mismo es el hábito de virtud, nos dice el Doctor Angélico, por el que nos complacemos amorosamente en la bondad del objeto amado, y entonces se llama comúnmente amor de caridad; por el que deseamos la posesión del bien amado y hablamos entonces del deseo de caridad; y por el que nos gozamos por fin en la posesión del amado y se denomina gozo de caridad. "Perfectio autem gaudii est pax", y la perfección del gozo es la paz. Por eso la paz se pone entre las bienaventuranzas, que son los actos de las virtudes perfectas: "bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios".

Y que de la caridad de Dios se siga necesariamente la perfección de la paz, se ve manifiesta-

mente, continúa el Doctor Angélico; porque la paz supone una doble unión de orden: concordia ordenada de todos nuestros apetitos y concordia ordenada de nuestros apetitos con los de nuestros semejantes. La caridad une todos nuestros propios apetitos e inclinaciones en la tendencia hacia Dios, que es nuestro último fin, y en esto está el orden que pide nuestra naturaleza entre nuestros apetitos; y en segundo lugar, por la caridad cada uno ama a su prójimo como a sí mismo, y en esto consiste el orden de los apetitos de todos los hombres.

La Reina de la Paz

SIENDO esto así, se ve claramente cómo el pecado, que mata la caridad de Dios, sea el principal y fundamental destructor del orden y por consiguiente de la paz. ¿Quién, pues, mejor que la Virgen de Belén, podrá ser proclamada Reina de la Paz, Ella, que holló con su virginal pie la cabeza del que introdujo el pecado en el mundo; Ella que inmune del pecado original y de toda mancha de pecado actual, se yergue a nuestros ojos como una mujer limpia e inmaculada, como una visión purísima de paz?

Consumado el pecado original de nuestros primeros padres, pecado que es la herencia de todos los hijos de Adán, Dios Nuestro Señor, proveyó a la restitución de la justicia original por la Encarnación y Muerte expiatoria de su Unigénito Hijo. Jesucristo viene al mundo para restituir la paz destruída por el pecado. Por eso los ángeles cantan en su nacimiento: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"; por eso en su resurrección gloriosa, vencido ya en la cruz el enemigo del género humano y el Príncipe del pecado, el saludo de Pascua será: "Pax vobis", la paz sea con vosotros. Jesucristo es "Príncipe de la Paz", como estaba profetizado en las Escrituras.

¿Cómo habrá, pues, que llamar a la Madre del Príncipe de la Paz sino Reina de la Paz? En las purísimas entrañas de la Virgen María halló su pleno cumplimiento el "iustitia et pax osculatae sunt", la justicia y la paz se unieron en el ósculo; porque en la Encarnación comienza ya la Redención que es obra de justicia y de caridad: de justicia, porque la Redención es una satisfacción condigna de la Majestad de Dios ofendido; y de caridad, porque ninguna necesidad tenía Dios de redimir al mundo, sino que todo en la Redención originariamente es obra de su amor: "sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret", así amó Dios al mundo que le dió a su Unigénito Hijo. ¡Cómo es verdad, pues, que el "iustitia et pax osculatae sunt" del Profeta tiene su primer sello y cumplimiento en el Templo vivo de la Virgen de Belén!

Hay más. La Redención quedó consumada en sí con la Pasión y Muerte sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo; pero su aplicación se perpetúa en la Iglesia a través de los tiempos por nuestra incorporación a Cristo y nuestra comunión de vida con El: El es la cabeza y nosotros somos sus miembros. Esa incorporación y comunión de vida con Cristo sabemos que se realiza por obra de la gracia.

En la Cruz quedó sellada la alianza de Dios con los hombres, por la que Dios quiere que todos los hombres reciban la gracia y se salven; en la infusión de la gracia santificante, se realiza la aplicación de los frutos de la Redención

que tendrá su consumación en la visión beatífica de Dios.

Si en la Redención del Cristo histórico la Virgen de Belén es la Madre del Príncipe de la Paz; en la aplicación de los frutos de esa misma Redención es la Medianera Universal de todas las gracias. De esta manera Ella es la cooperadora con su Hijo en la formación del Cristo total, en el que se realiza perfectísimamente la unidad del orden de todos los elegidos.

Nada de extrañar, pues, que San Efrén llame a la Inmaculada Virgen "Pax mundi", Paz del mundo; San Buenaventura "Pax beata cordium", Paz bienaventurada de los corazones; San Alberto Magno "Pax Domini", Paz del Señor; San Bernardino y San Antonino "Regina Pacis", Reina de la Paz.

El mismo pueblo cristiano, con ese instinto que el Espíritu Santo infunde en las almas de buena voluntad, ha comprendido fácilmente la misión de paz de la Madre de Dios y a Ella ha acudido con especial confianza en todas las perturbaciones sociales.

Ya en 1317 en la ciudad de Parma se tocaba todos los días la llamada "campana de la paz", por la que se recordaba a los fieles el momento de rogar a la Virgen por la paz; la misma costumbre se encuentra el mismo siglo en España e Inglaterra; en Alemania, desde el año 1416 mañana y tarde los fieles invocaban a la Madre de Dios por la paz; en Francia el año 1475 el Rey Luis XI incitaba a sus súbditos a que diariamente a mediodía recitacen tres Ave Marías por la paz.

Los Sumos Pontífices por su parte no han dejado de alentar con su ejemplo y autoridad al pueblo cristiano en el recurso a la Reina de la Paz. A fines del siglo XVIII queda aprobada la fiesta de los prodigios de la bienaventurada Virven María, Reina de la Paz, fijándose el día 8 de julio para su celebración. El 26 de septiembre de 1846, Pío IX enriquece con numerosas indulgencias una hermosa oración a la Reina de la Paz. El 16 de noviembre de 1915, Benedicto XV ordena que mientras dure la gran conflagración europea se añada en las Letanías Lauretanas la invocación: "Regina pacis, ora pro nobis", para que el pueblo cristiano alcance más fácilmente por la intercesión de la Virgen Inmaculada los dones de la paz; y el 5 de mayo de 1917, en carta al Emmo. Cardenal Gasparri, sobre la paz que se debía impetrar de Jesucristo Nuestro Señor por intercesión de su Sma. Madre, manda que desde el primero de junio en adelante quede fija en las Letanías de la Virgen dicha invocación.

En Roma, en la iglesia de Santa María la Mayor, se venera una estatua de la Reina de la Paz, que lleva esta inscripción al pie: "Benedicto XV, Pontífice Máximo, movido del deseo de instaurar la paz de todos los pueblos bajo los auspicios de la Augusta Madre de Dios, en la iglesia que es Madre de todas las iglesias marianas, para acrecentar la piedad del orbe católico a la Reina de la Paz, mandó erigir esta estatua en el año 1917".

Pío XI, que tanto se esforzó por conseguir una paz duradera entre las naciones en los azarosos momentos de 1935, quiso que Lourdes fuese el Santuario donde se diesen cita todos los pueblos del orbe católico para rogar por la paz del mundo.

El Mensaje de Fátima

En nuestros días, se ha dejado oír el conmovedor Mensaje de Fátima: "Si hiciéreis lo que os pido, dijo la Virgen del Rosario a los pastorcitos de la Cova de Iria, se salvarán muchas almas y habrá paz en el mundo". Este Men-

saje de la Virgen, a cuyo cumplimiento está prometida la paz del mundo, consiste en la oración penitente y restauradora: oración que brote del arrepentimiento de los pecados y del propósito de restaurar la paz de Cristo en las almas.

Es una verdad de fe, que todo lo que pidiéremos al Padre en nombre de Jesucristo N. S. se nos concederá. Con la misma firmeza con que creemos en la Unidad de Naturaleza y Trinidad de Personas en el misterio de la Sma. Trinidad, podemos y debemos creer que todo lo que pidamos por los méritos de Jesucristo, si es para nuestro bien espiritual, se nos concederá.

Si con fe y perseverancia pedimos a Dios la caridad, Jesucristo tiene empeñada su palabra que nos concederá el don de la caridad. Si con la misma fe y perseverancia pedimos la humildad, se nos dará la humildad. Y así de todas las gracias espirituales y de los dones materiales, si nos han de servir para nuestro mayor bien espiritual.

Más aún, ésta es la manera como Dios N. S. en su Providencia ordinaria concede sus dones: por la oración. Porque así como quiso que arando y sembrando recogiese el labrador a su tiempo la dorada espiga, del mismo modo, orando ha de conseguir el cristiano las gracias espirituales.

Con todo, no hemos de imaginarnos que la oración produce sus maravillosos efectos como llovidos del cielo sin el largo y penoso trabajo de nuestra cooperación a la gracia, sino que por el contrario en nuestra cooperación está el secreto de la eficacia práctica de la oración. Comienza uno a pedir con insistencia la humildad y va observando que, por virtud de la oración, poco a poco, el brillo vano del mundo se va desvalorizando en su interior y van naciendo en el fondo de su alma unos deseos, desconocidos hasta entonces, de lo que los Santos llamaron la librea de Jesucristo, que son las humillaciones y desprecios, y termina el alma por tener en nada todos los honores del mundo engañoso y desear sólo su incorporación a Cristo dolorido, humillado y despreciado.

Todo esto tiene su aplicación en el asunto que tratamos. Si todos los católicos pedimos con fe y perseverancia el don de la paz, Dios N. S. nos lo concederá. Porque los cielos y la tierra pasarán pero la palabra de Jesucristo no pasará. Pero no nos forjemos ilusiones: la paz social no nos sonreirá como un arco iris pasada la tormenta, sin habernos preocupado nosotros cómo aparecieron y se combinaron sus colores; la paz social por el contrario tendrá que ser la obra de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, nuestra propia obra.

El Espíritu Santo despertará en las inteligencias jóvenes de los que se forman para el sacerdocio, la comprensión de la trascendencia de la paz social en el momento actual, y les exigirá el sacrificio de una entrega completa al estudio de la doctrina social de la Iglesia y les dará un corazón ancho, como la arena que está junto a las orillas del mar, para consagrarse al apostolado abnegado de la acción social.

El Espíritu Santo llevará a los jóvenes católicos y a los hombres maduros a las Casas de Ejercicios, donde les hará encontrar la paz verdadera del alma, y donde les dejará oír el llamado al apostolado de la paz social.

En los Santos Ejercicios, a la luz de las grandes verdades religiosas, verán los patronos que el capital tiene una misión social que llenar en el cuerpo de la república cristiana, para que el dinero sea un verdadero factor del mayor bien de la sociedad y no se convierta en una pura y exclusiva fuente de ingresos de los capitalistas, mientras las clases inferiores vivan en la miseria e indigencia; los obreros podrán comprender cómo la sociedad es un cuerpo orgánico donde cada uno tiene una función peculiar que cumplir en una sabia jerarquía de dependencia de los unos respecto de los otros; los gobernantes aprenderán cómo la verdadera política no es una lucha sin conciencia de egoístas intereses terrenales, sino la recta administración de todas las riquezas del país en servicio del mayor bien social.

Para dar comienzo al cumplimiento promisor de esta oración penitente y restauradora que se nos pide en Fátima, el actual Pantífice Pío XII consagró en 1942 el mundo al Inmaculado Corazón de María, y con repetidas instancias solicita de los cristianos el arrepentimiento de los pecados sobre todo de los públicos, y la restauración de la paz de Cristo en los individuos, en las familias y en las relaciones sociales e internacionales.

El Mensaje de Fátima, llevado a la práctica por nuestra generación, salvará al mundo; y las pacíficas palomas que acompañan a la Virgen Peregrina, anunciarán a la humanidad que el diluvio de odios ha terminado y que el arco iris de la paz brilla en el firmamento.

Entonces se oirá de nuevo el himno navideño de los ángeles en Belén: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". ※

LA NAVIDAD EN LA LITURGIA BIZANTINA

PHILIPPE DE REGIS

SIN ánimo de exagerar la oposición de puntos de vista que existe entre el rito oriental y el de occidente (ya que ambos testimonian en definitiva una única y misma realidad, la de Dios hecho hombre), es sabido que Oriente se complace en acentuar la divinidad de Cristo, a diferencia de Occidente que puntualiza especialmente la consideración de la santa humanidad del Hijo de Dios. Es sin duda esta razón psicológica, la causa de que la Navidad sea de hecho si no por derecho la fiesta más cara a la piedad popular latina, conmovida por la contemplación del Niño en el pesebre. La Iglesia Oriental por el contrario, ha conservado siempre la incontestable primacía, desde todo punto de vista, de "la fiesta de las fiestas y solemnidad de las solemnidades", la Pascua cuya gloria la anonada y determina sus reacciones religiosas más verdaderas y más profundas.

Eso no quiere decir, evidentemente, que la fiesta de Navidad sea descuidada o disminuída en Oriente. No puede dejar de ocupar un lugar preponderante para todo cristiano, sea cual sea su lengua, cultura o tradición, tanto en la liturgia como en el folklore popular, que en ella se inspira. Pero sin embargo, en Oriente ocupa un lugar secundario si bien importante, y dado que aun en este misterio que para la piedad latina resulta ante todo conmovedor, para el oriental la manifestación de la divinidad la que le llama especialmente la atención y la que ha inspirado su mayor devoción. Es esto lo que deseamos demostrar brevemente a continuación.

I

EL ciclo litúrgico de los ritos orientales (como el de la Iglesia latina, por otra parte, pero en forma mucho más marcada), atribuye a la fiesta de Pascuas un lugar único: es la solemnidad por excelencia, cuya conmemoración se cumple fielmente en cada domingo del año. Es, hablando con toda propiedad, "el día que hizo el Señor".

Por el contrario, las otras grandes fiestas del año, que en número de doce (1) —y Navidad no es sino una de ellas, si bien la más solemne— no hacen más que desarrollar el tema central del triunfo de Cristo, jalonando, por decir así ante nuestra atenta piedad, los diversos aspectos de la vida de Nuestro Señor o de su santa Madre, carecerían de significado para nosotros si no se hubiera dado al mundo "el signo de Jonás". Esta idea, fundamental para las Iglesias orientales, está admirablemente expresada en el arte bizantino, por el clásico ícono de las "doce grandes fiestas". La imagen de Cristo resucitado ocupa el centro del cuadro, dominando todo con su gloria, en tanto que se disponen a su alrededor a modo de marco vivo, doce pequeños cuadros iguales que evocando las fiestas litúrgicas, despliegan su riqueza de colorido y la conmovedora ingenuidad de las actitudes estilizadas de los personajes sacros.

Hemos dicho sin embargo, que Navidad ocupa un sitio especial, el primero en esta santa docena, tal como San Pedro, apóstol como los otros, se distingue de sus once compañeros.

De hecho, los textos litúrgicos osan darle el nombre, inusitado por cierto en el lenguaje común, de "Pascua, fiesta de tres días". La fiesta es precedida por un ayuno de cuarenta días, llamado como su homónimo "cuadragésima" (2) y como éste señalado por el canto del Alleluia (3) y las grandes postraciones penitenciales. Y poco importa que su observancia no sea en la práctica tan rigurosa ni tan general como en la gran Cuaresma; la ley que subraya el carácter único de esta fiesta, persiste siempre (4).

Hace ya seis días que se ha iniciado para los fieles el santo período preparatorio, cuando so-

El R. P. Ph. de Régis, S. J., que reside actualmente en la Argentina, fué Director del "Collegium Russicum", de Roma.

(1) Ellas son, siguiendo el orden cronológico del calendario: la Natividad de la Santa Virgen, la Exaltación de la Cruz, la Presentación de la Santa Virgen en el Templo, la Natividad de Nuestro Señor, la Epifanía o Bautismo de Cristo, la Purificación de la Virgen, la Anunciación, el Domingo de Ramos, la Ascensión, Pentecostés, la Transfiguración y la Asunción de la Virgen.

(2) Esta cuaresma lleva aún el nombre de "Ayuno de Navidad" o, en el lenguaje popular, "Ayuno de San Felipe" ya que comienza al día siguiente de la fiesta de este apóstol, que se celebra el 14 de noviembre.

(3) Es sabido que la supresión del Alleluia durante la Cuaresma, para la Iglesia latina, ha sido uno de los grandes escándalos de los bizantinos y uno de los motivos invocados para justificar el cisma. De hecho, el Alleluia en la liturgia oriental es más bien signo de penitencia que de regocijo: a tal punto que su repetición se multiplica tanto en el oficio de difuntos, como en el de Cuaresma, constituyendo la nota característica en ambos.

(4) Entre las otras fiestas del año, sólo hay dos que comparten con Navidad y Pascua el privilegio, si puede llamarse así, de una cuaresma especial: la Asunción, precedida de un ayuno de 14 días, y San Pedro y San Pablo, que si bien no figura entre las 12 fiestas mayores, tiene un ayundo que comienza ocho días después de Pentecostés y cuya duración varía según la fecha en que cae esta fiesta.

breviene el 21 de noviembre, la fiesta de la Presentación de la Santa Virgen. A partir de esa fecha, en los maitines de cada día el coro entona una estrofa tomada del Canon de Navidad "Cristo ha nacido, glorificadlo, etc.", para subrayar mejor el acontecimiento litúrgico que se espera.

El penúltimo domingo que precede a la fiesta, lleva el nombre de "Domingo de los santos antepasados" y recuerda a los patriarcas que han vivido antes de la Ley y después de ella, desde Adán a San José, y también a los profetas, desde Samuel hasta Zacarías y San Juan Bautista.

El sábado siguiente, (antes de Navidad), cuenta también con una epístola y un evangelio relacionadas con la festividad (el evangelio es la parábola de la semilla de mostaza y la levadura en la masa, que anuncia con tanta claridad la naturaleza y la fuerza del esperado Reino de Dios).

Llegamos ahora al domingo que precede a la Navidad. Se denomina "domingo de los santos padres" y esta vez se glorifica solamente a aquellos patriarcas entre quienes naciera el Salvador. El evangelio leído en la misa es el primer capítulo de San Mateo completo, con la genealogía de Cristo y el relato de la duda de San José.



Mosaico, "La Adoración de los Magos", perteneciente al crucero de la iglesia de Dafne, situado a 10 km. de Atenas, templo que fuera construido por el siglo XI.

Henos ya en el período de inmediata preparación de la fiesta, que dura cinco días (en tanto que para las otras grandes fiestas generalmente hay tan sólo uno o dos días de vigilia). En esos días el alma se recoge en sí misma y se estremece ya de alegría (5), al ser invitada por la Iglesia a participar en el "jubileo del universo" y a "glorificar con los ángeles y los pastores al niño, Dios eterno que ha querido manifestarse", ya que "Cristo ha nacido para restablecer la imagen otrora desterrada por el pecado (6).

El día anterior a la fiesta reviste un carácter absolutamente único, que sólo tiene su paralelo litúrgico en la vigilia de Epifanía. Desde la mañana el oficio comienza con las horas denominadas "reales" (7). Vienen luego las Vísperas, acompañadas de ocho profecías y terminándose con la larga y expresiva liturgia de San Basilio el Grande (8). Al finalizar esta ceremonia, el sacerdote expone en el centro de la Iglesia el ícono de Navidad y lo inciensa, mientras se entona ya como anticipo de la fiesta que no ha comenzado todavía, el célebre Troparion de Navidad.

De la fiesta en sí no hay mucho que comentar, ya que se lleva a cabo, de acuerdo casi en todo con el desarrollo habitual, y únicamente la solemnidad y la concurrencia de fieles le prestan un carácter especial. El "oficio de la noche" que se celebra en la noche de la víspera, pero que ya pertenece a la fiesta (9) comienza esta vez con las Grandes Completas, puesto que las Vísperas ya han sido cantadas, y se continúa con los Maitines, durante los cuales tiene lugar la ceremonia, tan cara al pueblo, de la veneración del ícono: todos los fieles desfilan ante él, lo besan y reciben en seguida del celebrante una unción en la frente y un trozo de pan bendito. La misa o liturgia se efectúa a la hora habitual, ya que el Oriente no celebra la Misa de Medianoche más que en Pascua, ocasión en que asume un carácter completamente único.

La celebración de Navidad —como ya se ha dicho— dura tres días enteros que son feriados.

Es un privilegio que sólo comparte con las fiestas de Pascua y Pentecostés. El segundo día está consagrado a la conmemoración de la Santísima Virgen (10), y el tercero celebra al

---

(5) Es sin duda por esta razón que desde el 20 de diciembre, primer día de esta larga vigilia de Navidad, cesan las postraciones penitenciales de Cuaresma: ¿acaso se puede seguir haciendo penitencia cuando el Esposo está tan próximo?

(6) Palabras tomadas del troparion y del kondakion de la vigilia de Navidad.

(7) Estas horas son muy solemnes, siendo cada una acompañada por la lectura de una profecía, la epístola y el evangelio. Las horas reales no se celebran, de acuerdo a este sistema, más que tres veces por año; en la vigilia de Navidad, en la de Epifanía y el Viernes Santo.

(8) La liturgia de San Basilio, la más antigua, sólo se usa ocho veces por año: en los domingos de Cuaresma, las vigilias de Navidad y Epifanía y el 1º de enero, fiesta del santo. Todos los otros días se celebra la liturgia habitual de San Juan Crisóstomo.

(9) La devoción oriental atribuye casi el mismo valor a este oficio (compuesto de la yuxtaposición de Vísperas y Maitines) que a la misma liturgia. Los rusos y eslavos lo celebran el sábado por la noche o vísperas de fiestas. Los griegos en cambio lo dividen, celebrando las primeras vísperas el día precedente, y los Maitines el mismo día de la fiesta, antes de la liturgia.

(10) Es una costumbre bastante difundida, y muy conmovedora, en el rito bizantino, la de consagrar el día que sigue a una fiesta a los personales que han tenido un pa-

promártir San Esteban al mismo tiempo que al Niño Jesús. La octava se prolonga hasta la Circuncisión, y el sábado y domingo incluídos en ella cuentan con lecturas propias de la epístola y el evangelio, estando el domingo dedicado a celebrar la memoria de "San José, del rey David y Santiago, hermano del Señor" (11).

Es conveniente agregar un detalle, importante para los estómagos. Todo ayuno y toda abstinencia se suprimen desde Navidad hasta Epifanía, lo que significa exactamente doce días! Se comprenderá la importancia de esta disposición, al saber que es ésta el período más largo de indulgencia que admite esta Iglesia, que tanto se cuida de evitar a sus hijos los excesos de la mesa. Pascua, Pentecostés, y la semana que precede a la Gran Cuaresma sólo conocen ocho días de licencia semejante, y las otras fiestas ni siquiera suprimen la abstinencia, cuando caen en día miércoles o viernes.

II

DESPUES de haber determinado el sitio privilegiado, sin duda, pero con todo de segundo orden, que ocupa dentro de la liturgia oriental la Natividad de Cristo, con relación a la fiesta de Pascua, nos queda por indicar brevemente, el sentido profundo que ella imprime a la piedad de sus fieles. Hemos dicho ya al comienzo de este artículo, que aún en esta fiesta tan humana, tan conmovedora, que representa el triunfo de la condescendencia de Dios hacia el hombre, el alma oriental capta y subraya más la divinidad que la humanidad de Cristo. De ahí que no hallaremos aquí esas santas familiaridades, esas audacias de ternura que se manifiestan hasta en los nombres comunes que se dan al Niño Jesús, y aún —es preciso decirlo— en las necedades que a menudo se encuentran en la piedad popular occidental. El cristiano de Oriente se siente algo chocado ante ello: él no osaría acercarse al Divino Infante si no con los sentimientos de los Magos prosternándose hasta el suelo para adorarlo. Porque ese niño humano es el Dios eterno, y él lo sabe bien.

Es muy característico por otra parte, que la manifestación de Cristo a los Reyes Magos no esté separada del misterio de Navidad como en la Iglesia latina. La fiesta de Epifanía, tan solemne y popular en Oriente, se relaciona solamente con el Bautismo del Señor, en el que por primera vez se descubre a la humanidad la Santa Trinidad. La fiesta del 25 de diciembre celebra a la vez el nacimiento de Salvador en Belén, la venida de los pastores al pesebre y la de los Magos. Esto ha contribuído sin duda a atribuírle un carácter de seriedad que no permite tiernas efusiones, consideradas demasiado familiares por una piedad ávida ante todo de adoración.

Para que pueda juzgarse mejor este aspecto he aquí la traducción del troparion y del kondakion de la fiesta (12): "Vuestro nacimiento, oh Cristo, Dios nuestro, ha hecho brillar sobre el mundo la luz de la razón; porque en ella los servidores de las estrellas han aprendido por la estrella a adoraros, a vos sol de verdad, y a conoceros desde las profundidades de Oriente. Señor, gloria a vos!". Y el kondakion dice así: "La Virgen da hoy a luz al Eterno, y la tierra ofrece una gruta al Inalcanzable. Los ángeles con los pastores lo cantan, los Magos viajan con la estrella: porque por causa de nosotros ha nacido un niño, Dios eterno" (13).

Sería preciso citar toda el oficio del día, que incansablemente, y con una poesía inimitable, repite y detalla la misma lección de alegría religiosa y de gloria. He aquí, tomados al azar, algunos pasajes muy característicos:

Stikhirion de las Completas: "Todos los ángeles exultan hoy en los cielos y los hombres se regocijan; cada criatura se estremece por causa del Salvador nacido en Belén: porque todas las mentiras del paganismo han desaparecido, y Cristo reina en los cielos".

Otro stikhirion: "¡Habéis encontrado sitio en una gruta, oh Cristo Dios! un pesebre os ha acogido; pastores y magos os han adorado. Ahora la profecía se ha cumplido, y las potestades celestes se han maravillado, cantando y diciendo: Gloria a vuestro advenimiento, único amigo de los hombres".

El himno a la Virgen, del Canon de los Maitines comienza así: "Exalta oh alma mía, a la Virgen purísima, Madre de Dios, más santa y más gloriosa que los ejércitos celestiales. Veo un misterio extraño y muy glorioso: como cielo una gruta, como trono de los querubines, una virgen; y un pesebre como sitio donde reposa Aquel que

---

pel especial en el misterio celebrado. Así tenemos al día siguiente del Bautismo de Cristo, la conmemoración de San Juan Bautista: tras la Purificación de la Virgen se celebra la fiesta del anciano Simeón y Ana la profetisa; después de la Anunciación, la del arcángel Gabriel; el 30 de junio se conmemoran los Doce Apóstoles; el 9 de septiembre, los padres de la Santísima Virgen, San Joaquín y Santa Ana.

(11) Es ésta en realidad la única fiesta de San José que existe en la Iglesia oriental, ya que el 19 de marzo, de origen relativamente reciente entre los latinos, y con más razón aún el Patrocinio de San José, son completamente desconocidos. Debe observarse que la devoción por San José, popularizada en Occidente sobre todo gracias a la influencia de Santa Teresa, está muy poco difundida en Oriente. ¡El verdadero San José del Oriente es San Nicolás!

(12) Así se llaman las dos oraciones de sentido teológico muy condensado que corresponden aproximadamente a la Colecta de la liturgia latina. El troparion está más bien concebido como una plegaria, en tanto que el kondakion se refiere a la parte histórica de la fiesta o misterio.

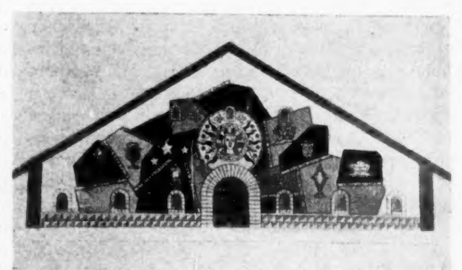
(13) Nótese aquí una vez más la yuxtaposición de estos dos términos: "niño" y "Dios eterno". Diríase que Oriente se asusta ante su audacia al designar a Cristo con un término tan familiar, y quiere señalar obligatoriamente que este "niño" es, en realidad, el Dios de toda la eternidad.

LA IGLESIA DE ASSY

PIE R. REGAMEY

LA iglesia de Assy, en la Alta Saboya, frente al Mont Blanc, es la más famosa de las recientes realizaciones del arte religioso en Francia. Las otras son las siguientes: la capilla que hiciera Matisse, dedicándose enteramente a ella, día y noche, durante tres años y medio, y que ha sido obsequiada a los PP. Dominicos de Vence, cerca de Niza; los seis vitrales abstractos de Alfred Manessien para una iglesita en las mesetas del Jura, en los Bréseux; y por fin, el conjunto de vitrales compuestos por Fernand Léger y el gran mosaico abstracto de Jean Bazaine para la iglesia del Sagrado Corazón de Audincourt, al sud de Belfart. El significado y la trascendencia de estos experimentos no son siempre bien interpretados, especialmente en los ambientes católicos . Resulta por ello necesario proporcionar algunas explicaciones sobre este tema.

La mayor preocupación de los sacerdotes que han propiciado estas obras, particularmente el Canónigo Devémy y el P. Coutourier, de la orden dominica, ha sido la de terminar con el divorcio que, desde el fin del barroco, existe entre la Iglesia y los grandes creadores del arte vivo. Han querido ofrecer a Dios el homenaje de la más alta creación artística de nuestro tiempo. Por ese camino, sabían ellos que elevarían la inspiración de esos artistas, les procurarían su suprema realización en una superación de sí mismos en que los artistas descubrirían virtualidades religiosas que en muchos casos ellos ni sospechaban. Al mismo tiempo, ellos trabajaban en la forma más eficaz, para la renovación de



Maquette del fresco de la fachada de la Iglesia de Assy, por Fernando Léges (Photo-Express).

las artes sacras. Estas son generalmente abandonadas en manos de artistas académicos que practican fórmulas copiadas de la antigüedad, o artificialmente modernas, o sino falsamente originales. Pero desgraciadamente ocurre con mayor frecuencia aún, que ese arte no merece si-

---

El R. P. R. Regamey, O. P., edita conjuntamente con el R. P. Coutourier, O. P., la revista "L'Art Sacré", con quien dirige un movimiento de arte sagrado moderno.

---

no tiene reposo, Cristo Dios a quien exaltamos y cantamos".

Y para terminar, he aquí el breve texto llamado "svietilen" que sigue al Canon (14) y que por así decir, lo resume: "Nos habéis visitado desde lo alto de los cielos, oh Salvador nuestro, Oriente del Oriente; sumidos en las tinieblas de la oscuridad hemos descubierto la verdad: porque de una virgen nos es nacido el Salvador".

¿No son suficientes estas citas para corroborar cuánto hemos dicho acerca del carácter eminentemente serio de la liturgia bizantina? El alma se siente en contacto con su Dios, y, más que el encanto indefinible de la santa humanidad de Cristo, experimenta todo el peso de su divinidad, que la hace inclinar en actitud de adoración.

Tal es la reacción espontánea del alma oriental en presencia de los misterios de la vida de Nuestro Señor. La Navidad no es una excepción. Al compararla con la exuberante alegría humana y la ternura a que se entrega el alma latina, esta severa religiosidad asombra un poco en el primer contacto, a quienes no están habituados a ella. Colocada en su marco propio, dogmático y litúrgico, se llega a comprenderla y aún a preferirla a la otra actitud.

No se trata, por otra parte, de oponer ni dos espiritualidades ni dos liturgias. Sería más justo decir que ambas se completan maravillosamente y que, sin renegar de su punto de vista tradicional, cada mitad de la cristiandad podría con mucno provecho, inspirarse en los puntos de vista de la otra, para hacerse así más humana en Oriente y más divina en Occidente; porque, ¿no radica acaso en la indefectible unidad de esos dos principios eternos de la religión, la solución del problema cristiano? ✠

---

(14) Hemos hablado del Canon varias veces en este texto. ¿Es necesario decir que este término litúrgico no corresponde a su homónimo del rito latino, que designa la parte central de la misa? En el rito bizantino se llama "canon" al conjunto de cantos litúrgicos dividido en nueve partes; cada parte o "canto" está compuesto de un "irmes", una estrofa y tropes en forma de plegarias, frecuentemente de elevada inspiración. El Canon es una de las partes más importantes del oficio de Maitines, pero también figura en las Completas, y, en forma algo esquematizada, constituye la base del oficio llamado "moleben" (canto a la gloria de Cristo, de la Santa Virgen o de un santo, que los fieles hacen celebrar en acción de gracias, o para pedir algún favor a su santo predilecto), así como de la "panikhida" (oficio de difuntos).

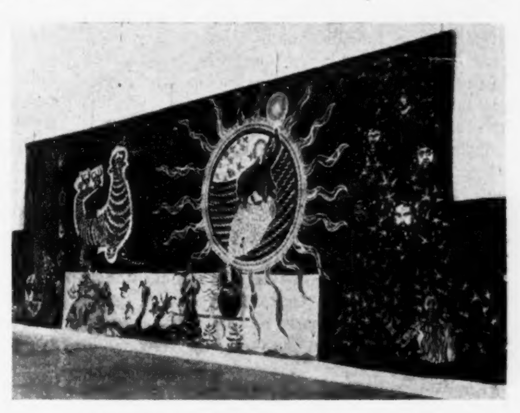
quiera el nombre de tal ya que sólo se trata de una producción comercial. La decadencia ha alcanzado un punto en que solamente realizaciones brillantes pueden devolver al clero el sentido de los valores, que viven tan sólo en sus creadores. Es necesario recurrir al "genio". En los casos comunes será suficiente por cierto con "genios modestos". Pero actualmente, más aún que en el pasado, ellos necesitan ser estimulados por los grandes "genios" del arte más viviente. En Assy, en Vence, en Bréseux, en Audincourt, lo que se ha hecho no es más que lo que la Iglesia hiciera siempre hasta la época de Tiépolo.

De generación en generación, ha sido siempre en la Iglesia donde el arte ha entonado sus cánticos más nuevos. Claro está que quien piensa que el arte moderno no es más que una mistificación, una simple cuestión de snobismo y hasta de especulación comercial, se escandalizará al ver que es llamado a adornar la casa de Dios. Ese escándalo es mayor aún cuando se tiene además el concepto de que el arte moderno está intrínsecamente desviado por el orgullo, la sensualidad, es decir, por influencias demoníacas. Desgraciadamente, la gran mayoría del público piensa en esa forma. El lenguaje plástico de los maestros del arte contemporáneo lo desconcierta: cuando no se entiende una lengua extranjera tampoco se perciben los valores espirituales que ella expresa. Es así cómo las fotografías de esas obras que estamos evocando han provocado escándalo a través del mundo, y muchos turistas que han pasado por la Iglesia de Assy o por la capilla de Vance, y que, desde luego tenían los mismos prejuicios hostiles, también se han escandalizado sobremanera.

Pero, esas obras han sido realizadas de acuerdo con sus destinatarios, que estaban preparados para ello. Los artistas se han entregado a sus tareas con toda su alma, interviniendo en los planes que fijaban las características de los monumentos, el ambiente, los temas a tratar. Por otra parte se ha llamado a los diferentes artistas presuponiendo, de acuerdo a los datos que se tenían, los rumbos en que se podía esperar su realización.

No debe juzgarse nunca una obra sacra haciéndose una idea de los fieles *en general*. Cada obra debe ser considerada en función de la comunidad *particular* para la cual se ha hecho. Es así cómo los enfermos de la estación de cura tisiológica de Assy forman una comunidad para la que se ha podido hacer una obra que seguramente no convendría a cualquier parroquia. La capilla de Matisse pertenece a una pequeña comunidad de religiosas y sus pensionistas. Los vitrales de Bréseux crean la atmósfera de una pequeña iglesia montañesa, y los feligreses, gentes muy sencillas han captado de tal modo esa atmósfera, que ellos mismos han sentido la necesidad de desembarazar a su iglesia de toda la pacotilla piadosa, intolerable a sus ojos en ese ambiente de pureza y de fervor. En cuanto a las decoraciones de la iglesia de Audincourt, su carácter directo y potente ha sido virilmente aprehendido por la población, enteramente obrera, de la parroquia.

Es cierto que las creaciones del arte actual desconciertan al principio, pero, cuando en verdad valen artística y espiritualmente, ellas hacen llegar su mensaje a quienes las interpretan en medio de las celebraciones litúrgicas, domingo tras domingo. Son el producto del largo trabajo contemplativo de sus creadores, y es asimismo la contemplación a que están destinadas la que permite desentrañarlas.



Iglesia de Assy - Tapiz de Lurçat, 'El Apocalipsis" Aubusson de 4,30 m. x 13,70 m. (Photo Express).

Los ataques que se dirigen a estas obras se frustran cuando se penetra bien en las situaciones que cada una de ellas representa. Lejos de haberse rendido al *estetismo*, como sucedería si se hubiera acordado preferencia a las fantasías de los artistas y los snobs por encima de las exigencias de los fieles, los artistas se han compenetrado de dichas exigencias. El carácter "insólito" de sus imágenes sólo puede ser reprobado por un juicio superficial. El alma profunda, y abierta a lo que no es en modo alguno insólito, de acuerdo a la visión artística de nuestra época, admira al contemplarlas su profunda justeza. La impresión de que rompen con la tra-

dición es también pasajera. Ellas rompen por cierto con los hábitos de las expresiones artísticas religiosas de los últimos dos o tres siglos, pero recuperando el acento de las épocas de mayor relieve. Estas iglesias son los únicos conjuntos religiosos de los últimos años ante los que se tiene la sensación de *sagrado*, de una manera tan profunda como en las más impresionantes iglesias romanas. En Assy, ya al llegar al atrio, el mosaico de Fernand Léger criticable en ciertos aspectos, cumple empero en forma admirable su función, que es la de invitar a entrar en la iglesia, la de operar la ruptura con lo profano y producir una exaltación. En la iglesia misma, el tapiz de Lurçat compone una atmósfera singularmente grave y misteriosa, e imprime al alma el sentimiento vivo de la lucha entre las potencias de la luz y las tinieblas, de que ella es el eje (es necesario prevenir contra la impresión que producen las fotografías, y según la cual, parece triunfar la Bestia). Los vitrales de Rouault, Bazaine, Berçot, deben ser señalados muy especialmente como obras surgidas de profundidades contemplativas.

En la capilla de Vence, el alma se siente purificada y aliviada de sus cargas, tal como lo deseaba Matisse.

En Audincaurt, las composiciones de Fernand Léger que presentan los instrumentos de la Pasión tienen "formas a la vez espléndidas y reservadas", y llevan al glorioso resplandor del Sagrado Corazón y sus cinco Llagas, brillantes como soles, en tanto que sobre la fachada, el mosaico de Bazaine trata en honor del Sagrado Corazón, un tema de agua viva, sangre y fuego.

Por otra parte es siempre posible aplicar a estas obras, las palabras del abate Maurice Morel: "Esta superación de lo inmediato, este toque imborrable en el corazón, esta puerta abierta sobre el misterio, ese gusto de lo sagrado y lo esencial, esta contagiosa exaltación y ese recogimiento purificador". Es notable que podamos ver en el arte religioso contemporáneo algo análogo a lo que nos ofrece la más alta literatura católica de los últimos cincuenta años, que pensemos en León Bloy, en Claudel, en Péguy, en Bernanos... Hay valores propiamente *místicos* que prevalecen sobre el sentimentalismo, el moralismo, la seca didáctica, las convenciones de la retórica piadosa.

Seguramente que estas obras, por otra parte forzosamente dispares, pertenecen a una época de pobreza espiritual. En tiempos trágicos como el nuestro, en que todo está en juego, en una época en que los mejores están obligados a reaccionar contra las expresiones convencionales heredadas de un pasado reciente, y que corrompen lo que les llega más cerca del corazón, la sinceridad indispensable a toda creación artística obliga a los artistas a raros despojamientos. Les parecería un sacrilegio no decir nada fuera de lo que ellos sienten. Prefieren abstenerse, y debemos contentarnos con lo que ellos pueden decir con toda verdad. Es así que, teóricamente, se preferiría en el ábside de la iglesia de Assy un Pantocrater, un Buen Pastor, un Panagia, a una representación dramática del combate entre la Mujer del Apocalipsis y la Bestia. Pero no vemos nosotros qué artista de hoy, trataría uno de esos grandes temas antiguos de otro modo que como quien reciba una lección aprendida de memoria. Una de las grandes enseñanzas que brindan las realizaciones de que hablamos es la de haber recuperado *humildemente* el sentido de lo posible. Se debe generalizar, ya que nuestra época es anormal, la regla dictada por Pío XI y por S. S. Pío XII en materia de arte misional: "Se acogerá en la iglesia todo lo que puedan aportar las artes autóctonas, y *que no sea contrario a la Fe*".

Lo admirable es que, partiendo muy pobremente de aquello que las mejores artistas de nuestra época pueden hacer sinceramente por la iglesia, uno se vé colmado mucho más allá de lo esperado. Dios, que exalta a los humildes, acuerda aún a aquellos artistas que los trágicos malentendidos de nuestra época empujan hacia el error, un sentido auténtico de sus misterios. La prueba está hecha, y la Iglesia puede recibir a muchos de los artistas más vivientes, más creadores de nuestro tiempo, desde el momento en que los sacerdotes reconozcan sus dotes y, en amistad, los instruyan en aquello que pueda tocarles en las verdades de la Fe; desde el momento en que ellos trabajan en amistad con una comunidad de fieles, no cediendo a las inclinaciones irreflexivas de esos fieles, sino considerando lo mejor que hay en ellos. Es una obra de generosa confianza la que se ha cumplido en esas pequeñas iglesias o capillas, confianza en el poder del genio auténtico, y confianza en la nobleza oculta del pueblo fiel.

Se va a estas iglesias por curiosidad, creyendo encontrar museos de obras más o menos desconcertantes, y se encuentra *lo sagrado*. ※

TRADICIONES Y LEYENDAS ALREDEDOR DEL PESEBRE

DANIEL ROPS

ESOS ángeles que se estremecen con todas sus alas en la noche transparente, esos pastores a quienes una luz misteriosa anuncia el más extraño de los acontecimientos, ese recién nacido durmiendo sobre la paja de un pesebre y, cerca de él, contemplándolo con ternura y sorpresa, esa humilde pareja de campesinos galileos a través de quienes el Espíritu de Dios quiso hacer grandes cosas, ¿quién de nosotros no conserva cuadros semejantes en el fondo intacto de nuestro corazón de niños, allí donde reside, puro y doloroso, el recuerdo de los Paraísos perdidos? Cada invierno, en las proximidades de la Navidad, en las iglesias, en las tiendas y en muchos hogares, los pesebres con santones reaniman esos hermosos temas, devolviéndoles su fuerza de amor y sugestión. No sólo a nuestra fe, sino también a nuestra poesía y a nuestras costumbres más tradicionales les faltaría algo si el Dios de la Cruz, el testigo del sufrimiento redentor, no fuera también el Dios de la pureza y de la humana inocencia, tal como lo amamos en el "Niño Jesús".

Es sobre todo gracias a San Lucas, el más dulce de los evangelistas, el "escriba de la mansedumbre" como lo llamaba Dante, que conocemos todo esto. Completado sin duda con párrafos de San Mateo, pero conteniendo lo más esencial; refiriendo con una moderación y una delicadeza admirables esos prodigios que sobrepasan a la inteligencia, sin exagerar nunca el rasgo, ni lo maravilloso. Si se piensa que tal vez (es casi muy probable) —ya que sus alusiones en el texto parecen confirmarlo— fuera de la Virgen María de quien obtuvo su documentación, no podría medirse la gratitud que debemos al "querido médico", al compañero de San Pablo, a ese hombre culto, avisado, de quien tenemos también los *Actos de los Apóstoles*.

Sin embargo, quien se refiere a los textos evangélicos, a los dos primeros capítulos de San Juan, a los párrafos de San Mateo, varias preguntas le acuden a la mente, que no encuentran su respuesta en la Escritura inspirada. Miremos uno de nuestros "pesebres": La mayoría de las veces los pequeños personajes agrupados alrededor del Niño Jesús por manos piadosas, están instalados en una gruta, imitada, sugerida con mucho papel madera y cartón. ¿Por qué una gruta? El Evangelio habla sólo de un establo... Al fondo de esa gruta, junto al pesebre donde sonríe el recién nacido, ¿qué hacen esas buenas cabezas de animales, ese asno y ese buey, tan simpáticos, que parecen querer calentar con su aliento al pequeño cuerpo desnudo? Al frente de nuestros pesebres, esa estrella de papel plateado reluciente, ¿es la de los magos? Según el Evangelio, sólo más tarde habría venido. Y esos magos cuyos camellos ponen una nota tan pintoresca en la escena, muy color local de Oriente, ¿por qué se ha dicho tan a menudo que son reyes (cosa que el Evangelio no precisa)? ¿Por qué los muestran de costumbre coronados y de dónde vienen esos nombres con que se los designa, Gaspar, Melchor y Baltazar? Numerosas son las preguntas que nos sugieren esos modestos santones. Y si se deja el cuadro de ese folklore encantador por aquél donde el arte hace florecer obras maestras, nos hacemos de nuevo las mismas preguntas, más precisas, más imperiosas. Los artistas también, con el correr de los siglos, han evocado a veces la gruta, han representado muy a menudo al buey y al asno, han puesto coronas en las frentes de los magos, y añadido algunas veces detalles más cargados. Es así como en el museo de Dijon se puede admirar un hermoso cuadro atribuído al Maestro de Merode quien, en una Natividad muy completa, hace figurar dos matronas inesperadas, una de las cuales hace un gesto extraño como si acabara de quemarse la mano.

Todas estas preguntas y muchas otras aún, sólo hallan respuesta si se evocan, al lado de las tradiciones firmes, auténticas, recogidas por la Iglesia en su canon, y afirmadas por ella como de fe, otras tradiciones, confusas, complicadas, contradictorias, de las que no hay que desconfiar por completo, pero en donde el oro de la verdad es sólo pepitas en mares de arena. En las comunidades cristianas de los orígenes, del siglo I al VII, se transmitían de uno a otro esos jirones de recuerdos, tal vez recogidos en el lugar pero deformados, Dios sabe cómo, por la voz popular y los grandes dones de afabulación que tienen las muchedumbres. A partir del siglo II, esos elementos de tradiciones se fijaron en cuentos que gozaron de inmenso favor entre los poetas: se les llama *Apócrifos*. Este término que significa etimológicamente "textos secretos", fué pronto tildado de sospechoso cuando la Iglesia rehusó admitir esos documentos entre sus

---

Daniel Rops, el conocido y prolífico autor francés ha publicado recientemente una historia en varios volúmenes de la Iglesia, que alcanzó un enorme éxito editorial.

libros santos, y, sin prohibir su lectura, sólo prestó a esas obras una atención más o menos recelosa.

LOS *Apócrifos* son un mundo, una masa compleja y gigantesca donde es muy difícil orientarse. Se han copiado los otros, imitado, perifraseado, corregido. Unos, por afán de mesura, han recortado a sus predecesores; otros han glosado desmesuradamente. Algunas sectas heréticas han tratado de deslizar sus errores por el canal de esos textos. Por supuesto, todos esos documentos figuraban bajo el vocablo de un seudo autor célebre y de honrado renombre; fué así como hubo evangelios, según Pedro o según Santiago, o según Tomás y según muchos otros! Hasta se supuso que el propio Judas había escrito un texto... Los más recientes —y tal vez los más cercanos de la verdad— fueron los *Libros del pasaje*, donde se cuenta, hacia el siglo VI, lo que la tradición había conservado en cuanto a la muerte y a la asunción de María.

¿Cómo han podido formarse esos Apócrifos? Muchos elementos han debido intervenir en su elaboración. En primer término es muy posible que tales o cuales detalles que suministran se relacionen con tradiciones valederas. En lo que se refiere, por ejemplo, a la muerte y a la Asunción de la Virgen, la cosa parece cierta hoy en día, para muchos teólogos. Otros elementos han podido ser suministrados por similitudes de nombres, de acercamientos, de textos, por reflexiones también tradicionales: por ejemplo, Jesús habiendo hablado de un tal Zacarías, "condenado a muerte al lado del altar", los Apócrifos identificaron a ese Zacarías con el padre de Juan Bautista, esposo de Isabel, y narraron su martirio. Por fin, —y para dejar de lado los mil detalles surgidos de la imaginación popular, detalles casi siempre excesivos e inaceptables— los autores de Apócrifos se dedicaron muy a menudo a hacer corresponder sus textos con las profecías de la Biblia para darles autenticidad en alguna manera y reunirlos a la fe tradicional de las comunidades cristianas donde se leían.

Entre los Apócrifos, numerosos son aquellos que añaden detalles a los cánones concernientes a la natividad de Cristo. Es gracias a los Apócrifos que se conocen los padres de la Virgen María: Santa Ana y San Joaquín, y es a ellos a quienes el arte debe las maravillosos escenas de la "Presentación de María en el Templo", caras al Ticiano, a Van der Weyden, a Carpaccio. Se podría seguir así mucho tiempo... El más célebre, el más importante es el *Protevangelio*, de Santiago; descubierto en 1552 por el célebre orientalista francés Guillaume Postel en un convento de Constantinopla y presentado por éste como un "Prefacio al Evangelio" (de ahí el nombre de Protevangelio); transformado más tarde en el *Evangelio del Seudo Mateo*, y más tarde aún en el *Evangelio de la Natividad*, debía conocer un éxito prodigioso en toda nuestra Edad Media. Su parte esencial se encuentra en la *Leyenda Dorada*, de Jacques de Voragine; y Emile Mâle, en sus admirables trabajos sobre el arte medieval, ha demostrado que muy numerosos son los temas iconográficos que no pueden ser comprendidos sin antes recurrir a esos textos tan mal conocidos.

SI volvemos ahora a las preguntas que nos hacíamos ante el pesebre, tal vez elementos de respuesta puedan ser indicados. ¿De dónde proviene la gruta? El Protevangelio de Santiago, en su capítulo XVIII, dice formalmente que fué en una gruta donde José abrigó a María en el momento en que comenzaban sus dolores. Eso podría ser verídicamente tradicional; en las colinas de Palestina hay aún muchas grutas que sirven de establos, y hay buen número de casas en Nazareth, por ejemplo, donde una parte de las habitaciones son trogloditicas, cavadas en la roca viva. Se puede, pues, admitir que esa tradición haya sido recogida sobre el lugar y transmitida de comunidad en comunidad. Esto parece tanto más verosímil que en la traducción griega del antiguo Testamento llamada "Traducción de los Setenta", se podía leer ese versículo del profeta Isaías: "Morará en la gruta cavada en la roca", lo que era, pues, confirmado como un signo mesiánico por la existencia de la gruta de Belén.

El buey y el asno pueden tener también un origen tradicional. Aunque la gran mayoría de los animales domésticos en Palestina fuesen carneros y ovejas, no es difícil admitir que las dos buenas bestias estuvieran también entre los asistentes: desde el punto de vista simbólico, su presencia tiene hasta algo de bastante conmovedor, al asociar la creación entera al prodigio de la Natividad. En todo caso, el buey y el asno están indicados formalmente por el Seudo-Mateo, como adorando al Niño.

Pero donde la mano del redactor del Apócrifo queda al descubierto, es cuando experimenta la necesidad de decir que la presencia de las dos bestias confirmaba el versículo profético de Isaías: "El buey conoció a su Maestro y el asno al pesebre de su Maestro". Es muy probable que la tradición tenga su origen en ese versículo. Mucho más curioso aún, el Apócrifo añade que así se confirmaba también una profecía de Habacuc: "Te manifestarás en medio de los animales", cuando ese versículo existe sólo en el texto griego de los Setenta, único conocido de

las comunidades, mientras el texto hebreo tiene un sentidd muy distinto.

La estrella que evocamos en el frente de nuestros pesebres puede, evidentemente ser la de los reyes magos, pero puede tener también como origen un párrafo donde el Seudo-Mateo asegura que "una inmensa estrella de la tarde hasta la madrugada, resplandece encima de la gruta con un fulgor tal como no se había visto nunca desde el comienzo del mundo".

En cuanto a los reyes magos, sus personajes parecen haberse desarrollado a gusto en las comunidades de Siria, de Mesopotamia, de Armenia, es decir en regiones donde se estaba en relación con Persia. Históricamente, los magos son los sacerdotes de la religión irania y es exacto que las dinastías reales llevaban ese título. Es así como toda una serie de Apócrifos llamados *Evangelios de la Niñez*, en versiones sirias, árabes o armenias multiplican los datos sobre ellos. Un fragmento árabe que se lee en Florencia dice netamente que los magos del Evangelio eran sacerdotes de la religión de Zoroastro, el reformador bien conocido del culto iranio. Es al Evangelio armenio de la infancia que se le debe la afirmación más precisa de que los magos eran reyes y la enumeración de sus nombres cuyo origen mesopotámico o iranio no da lugar a duda. (Recuérdese el Baltazar de la historia de Daniel, en el Antiguo Testamento). Es preciso añadir que, en esa historia de los magos tal como nuestros artistas de la Edad Media la han evocado, todo está lejos de ser claro. Así vemos representada muy a menudo en las esculturas de nuestras catedrales, una escena donde los reyes magos, después de haber abandonado clandestinamente a Palestina para no volver a ver a Herodes, duermen al aire libre los tres bajo la misma cobija: no se sabe muy bien cuál es el origen de ese rasgo.

Así se explican los antecedentes de esas tradiciones que, a través de los siglos, han llegado, desde los tiempos más remotos del cristianismo, hasta nosotros. Aunque no se tomen del todo en serio, tampoco pueden desecharse todas. Casi siempre las buenas intenciones de los redactores de Apócrifos no dejar lugar a duda: querían completar el Evangelio, satisfacer la curiosidad de los poetas, defender a la fe contra los ataques de ciertos enemigos. Sucedía a veces que sus buenas intenciones fueran bastante pesadas con relación a los resultados... Fué así como para probar que Jesús había nacido verdaderamente, nacido de una mujer como nacen los hombres, pero de una mujer que había quedado milagrosamente virgen, para rechazar en fin los ataques de ciertos heréticos contra el nacimiento virginal de Cristo, los autores de Apócrifos imaginaron una historia muy escabrosa según la cual una partera que no quería creer en la virginidad de María, pide una prueba experimental al estilo de San Tomás, y es castigada en el acto con el desecamiento doloroso de su mano sacrílega: es la escena que se ve representada en el museo de Dijon.

En esos elementos que envuelven al pesebre con detalles más o menos valederos, se adivina así la huella de miles de esfuerzos, muchas veces seculares, realizados por la piedad cristiana para cercar cada vez más estrechamente la verdad de los misterios de su fe. Aunque algunos

UNA NAVIDAD HISTORICA

AMBROSIO ROMERO CARRANZA

DURANTE este Año Santo Universal multitudes inmensas aclamaron con entusiasmo a S. S. Pío XII. Y a todos pareció cosa muy natural que un Sumo Pontífice tan amado no fuese súbdito de soberano temporal alguno, y recibiera en Roma el homenaje respetuoso de millares de peregrinos venidos de los cinco continentes. Sin embargo, ¡cuántos siglos y cuántos sufrimientos han sido necesarios para que el Vicario de Cristo llegara a gozar de la libertad que actualmente goza, y triunfase en Roma como hoy lo vemos triunfar!

Ejecuciones, torturas, encarcelamientos, destierros, martirios de toda especie jalonan la historia de los Papas. A ellos se los trató en la Ciudad Eterna —durante ocho centurias— no como a Soberanos Pontífices siempre reverenciados y aclamados, sino como a súbditos muchas veces perseguidos y menospreciados. Tan sólo paso a paso y poco a poco —como se obtiene todo lo grande y estable— los Papas fueron conquistando su gloriosa independencia. Una vez más cumplióse en la Historia aquello de que la libertad no se obtiene por concesión sino por conquista, y que esta conquista se logra mediante el ejercicio de la paciencia y el sufrimiento. Después de haber sufrido cruentas persecuciones por parte de los emperadores paganos, tocó el turno a la Santa Sede de soportar el yugo bizantino. Porque el famoso edicto de Milán, promulgado el año 313 por Constantino el Grande, no dió libertad a la Iglesia ni emancipó civilmente a la Santa Sede. La verdadera libertad de la Iglesia que consiste en poder cumplir su misión evangélica sin interferencias estatales, esa no le fué concedida por el hijo de Santa Elena. Y la auténtica independencia del Papa, consistente en no ser súbdito de poder temporal alguno, tampoco fué otorgada por el edicto de Milán. Constantino el Grande sólo se limitó a reconocer a la Iglesia su existencia legal como sociedad divino-humana, y únicamente concedió al Papa honores y riquezas.

Los sucesores de Pedro fueron, pues, súbditos de los césares cristianos de Bizancio, quienes resultaron ser soberanos tan crueles y despóticos como habían sido los emperadores paganos.

La Santa Sede tuvo que sufrir de la cristiana Bizancio una serie de atropellos cada vez más inauditos: todos los heresiarcas encontraron en la Perla del Bósforo la mejor acogida; todas las calumnias propaladas contra los Papas hallaron siempre un eco favorable en el Cuerno de Oro; y los césares bizantinos hasta se arrogaron el derecho de nombrar al Vicario de Cristo.

Mientras tanto los Papas, sufriendo resignadamente, esperaban que les llegase el día de poder conquistar su independencia temporal. Ellos sabían que la victoria será siempre del que sabe confiar en la Divina Providencia; que en el mundo reina la ley del progreso por el sufrimiento; que sin dolor no existen conquistas estables; que los cristianos deben sufrir crucifixiones y agonías semejantes a las padecidas por Jesús; y que la libertad sólo se merece sabiendo padecer, sin claudicar, durante la era del despotismo y el imperio del mal. Sufrieron, pues, sin desesperar de la libertad que veían muy lejana, pero que esperaban alcanzar un día.

A cada pretensión cesaropapista de los emperadores bizantinos, a cada herejía imperial que llegaba procedente de Constantinopla, los Papas oponían su clásico "non possumus, non debemus, non volumus" y luego aguardaban con valor las consecuencias que les acarreaba el haberse negado a acatar las órdenes perentorias de sus soberanos temporales. Y más de una vez tuvieron que rubricar su "non possumus" con la sangre de sus cuerpos y el sacrificio de sus vidas, porque para los déspotas de Bizancio nada era sagrado, ni aun la persona del Vicario de Cristo, cuando estaban en juego sus herejías y sus caprichos. Por ejemplo, habiéndose atrevido Martín I a excomulgar a los partidarios de la herejía monotelita apoyada por el emperador Constante II, éste ordenó que el Papa fuese encarcelado en Roma y conducido a Bizancio, donde fué arrastrado por las calles, insultado, torturado y condenado como traidor a la patria romana. Por último, Martín I, murió en el destierro víctima de los malos tratos que se le infligieron por no haber querido transigir con la herejía, y hoy es venerado como santo y mártir de la fe.

A. Romero Carranza es el autor de "El Triunfo del Cristianismo" y "Ozanam y sus contemporáneos".

---

resultados nos parezcan más o menos contestables, ¿cómo podríamos juzgar con severidad ese impulso tan hermoso en su fervor, tan conmovedor en sus intenciones ingenuas, ese legado inmemorial de las antiguas generaciones? ✠

TRANSCURRIERON de este modo cinco siglos consecutivos sin que el Vicario de Cristo lograra libertarse del yugo de aquellos emperadores que, diciéndose protectores de la Iglesia, la esclavizaban y torturaban. Mas estas cinco centurias no fueron inútiles para la Santa Sede, pues mientras sus verdugos se desacreditaban, ella se hacía digna del respeto y la admiración de todos los hombres al dar muestras evidentes de su valor, de su desinterés, de su respeto por las leyes y la autoridad constituída, y de su contribución al orden establecido. Nunca los Papas quisieron fomentar en Roma revueltas ni sediciones contra los tiranos que los ultrajaban. Y jamás buscaron sacar provecho personal del amor que el pueblo romano les profesaba, para constituirse en reyes de la Ciudad Eterna. Por el contrario, en más de una ocasión calmaron los ánimos y convencieron a los romanos que debían seguir siendo súbditos de los emperadores bizantinos por ser sus legítimos soberanos.

Tanta paciencia y tanta buena voluntad, desprovista por completo de cobardía y ambición, concluiría por dar su fruto. "Dios permite que los perversos triunfen —dice Bossuet— pero en un momento dado pone fin a sus triunfos". Llegó un día que los déspotas de Bizancio colmaron la medida del vaso de sus iniquidades. Y por causa de sus crímenes perdieron para siempre la soberanía de la Ciudad Eterna. La prepotencia y la maldad acaban, tarde o temprano, por hundirse en sus mismos excesos, mientras que la bondad y la paciencia concluyen por ser entronizadas como reinas sobre sus propias virtudes. Todo estriba en saber esperar y en aceptar cristianamente las pruebas que nos depara el plan providencial de la Historia.



Estatua ecuestre de Carlomagno existente en la Basílica de San Pedro

La gota que hizo derramar el vaso de las iniquidades cometidas por los césares bizantinos, fué la herejía iconoclasta. En Oriente judíos y musulmanes acusaban a los cristianos de idólatras porque rendían exagerado culto a sus íconos sagrados; y el emperador León el Isáurico creyó que, prohibiendo dicho culto, suprimiría uno de los mayores obstáculos para la conversión al cristianismo del mundo hebreo y mahometano. Esa conversión era ansiada por aquel déspota, no con un interés religioso, sino con el político de obtener la unidad de su Imperio.

Pero el culto de las imágenes, bien efectuado, no tiene nada de idolátrico, y no había razón alguna para que, por causa de la propensión de los cristianos orientales a exagerar sus homenajes a los íconos sagrados, se prohibiese su colocación en templos y altares. Menor razón era aún la conveniencia política de Bizancio.

No obstante la negativa de la Santa Sede a suscribir esa prohibición, León el Isáurico ordenó el año 726 destruir todas las imágenes sagradas, ya que —según él— habían ocupado el lugar de los ídolos paganos convirtiendo en idólatras a los católicos. Esta orden fué transmitida al Papa Gregorio II, a quien el emperador intimó el retiro de las estatuas de San Pedro y San Pablo bajo apercibimiento de que, si no lo hacía de buen grado, sus soldados irían a destruirlas. Sin amedrentarse el Sumo Pontífice le envió una carta diciéndole: "Probadlo, tentad, si sois capaz, de tocar las estatuas de los Santos Apóstoles. Y veréis entonces cómo los cristianos del norte vengarán esa injuria. He aquí que los bárbaros endulzan sus costumbres, mientras que Vos, un príncipe civilizado, tornáis a la bar-

barie. Nosotros no tenemos armas terrestres para resistiros, pero invocamos al Jefe Supremo de los Ejércitos, Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que os entregue a Satanás en daño de vuestro cuerpo, mas para la salud de vuestra alma".

Así se irguió, en el siglo VIII, un Papa frente al absolutismo estatal. Y aunque Gregorio II era súbdito temporal de León el Isáurico, no titubeó en echarle en cara su villanía. El emperador respondió ordenando la prisión del valiente Pontífice que contravenía sus órdenes, pero el pueblo romano se amotinó en defensa de su obispo, no permitiendo que se cometiera, con él la misma injusticia de la cual fué víctima San Martín I. El momento era muy oportuno para librarse, de una vez por todas, del yugo bizantino. Mas Gregorio II no quiso aprovechar la situación para romper su condición de súbdito del Imperio, y dando las gracias a los sublevados en su favor, les pidió que volvieran a la obediencia del legítimo soberano.

Pero si la Santa Sede se empeñaba en demostrar su fidelidad, la Providencia había dispuesto que sonase la hora de la liberación del Papado. Y en el año 753 ocurrió un nuevo hecho histórico que precipitó los acontecimientos: Astolfo, rey de los bárbaros lombardos, declaró arbitrariamente que extendería la jurisdicción de su reino sobre Roma y que, en adelante, los habitantes de la ciudad deberían pagarle los impuestos que abonaban al emperador bizantino. Tal pretensión fué resistido por el pueblo romano que no quería ser de ningún modo lombardo. De la débil Bizancio no se podía, sin embargo, esperar ningún socorro. Y las negociaciones con Astolfo acababan de fracasar. Fué entonces cuando el Sumo Pontífice, Esteban II, tomó una determinación de grandes consecuencias: atravesó los Alpes y pidió ayuda a los francos.

En Kiersey el nuevo rey de los francos, Pipino el Breve, ofreció a Esteban II, no sólo defenderlo de la agresión lombarda, sino también obligar a los invasores a restituir todas las propiedades pertenecientes al patrimonio de San Pedro de que se habían apoderado en el transcurso de sus depredaciones por Italia.

Por dos veces los francos hicieron la guerra a los lombardos al efecto de cumplir las promesas efectuadas en Kiersy. Por último, el hijo de Pipino el Breve, Carlomagno, destruyó el Reino lombardo ciñéndose él mismo la corona de hierro de sus reyes, garantizó a la Santa Sede la posesión de la Ciudad Eterna y de todas las tierras que constituían el ducado de Roma, el exarcado de Ravena y al Pentápolis, es decir toda la Italia central con la cual se formó, durante más de diez siglos, el Estado de la Iglesia. Respecto a la soberanía nominal que sobre esas tierras tenía el emperador de Bizancio, cuando éste las reclamó para sí, recibió de Carlomagno la respuesta de que los francos habían derramado su sangre para remisión de sus pecados y por amor a San Pedro, pero no para dar tierras a un soberano que no las había sabido defender. El hijo de Pipino el Breve consideró que los despojos del rey lombardo deberían ser para el Vicario de Cirsto por haber protegido, con tanto tesón y valor, a Roma y a su pueblo contra el ataque de los bárbaros.

Años antes el Papa Zacarías había manifestado a Pipino el Breve que era muy justo que, quien cumplía el oficio de rey, llevara también el título de tal, y de acuerdo con ese principio el activo "maire du palais" fué coronado rey de los francos en detrimento de los merovingios, reyes conocidos en la historia de Francia con el merecido nombre de "Rois faineantes". A su vez, Carlomagno aplicó la teoría de Zacarías al Papa mismo, reconociéndolo como rey de Roma ya que, desde hacía un siglo, los Papas y no los césares bizantinos, eran quienes realmente defendían y gobernaban la Ciudad Eterna y sus alrededores.

Roma pasaba, pues, a pertenecer a los Papas, no porque éstos trataron de apoderarse de ella, sino porque tanto los romanos como los francos se acostumbraron a considerar a la Santa Sede como la única fuerza capaz de defender a la ciudad contra la miseria, el hambre la destrucción, las pestes, las herejías y los bárbaros. Y soportando la Santa Sede todas las cargas inherentes a la soberanía temporal, era lógico que los Carolingios reconocieran a los Papas como reyes de Roma.

Bizancio no quiso, empero, darse por notificada de ese reconocimiento. Para ella Italia seguía perteneciendo al Imperio bizantino y los Papas continuaban siendo sus súbditos. Para concluir con ese malentendido y demostrar que la Santa Sede ya no estaría más a merced del yugo de Constantinopla, el Papa San León III preparó una declaración expresa y solemne. Y decidió subrayar esa declaración por medio de un gesto que no dejara lugar a dudas.

Por eso, en la Navidad del año 800, cuando Carlomagno se hallaba orando en la basílica de San Pedro, acercósele aquel santo Papa, acompañado de todos los cardenales, y le puso sobre la cabeza una corona de oro con piedras preciosas mientras que el pueblo, que llenaba la basílica, dada entusiastas vivas a "Carlos Augusto", coronado, por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos".

TAL fué lo que ocurrió en aquella Navidad histórica. Desde entonces la Santa Sede quedó libertada del yugo bizantino, y ya nunca más los Papas fueron súbditos de poder temporal alguno. Porque la idea que presidió la coronación de Carlomagno fué la de formar con los pueblos critianos de Occidente una vasta federación de naciones cristianas a cuya cabeza estaría el Papa como monarca espiritual y los Carolingios como monarcas temporales. Al coronar al hijo de Pipino el Breve, San León III no pensaba en constituirse en su súbdito, sino en fundar un Santo Imperio en el cual correspondería a los Papas el primer lugar tanto por ser sus fundadores como por tratarse de un Estado cristiano en el cual se reconocía la preeminencia de lo divino sobre lo humano, de lo espiritual sobre lo temporal, preeminencia que en la práctica Bizancio nunca había querido admitir.

Los Estados Pontificios, que Carlomagno reconoció como pertenecientes a la Santa Sede, mantendrían su independencia por espacio de once siglos. Y esa independencia se había logrado, no de un modo artificial y violento, sino naturalmente por una evolución histórica lenta de ocho siglos. Los Papas consiguieron así, en aquella Navidad del año 800, la gran victoria de no depender de potencia temporal alguna. Y cuando los emperadores germánicos pretendieron volverlos a convertir en súbditos de su imperio, no lo pudieron hacer porque en la Cristiandad ya existía conciencia de que, siendo la Iglesia universal, su Jefe Supremo debe tener una autoridad independiente de todo gobierno local. Tampoco la ambición de Napoloen I ni la prepotencia de los Saboya logró establecer sobre la Santa Sede el yugo de su soberanía temporal. Y hoy día el Papa es soberano de un Estado, pequeño de tamaño, pero el más grande espiritualmente de los que existen en la tierra. Y sus súbditos —súbditos espirituales— han llegado procedentes de todas las naciones del orbe para rendirle pleitesía en este Año Santo Universal.

Hace, pues, mil ciento cincuenta años que, en la Navidad histórica del 800, la Santa Sede rompió para siempre los lazos nacionales con que un Estado la tenía prisionera. Con algunos eclipses, su libertad brilla desde ese día, y los católicos deben recordar con agradecimiento al hombre que más cooperó a su liberación: a Carlomagno, el hijo de Pipino el Breve, cuya estatua ecuestre se encuentra, por ello, en la Basílica de San Pedro. ※

CUENTO DE NAVIDAD

BASILIO URIBE

¿La historia que inicio, es real? Creo que Marcos no se enojará porque la cuente: el llegó así a su verdadera patria como llegaron tantos de los que suele enviarnos su pueblo; no los que sólo son hijos de su raza, sino el viejo tronco israelita que sangra continuamente.

En quinto año formábamos parte del mismo grupo de trabajos prácticos, del cual recuerdo a él y Floreal, sin poder concretar los otros. Era curioso, ese grupo. Marcos mide algo más de uno y ochenta, y tiene físicamente todo el aspecto del judío clásico: su nariz se abulta un poco y se define claramente como si debajo del pedazo de carne hubiera un arco que comienza a tenderse; los ojos son negros con algo de rojizo, probablemente con el reflejo de la sangre de uno de los suyos, y de todos los suyos, volcada y contemplada en tantos siglos y cada día; el cutis pálido, bajo la barba afeitada casi azul; la frente se alza y explaya hasta el definido casco de cabellos, oscuros y apenas ondeados; y la mandíbula —dibujada con precisión— retorna rápidamente, acercándose al labio inferior, volviendo salientes las almohadillas de los labios. Hebreo, hijo de hebreos, cada rasgo juega bien con el otro y la cabeza es hermosamente racial. Floreal, en cambio, era un hijo de alemán, de ese tipo cuyos huesos parecen exigir la piel que los pómulos estiran hasta la extinción; tenía únicamente en común con Marcos cierta inteligencia básica tan diversamente dirigida, su prolijidad y la estatura. A mí ustedes me conocen: ni soy ario ni semita; constituyo un problema etnográfico, y no mido uno y ochenta. Marcos era elegante y sigue siéndolo por propia naturaleza, igual que un género lo es y otro no. Floreal era cuidadoso y claro, casi como si él mismo fuera parte de sus trabajos prácticos; y a mí me daba por rachas .¿Debo decirles que a Marcos le gustaban el ajedrez, la música y la grafología? El ajedrez y el violín, dirán, son inevitables para la buena raza y quienes estudian matemáticas. Sí, y él tenía una excelente capacidad para el análisis matemático; por lo cual repito que era curioso el grupo, curioso: Marcos era un buen alumno, Floreal no tanto, y yo, bueno, ustedes me conocen. ¿Y la grafología? La grafología era el signo de la inquietud que lo llevó al camino.

No hace mucho —aunque los años corren como días— Marcos se encontró con Hilario, y hablando, se asombró al saber que yo ya entonces descansaba en el mismo redil donde él está ahora —él, su mujer y sus hijos, bendito sea Dios. Y de que nunca le hubiera dicho nada. ¿Pero, por qué? El era israelita; Floreal más o menos socialista, y yo, católico por herencia. Nunca se me ocurrió, pero no creo que hubiera posibilidades para que hablara con Marcos de él; alrededor de él estaba continuamente la levedad de su ironía, que elegía a sus paisanos —los llamaba así— como su centro. Porque sentía que estaba sobreentendida su inclusión como uno de ellos, y que la forma indirecta no era sino uno de los recursos de su sensibilidad, una manera de recordar que él era judío en un medio en que generalmente se trata de pasar inadvertido. Así, ni pensaba ni dejaba de pensar si él se sentía israelita; era un hecho y los hechos no se piensan, se sienten. Pero, quizá Marcos era tímido y su humor era el contorno de algo que quería llegar y temía el desencuentro. Nunca se me ocurrió entrar en ello, pero, ¿por qué iría a penetrarlo? Tal vez ustedes puedan imaginar cómo se me aparecía a mí, si digo que en la vieja Israel él hubiera sido ciudadano de Roma; mirándolo hacia entonces, Marcos tenía la levedad elegante del judío gentil. Yo heredé mi catolicismo, y mi herencia existía, aunque estuviera debajo de un bollo de papeles y de olvido; pero la suya nunca le llegó a él, le llegó sólo el aire en que se deshizo, y él tenía, simplemente, ese aire alrededor. Tal como algunos parecen recibir la caja en que se guardaron los caudales y tienen tan sólo la cerradez y el vacío de esa caja, él tenía el aire, algo de aroma, vaguísimo, cambiante. Y sí; también algo de escepticismo, que sólo veo ahora: algo de ese aire era despego; algo de la levedad, lejanía. Y el escepticismo incluye la probabilidad de llegar a mirar su propia esencia con escepticismo. Uno puede comenzar a creer cuando desconfía de la duda. Puede ocurrir de muchos modos, las cosas ocurren de muchos modos, de tantos... Aunque siempre hay algo constante, que tiene la doble forma del fuego, que enciende e ilumina. Podría decir también, que caldea e ilumina. De cualquier manera, los dos modos lo dicen. Así fué como le pasó a Marcos.

Marcos quería y era querido por su novia y compartía sus inclinaciones; a ambos les gustaba la música y yo los ví un día en un concierto de una muchacha, precisamente, de la colectividad; buena pianista fugaz, que debe de haber

terminado diluyéndose en un casamiento. Los vi al lado de un señor que usaba esta tarjeta: "Suansó - Psicólogo". El señor Suansó tenía unos curiosos negocios de psicología y los anunciaba —uno puede anunciar cualquier cosa que llegue hasta el borde ancho de lo admisible— en nuestros únicos diarios verdaderamente serios, que entonces eran dos. Dictaba, digamos, cursos sobre la psicología del amor; no tenían nada que ver con el refugio para ciertos seres, pero se llegaba al amor en lata. Anunciaba los programas en su totalidad y cualquiera que como en mi caso careciera de imaginación, comenzaba a temblar en la continua cuerda floja del asombro, como si ésta se encontrara tendida de una ventana abierta a otra y afuera reventaran los truenos y tajearan los relámpagos de las revelaciones de Suansó. En algún rincón del programa siempre aparecían las cavernas del psicoanálisis; quiero decir, del psicoanálisis cavernícola. También era grafólogo, y su organización similar; publicaba amplísimos avisos detallando el curso grafológico, donde como un tic saltaba la personalidad: "Personalidad y grafías: somáticas y no somáticas", era un título; "La personalidad de los que no tienen personalidad", otro; "La falta de personalidad de los que tienen falta de personalidad"; "Cleopatra y los caracteres egipcios" —la pelota de truenos y relámpagos me dejaba colgando de un pie, sin saber cómo volvería a la soga— "Los hombres que escribieron las runas"; "Yo y usted", "¿Usted?". Podría ser que en el recuerdo se me hubieran mezclado un poco los avisos, pero, es que al tipógrafo también le ocurría.

Allí estaban en el concierto, en un cine, de mañana, Suansó, Marcos y su novia. También estábamos Nélida y yo, que los vimos y nos sentamos a su lado. Nos presentaron al profesor, que estaba entonado por la admiración de mis amigos y que hacía pequeñas bromas a su mujer, cada vez que se ahogaba para que no se le escapara por el adolescente rostro exangüe la tos. "Vamos mejor, querida —decía— ahora es en si menor". Debía tener alrededor de treinta y cinco años, y la estabilidad de los cuarentitantos del hombre que siempre los ha tenido. Era bajo y cuadrado, desde las manos a los hombros y desde el ombligo a los zapatos. Tenía un cubo de queso por calva. Aunque mirándolo sin anteojeras, era un hombre bien masculino, viril, verdaderamente un hombre. Para rifarlo donde no conocen a los hombres.

Y ahí estaba Marcos, vaya a saber por qué, y su novia, también, bebiendo al profesor con los ojos, ambos en la misma reverencia. Tomé algún olor a sustituto de la fe, del que Suansó debía ser su apóstol. Apostolaba; bueno, daba la impresión de levantarse apostolando, apostolando levantándose, haciendo gimnasia lavándose los dientes, apostolando sobre el cepillo, la sopa, la tos, los cocodrilos sagrados, la camiseta usada; siempre sin dejar de apostolar. Me estaba admirando de las sogas de su lenguaje soberanamente adecuado, que para ellos se enderezaban y fulgían como los rayos de la aurora de sus almas. Ninguno de ambos reparó en la delicadeza de las bromas del hombre dirigidas a la tos de la chica inmatura para esposa, ninguno apreció su delicada mezquindad de ratón. Estaban en la nube llena de rayos y la nube tronaba y destellaba, alternativamente, o todo a la vez. Tuve la alegría de oír constantemente la tos sofocada y todas las variantes de la broma, no tan sofocadas, del Psicólogo.

La materia de este relato culmina en Navidad: lo de Marcos ocurrió en el tránsito de una Nochebuena a su Navidad. Cursamos el quinto y sexto años, aunque yo debí decidirme a llegar con más lentitud a un acuerdo general con los profesores; Marcos se recibió y yo seguí seis meses más que Floreal, que siguió seis meses más que Marcos, con mi amor por el estudio, que me significó un diploma no tan bueno como el de él, pero estrictamente satisfactorio. (Desde entonces lo tengo guardado). Bien se perdió de

vista Marcos, se fué Floreal, me recibí, y la vida empezó a cambiar sus colores. Cambiaron muchas cosas: los tiempos, el aire, el color de las caras, que están en sitios equivocados, las oficinas públicas, los diarios, las palabras, la cortesía, los precios: los sueldos en la rueda de los precios; los pastos, el trigo, el maíz, el pan, el palco circular desde donde las otras naciones nos miran; y cambiaron cada una de nuestras vidas agrisadas, Marcos, llevadas y traídas, atareadas en la luz, volcadas en la sombra de cada noche, llevadas a la mañana. No supe más de vos, hasta que Hilario me contó el asombroso designio de Dios que obró en tu caso. Supe que seguiste con el ganso del psicólogo, pero el psicólogo obraba con ustedes no como un ganso, Dios santo; Suansó obró como para que yo me trague cien veces el pedazo de papel donde he escrito que era un ganso. Giró con dulzura de la grafología a lo que yo creía un tic, a la personalidad; llegó a sus límites, inexplicables sin un principio anterior, pero suavemente, orillando, no pretendiendo nada, lo dejó como una burbuja en el aire, y trató otro tema. Trató otros temas, pero llegaba la burbuja, y en cada uno el deseo intenso, sin partidos, la pregunta, y otra vez otra y otra, llevaban a la falta de conclusión de cada cosa en ella misma. Así ya fué fácil tratar como abstracción, como una simple ponencia académica, y por facilidad bibliográfica a través de los autores católicos, a ese algo necesario, anterior y superior. Sólo que, ese algo no se resignaba a ser excesivamente abstracto, no quería ser una idea, uno de los diablillos de Maxwell, o la entropía; quería vivir y se acercaba inexorable, llenaba al profesor y desde él les llegaba: no les llegaba Suansó, les llegaba El, que ustedes confundían con algo que mostraba Suansó. El profesor siguió, siguió, y ustedes admitieron, tu novia también, la necesidad intelectual de eso, ese algo que quería vivir sin que ustedes lo supieran, pero la inteligencia, ella sola, tiene el brillo que no caldea y de por sí sola, puede enceguecer. Había que seguir estudiando, experimentar, ¿se acuerdan?; Marcos, ¿te lo recuerdan mis palabras? Ustedes admitieron la invitación absurda, para no caer en el absurdo de negarse a la experimentación; ustedes aceptaron arrodillarse y pedirle a El que los ocupara como a una habitación que aun aguarda, vacía. Había que pedir el fuego que caldea y alumbra y no enceguece. Ustedes se arrodillaron en medio de la primera campanada de las doce y no se levantaron hasta que el último de sus toques se deshizo en el aire de la noche en que un Niño nos nace. Se alzaron y algo caldeaba los ojos en silencio, y no se podía hablar, porque los cuartos interiores se habían llenado, entibiados por el fuego. Hilario me dijo que se arrodillaron riendo y que cuando se levantaron se habían convertido.

¿Pero, por esto dije que Dios se mostró asombroso? Lo anterior es bello y admirable; porque le pidieron una prueba y Dios es más que un prestidigitador. Sí, es más; Dios obró un designio asombroso en el que no sólo ustedes sino Suansó, entra en ese asombro. Poco después debió ser internado en un sanatorio de Belgrano; no era nada importante y se sanó al poco tiempo, y cuando se sanó, cuando salió, cuando volvieron a aparecer sus anuncios, no se acordaba de Dios ni de la Iglesia, ni de ninguno de esos refugios de débiles, porque Dios lo había usado como Su instrumento durante el período de su locura. Y ahora estaba sano. ⌘

MISION DEL INTELECTUAL CATOLICO ANTE LA CRISIS ACTUAL DEL HOMBRE

(Continuación de la pág. 964)

Este destino eterno y sobrenatural esclarece en todo su sentido y confiere todo su valor a la vida humana sobre la tierra. El tiempo fugaz y transitorio del hombre sobre la tierra tiene una significación y trascendencia eterna como preparación para la vida definitiva. De ahí el desarrollo físico y espiritual, intelectual y moral, natural y sobrenatural, que de un modo jerárquico y siempre a la luz de aquel fin eterno y sobrenatural el hombre debe imprimir a su vida sobre la tierra. Los bienes terrenos, lejos de ser negados, son esclarecidos en su auténtico significado y valor: caducos e inferiores al hombre, pero medios necesarios o convenientes para labrar la propia perfección espiritual temporal en orden y como preparación para la eterna.

A la luz de esta concepción integral de la vida humana, que abraza sus tramos temporal y eterno, no es difícil discernir el valor de las acciones, de los hombres y de las cosas, y todo logra su valor dentro de la ubicación en un todo jerárquico. A nada se niega su valor, al contrario se lo justiprecia en la exacta medida y en su subordinación a los valores o bienes superiores. La vida terrena con sus goces y sus bienes, el humanismo y la cultura con las ciencias, las artes y la técnica, la economía y el mismo deporte, cobran todo su sentido y valor eterno que los trasciende, pero sólo en calidad de *preparación* e iniciación a la vida inmortal definitiva. Se derrumban así las falsas concepciones del hombre como ser puramente terreno y temporal, cuya existencia total se cierra con la muerte; y consiguientemente las falsas concepciones del hombre que colocan su último fin o bien en algo finito y temporal: la vida como *goce* de los sentidos, como *acumulación de bienes*, como *exaltación propia o de la raza o de la clase*, como *dominio de los demás*, etc. Caen así los *mitos*, hijos de aquella concepción fundamental antropocéntrica falsa, y de los que el neo-paganismo contemporáneo en sus diversas formas ha sido fecundo creador.

Sin embargo, bajo esta concepción verdadera de la vida humana, con todas las renuncias y mortificaciones que ella impone en el tiempo para el logro de su fin trascendente eterno, el tránsito del hombre por la tierra resulta paradojalmente más plenamente humano, más fraternales sus relaciones con los demás, en una palabra, la tierra se hace habitable y la vida humana aceptable. Sólo la verdad puede conducir al hombre a su felicidad, y no el error, pese a los efímeros bienes que pueda él ocasionalmente proporcionar.

Tal la configuración de la vida en sus líneas fundamentales, por cuya reimplantación ha de esforzarse el intelectual católico de nuestros días.

10. — *Unidad jerárquica de esta visión humana y cristiana del hombre y de la vida.* En esta misión de restauración teocéntrica, teológica y filosóficamente verdadera del hombre y de su vida, deben trabajar incesantemente todos los intelectuales católicos. Unicamente sobre esa base puede organizarse un florecimiento cristiano de la vida en todas sus proyecciones jerárquicamente ordenadas: material y espiritual, natural y sobrenatural, estética y deportiva, científica y cultural, moral y religiosa, individual y social, nacional e internacional, etc.

Hay que insistir una y otra vez para romper los gruesos prejuicios que impiden ver y construir una nueva y verdadera visión de la vida y de las cosas.

No todos los intelectuales católicos podrán ni deberán insistir en el mismo aspecto. Teólogos y filósofos llevarán sobre sí la parte más ardua y fundamental: la restauración de los principios desde los cuales fluyan como consecuencia los juicios y normas más próximos a la realidad. Pero los historiadores, los literatos, los científicos, y los artistas, cada uno dentro de su especialidad, deberán trabajar por restaurar un orden cristiano en la inteligencia, primero, para luego impregnar e informar con él toda la vida en sus múltiples realizaciones. Bajo la dirección de la Teología y de la Filosofía íntimamente unidas, cada uno en su sector contribuirá a rectificar los principios falsos y hacer conocer y triunfar los verdaderos.

De la confluencia del esfuerzo de todos y bajo la dirección arquitectónica de la Sabiduría cristiana —unidad viviente de Teología y Filosofía— surgirá, con toda la fuerza de la verdad y en todas sus ramificaciones lógicas, una nueva visión cristiana y humana, verdadera y teocéntrica de la vida, que, sin renunciar a nada de la verdad y del bien, pero distinguiendo y jerarquizando de acuerdo a los fines de las cosas, todo lo organice e integre en subordinación al hombre, el hombre al hijo de Dios a que ha sido elevado, y el hombre, regenerado por Cristo y miembro de su Cuerpo místico e hijo de Dios, subordinado y ordenado a su Creador. Nada de los valores humanos y terrenos será dejado de lado en esta visión integral de la realidad, sino al revés, todo alcanzará su auténtico valor en sí y en el todo, precisamente porque cada parcela será examinada y contemplada en su verdad parcial y en relación con la verdad total.

11. — *Misión de los intelectuales católicos en la ciencia, el arte y la técnica.* Una tarea decisiva aguarda, a este respecto, a los científicos y artistas católicos de nuestros días.

En la concepción individualista anárquica del antropocentrismo moderno, la ciencia, el arte y la técnica —y otro tanto habría que decir de otras disciplinas— desarrollados con entera independencia, han acabado en contra de los sectores de la actividad humana, especialmente contra la Filosofía y la Teología y contra la Moral y el bien específicamente humano, devorando la vida espiritual y, al final, aún la corporal y la misma existencia del hombre.

Sin embargo, tales errores y excesos prácticos no son hijos de la ciencia o del arte y ni siquiera de la técnica propiamente tales, sino de su desarticulación del hombre y de su último Fin o, en otros términos, del error y del pecado encaramados en la ciencia, el arte y la técnica y arrogándose sus derechos.

El hombre de ciencia, el artista y el técnico católicos, deberán dedicarse con todo esfuerzo a su obra de investigación, de creación o de elaboración, seguros de que nada hay en la verdad, en la belleza y en la utilidad material que se oponga y no se avenga a la verdad total. Pero para ello deberán comenzar por ubicar su ciencia, su arte y su técnica en su lugar jerárquico dentro de la organización de toda la actividad humana, natural y sobrenatural. Dentro de los límites provenientes del objeto propio de su especialidad, con una obra científica o artís-

tica seriamente realizada, el católico ayudará a desbaratar los mitos que la pseudociencia y el pseudoarte y la pseudotécnica han fabricado contra la Teología y la Filosofía cristiana, que es lo mismo que decir contra la verdad. *Verum non opponitur vero*: *La verdad no se opone a la verdad*. Una obra auténticamente científica, artística o técnica jamás atentará en *cuanto tal* contra la verdad del Dogma o contra la Moral. Si lo hacen, no será por ser científica, artística o técnica, sino *a pesar* de ello, por más que se presenten en su nombre.

Ahondando en su saber y en su obrar artístico o técnico y en nombre de los mismos principios de su ciencia, de su arte y de su técnica, el católico deberá derribar tales errores pseudocientíficos y pseudoartísticos y pseudotécnicos. Aunque en este punto su propia obra científica y artística, cumplida conseriedad y competencia, será la mejor forma de deshacer aquellos prejuicios.

Aunque mucho se ha hecho al respecto en estos últimos años, es mucho todavía lo que queda por hacer. No solamente para desbaratar desde dentro de la ciencia, el arte y la técnica con sus propios principios y medios los errores científicos y desviaciones artístico-técnicas que se invocan contra la verdad del Dogma y la sana Filosofía; sino también y sobre todo para contribuir constructivamente a una organización recta de la actividad humana en todas sus realizaciones, para que la verdad y el bien penetren todos los sectores del contemplar, obrar y hacer del hombre hasta sus últimas ramificaciones, se impone a los católicos la erección de institutos y laboratorios de investigación científica y técnica, talleres de arte y, sobre todo, la dedicación seria y cada vez más especializada a tales disciplinas. Ni se objete que muchos sectores de la ciencia, del arte y de la técnica nada tienen que ver con la Sabiduría cristiana de la Filosofía y de la Teología. Porque todos los sectores del ser —como la verdad y el bien con él identificados— están íntimamente unidos y armonizados entre sí desde su Causa primera. Y para una visión integral de la realidad, como base de una reestructuración de la vida humana, es indispensable la recta organización del *saber*, del *obrar* y del *hacer* en todas sus partes y consecuencias y en su unidad jerárquica.

Esta obra, de reelaboración del orden humano en todas sus partes y unidad integral no será necesario —ni posible— para cada católico en particular.

Pero si se quiere restaurar la visión de la vida y la vida misma humano-cristiana en toda su amplitud y profundidad sobre la verdad y el bien, es menester que los intelectuales católicos unidos se aboquen con inteligencia, decisión y abnegación a esta titánica empresa.

12. — *El intelectual católico no sólo ha de mostrar sino también estimular la organización recta de la vida.* Semejante rectificación y reordenación de las ideas y de los principios no es todo, ya lo sabemos. La vida recta, conformada a las exigencias de tales principios, no es cuestión de sola inteligencia o de fe, es cuestión ante todo de virtud y de decisión personal, supuesta la gracia de Dios que nunca falta. Pero en lo que queremos insistir aquí una vez más, dada su importancia, es que sin aquélla es imposible ésta; fuera de que aquélla no sólo encauza sino que también estimula la vida recta.

Por lo demás, la misión del intelectual católico no ha de limitarse a restablecer el orden jerárquico de las ideas conforme a la verdad y de las normas conforme a las exigencias del bien; ha de tratar de alentar y persuadir la necesidad de ajustar la actividad libre y la conducta a aquellas exigencias. Y nadie más capacitado para proporcionar los argumentos para ello que la verdad misma.

13. — *Dificultad y eficacia de este apostolado.* Esta misión que ha de cumplir el intelectual católico es dura, agotadora y, además, no pocas veces ingrata. La investigación de la verdad, la conducción rigurosa de sus consecuencias sin desviación y su aplicación a una realidad densa y compleja es empresa ardua y por momentos abrumadora. Por otra parte, si bien esta obra es profunda y de largo alcance, es sin embargo oculta y generalmente poco comprendida y apreciada. Sólo mucho después se puede ver su profunda influencia, que generalmente escapa al propio autor, al menos en todo su alcance. Los triunfos vienen generalmente con tanta lentitud como seguridad. La recuperación, sobre todo colectiva, de los hombres para la verdad es obra de penetración larga y difícil. Lo cual no le resta que sea la más profundamente eficaz y la de más universal proyección, precisamente porque se vierte desde la raíz de toda la actividad humana que es la inteligencia. Para una reimplantación de un orden integralmente cristiano, como fruto y proyección de un orden interior, este apostolado de ordenación de la inteligencia en el orden natural y sobrenatural es el más urgente e insubstituible.

El intelectual católico ha de afincar fuertemente en su conciencia la responsabilidad y la trascendencia de su misión para no desfallecer en su obra, aunque no vea siempre los frutos de su esfuerzo e incluso aunque a veces parezcan malogrados. Ha de continuar con tenacidad en la realización de su espiritual acción, insistiendo *opportune et impportune*, aunque ni siquiera en torno suyo se crea en su eficacia.

14. — *Los frutos obtenidos en la República Argentina.* Mucho se ha trabajado en el apostolado de la inteligencia y óptimos frutos se han recogido en estos últimos años en todo el mundo bajo la iniciación y estímulo de la Santa Sede, singularmente en nuestro país.

Y es preciso reconocer que esa acción ha sido eficazmente realizada ante todo por la Acción Católica. Contra los eternos descontentos, para los cuales nunca se hace nada, conviene recordar que si la Acción Católica Argentina no hubiese hecho sino crear la conciencia colectiva de la necesidad y obligación de formarse bien en el conocimiento de nuestra doctrina dogmática, moral, litúrgica, social, etc., y formado de hecho así a millares de sus miembros y desde ellos irradiado en el ambiente esta doctrina, tendría justificada de sobra su existencia. Cuando uno ve a nuestros muchachos y muchachas de la Acción Católica Universitaria —para referirme sólo a aquéllos con quienes convivo más íntimamente — con una conciencia integralmente católica, seriamente preocupados de ajustar no sólo su vida práctica sino todos sus conocimientos e ideas a las exigencias de la fe y ansiosos de adquirir no sólo una vida cristiana sino una cultura superior católica, de acuerdo a las normas de su Santidad Pío XII, en una palabra, cuando uno ve a estos jóvenes integralmente católicos desde el modo de pensar hasta el modo de querer y obrar, en una adhesión incondicional y filial a la Iglesia, a su doctrina en todas sus aplicaciones y consecuencias, a sus preceptos y a sus Pastores, y ello no en un individuo

sino en falanges completas, y comparamos este cuadro con lo que acontecía con los católicos de hace treinta o cuarenta años, ¿se puede decir con verdad que la Acción Católica no ha hecho nada o que ha fracasado?

Desde luego que la formación personal, intelectual y moral, no basta. La Acción Católica no se limita a la formación de sus miembros para su propia santificación, sino para constituirlos apóstoles del reinado de Cristo en todos los órdenes.

Pero la Acción Católica Argentina tenía que comenzar por donde ha comenzado: por formar integralmente a sus miembros desde la inteligencia. Esta lenta y penetrante formación durante más de veinte años dará y está dando ya sus frutos, por de pronto ha creado una conciencia católica sin claudicaciones ni desviaciones, que se manifiesta sobre todo en determinados momentos en que los principios de la fe o de la moral católicos son seriamente atacados o amenazados. En adelante deberá ella realizar una obra de conquista apostólica. Y en este punto los mejores frutos están reservados sin duda a los organismos especializados de la Acción Católica.

Los diferentes centros católicos de estudios superiores, singularmente los Cursos de Cultura Católica, para varones, y el Instituto de Cultura Religiosa Superior para mujeres, de Buenos Aires, y ahora el Instituto del Profesorado para religiosos también de Buenos Aires y el Instituto de Humanidades de Salta, los Cursos de Cultura Católica de La Plata y otros similares diseminados en las ciudades más importantes del país, han realizado una obra de profunda influencia. Sus frutos se perciben especialmente en las universidades oficiales, muchos de cuyos profesores católicos —no sólo en su vida sino en su formación intelectual y en la dirección doctrinaria de su cátedra— han salido de tales centros, especialmente de los Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires.

No menor ha sido la influencia ejercida por la publicación abundante de libros de elevada jerarquía intelectual de autores argentinos o traducidos de otros idiomas y que comprenden los más variados sectores de la cultura desde la Filosofía y la Teología hasta la Sociología, el Derecho, la Economía, el Arte, etc.; y la lograda por la aparición de un buen número de revistas de rigor y seriedad científicas, o de cultura general, que van penetrando e informando con la verdad las inteligencias de la Patria y aun más allá de sus fronteras. ¿Quién podría desconocer la decidida influencia que ha ejercido a través de sus casi veinticinco años de aparición semanal —ahora quincenal— y sigue ejerciendo nuestro veterano CRITERIO con sus artículos de orientación católica, que abarcan de hecho todos los sectores de la cultura, y singularmente los de su ilustre Director, Mons. Franceschi, siempre alerta a todos los movimientos y preocupaciones espirituales del mundo contemporáneo, cuya vida entera, justo es reconocerlo aquí, entregada sin reservas e infatigablemente al apostolado de la inteligencia no sólo en CRITERIO sino en numerosos libros, incontables trabajos y conferencias, tan sazonados frutos han dado a la Iglesia y a la Patria, y constituye hoy, en el otoño de su vida, un ejemplo vivo de este tipo de apostolado? Y al nombrar a CRITERIO y a su Director, no queremos desconocer ni disminuir en nada la meritoria y muchas veces descollante obra que inteligentemente realizan tantos obreros del pensamiento católico y tantas y buenas publicaciones, algunas más especializadas; entre las cuales querría mencionar aquí —siquiera a título de amor paternal— a la Revista *Sapientia*, expresión del Tomismo argentino y en la que colaboran los mejores tomistas del mundo y que se propone una acción de rectificación y formación filosófica de acuerdo a los principios perennes del Aquinate, en un Tomismo vivo y abierto a los problemas de nuestro tiempo.

15. — *Grandeza y trascendencia del apostolado intelectual.* No querría terminar estas reflexiones sobre el apostolado intelectual en la crisis del hombre actual, sin tener unas palabras para los jóvenes que aspiran a la restauración del Reinado de la Verdad —que es lo mismo que decir de Cristo— en las almas por medio de su dedicación al estudio y a tarea intelectual.

Deben precaverse contra esa fiebre de acción de los *sedicentes prácticos*, que juzgan demasiado *teóricos* y tienen a menos a los que se dedican al apostolado del pensamiento, creyendo necesario y, por de pronto, más eficaz ir directamente a la obra de recuperación espiritual. Insistimos una vez más que el apostolado intelectual no agota todos los aspectos y formas del apostolado. En la casa de Dios hay muchos trabajos que realizar. Pero insistimos también en que si hay otras cosas que hacer, es menester comenzar primero por ilustrar y ganar la inteligencia a la verdad, a la verdad integral de la Teología y de la Filosofía, sobre todo en la clase culta y dirigente, bien que sin descuidar tampoco a las inferiores, si queremos ganar de veras y desde la raíz al hombre y a la sociedad alejados de Dios y de la Iglesia; y que sin la conquista de ese último reducto de la inteligencia, las demás conquistas —desvinculadas, consiguientemente, de la verdad plenamente aceptada— ni son íntegramente conquistas, ni son, por eso mismo, duraderas, privadas como están de fundamento. Estos *activistas* puros, representan en el apostolado lo que los *empiristas* en Filosofía; y ya sabemos que el empirismo no se ajusta a la verdad y contraría aún a la misma experiencia, desde que la actividad humana no se agota en la experiencia, sino que encierra también y sobre todo la razón. Del mismo modo estos empiristas del apostolado reducen al hombre a sentimiento y actividad y se olvidan de algo muy fundamental: que la naturaleza humana y la vida de la gracia tienen su principio de acción en la inteligencia y en la fe, y que si queremos una acción bien encauzada y robusta es preciso comenzar por organizarla desde sus principios teológicos y filosóficos bien asentados y desarrollados en la inteligencia. De otra suerte tendremos el caso de la parábola de la palabra del Evangelio: del que edificó sobre arena. Vendrán los vientos de las dificultades y todo el edificio se derrumbará. Y sin llegar a ese extremo, es el caso de católicos sinceros y prácticos, que sustentan y enseñan errores contrarios a su fe y preconizan normas incompatibles con la moral cristiana. Se trata de abogados, médicos, artistas, etc., en los cuales su ciencia jurídica o médica o su arte están desvinculados de su fe y camina por senderos contrarios a ésta, precisamente porque carecen de una recta formación teológica y filosófica que penetre todo el ámbito de su saber para desde allí proyectarse hacia la acción. Por sus consecuencias es más pernicioso el error en labios de estos católicos que en los de los que confesadamente no lo son.

Sólo en el apostolado intelectual, con la conquista de la inteligencia desde sus principios prime-

ros, es posible la conquista total del hombre para la verdad y el bien, fuera de que es el camino natural del espíritu humano: *Nihil volitum quin praecognitum*. Ese hombre ganado para el bien desde la convicción de la verdad, deseoso de ajustar a ésta su conducta, no sólo obrará moralmente bien, sino además *rectamente*, es decir, ajustándose a las *verdaderas* exigencias de la norma moral. En cambio, desprovisto de formación intelectual, aun deseando obrar moralmente bien, fácilmente errará y cometerá muchos desaciertos. Hipótesis que la experiencia cotidiana confirma más frecuentemente de lo que desearíamos.

Miremos a la Iglesia en su Cabeza visible, contemplemos cómo obra el Padre Santo sobre el particular y de qué manera se preocupa y encara este apostolado. Pese a la urgencia de la salvación de tantos millones de almas y penuria de apóstoles, separa a tantos miles de sacerdotes del apostolado directamente pastoral para dedicarlos a la investigación y al estudio en todos los ámbitos de la ciencia, aun profana, y a la enseñanza en todos los grados de la educación, desde las universidades hasta la escuela primaria, y muy particularmente de la Filosofía y de la Teología. Sabe muy bien la Santa Sede que, aunque más lento y aparentemente menos fructuoso, el apostolado de la inteligencia, a más de ser indispensable, es el que más sazonados y a la larga también más abundantes frutos aporta, no sólo porque conquista al hombre plenamente en todos sus aspectos desde su raíz espiritual, sino porque, precisamente por eso, lo convierte a la vez en un dirigente, en un nuevo apóstol que irradia la verdad y el bien.

Sirvan estas líneas de estímulo y de aliento a cuantos oculta y abnegadamente trabajan en este apostolado de la inteligencia con sus estudios, escritos y enseñanzas. Muchas veces habrán de sufrir incluso la incomprensión de los *prácticos*, que los tildarán de teóricos e ilusos, aunque su apostolado teórico paradojalmente sea el *más práctico*, el que más eficaces y mejores resultados ha dado y dará a la Iglesia.

Y siquiera que llegaran también como consejo a los jóvenes bien dotados, que se sientan llamados al apostolado, para que no alberguen en su alma premura de la acción: que se formen bien y detenidamente, primero, y que luego se dediquen al apostolado intelectual sin desmayo, con constancia: que si su eficacia no es siempre inmediatamente perceptible, es, sin embargo, el más seguro y el más fecundo para las almas, para la Iglesia y para la misma sociedad.

Y ello tanto más si se trabaja por llegar a la unidad de la contemplación y de la vida: viviendo la verdad que se contempla y contemplando *per connaturalitatem* la verdad que se vive. Y nada más eficaz para arrancar al mundo y al hombre de hoy de la profunda crisis espiritual, por que atraviesa y que penetra y descompone todos los sectores de la vida humana, que la doctrina encarnada en la vida: *la luz hecha vida y la vida iluminada por la luz en la santidad e irradiando desde su realización ejemplar*. El apostolado intelectual alcanza entonces la unidad y la plenitud de su eficacia.

FE DE ERRATA

En la página 1021 se omitió la explicación del grabado que aparece en la misma, y es la siguiente:

COSTUMBRES NAVIDEÑAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Un árbol de Navidad comunal ubicado en el centro de la plaza Municipal de Milwankee, Wisconsin. Aquí, como en otras ciudades norteamericanas, el árbol comunal de Navidad sirve como punto focal de las celebraciones

CORREO Argentino
Central (B)
FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 231
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 476

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. m$n. 50.000 —
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

$ 10.-

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso
DICIEMBRE DE 1951